

OSCAR KISS MAERTH
EL PRINCIPIO
ERA EL FIN

EL INSOSPECHADO ORIGEN DEL HOMBRE




BARRAL

EL PRINCIPIO ERA EL FIN

OSCAR KISS MAERTH

**EL PRINCIPIO ERA
EL FIN**

EL INSOSPECHADO ORIGEN DEL HOMBRE



**BREVE
BIBLIOTECA DE RESPUESTA**

**BARRAL EDITORES
1976**

Título de la edición original:
Der Anfang war das Ende

Traducción de
Michael Faber-Kaiser

Primera edición: abril, 1973
Segunda edición: febrero 1974
Tercera edición: enero 1976

Fotografía de la cubierta: Cabeza formada artificialmente, procedente de las Nuevas Hébridas (colección: F. Mazière, París. Foto: M. Beck-Clerk).

© de la edición original: ECON VERLAG GmbH - Düsseldorf y Viena, 1971

© de los derechos en lengua castellana y de la traducción española: BARRAL EDITORES, S. A. - Barcelona, 1972

ISBN 84 - 211 - 0269 - 9

Depósito Legal: B. 17 - 1976

Printed in Spain

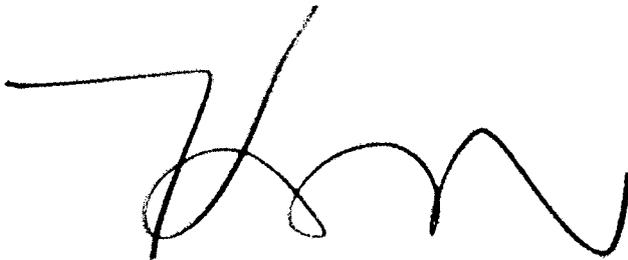
MENSAJE

El hombre ha descubierto muchas cosas, pero no se ha descubierto a sí mismo.

El calificativo de homo sapiens se lo ha conferido él mismo.

La autenticidad de dicho autobautizo no ha sido corroborada por ninguna autoridad competente.

Así pues, conoceos a vosotros mismos y admitid la verdad sobre vuestro origen. Y corregid vuestras metas de acuerdo con ello, antes de que sea demasiado tarde.

A handwritten signature in black ink, consisting of a series of fluid, connected strokes. It starts with a horizontal line on the left, followed by a vertical line that curves into a loop, then a series of smaller loops and a final downward stroke on the right.

Monasterio de Tsin san/ China
en el año 3.200 después de Moisés,
2.573 después de Lao-tse,
2.510 después de Buda,
1.967 después de Cristo,
1.400 después de Mahoma.



I. EL NUEVO SER SIN MEMORIA

El ser humano es un novato en la Tierra. No es capaz de recordar la hora de su nacimiento ni su origen. Durante largo tiempo creyó ser el centro de un mundo imaginario del que era señor por la voluntad de Dios. Se colocó en el vértice de una pirámide imaginaria construida por él mismo, de donde tuvo que descender muchos escalones a lo largo de los dos últimos milenios. Ahora se encuentra en el escalón más bajo, que también deberá abandonar. Ha de conocer la verdad acerca de su origen y de sí mismo.

tuvo lugar en el cerebro humano un extraordinario proceso: el conocimiento del pasado desapareció en el subconsciente al tiempo que aparecía la nueva conciencia. Así pues, este proceso es la causa, única y exclusiva, de que el género humano, a pesar de su inteligencia extremadamente elevada, no recuerde su origen ni su existencia anterior.

Ningún ser humano es capaz de recordar la hora de su nacimiento. Pero ello no se debe a que la hubiera olvidado sino a que nunca la vivió de forma consciente. El nacimiento es un paso hacia una nueva conciencia. Y en este proceso, la antigua conciencia se sumerge en el subconsciente. También la humanidad, como género, tuvo su hora de nacimiento, en aquella época en que abandonó su estado animal y se consumó el proceso que dio lugar al ser humano. Aquél fue un paso decisivo hacia una nueva conciencia.

En aquellos remotos tiempos

Sólo a partir de entonces el hombre se ve atormentado por preguntas como: ¿De dónde venimos? ¿Qué somos? ¿Por qué existimos? ¿A dónde vamos?

Nadie pudo darle una respuesta, pues los testigos de su nacimiento —animales y plantas— eran mudos. Su medio ambiente callaba. Incitado por la curiosidad, comenzó con inseguridad a encontrar por sí mismo unas respuestas a sus preguntas.

Comprobó que era superior a sus hermanos, los animales, y que los aventajaba en inteligencia y astucia. Percibió que era capaz de transformar la materia de acuerdo a su imaginación y metas. Recorrió el globo terráqueo sin encontrar fin alguno. Alzó su vista hacia el sol, hacia la luna y las estrellas y, por lo visto, todos ellos giraban alrededor de él.

Estas comprobaciones le condujeron a una hipótesis ego-céntrica acerca de sí mismo y del mundo, hipótesis plagada de autoelogios.

Sólo Dios estaba por encima de él.

Para el ser humano, el mundo estaba constituido exclusivamente por la Tierra, lugar plano y firmemente cimentado. Él, como ser humano, vivía en esta Tierra y era la coronación de toda la creación. Dios lo había creado con sus propias manos, era su criatura predilecta e, incluso, su representante en la Tierra. Sólo gracias al ser humano, la creación del mundo adquiriría sentido pleno. Dios incluso lo había creado a imagen suya. De esta forma, si el hombre quería saber qué aspecto tenía Dios, bastaba con que se mirase en un espejo.

Su misión era divina. Sólo él estaba provisto de alma, de la que no disponía ningún otro ser viviente. Él era el único elegido para conocer, acatar y loar a Dios. El ser humano había sido elegido para gobernar la Tierra y para conservar en ella la justicia y armonía divinas, para darles validez. Su misión era la de mejorar todas las obras de Dios en la Tierra, e incluso concluir la obra incompleta de Dios mediante su propio progreso. Porque Dios le había concedido para esta misión un alto grado de inteligencia.

Fortalecido y alentado por su propia tesis, el hombre se colocó a la cabeza de su imaginaria pirámide, y desde allí cantó sus propias alabanzas. Con tales autoengaños, el hombre se dispuso a iniciar su misión divina. Quiso administrar al mundo, pero muy pronto se dio cuenta de que no era capaz de administrarse a sí mismo.

Esta circunstancia no dejó en paz a su consciencia. Comprendió que se estaba engañando con su propia tesis, puesto que ésta era demasiado hermosa y la realidad, sin embargo, muy distinta.

El ser humano vio que los animales y las plantas vivían armoniosamente en el marco de un orden divino, cosa que él no lograba hacer. Y también sintió que le faltaba algo que precisaba para su felicidad terrenal: la seguridad y la satisfacción de sí mismo, la armonía y la paz con sus congéneres y con su ambiente. Buscó desesperadamente el sentido de su existencia, sin encontrarlo. Sin embargo, no confesó nunca abiertamente esta circunstancia, puesto que tal confesión le habría marcado como ser imperfecto. Con crecientes dudas en su corazón, se mantuvo firme en la cúspide de su soñada pirámide.

Hará ahora unos dos mil años que la paz espiritual del hombre quedó profundamente trastornada: un ciudadano griego llegó a afirmar por entonces que la Tierra no era un disco, sino una bola. Con ello quedó destruida de golpe su imaginaria posición central en el planeta, dado que en un globo no hay centro. Se vio obligado a bajar vacilante un peldaño de la pirámide. Pero se consoló con lo mucho que todavía quedaba en pie de su mundo imaginario.

A pesar de todo ello, la Tierra siguió siendo para él todo el mundo. En torno a la Tierra giraban el sol, la luna y las estrellas. Y el hombre siguió siendo la criatura predilecta de Dios, que éste había formado con sus propias manos, con el fin de recrearse con él. Todavía siguió siendo el ser más inteligente de la Tierra, y el único que había recibido un alma de manos de Dios.

Hará ahora unos cuatrocientos años, el hombre sufrió otro

terrible golpe. En efecto, en aquella época hubo quien afirmó que el sol no giraba en torno a la Tierra, sino que era ésta la que se trasladaba alrededor del sol, mil veces mayor que el globo terráqueo. También tuvo que descubrir que en torno al sol giraban muchos otros planetas, algunos incluso mayores que la misma Tierra.

Ésta fue una amarga noticia, con la que el destacado papel del hombre en el universo perdió de nuevo algo de su brillo. Sólo a regañadientes, el hombre se dispuso a bajar un peldaño más y se consoló de nuevo con lo que quedaba de su altivo concepto de sí mismo y de su mundo.

Después de aquello, todavía continuó siendo señor del planeta que Dios había escogido para él, y todavía siguió siendo la coronación de toda la creación, elegido para dominar el mundo. Porque, claro está, sólo existía un sol con un solo planeta habitado, que era precisamente la Tierra. Éste era el universo y no había nada más. Y, según la voluntad de Dios, el ser humano era el más inteligente en este mundo.

Transcurrieron tan sólo unas pocas décadas, cuando ya aparecieron nuevas malas noticias. Un monje cristiano se atrevió a afirmar que existían millones de soles, mucho mayores que el conocido, y que en torno a ellos giraban millares de planetas, muchos de los cuales eran miles de veces mayores que la Tierra.

Tales declaraciones fueron demasiado para el hombre, que se sintió profundamente ofendido y se persuadió de que con ello también había sido ofendido Dios. Debido a ello, un santo tribunal, reunido «bajo el patronato directo de Dios», condenó a muerte al sabio y lo quemó vivo. Con ello quedó restablecido el buen nombre de Dios.

Pero apenas hubo desaparecido el humo de la pira, el género humano, vencido y humillado, tuvo que descender otro peldaño más. En efecto, las pruebas de la veracidad de los hechos proclamados por el científico condenado a muerte y ejecutado eran cada vez más patentes. Existían, por lo tanto, millones de soles y miles de millones de planetas.

Una vez más, el ser humano se consoló con el resto de sus tesis. Siguió siendo la cumbre de toda la creación y el único ser provisto de alma. Dios había creado al hombre con el fin de que la creación tuviera sentido, porque Dios quería ser alabado por alguien, para salir así de su soledad y anonimato. El nuevo ser sin memoria todavía estaba convencido de que, sin él, el mundo estaría incompleto y Dios triste.

Sólo cuando hace aproximadamente quinientos años los navegantes y comerciantes visitaron con mayor frecuencia lejanos pueblos y civilizaciones, enterándose así de la multiplicidad de mitos y teorías sobre el origen del hombre, se comenzaron a considerar de forma crítica las teorías propias. Porque, según los diferentes círculos culturales, el ser humano habría surgido de la tierra, del agua, del perfume de las flores, del fuego y los rayos, e incluso de una gota del cielo. En la India se conserva, entre otras, una leyenda que afirma que el hombre vivió antaño bajo tierra, hasta que en época ya tardía logró colgarse del rabo de una vaca que estaba paciendo en un campo, y ésta le sacó a la luz del día. Otros pueblos creían que el ser humano era descendiente directo del matrimonio entre dioses. .

Este fantástico árbol genealógico tornó pensativo al hombre. No era posible que hubiera tantas verdades diferentes acerca de su propio origen. Y de esta forma comenzó a dudar de las teorías de su origen. Empezó a investigar y a excavar.

De esta forma encontró restos óseos de sus antepasados, de diez mil años de antigüedad, que no se diferenciaban en absoluto de sus propios huesos. También encontró restos mucho más viejos, pero con gran espanto tuvo que comprobar que, cuanto más viejos eran los restos, menos parecido mostraban con sus propios huesos. Pero lo que más le inquietaba era la circunstancia de que cuanto mayor era la antigüedad de los huesos hallados, mayor era su parecido con la osamenta de los grandes monos llamados homínidas.

El descubrimiento de restos óseos de hace 700.000 años planteó a los investigadores el dilema de si tales despojos to-

davía podían ser calificados como provenientes de monos, o ya habían de ser considerados como restos humanos. Porque ambos calificativos, el de simio humano y el de hombre-mono, son acertados.

Hace apenas ciento cincuenta años, unos investigadores demostraron que el hombre, al igual que todos los seres, no había surgido espontáneamente como criatura ya acabada, sino que era el resultado de una evolución. También demostraron que los antepasados del hombre eran unos monos, los llamados antropoides, cuyos parientes —chimpancés, gorilas y orangutanes— todavía viven hoy en día. Tales descubrimientos e investigaciones también pusieron al descubierto que, si bien la evolución del animal al ser humano se realizó a lo largo de unos cientos de miles de años, se trataba de un hecho insólito e incomparablemente rápido, sin paralelo en el campo de la biología.

Esta amarga noticia dolió enormemente al hombre, quien ya había tenido que renunciar a tantas primacías soñadas por él en el marco del universo. Habían quedado en entredicho su origen y misión divinos.

Obligado por las abrumadoras pruebas, no le quedó más remedio que admitir su procedencia de un animal peludo. Pero evitó conscientemente el calificar a sus antepasados de «monos». El hombre los denomina «seres antropoides». Aunque destronado, no quiere que sus antepasados lleven el mismo nombre que esos seres peludos que provocan su jocosidad en los parques zoológicos.

El género humano descendió un peldaño más de aquella pirámide tan alta que había construido. Ahora se halla en el escalón más bajo y sigue consolándose con los restos de sus antaño tan gloriosas imaginaciones sobre sí y su mundo ideal.

Pero ahora le preocupa su alma. Reflexiona si recibió el alma siendo todavía un animal, o cuando ya mataba a sus congéneres con un hacha de sílex. ¿Cómo puede tener alma un animal? ¿Cómo puede Dios recompensar con un alma a un hombre que mata a sus iguales? ¿O acaso resulta que tam-

bién los animales disponen de alma? Esta última posibilidad sería terrible, puesto que en dicho supuesto ya no quedaría absolutamente nada de la primacía y de la misión divinas del hombre en la Tierra. Dado que no le gusta pensar en ello, pasa por alto este problema.

Pero el hombre sigue sin capitular. Ahora se empeña en querer explicar su origen y descendencia como algo debido a la voluntad de Dios o que, por lo menos, se halla dentro del orden creado por éste. Aunque admite ser el producto de una evolución que va del mono al hombre, afirma que esta circunstancia no excluye su misión divina. Porque la evolución misma es un proceso puesto en marcha por Dios o por la naturaleza, por lo que lógicamente pudo haber sido elegido por Dios para realizar en la Tierra una misión especial y divina.

Animado por la citada idea, el hombre se entrega a su nueva tarea: cueste lo que cueste, quiere demostrar que es el producto de una evolución *natural*. Para ello, busca febrilmente pruebas. Y si en esta búsqueda se topa con fenómenos contradictorios, los manipula tanto tiempo, que logra hacer que encuadren en su imagen prefabricada. Todo cuanto hace o deja de hacer y todas cuantas particularidades físicas y psíquicas posee o no posee, las declara como resultado de una evolución natural, e incluso como progreso frente a los animales. Y lo hace, a pesar de que interiormente se avergüenza de sus actos y defectos.

Con una enorme desesperación se aferra a su nueva tesis, dado que hoy en día ya se encuentra en el peldaño más bajo de su pirámide, antaño tan formidablemente alta. Allí abajo, a sus pies, todavía están los animales, creados para estar a su servicio. Por ningún precio se permitiría poner pie en ese suelo, él, que es la imagen de Dios. Pero al final no le quedará más alternativa que abandonar el último peldaño y disponer a descender a la realidad.

La verdad sobre el origen del hombre y las consecuencias de dicha verdad darán la vuelta a la Tierra y la conmoverán.

Todos los conceptos anteriores sobre la vida humana, sobre las metas y los progresos, se tambalearán y derrumbarán.

El género humano se encuentra al principio de una nueva era, que al mismo tiempo será la última, puesto que se encamina inevitablemente hacia la fase final de su existencia.

El ser humano no es el resultado ni de una evolución natural, ni de una evolución sana. No se originó en el marco del orden cósmico general. Por el contrario, el hombre se ha hecho *a sí mismo* en contra de todas las reglas de la evolución natural y en contra del orden de la naturaleza, mediante la manipulación de su propio cerebro.

Su trayectoria desde mono hasta ser humano estaba constituida por una serie interminable de actos delictivos contra las leyes de la naturaleza. Se ha convertido en el genial loco del universo, cuyo espíritu enfermo se torna necesaria e inevitablemente en su fatalidad.

El ser humano todavía sigue ensalzándose a sí mismo y al proceso que inició hace ya miles de años, y al que denomina progreso. No sabe que dicho progreso es el resultado de su espíritu enfermo, con el cual acelera su inevitable fin. Se consuela de los sufrimientos que él mismo se ha causado señalando el supuesto progreso del cual espera la felicidad que no ha encontrado, y se aleja cada vez más de ella.

Pero en lo más profundo de su alma siente cada vez con mayor claridad que es víctima de un autoengaño. Y algo le hace presentir también que se encuentra en vísperas de unos tiempos funestos, que no logra comprender ni dominar. En este silencio que precede a la tormenta, contiene la respiración. Escucha temeroso el lejano rumor del trueno, con la esperanza de que sus sentidos le engañen. Pero no le engañan.

II. EL FRACASO DE UNA TEORÍA

El hombre ha admitido que sus antepasados fueron monos antropoides. Intenta explicar su origen mediante la teoría de la evolución natural. Sin embargo, la evolución humana está en contradicción con el orden cósmico. Fue puesta en marcha mediante una acción pecaminosa del propio hombre y dio lugar a un cerebro hiperdesarrollado y mórbido, así como a fenómenos físicos de carencia que amenazan la existencia del hombre.

Son abrumadoras las pruebas de que el hombre procede del mono o bien de seres parecidos al mono, como prefiere expresarlo. Especialmente en las dos últimas décadas se han descubierto tantos restos óseos de hombres prehistóricos, que se ha podido establecer una cadena ininterrumpida que llega hasta más de un millón de años antes de nuestra época. Cuanto más antiguos son tales restos, más desaparecen las formas humanas en favor de las características del mono.

Unas investigaciones fidedignas han determinado el momento en el que tuvo lugar el proceso de la formación del hombre. Se efectuó hace más de un millón de años y en todo caso hace más de 700.000 años.

El hecho es que hace unos 400.000 años el ser humano ya tenía un aspecto externo semejante al del hombre actual. Ello significa que el proceso evolutivo excepcional del mono al hombre tuvo lugar en un espacio de tiempo de extraordinaria brevedad, desde el punto de vista biológico, cuyas ver-

daderas razones no han sido establecidas hasta ahora, cosa que la misma ciencia admite.

Pero más que la cuestión sobre el momento en que se inició el proceso de hominización, es importante la cuestión sobre el cómo y el porqué de dicho proceso.

Otra pregunta: ¿Dónde están los restos óseos de aquellos monos, de los que más tarde surgió el hombre? Si bien han sido encontradas cantidades suficientes de restos óseos de monos, en los que puede reconocerse el proceso de formación del hombre, no se ha encontrado ni un solo resto óseo del cual se pueda afirmar con seguridad que se trataba de los antecesores de los hombres.

La mayor parte de los hallazgos de huesos de seres con rasgos humanos y fabricantes de utensilios proceden del Sureste de África, ante todo del desfiladero de Oldoway. En aquel mismo lugar se encontraron más tarde restos de aquellas mismas razas, pero cuyos cráneos, estructura ósea, mandíbulas y dientes ofrecían pequeñas variaciones: restos de monos que todavía no habían iniciado el proceso de hominización, es decir, que todavía no fabricaban utensilios.

De forma aparentemente lógica, se dedujo que tales monos habían vivido unos centenares de miles de años antes y eran los primitivos predecesores de los antropoides fabricantes de utensilios.

Sin embargo, la sorpresa fue mayúscula cuando, con ayuda de pruebas evidentes, hubo que admitir que tanto los seres productores de utensilios como sus supuestos antepasados, que todavía no los fabricaban, no sólo habían vivido en el mismo lugar, sino también al mismo tiempo.

Esto está en clara contradicción con la tesis de una evolución natural. Porque si una raza de monos inicia por un motivo natural un proceso evolutivo en dirección al hombre, entonces todos los miembros de esa raza que en determinado momento viven en el mismo lugar geográfico han de estar sometidos al mismo proceso. No concuerda con la evolución natural el que una parte de esta raza inicie de repente una

carrera de b6ldo hacia la formaci6n del hombre, adquiriendo inteligencia y facultades para la producci6n de utensilios, mientras que la otra parte, que vive al mismo tiempo y en el mismo lugar, contin6a siendo mono y se limita a contemplar con asombro la evoluci6n de los dem6s.

Lo sorprendente es que aquellos seres que no fabricaban utensilios desaparecieron sin rastro alguno, mientras que los fabricantes continuaron evolucionando. ¿Se extinguieron acaso por no ser lo suficientemente inteligentes para mantenerse con vida? ¿Es preciso convertirse en ser humano para no extinguirse? ¿C6mo es posible que no se hayan extinguido otras razas de monos, como los chimpanc6s, gorilas y orangutanes?

Luego se produjeron otras complicaciones de tipo semejante, que todav6a aumentaron la confusi6n. Tambi6n en el Sureste de Asia, en especial en la isla de Java, se han encontrado restos 6seos de otra raza de monos, que muestra a su vez los rasgos de la g6nesis del hombre y que igualmente fabricaba utensilios.

Y tambi6n all6 fueron encontrados restos de unos monos muy parecidos a los que no produc6an utensilios. Se supuso tambi6n en esta ocasi6n que se trataba de los antepasados de los monos fabricantes de utensilios.

Tambi6n en el presente caso qued6 demostrado de nuevo que, tanto los antropoides fabricantes de utensilios como sus pretendidos antepasados, vivieron en el mismo lugar y al mismo tiempo. Y aquellos que no estaban capacitados para la producci6n de utensilios, desaparecieron en brev6simo plazo.

En otras palabras: el enigma de 6frica se repiti6 en el Sureste de Asia.

Lo m6s sorprendente, sin embargo, es que los hom6nidos africanos y los de Java eran racialmente distintos y, por a6adidura, entre ambos grupos se hallaba el Oc6ano 6ndico con una extensi6n de varios miles de kil6metros.

¿Es posible que el milagro de la formaci6n del hombre —cuyas causas no han sido descubiertas a6un— haya podido

producirse dos veces? ¿Es posible que haya podido producirse al mismo tiempo y en dos puntos muy alejados entre sí? ¿Es posible que haya podido tener lugar a partir de dos razas de simios no emparentadas?

¿Cómo es posible que dos razas tan distintas pudieran evolucionar de forma paralela y en el mismo sentido hacia la formación del *homo sapiens*? Y ante todo: ¿Cómo es posible que en ambos puntos geográficos las dos razas antropomorfas convivieran subdivididas en dos grupos y en un mismo lugar, continuando una de las partes en un claro estado de simio, mientras que la otra parte había emprendido ya el camino hacia la hominización y se dedicaba a producir herramientas?

Los científicos no son capaces de explicar todos estos sorprendentes fenómenos. Y puesto que todo ello va en contra de la evolución natural que se empeñan en demostrar, se limitan a callar. Los científicos miden con gran afán huesos y dientes y estudian los más mínimos detalles, pero siempre pasan por alto los fenómenos decisivos cuando éstos parecen contradecir la teoría de la evolución natural y no pueden integrarse en el concepto prefabricado.

He aquí la cuestión decisiva del proceso evolutivo desde el simio al hombre: ¿Cuáles fueron las causas que originaron el proceso de hominización y por qué no actuaron también sobre todos los demás monos antropomorfos que vivían en los mismos lugares y al mismo tiempo que los antepasados simios del hombre?

La historia evolutiva de todas las razas de monos antropomorfos la conocemos gracias a los numerosos hallazgos, que nos llevan hasta unos 20 millones de años antes de nuestros días. Sabemos que tanto su constitución como su forma de vida eran muy parecidas y que, en el curso de millones de años, sufrieron lentísimos cambios en el marco de una evolución natural, sin que una sola de esas razas se entregara a un progreso dramático.

Sabemos también que, hace un millón de años, todas las razas de monos antropomorfos poseían aproximadamente el

mismo contenido craneal, de 400 a 500 cm³. No existía entre ellos ninguna raza superior con capacidades extraordinarias. El grado de inteligencia era casi el mismo en todas esas razas y era suficiente para cumplir con las condiciones básicas de una sana subsistencia.

Todas las razas de monos antropomorfos que todavía viven en la actualidad (chimpancés, gorilas y orangutanes) siguen detenidos en el mismo nivel evolutivo en el que se encontraban hace un millón de años. En el marco de la evolución natural han estado sujetos a un proceso tan lento como el de los precedentes veinte millones de años. Desde hace un millón de años, el contenido de sus cráneos sólo ha aumentado un 5 % y lo mismo podría afirmarse de su inteligencia.

Sólo ha habido una excepción, inexplicable hasta el momento: hace un millón de años, una especie de mono antropomorfo, cuya identidad no ha podido ser establecida, emprendió un rápido camino de avance. El cerebro y la inteligencia de esos simios aumentó con una velocidad única e incomparable en toda la historia natural. Mientras que el cerebro de esta raza aumentó en este último millón de años desde 400 cm³ hasta un promedio de 1.400 cm³, su inteligencia y memoria se incrementaron 100 o quizás 1.000 veces. También esta enorme diferencia entre el aumento del cerebro y el de la inteligencia es un fenómeno único en la naturaleza, en clara contradicción con todas las reglas de una evolución natural. Con razón se le considera como un fenómeno enigmático de la naturaleza, por lo que es muy comprensible que el hombre intente descifrar este milagro que le acaeció a él mismo.

Por ello es comprensible que el hombre quiera considerar natural la citada evolución. Cuando lo logre, no sólo podrá calificar de naturales todos sus actos y metas, esto es, acordes con el orden divino, sino que también podrá eliminar de paso sus crecientes dudas sobre la justificación de sus actos y aspiraciones, que él llama progreso.

También los científicos intentan describir por todos los medios este fenómeno único como una evolución natural. Al

hacerlo, actúan más bien bajo la presión del subconsciente que por un pensamiento consciente e imparcial. Esta tendencia recibe el apoyo de los teólogos de las diferentes iglesias, las cuales intentan desesperadamente fusionar la tesis de una evolución natural de mono a hombre con los dogmas religiosos, con el fin de que puedan subsistir la voluntad divina y, en consecuencia, el papel extraordinario del hombre.

Los científicos y las iglesias reciben también el apoyo de las llamadas instituciones oficiales. Así, pueden proclamar sin protesta alguna las mayores estupideces, mientras estén condimentadas con el suficiente número de incomprensibles extranjerismos, que suenen a lenguaje científico y demuestren una evolución natural.

Bajo la influencia de todas estas circunstancias nació la teoría universalmente aceptada sobre el origen del hombre, tan popular como ingenua.

Según ella, los antepasados del hombre eran monos antropomorfos. Vivían en la selva, en el mismo lugar donde también vivían sus más próximos parientes, los monos antropomorfos existentes todavía hoy en día. Debido a un cambio climático, la selva desapareció y se convirtió en estepa. En este nuevo ambiente, nuestros antepasados se vieron expuestos a numerosos peligros nuevos, para los cuales no estaban preparados. Entre los altos matorrales acechaban las fieras, pero incluso su diario alimento estaba oculto por las hierbas. Esta circunstancia les obligó a alzarse sobre sus patas traseras y caminar erguidos. De esta forma, lograron avistar con la suficiente antelación a sus enemigos ocultos entre los matorrales. Y, así, también les fue posible encontrar con mayor facilidad los alimentos que precisaban para su sustento. Incluso pudieron correr con mayor rapidez cuando alguna fiera salvaje les perseguía o cuando ellos mismos querían cobrar una pieza.

Una vez estos seres hubieron aprendido el modo de mantenerse erguidos y caminar sobre las patas traseras, se dieron cuenta de que les quedaban libres las manos. Ello les confirió la posibilidad de agarrar con ellas las cosas, examinarlas y ob-

servarlas, además de manipularlas. Aprendieron el pensamiento abstracto y comenzaron a transformar los objetos para adecuarlos a sus necesidades. De esta forma, elaboraron los primeros utensilios y armas que, aunque primitivos, les confirieron una superioridad frente a los animales. Se transformaron en cazadores, lo cual les permitió una mejor alimentación y cubrir sus cuerpos con la piel de las bestias. La utilización de herramientas y armas les dio nuevas ideas e inspiraciones, incrementó su capacidad mental, y así pudieron construir utensilios cada vez más complicados. Con la creciente inteligencia también aumentaba su sentimiento de responsabilidad social, que dio lugar, poco a poco, a la familia. Debido a las crecientes exigencias, que cambiaban cada vez que lograban mejoras en sus formas de vida, se vieron obligados a resolver constantemente nuevos problemas. Y ello les llevó, a su vez, a la ampliación de su inteligencia y a hacer nuevos descubrimientos.

Todo este proceso tuvo lugar a modo de reacción en cadena, que es el progreso en sí.

A ello había que añadir los usuales factores de evolución, tales como la selección natural y la adaptación a las exigencias del medio ambiente, que permitieron que el hombre fuera cada vez más inteligente, sano y moralmente responsable y mejor.

Este proceso, ideado «científicamente», había de demostrar al mundo que, a partir de un simio física y anímicamente sano había surgido el *homo sapiens*, mucho más evolucionado moralmente, capaz de aniquilar a sus congéneres con la bomba atómica y de disparar cohetes contra otros cuerpos celestes.

La teoría es una sarta de contradicciones, más fácil de rebatir que de inventar. Y es aún más fácil creer que Dios, creador del universo y de todos los demás seres vivos por obra de su magia instantánea, tuvo que formar al hombre personalmente con un trozo de tierra, dado que sus formidables artes ya se habían agotado.

Es seguro que los antepasados simios del hombre vivie-

ron en la selva, pero no solos, sino con otros monos antropomorfos parecidos, que todavía siguen viviendo hoy en día en estas selvas.

Si la selva hubiera desaparecido por razones climatológicas, no sólo habría desaparecido para aquellos simios que luego se transformarían en seres humanos, sino también para todas las demás razas de monos que vivían allí. Y entonces todos ellos, incluso los chimpancés, gorilas y orangutanes, se encontrarían trasplantados a la estepa. Y si alguna raza de simios se hubiera visto obligada a erguirse sobre las patas traseras, ya fuera por miedo ante las fieras o para poder alimentarse mejor, ¿por qué no siguieron el mismo proceso todos los demás monos? ¿Sólo hubo una raza que fuera tan temerosa y tan inteligente?

Si el caminar erguido era una forma de movimiento de importancia vital, no aprendida por los demás monos, ¿por qué no fueron exterminados éstos por las fieras y por qué no se extinguieron por inanición, puesto que es lógico suponer que también su alimento quedaba oculto por los altos matorrales?

¿Qué hierbas han sido plantadas aquí por los científicos? ¿Alguna hierba que tenga exactamente la altura de los ojos de un mono antropomorfo erguido sobre sus patas traseras? Como se sabe, la altura de los monos antropomorfos oscila entre 1 m. y 1,60 m. Por consiguiente, esa hierba ideal habría tenido que adaptarse siempre a la altura de los ojos de las respectivas razas de simios, porque de lo contrario no habría tenido ningún sentido el que caminaran erguidos. Y todo aquel que haya visto alguna vez una estepa, sabrá que esta estepa milagrosa sólo existe en la fantasía de ciertos científicos.

Por cierto que, según esta misma teoría, todos los demás bosques habrían tenido que desaparecer también, porque de lo contrario los monos se habrían retirado de ellos, con lo cual no podría seguirse adelante con la teoría de la evolución natural. De hecho, durante los últimos millones de años se sucedieron numerosos períodos de lluvia y de sequía, pero nunca murieron todas las selvas. Incluso durante los períodos más

secos, siempre hubo en la tierra más selvas que estepas, por lo que todos los monos habrían podido retirarse a las zonas boscosas subsistentes, con el fin de proseguir allí su ritmo de vida habitual.

¿Cómo es posible que eso lo hicieran todos los monos antropomorfos, a excepción de aquella raza de la cual había de surgir más tarde el hombre?

¿Acaso una única raza de monos prefirió vivir en una estepa reseca durante uno de esos supuestos períodos de sequía, para alimentarse allí bajo unos peligros mucho mayores que lo normal? ¿O acaso precisamente el futuro *homo sapiens* no era lo suficientemente inteligente para retirarse a los bosques? ¿Es posible que la vida esteparia pudiera ofrecer algunas ventajas que fueran capaces de atraer a determinada raza de simios hacia las estepas? ¿Cómo es que los demás monos antropomorfos no hicieron uso de ello? ¿Es posible que en las selvas surgieran de pronto determinados peligros que impulsaran a ciertos monos a huir de la selva para poder subsistir? Y en este caso, ¿por qué los demás monos que permanecieron en la selva siguieron con vida?

Incluso hay científicos que llegan a afirmar que el hombre, gracias al hecho de caminar erguido, es capaz de correr más rápido. Sería interesante que aquellos que afirman esto se vieran perseguidos alguna vez por un gorila enfurecido. Con las experiencias obtenidas así, se verían obligados a cambiar el texto de sus obras.

Tales científicos también silencian el hecho de que, debido al hecho de caminar erguido, el hombre ha perdido también la capacidad de trepar a los árboles. Si fuera verdad que aprendió a caminar derecho por miedo a las fieras, habrá que admitir que aprendió algo equivocado para olvidarse de algo necesario. Todavía hoy en día, el hombre trepa penosamente a los árboles cuando es atacado por un jabalí, un rinoceronte o un león, y daría mucho por poder hacerlo mejor y más rápido. Si el hombre perdió la citada capacidad precisamente en el momento en que más la necesitaba, no nos hallamos ante

una evolución natural, ante un progreso, sino ante un claro retroceso. Pero, como es de suponer, esta evidente pérdida de facultades tenía que ser declarada como progreso para poder coincidir con la teoría de la evolución natural.

Ya el mismo arranque de la teoría oficial de la evolución resulta completamente insostenible. Para esta teoría ideal, los científicos tuvieron que inventar una estepa-fantasma. También tuvieron que proyectar un mono incapaz de encontrar el camino hacia las selvas, obligado a encontrar entre los altos matorrales una piedra para fabricar con ella, a pesar de su alimentación vegetariana, un hacha capaz de matar a un cebrá. Con una extraordinaria fantasía, tales científicos logran incluso que todos aquellos monos que habían de continuar siendo monos, permanecieran en las selvas.

¿Qué relación existe entre las manos libres y el aumento de la inteligencia?

Sabemos que los monos homínidos estaban acostumbrados a una vida preponderantemente selvática y que todos ellos, incluso los antepasados del hombre, tenían manos con las cuales podían agarrar objetos y manipularlos.

Sabemos también que, al igual que hoy, el 70 % del tiempo lo pasaban en posición sentada, en la que las manos quedaban libres. Ni un solo mono necesitaba erguirse sobre las patas traseras para tomar en sus manos algún objeto. Muy al contrario: cuando se ponen de pie, se ven precisados a apoyarse sobre los brazos, con lo que se ven imposibilitados a llevar algo en la mano. Sabemos igualmente que los monos son animales curiosos, que toman en sus manos numerosos objetos para observarlos, haciéndolo casi siempre sentados. Su habilidad manual es tan enorme, que incluso son capaces de capturar y matar pulgas. Y, si tuvieran la inteligencia necesaria, todos ellos podrían convertirse en relojeros. Para darse cuenta de esta realidad, no es preciso graduarse en ninguna universidad, sino que es suficiente acudir durante una sola hora a un parque zoológico.

A pesar de poseer unas manos tan diestras y completa-

mente libres, durante los últimos veinte millones de años ni una sola raza de simios ha sentido el impulso de construir aunque sólo fuera el más elemental instrumento. Así pues, si hay quien afirma que las manos libres son el motivo para el aumento de la inteligencia y la fabricación de utensilios, ¿cómo es posible que todas estas posibilidades quedaran adormecidas durante 20 millones de años en todas las razas de monos? ¿Y por qué todavía siguen adormecidas en los actuales monos antropomorfos, que tienen todos ellos las manos libres?

¿Por qué el maravilloso efecto de las manos libres había de producirse hace sólo un millón de años y tan sólo en una única raza, que más tarde daría lugar al hombre? ¿Por qué no se produjo también en todos los demás monos antropomorfos, que hace un millón de años poseían exactamente el mismo volumen cerebral que los antepasados del hombre? ¿Por qué no imitaron por lo menos lo que vieron hacer a sus más próximos parientes?

¿Acaso es cierto que las manos libres no son suficientes para adquirir unas capacidades especiales para pensar, y que para esto también es imprescindible caminar erguido?

No, tampoco esto es cierto. Si algún hombre o mono ha de realizar un trabajo psíquico mediante un proceso de concentración mental, intentará hacerlo sentado, puesto que entonces este proceso mental resulta mucho más fácil que al caminar o estando derecho. En efecto, estas dos últimas posturas gastan energías, que disminuyen la reserva energética del cuerpo y del cerebro, lo cual frena la capacidad para pensar.

La mayor parte de las ideas del hombre, en especial las de mayor trascendencia, nacieron estando el individuo sentado o acostado.

Los monos gibbon también son antropomorfos. Pasan mucho tiempo sentados y, siempre que caminan, lo hacen erguidos, quedando sus manos completamente libres. A pesar de ello, su capacidad intelectual no es mayor que la de los gorilas, los cuales se ven obligados a apoyarse en los puños para poder caminar. Muy al contrario, estuvieron y siguen estando

en el más bajo nivel de inteligencia de los monos antropomorfos.

De aquí se deduce que las manos libres y la postura erguida al caminar, e incluso ambos fenómenos emparejados, no conducen a un incremento de la inteligencia. Una afirmación de este tipo es pura invención.

¿Qué dicen los científicos acerca de la caza y el consumo de carne? Todos los monos antropomorfos fueron y son exclusivamente herbívoros. Existen muy pocas especies de monos (la mayoría *no* antropomorfos) que ocasionalmente comen gusanos, ratones y otros animales pequeños. También los antepasados del hombre fueron vegetarianos y sólo se convirtieron en carnívoros *durante el proceso de transformación* en ser humano. Esto ocurrió hace un millón de años y, además, casi de golpe, sin mediar apenas un período de transición.

La ciencia ve en ello una evolución natural y considera que la condición carnívora es un signo de inteligencia desarrollada e incluso de progreso, puesto que la carne procuraba al hombre un alimento más «fácil» y «mejor».

Este cumplido lo agradecen especialmente los lobos y los gatos monteses, que ya eran carnívoros varios millones de años antes.

¿Qué significa el que el semi-hombre o semi-mono vegetariano lograra alimentarse «mejor» al convertirse en carnívoro? ¿Acaso no estaba suficientemente alimentado con anterioridad? En este caso, todos los demás monos también habrían estado subalimentados, y lo seguirían estando hoy, puesto que continúan siendo herbívoros. ¿Cómo es posible que todos los monos sean cien veces más sanos que cualquier raza humana, a excepción de aquellos que viven en los parques zoológicos? ¿O acaso todos los animales herbívoros se equivocan de alimentación por no ser lo suficientemente inteligentes para comer carne? ¿Es posible que una inteligencia superior necesariamente lleve consigo el comer carne? ¿Qué grado de inteligencia han de alcanzar para ello en el marco de una evolución

natural? ¿Cuándo comenzarán las vacas a morder y los elefantes a comer carne?

Y además, ¿por qué el comer carne se convirtió para los antepasados del hombre en una alimentación más fácil? ¿Desde cuándo resulta más fácil dar muerte a una gacela o a un bisonte que arrancar un fruto de un árbol?

Está comprobado que todas las razas de animales herbívoros han podido solucionar todos sus problemas alimenticios sin tener que transformarse en carnívoros. ¿Acaso los antepasados del hombre no poseían la suficiente inteligencia para ello? En este caso, el proceso de transformación en seres carnívoros no fue consecuencia de su inteligencia, sino de su estupidez. ¿Y cómo es posible que precisamente los monos antropomorfos más tontos se hayan transformado en seres humanos? ¿Por qué se afirma que la transformación en seres carnívoros es un síntoma de inteligencia superior?

Nunca hubo razones que obligaran a una raza de monos herbívoros a convertirse en carnívora, cosa que afirman algunos científicos. En la tierra, la reserva de plantas siempre ha sido superior a la de animales y siempre hubo más animales herbívoros que carnívoros. Si no fuera así, hace tiempo que la tierra ya no estaría poblada por animal alguno.

En la actualidad, la tierra está poblada por unos 3.000 millones de seres humanos, quienes podrían alimentarse de forma completamente vegetariana, a pesar de que ahora ha disminuido bastante la reserva de vegetación. Todavía hoy en día varios cientos de millones de seres humanos se alimentan de forma vegetariana, pero no porque sean menos inteligentes o no tengan a mano carne, sino porque han comprendido que la forma vegetariana de alimentación es la forma original, unida a muchas ventajas.

El cambio de alimentación se produjo en el hombre en el primer estadio de su evolución y en un espacio de tiempo brevísimo, de la noche a la mañana. Esto es un fenómeno totalmente innatural, que no tiene nada que ver con una evolución natural ni con una inteligencia superior.

Todas las teorías citadas son altamente contradictorias y han sido presentadas bajo el manto de un dudoso vocabulario técnico a un público hambriento de la confirmación de su misión divina, pero que interiormente la pone cada vez más en duda.

Si todas las teorías son falsas, ¿cuál es la verdad?

Si los investigadores no se hubieran limitado siempre a buscar las coincidencias entre el mono y el hombre, sino en fijarse en las diferencias más evidentes, seguramente habrían hecho mayores progresos. Pero en lugar de ello, siempre se alegran con desmesura cuando encuentran algo nuevo que el hombre y el mono tienen en común.

Las diferencias físicas y mentales más características son las siguientes:

Los monos antropomorfos tienen todo el cuerpo cubierto de pelo, mientras que el hombre lo ha perdido en el proceso de su génesis. De esta forma se ha visto obligado a sustituirlo por una vestimenta artificial, pues de lo contrario no habría sobrevivido.

Las hembras de los mamíferos, inclusive de los monos antropomorfos, poseen un dispositivo adecuado para dar a conocer el período de su fertilidad. Durante este período el órgano sexual femenino aumenta y cambia de color, además de expeler una sustancia olorosa. El animal macho sólo se une con la hembra cuando es excitado por tales signos. También los antepasados del hombre poseían estos signos sexuales, que sin embargo desaparecieron durante el proceso de conversión en ser humano. El hombre y la mujer incluso pueden ser excitados sexualmente y unirse, aunque ésta ya no muestre los citados signos.

Los monos antropomorfos eran y continúan siendo lo suficientemente inteligentes para realizar todas las tareas necesarias para la subsistencia. También los antepasados del hombre poseían una capacidad intelectual suficiente para ello. Pero en el último millón de años se ha producido un fabuloso incremento de su inteligencia, a pesar de que la naturaleza no haya

planteado ninguna tarea nueva a los antepasados del hombre ni a las demás razas de monos. Este enorme aumento de inteligencia se produjo por lo tanto sin razón alguna y en contra de las reglas de la naturaleza, por lo que tampoco era necesario para una sana supervivencia. Por el contrario, este cambio constituyó la razón de la disarmonía entre las necesidades físicas y mentales, con lo que el hombre perdió su natural equilibrio entre cuerpo y espíritu. Como puede comprenderse, esto no es una evolución hacia la perfección ni conduce a un estado de felicidad, por lo que tampoco está en armonía con el orden cósmico.

Nadie niega que el antepasado del hombre estuviera cubierto por un manto de pelo. Antes del nacimiento, todo embrión humano está recubierto de pelo, que pierde antes o poco después de nacer. Lo que queda es un vello delgado y degenerado, incapaz de suplir las funciones de un manto completo de pelo. En algunos casos muy excepcionales, hay personas que nacen con una fuerte mata de pelo, que cubre el cuerpo en parte o en su totalidad y que conservan durante toda su vida. La aparición de signos típicos de nuestros antepasados, perdidos durante el proceso de evolución, recibe el nombre de atavismo. En este caso, el citado atavismo es la más clara prueba de que los antepasados del hombre eran unos animales cubiertos de pelo.

¿Cuál es la función de una capa de pelo? Protege del frío, pero también de los fuertes rayos solares y del calor. Ayuda a mantener la temperatura del cuerpo a unos 36°C, pues tanto para la producción de calor como para la refrigeración se consumen energías. El pelo aísla el cuerpo del mundo exterior y cuida de que no esté expuesto a unas oscilaciones de temperatura demasiado grandes. Ello ahorra energías, que pueden ser empleadas para otras funciones fisiológicas y para combatir bacterias productoras de enfermedades. Ésta es una de las razones de que los animales, por regla general, resistan mejor las enfermedades que el hombre.

Cuando un hombre con el cuerpo desnudo y sudoroso está

expuesto a una corriente de aire, enferma y su médico dirá que se ha resfriado. En este caso, el cuerpo ha consumido una cantidad excesiva de sus energías en un espacio de tiempo muy corto para sustituir el calor perdido. Las reservas energéticas ya no bastan entonces para combatir las bacterias del cuerpo. Y el hombre enferma debido a estas bacterias, pero no a causa del frío. Ahora bien, un hombre desnudo puede enfermar igualmente si se expone largo tiempo a los fuertes rayos solares. Su cuerpo gastará en este caso demasiadas energías para equilibrar la alta temperatura exterior y también aquí existirá el peligro de que las bacterias que siempre están presentes ataquen sus órganos internos.

El pelo natural permite una evaporación lenta de los líquidos que eliminan los poros de la piel. Una evaporación demasiado rápida desembocaría en un enfriamiento precipitado, con lo que el cuerpo se vería expuesto de nuevo a un desgaste excesivo de energías para la producción de calor, y las reservas energéticas ya no bastarían para cumplir con las funciones fisiológicas normales. La piel del hombre elimina de uno a cuatro litros diarios de líquido, que deben evaporarse en la medida justa para que la temperatura del cuerpo y la humedad de la piel correspondan siempre a las necesidades biológicas. Esta función, sin embargo, sólo la podría realizar la capa de pelo natural. Ninguna vestimenta artificial es capaz de ello.

El pelo natural es al mismo tiempo el mejor vestido, puesto que concede total libertad de movimiento, sin frenar en modo alguno la circulación de la sangre. También esto es una importante premisa para conservar la salud física y mental. Cuando la circulación de la sangre es frenada, esto sobrecarga el corazón y dificulta el abastecimiento de sangre al cuerpo, inclusive al cerebro. Ésta es la causa de numerosas enfermedades, aunque sean diagnosticadas de forma diferente.

Una vestimenta rígida y apretada disminuye en grado insospechado la capacidad mental y produce estados anímicos indeseados, incluso impaciencia, irritabilidad y agresividad. Eso

lo notan claramente quienes llevan zapatos demasiado estrechos.

Por otra parte, el pelo natural protege de los rasguños y golpes. No se desgasta nunca, puesto que se va renovando. Las puntas naturales del pelo sólo mueren y caen en la medida necesaria para regular la longitud del pelo. Esta longitud y la densidad se regulan incluso de acuerdo con las condiciones climáticas cambiantes.

La vestimenta artificial, por el contrario, se rompe, se desgasta y se ensucia, por lo que ha de ser lavada y cambiada.

Una de las principales funciones del pelo del cuerpo es la limpieza automática de la piel y del mismo pelo. El sudor disuelve la suciedad que recubre la piel y va subiendo literalmente a lo largo del pelaje. Una vez llegado a las puntas del pelo, se seca y cae en forma de polvo. En cualquier mono que viva en libertad, se podrá observar siempre una piel sana, limpia e inodora, a pesar de que nunca se baña.

En el caso del hombre, sin embargo, sin una higiene artificial siempre aparecerá sucio y oliendo mal, dado que el sudor y la suciedad quedan sobre su piel, donde se pudren. Está obligado a lavarse a menudo, pues si no lo hiciera así, no sólo olería mal, sino que incluso padecería las más diversas enfermedades de la piel. Pero a pesar de la limpieza a la que se somete, no es tan limpio como un mono libre, aunque desde tiempos inmemoriales utiliza sustancias aromáticas para eliminar u ocultar el sudor y la suciedad de la piel.

La vestimenta artificial no limpia la piel. Por el contrario: debido a los vestidos, el sudor es retenido en gran parte sobre la piel o se pega a las ropas, donde se descompone y excita la piel.

Debido a su color, el pelo del cuerpo también ofrece un camuflaje óptico, una seguridad adicional frente a los ataques de animales hostiles. Ese camuflaje tuvo especial importancia en la época en que el hombre perdió su pelo natural. Pero incluso hoy en día, el hombre se viste con ropas de camuflaje cuando caza animales o cuando, bajo una psicosis mórbida

masiva y periódicamente repetida, efectúa campañas colectivas de asesinatos planificados contra sus congéneres, a las que denomina guerras.

El pelo también protege de la lluvia. El agua se escurre hacia afuera sobre los filamentos cubiertos de grasa, o bien se evapora en el cálido colchón de aire formado por el pelo. Si bien la vestimenta artificial también puede ser impermeable, en este caso tampoco deja pasar el aire y perjudica a la salud.

Por consiguiente, el pelo natural es un vestido perfecto e insuperable, casi totalmente al servicio de la salud. El ser humano perdió el pelo y tuvo que sustituirlo por medios artificiales. Este sucedáneo no sólo es incompleto, sino que al mismo tiempo es causa de numerosos daños físicos y mentales.

La pérdida del pelo tuvo lugar muy pronto, todavía en un estado semi-animal, cuando las capacidades intelectuales del semi-hombre todavía no podían crear ningún sucedáneo. Ello ocurrió en un momento en que supuestamente estaba exilado en una estepa, donde soplan vientos fuertes, donde las noches son frías y donde tenía que camuflarse ante los animales salvajes.

El hombre nunca ha podido eliminar los efectos que la vestimenta artificial producen en la salud. Su primer vestido todavía fue el mejor sucedáneo: utilizó materias vegetales y pieles de animales, con las cuales fabricaba unas vestimentas amplias y no ajustadas. De esta forma no obstaculizaba demasiado sus movimientos y daba lugar a una capa de aire entre la piel y el vestido, que regulaba relativamente bien la temperatura del cuerpo y la evaporación del sudor.

Como consecuencia del creciente ocaso espiritual, en el curso del tiempo sus obras le merecían más importancia que él mismo. De esta forma, el hombre subrayó también en su vestimenta los aspectos externos en detrimento de la utilidad, la salud y la comodidad. Así dio lugar a insospechados daños físicos y mentales.

En consecuencia, como la pérdida del pelo natural sólo

tuvo para el hombre desventajas y ni una sola ventaja, se vio obligado a sustituir precariamente lo perdido, pues de lo contrario no hubiera podido subsistir.

A pesar de todos estos daños, nada ha impedido a ciertos científicos afirmar que todos estos defectos mórbidos son la consecuencia lógica de una evolución natural, sin demostrar nunca ni una sola ventaja.

Algunos «científicos» incluso creen posible que la pérdida del pelo se desencadenara por unos pretendidos «mecanismos de selección sexual». Según esto, el ideal de belleza de los monos se convirtió de repente en unas monas desnudas, y éstas eran las únicas fecundadas.

Pero esto no es todo. Algunos llegan a afirmar con toda seriedad que este nuevo estado fomentó en gran manera la inteligencia, dado que la fabricación de vestidos incrementa la inteligencia y significa un progreso.

Según esta teoría, puede decirse que es una auténtica suerte que el hombre haya perdido algo que le era útil y que ahora se vea obligado a sustituirlo con el sudor de su frente. Todo ello puede encontrarse en libros «científicos», escritos por «especialistas», y leídos crédulamente por un público «ilustrado».

En cualquier otro animal, una pérdida semejante o incluso menos grave, significaría para estos mismos científicos un desarrollo equivocado, opuesto a la evolución natural. Pero dado que esta pérdida la sufrió el ser humano, se sienten obligados a invertir la verdad.

¿Qué razones aducen los científicos para la pérdida del pelo? Una de sus tesis dice que el hombre primitivo no tenía necesidad del abrigo de pelo en los trópicos ni en regiones más frías, por lo que lo perdió por vía natural. No se dice si ello ocurrió a consecuencia de la creciente inteligencia, pero se insinúa. En todo caso, se afirma que se trataba de un paso adelante en el marco de la evolución natural. Sin embargo, nadie explica por qué desde los más remotos tiempos el hombre se ha visto obligado a proporcionarse vestidos, pues en-

tonces tendría que aceptarse que la desnudez es un falso desarrollo y una enfermedad. Ello invalidaría todas las obras escritas sobre la evolución del hombre.

Se afirma también que el antepasado del hombre tenía miedo de las fieras, por lo que se erguía sobre sus patas traseras para poder descubrir a sus enemigos entre las altas hierbas. Como es lógico, precisamente para esto habría necesitado un buen camuflaje, que perdió justo en aquel período.

Otros científicos se preocupan menos por las causas y llegan a la siguiente conclusión: el hombre primitivo comenzó a vestirse y de esta forma el pelo resultó superfluo, degeneró y desapareció. Pero nadie nos explica por qué un ser entre mono y hombre comenzó de pronto a utilizar vestidos, a pesar de tener pelo que le cubría el cuerpo. Durante 20 millones de años, este vestido natural le confirió suficiente protección. También esta teoría considera el vestido artificial como un signo de progreso, pero con una argumentación contraria.

En un caso, la inteligencia produce la desnudez, en otro caso la desnudez da lugar a la inteligencia.

Ahora bien, todavía existen otras muchas tesis sobre la pérdida del pelo. El hombre perdió su vestido natural por selección natural. El pelo producía resistencia contra el aire al correr. Dado que el hombre se veía obligado continuamente a escapar de las fieras o a perseguirlas, sólo sobrevivían quienes tenían menos pelo, puesto que al producir menor resistencia al aire, podían correr más. Esta selección natural duró hasta que todos los hombres quedaron desnudos. Sin embargo, ningún científico nos explica *dónde* escondían esos hombres la cabeza peluda cuando corrían. Según esta teoría, el hombre había de convertirse en un vehículo de carreras de línea aerodinámica, superior a los animales cubiertos de pelo. Pero no ocurrió nada de esto, pues a pesar de su pelaje, los lobos y tigres son más rápidos. Y sin embargo, se empeñan en pintarnos al perdedor como vencedor.

En el proceso de la evolución natural, la pérdida del pelo no puede tener ninguna relación con el aumento de la inteli-

gencia. Y, del mismo modo, un estado mórbido duradero tampoco puede ser consecuencia de este incremento de inteligencia. El hombre podría tener la misma inteligencia o más si tuviera un abrigo natural, que en su estado de desnudez. A buen seguro, también gozaría de mejor salud.

La otra gran desventaja surgida durante el proceso de formación del hombre, fue la pérdida de los signos sexuales de la mujer. Éstos aparecen en el mono antropomorfo una vez al mes y sólo duran unos pocos días. Con ello, se consigue que el animal macho sólo gaste sus energías sexuales cuando resulta posible la fecundación. En caso contrario, siempre habría entre los machos de una horda de simios una lucha continua por las hembras, lo que daría lugar a actividades sexuales desenfrenadas y sin razón biológica.

Esta situación iría en detrimento de la constante y necesaria vigilancia frente al mundo hostil que rodea a la horda y tampoco habría suficiente tiempo ni fuerza para buscar alimentos. Cualquiera que fuera el animal, una situación de este tipo le conduciría finalmente a su extinción.

¿Tenía el mono antropomorfo que más tarde se convirtió en hombre este dispositivo tan importante y protector de la especie? Sí, lo tenía. Si no fuera éste el caso, se habría extinguido siendo todavía mono. En algunas razas humanas primitivas de las islas del Pacífico, que comenzaron el proceso de transformación en hombre cientos de miles de años más tarde, algunas mujeres todavía poseen huellas degeneradas de tales signos sexuales, que reaparecen todavía con mayor frecuencia como atavismos.

El ser humano perdió este dispositivo fisiológico tan importante *durante el proceso de su formación*. Esta pérdida puede ser de vital importancia en un próximo futuro. Si los signos del período conceptivo todavía existieran, podría evitarse la superpoblación de la tierra mediante un control natural de nacimientos.

También esta pérdida fue un duro golpe para el ser convertido ya en hombre. Puesto que el impulso de satisfacción

sexual no disminuyó en el hombre, se unió al principio al azar y en cualquier momento con cualquier mujer. Ello fue la razón de una activación antinatural de la vida sexual y de una continua lucha a muerte entre los hombres. Aquel período fue uno de los más peligrosos en la historia de la humanidad, pues por entonces amenazaba la extinción o la autodestrucción del género humano.

Pero dado que en aquella época el nuevo ser ya disponía de una mayor capacidad mental, pudo salvar a su especie de la extinción mediante una disposición artificial: a cada hombre se le asignaban una o varias mujeres para su uso exclusivo, al tiempo que se le prohibía mantener relaciones sexuales con otras mujeres. De ahí nació la institución del matrimonio, que hoy en día sigue siendo una medida de emergencia tan incompleta como entonces.

Con ello, el mono polígamo, que antes se unía con todas las hembras de la horda que mostraban los signos de la fertilidad, se encadenó a sí mismo. La ruptura de la norma era castigada severamente, incluso con la muerte.

¿Puede perderse por evolución natural esta función fisiológica vital, que ha de ser sustituida por una norma artificial e imperfecta para que el género humano no se extinga? No, tampoco esto tiene nada que ver con una evolución natural.

Ahora bien, ¿es la pérdida de un dispositivo tan importante de la vida sexual una de las premisas para la adquisición de una inteligencia superior? O bien, ¿acaso una inteligencia superior causa la pérdida de un dispositivo fisiológico tan importante?

La adquisición de una inteligencia superior en el curso de un proceso evolutivo natural no puede estar unida nunca a la pérdida de unos mecanismos útiles. Y la pérdida de un dispositivo fisiológico importante tampoco puede ser condición previa para el aumento de la inteligencia. Por consiguiente, tampoco esta pérdida tiene nada que ver con la evolución natural, con la inteligencia y con el progreso, sino que es algo innatural y perjudicial.

Sin embargo, todo ello no impide a los científicos afirmar que esta ausencia, que hizo precisa una regulación artificial, es el resultado de una evolución natural, y pretender que la solución de emergencia del matrimonio es signo de una alta inteligencia. La ciencia no quiere pecatarse ni sacar consecuencias del hecho de que el hombre sólo acepta a disgusto las reglas establecidas, a pesar de ser necesarias.

El ser humano se rebela constantemente contra las reglas que se ha impuesto a sí mismo. El hombre cambia sus mujeres y mantiene prostíbulos. Pero si las reglas de limitación fueran consecuencia de una evolución natural y una inteligencia superior, entonces el hombre se estaría rebelando contra sus propios adelantos y su propia inteligencia.

Ahora bien, ningún ser vivo de la tierra se rebela contra su evolución natural o sus consecuencias. De esta forma, si el hombre implantó algo contra lo que se rebela de tanto en tanto, no ocurrió porque fuera más inteligente, sino porque se vio obligado a ello por una situación de emergencia.

La vida sexual del ser humano se ha convulsionado. Esto no es signo de una evolución natural, sino, por el contrario, un proceso innatural cuyas graves consecuencias todavía no ha comprendido el hombre y que ni tan sólo presiente.

El tercer fenómeno es el inmenso y rápido crecimiento del cerebro humano y el incremento todavía mucho mayor de la inteligencia.

Por principio, todo ser vivo sólo dispone de aquellos mecanismos y capacidades que precisa para su conservación y la de su especie. Ello se refiere tanto a sus características físicas como espirituales.

Si una especie no cumple tales requisitos, está condenada a la extinción. Los antepasados del hombre, al igual que sus más próximos parientes, todos los demás monos antropomorfos, cumplían al principio los requisitos básicos para una vida sana. Tenían todos aproximadamente el mismo contenido craneal y poseían la misma inteligencia. Vivían al mismo tiempo en las mismas zonas geográficas y bajo las mismas condiciones

climatológicas. El alimento de todos ellos también era el mismo: frutos, plantas y raíces. Apenas se diferenciaban en su modo de vida. Incluso sus enemigos eran los mismos.

Así pues, ¿para qué necesitaba una inteligencia superior el animal que luego se convertiría en ser humano? ¿Era preciso este incremento de inteligencia para la conservación de la especie? ¿Habría quedado extinguida la especie sin este aumento intelectual? ¿Acaso la naturaleza había planteado unos problemas nuevos y muy especiales, que sólo podían ser resueltos mediante una inteligencia mayor?

Como se ha dicho ya, la naturaleza no planteó ningún problema nuevo. Si así hubiera sucedido, también se habrían visto afectados todos los demás monos antropomorfos y también habría aumentado en la misma medida su grado de inteligencia. Ahora bien, en los demás monos no ha tenido lugar este fenomenal aumento de inteligencia y, a pesar de ello, no se han extinguido, sino que siguen viviendo completamente sanos y con muchas menos preocupaciones que el hombre. Éste ha ido adquiriendo en el último millón de años un exceso de capacidades mentales, que no sólo no necesita para conservar la vida, sino que de continuo le deparan nuevos y mayores problemas y preocupaciones, que no ha logrado solucionar hasta el momento actual. Muy al contrario: cada vez se crea mayor número de problemas difíciles, cuya solución da lugar a otros todavía más complicados. Por lo tanto, se ve incapaz de escapar a esta diabólica espiral. Lo más sorprendente es que el ser humano sufrió el aumento de inteligencia simultáneamente con la pérdida de los dos dispositivos físicos vitales ya descritos.

Las leyes de la evolución natural no sólo enseñan que ningún ser vivo pierde sus mecanismos naturales, sino también que nunca puede adquirir unas facultades que no precisa para el cumplimiento de las condiciones de vida.

El extraordinario incremento del volumen del cerebro y de la inteligencia nos prueban, sin embargo, que tuvo lugar un exceso. Una evolución natural no puede tener como conse-

cuencia un exceso de inteligencia. Si, a pesar de todo, se produjo, acompañado de unos fenómenos físicos deficitarios y antinaturales, todo ello sólo pudo ser consecuencia de una intervención artificial.

Contamos, pues, con tres claros indicios que prueban la falsedad de la evolución natural: la pérdida del pelo del cuerpo, la pérdida de los signos sexuales y el exceso de inteligencia. Tanto el déficit como el exceso constituyen estados mórbidos.

Ningún ser vivo podría soportar la pérdida de dos mecanismos físicos tan útiles, si no se crearan formas artificiales de compensarlo, puesto que la pérdida de uno solo de ellos ya bastaría para aniquilar toda la especie.

Este ser posee, sin embargo, un exceso de cerebro e inteligencia, que le posibilita corregir elementalmente dos fenómenos de carencia mórbida.

En toda la Tierra sólo existe una especie de este tipo, el ser humano. Se trata del ser más joven. Desde la adquisición de su nueva consciencia, se pregunta con temor, confusión y duda: ¿De dónde vengo? ¿Qué soy? ¿A dónde voy?

Estas preguntas estaban y continúan estando plenamente justificadas. El hombre siente que ha perdido el equilibrio entre la mente y el cuerpo. Buscaba y sigue buscando la verdad sobre sí mismo, lo perdido, a pesar de no saber qué ha perdido y por qué.

Bajo estas premisas desaparecen todas las ilusiones sobre el hombre, sobre su origen y sobre sus metas. Con excesiva fantasía se erigió un castillo en el aire que ahora ha quedado derrumbado; la verdad siempre creída ha quedado sin fundamentos. En efecto, el hombre no nació en concordancia con los principios de este universo, sino que actuó en contra de este orden y se hizo a sí mismo.

En consecuencia, el hombre se convirtió en un ser física y mentalmente enfermo. Está flotando en el turbulento océano de la incertidumbre, cuyas olas ha provocado él mismo. Los botes de salvamento que se está construyendo de conti-

nuo bajo el pretexto de su progreso, no son más que diminutas cañas de paja a las cuales se aferra con desesperación, pero que no son capaces de mantenerlo a flote. Y vendrá el día en que tampoco habrá ya para él pajas ni botes de salvamento.

III. LOS CRÁNEOS VACÍOS

Un mono descubrió que el consumo de cerebro fresco de sus congéneres aumenta los impulsos sexuales. Él y sus descendientes se viciaron e iniciaron la caza de cerebros. Sólo más tarde se dieron cuenta de que con ello aumentaba su inteligencia. El resultado de este proceso es el homo sapiens.

El término de «sistema nervioso central» se aplica al cerebro mismo y a la red nerviosa conectada a él. El cerebro lleva a cabo múltiples funciones y no sirve exclusivamente para pensar.

El ser humano todavía sabe muy poco acerca del funcionamiento de su cerebro. Conoce las diferentes partes que lo integran y que desempeñan

distintas funciones. Sabe que el cerebro no sólo controla acciones conscientes y voluntarias, sino también otras de tipo inconsciente y automático, como la digestión, el crecimiento, las secreciones glandulares, la formación de la sangre y todo cuanto es preciso para la conservación de la vida.

Estas funciones son tan complejas que el hombre todavía tardará mucho tiempo para poder explicarlas, aunque sólo sea de forma aproximada. Incluso la formación de una idea y la misma memoria son fenómenos todavía no explicados. El querer conocer el proceso del pensamiento con ayuda de un proceso mental es tan imposible como quererse levantar a uno mismo.

Ahora bien, ha quedado demostrado que en el cerebro

determinadas sustancias químicas reaccionan mutuamente según un sistema todavía no descifrado. Debido a ello, se producen impulsos y órdenes, que regulan de forma armónica las funciones vitales. Sin embargo, no sabemos lo que son impulsos y órdenes. Desconocemos su origen y sus efectos.

En todo animal, las funciones físicas e intelectuales son dirigidas armónicamente por el cerebro, de forma que en los órganos no se produzcan deficiencias ni excedentes.

Dado que al principio del proceso de formación del hombre aparecieron fenómenos de grave deficiencia en el crecimiento del pelo y en la vida sexual y, por otra parte, excesos infundados de cerebro e inteligencia, es preciso que nos preguntemos:

¿También están sometidos al control del cerebro el crecimiento del pelo, la vida sexual y la inteligencia?

La inteligencia, la capacidad de pensar y la memoria se encuentran localizadas en determinadas partes del cerebro. El crecimiento del pelo y la vida sexual, así como otras muchas funciones fisiológicas, están controladas por una de las más importantes glándulas del cerebro: la hipófisis. Esta glándula del tamaño de una nuez se encuentra en la parte inferior del cerebro, a la altura de la nariz.

Si en el ser humano se han producido los fenómenos arriba citados, de carácter único y contrarios a la naturaleza, sólo pudo haber sido por una interferencia del aparato de control (el cerebro) en su función primitiva. ¿Es posible que el hombre haya manipulado conscientemente su cerebro siendo todavía animal y alterando de esta forma su funcionamiento normal? Si se lograra demostrar esta intervención artificial, podrían quedar explicados en su totalidad los fenómenos anómalos que contradicen la evolución natural y que son únicos en la naturaleza.

En efecto: el animal que más tarde se iba a convertir en hombre, había manipulado conscientemente su cerebro. El ser humano es el único animal terrestre que ha matado a sus congéneres con la finalidad de consumir sus cerebros. Los

antepasados del hombre comenzaron esta práctica hace más de un millón de años y la siguieron ininterrumpidamente durante todo el proceso de formación del hombre, a lo largo de un millón de años.

¿Qué impulsó a los monos antepasados del hombre a esta práctica y por qué la prosiguieron en su condición de seres humanos?

El mono antropomorfo del cual nació el hombre, descubrió que el consumo del cerebro de sus congéneres incrementaba sus estímulos sexuales. Acabó viciándose y se dedicó a la caza de cerebros. Sólo más tarde se dio cuenta de que el consumo de cerebros también tenía como consecuencia un aumento de su inteligencia.

El deseo de un mayor deleite sexual y el deseo posterior de ser más inteligente, llevó al hombre a intensificar el canibalismo.

El proceso de formación del hombre se inició, por consiguiente, con el consumo de un cerebro y prosiguió de forma continuada a lo largo de toda la historia evolutiva del género humano.

Al comer el cerebro, el hombre consumía también las sustancias concentradas contenidas en él. De esta forma, tanto su propio cerebro como su capacidad intelectual aumentaron en unas dimensiones superiores a lo normal. Así nació el exceso de inteligencia, biológicamente infundada, que más tarde se convirtió en un estado mórbido.

Con ello quedaron destruidas al mismo tiempo las funciones del sistema nervioso central, originalmente equilibradas. La hipófisis, que controla entre otras cosas el crecimiento del pelo y la vida sexual, fue la más afectada.

Debido a la continua adquisición de sustancias cerebrales, había quedado desequilibrada la distribución de hormonas y otras secreciones. Por consiguiente, tuvo que crearse un nuevo sistema de distribución. Ésta fue la causa de algunos fenómenos de deficiencia física, como la pérdida del manto de pelo y de los signos de fertilidad en las hembras. El

resultado de todo ello es un ser física y mentalmente enfermo, en contradicción consigo mismo y con la naturaleza, que ni siquiera se conoce o se entiende a sí mismo.

La enorme discrepancia entre su aspecto casi invariable y la inteligencia tan incrementada, obliga al hombre a nuevos actos contrarios a la naturaleza y conducentes hacia su propia destrucción. Y a todo este proceso enfermizo lo denomina *progreso*.

Su orgullo, el enorme cerebro, es tan sólo una glándula artificialmente hiperdimensionada y enfermiza. Desde la aparición del canibalismo, la mente del hombre ha ido trastornándose cada vez más y se acerca inexorablemente a ese estado extremadamente peligroso en el que el hombre, a modo de genial loco, se destruirá a sí mismo.

Este *homo sapiens* intenta explicar su estado enfermizo único y su origen como el resultado de una evolución natural programada por Dios. Y esto lo quiere demostrar con ayuda de todos los medios y todas las teorías imaginables.

La verdad puede parecer horrenda a la humanidad, pero ésta debe sacar las consecuencias y redescubrir esta verdad que la ciencia ha considerado hasta ahora como imposible, tachándola de superstición: que la inteligencia es comestible. La memoria es comestible. Los conocimientos concretos también son comestibles. El ser humano nació por canibalismo.

La ciencia no se ha atrevido a investigar el canibalismo, dado que el sentimiento de culpabilidad inconsciente y heredado, que existe en todas las personas debido al canibalismo, la ha apartado de este tema.

Cuando los navegantes europeos descubrieron hace 500 años nuevos continentes al ir en busca de oro y riquezas, encontraron también seres humanos de aspecto diferente. En casi todas las razas, y especialmente entre las que habitaban el hemisferio meridional, descubrieron una costumbre cruel. Unos hombres mataban a otros para comerse las cabezas de sus adversarios. A esta costumbre se la llamó *canibalismo*.

Cuando los invasores colonizaron los nuevos territorios,

prohibieron el canibalismo y declararon que se trataba de un rito insensato y supersticioso, sin haber investigado previamente sus causas y motivos. Ahora bien, a pesar de todas las prohibiciones y de los duros castigos, el canibalismo siguió practicándose en secreto. Todavía hoy en día es practicado en algunas zonas del Sur-Este asiático, del África central, de Suramérica y de Oceanía.

Con esta prohibición, aquellos que se arrogaban el papel de gendarmes mundiales, consideraban zanjada la cuestión.

Cuando hace unos 150 años dio comienzo la investigación detallada sobre el origen del hombre, fueron encontrándose restos óseos cada vez más antiguos y de unas características sorprendentes. En aquellos hallazgos, cuyo origen se remontaba a unos 50.000 años atrás, por regla general sólo se encontraron cráneos y restos craneales humanos, sin el correspondiente esqueleto. También es significativo que en la mayoría de los casos en que fueron encontrados esqueletos con su respectivo cráneo, éste aparecía separado del cuerpo. Casi todos los cráneos aparecieron abiertos a la altura de la nariz. A menudo pudo comprobarse también que el contenido del cráneo había sido raspado con ayuda de utensilios afilados, dado que a pesar de los muchos años transcurridos, todavía podían verse en las paredes internas signos evidentes de haber sido raspadas. Ello parece demostrar que los caníbales no comían el cuerpo del hombre sacrificado, sino que por regla general se limitaban a consumir los cerebros.

Como muestran todos estos hallazgos, los cráneos vaciados no ofrecen más desperfecto que el de la ya citada horadación artificial.

Ahora bien, en otros hallazgos anteriores, procedentes sin duda alguna de los más antiguos y primitivos semi-hombres, aparecieron unos fenómenos todavía más sorprendentes: a falta de instrumentos apropiados, los cráneos no habían sido abiertos a la altura de la nariz, sino que habían sido cascados como una nuez. Ello demuestra que los caníbales no utilizaron los cráneos vacíos para ningún fin, sino que únicamente querían

obtener el cerebro. Sólo en períodos posteriores, una mayor inteligencia y mejores herramientas posibilitaron la horadación pericial del cráneo, que se realizaba desde la parte anterior, a la altura de la nariz, o bien desde abajo, en el tronco de la columna vertebral, a pesar de que hubiera sido mucho más fácil abrir el cráneo desde arriba o por la parte posterior. Ahora bien, la principal glándula craneal (la hipófisis) se halla inmediatamente detrás de la nariz.

Un hecho importantísimo es que tanto el primitivo semi-hombre como los seres humanos posteriores no canibalizaron nunca cráneos que no fueran los de sus congéneres. Sorprende bastante que en numerosas cuevas en donde habitaban los antepasados del hombre hayan sido descubiertos más cráneos que otros restos óseos humanos. Sólo cuando las circunstancias lo permitían, un cadáver cobrado se llevaba a la vivienda. Sólo en estos casos se consumía también el resto del cuerpo, concediéndose especial atención a la médula. Los huesos han sido encontrados fracturados.

Cualquier investigador podrá confirmar que casi todos los cráneos humanos de más de 50.000 años de edad encontrados hasta ahora fueron canibalizados. Y los cráneos de 300.000 años y más fueron canibalizados en su totalidad, excepto aquellos esqueletos en que se ha podido comprobar de forma inequívoca que la muerte tuvo lugar al quedar sepultado el individuo por un desplazamiento de tierras o por inmersión. Esto es, en aquellos casos en que el cadáver no era asequible a nadie.

Todos los hallazgos prueban también que se canibalizaban cráneos humanos de cualquier edad y de ambos sexos. Algunos detalles también indican que incluso se consumía el cerebro de los individuos fallecidos de forma natural y de los familiares, como por ejemplo en el sinantropo, antecesor de la raza china.

Los resultados obtenidos hasta ahora en las excavaciones demuestran de forma inequívoca que el canibalismo se inició simultáneamente con el inicio del proceso de formación del hom-

bre. Ni antes ni después. Del mismo modo ha quedado comprobado por todos los investigadores, incluso por aquellos que insisten en la evolución natural del hombre, que todas las razas humanas y los antepasados simiformes de todos los continentes eran caníbales sin excepción.

Cierto es que hace unos 40 a 50.000 años el canibalismo disminuyó en gran medida. Ahora bien, algunos hallazgos nos muestran que el canibalismo se practicaba hasta hace 4.000 años en el propio continente euroasiático, aunque de forma cada vez más esporádica. Algunos casos aislados de canibalismo tuvieron lugar en Europa Occidental hasta el año 1800 de nuestra era, y en los Balcanes incluso en el siglo pasado.

Hoy en día, el canibalismo todavía se practica de forma secreta en Malaya, Borneo, Indonesia, las Filipinas, Nueva Guinea, África Central y en algunas tribus indias de Suramérica. En todas aquellas zonas donde los indígenas todavía viven aislados de otras civilizaciones, como ocurre en algunas partes de Nueva Guinea y en las selvas de Suramérica, el canibalismo sigue practicándose de forma abierta y completamente libre. A los miembros de las expediciones que eventualmente penetran en tales territorios, no se les quitan sus pertenencias, sino sólo sus cabezas, mientras los cuerpos de las víctimas no se tocan para nada.

Entre los científicos existen diversas opiniones sobre los motivos del canibalismo, pero todas ellas tienen en común su falta total de fundamento, al igual que ocurre con todas las teorías hasta ahora aceptadas sobre el origen del hombre. La mayoría de los científicos pasan sencillamente por alto el canibalismo.

¿Por qué? Porque el canibalismo siempre produce en el subconsciente del hombre un sentimiento de culpabilidad que se ha ido transmitiendo a través de las generaciones. En consecuencia, bajo la presión de este sentimiento de culpabilidad y de forma instintiva, el hombre huye de este fenómeno y no quiere relacionar bajo ninguna circunstancia su origen de hombre con la práctica del canibalismo.

Los pocos investigadores que se ocupan del canibalismo, afirman por regla general que éste fue originado por el hambre. De esta forma, esos llamados «científicos» presuponen que todos los animales de nuestro planeta fueron lo suficientemente inteligentes para poderse alimentar como de costumbre en las épocas de escasez, a excepción del ser más inteligente, el hombre. Incluso llegan a hablar de épocas periódicas y continuadas de hambre en toda la tierra y a buen seguro opinan que nuestros antepasados vegetarianos fueron incapaces de encontrar plantas, frutos y otros animales, por lo que se vieron obligados a comerse a sus propios congéneres.

¿Por qué los demás monos y restantes animales herbívoros no se vieron afectados igualmente por estos períodos de hambre y por qué no se comían mutuamente? ¿Por qué las cebras no comían a las cebras y los elefantes a otros elefantes? ¿Acaso pudieron retirarse estos animales a unas zonas donde todavía existían plantas y frutos? ¿Por qué nuestros antepasados no se dirigieron también a esas zonas? ¿Acaso no poseían la suficiente inteligencia para ello? ¿Es que este período de hambre duró un millón de años, justificando así la continua sucesión de cráneos canibalizados?

En las cuevas habitadas de la prehistoria se han podido encontrar numerosos restos óseos de los más diversos animales, desde la rata hasta el oso, de los que sólo un 2 % corresponden a restos humanos, en su mayoría cráneos. Este 2 % no pudo ser el motivo para que el hombre comiera a sus congéneres en todo el planeta, con el fin de no morir de hambre.

Ninguna de esas teorías es capaz de explicar por qué todavía hoy en día el hombre caza al hombre en Borneo y Nueva Guinea, en unos parajes exhuberantes y ricos en caza. Y menos aún puede explicar por qué, tanto hace un millón de años, como en la actualidad, los caníbales supuestamente hambrientos dejan intacta la carne del cuerpo para consumir exclusivamente el cerebro.

Un considerable número de «científicos» de amplia audiencia piensa que el canibalismo no es sino el rito supersticioso.

e insensato de una primitiva fe religiosa. Y lanzan su aserto sin haberse dignado nunca hablar con un caníbal sobre el tema.

Ahora bien, dado que todas las razas humanas sin excepción alguna y en todos los puntos del globo y en todas las épocas han sido caníbales, debería deducirse de ello que la humanidad entera tuvo a lo largo de varios milenios una religión uniforme, basada en una superstición totalmente insensata. En otras palabras: lo que no consiguieron Lao-Tse, Buda, Cristo, Mahoma y otros fundadores de religiones, dar una religión universal a la humanidad, lo consiguió hace un millón de años un mono. ¿Y esta misma superstición/insensata, relacionada con tantos asesinatos y sufrimientos y con el peligro de ser canibalizado uno mismo, había de ser tan buena y atractiva para poder florecer a lo largo de un millón de años y continuar viva actualmente en determinados lugares?

Una teoría de tales características «religiosas» sólo pudo haberse engendrado en las mentes de algunos ignorantes, que no se dan cuenta de que las distintas razas de Borneo, las Filipinas, Nueva Guinea y América del Sur, que todavía siguen siendo caníbales en la actualidad, rinden culto a diferentes religiones y, a pesar de ello, canibalizan a sus congéneres en la misma forma como lo hicieran antaño todas las razas humanas.

¿O acaso habría que interpretar esta teoría en el sentido de que existían miles de religiones diferentes, pero que todas ellas tenían en común la matanza continuada e insensata de los congéneres, que culminaba con el consumo del cerebro?

Estos teóricos, sin haber comido jamás el cerebro crudo del hombre o del mono, afirman también que el cerebro es un manjar delicioso que sedujo al hombre a golosinear. Ahora bien, la realidad es que el cerebro crudo es una masa elástica e insípida, que no puede ser considerado como una golosina por ninguna raza de monos.

Puesto que el canibalismo se inició cuando el hombre todavía se encontraba en el estado de mono, cuando este ser

todavía tenía un contenido craneal de sólo 400 cm³, cabe plantearse la siguiente pregunta:

¿Cómo es posible que un mono invente una religión íntimamente relacionada con el asesinato ritual de sus congéneres y el consumo del cerebro? ¿Y cómo esta fe insensata, con sus rituales supersticiosos, puede ser aceptada como buena por el hombre ya inteligente y pervivir a lo largo de un millón de años, a pesar de que los caníbales actuales practican las más diversas religiones?

Si el hombre ha asesinado durante tan largo tiempo a sus congéneres para comerse sus cerebros, debió haber notado determinadas ventajas. De lo contrario, el hombre habría sido desde un principio el ser más estúpido de la Tierra.

Si el canibalismo hubiera comenzado a practicarse en un estadio ya avanzado de la formación del hombre, cuando éste ya poseía un cerebro más desarrollado y confuso, podría creerse que actuó por alguna idea fija. Pero dado que el canibalismo se inició en estado todavía animal, no puede tratarse de un acto insensato y sin efecto puesto que ningún animal hace algo que no le reporte ventaja. Así pues, todas las teorías científicas del hambre y del rito pueden ser consideradas con razón como absurdas.

Ahora bien, ¿cuál fue la auténtica razón que impulsó a un mono vegetariano a comerse el cerebro de un congénere y que ha mantenido viva esta extraña práctica a lo largo de un millón de años, hasta llegar a nuestros tiempos?

La sexualidad.

Cuando un animal consume el cerebro fresco de un congénere, se incrementan sus impulsos sexuales. Lleva una vida sexual más activa.

Para darse cuenta de ello, no hay que ser inteligente ni ser partidario de determinada religión o superstición. Basta que la casualidad o la necesidad lleve a un ser a comer el cerebro fresco de un congénere para notar los citados efectos.

El primer ser humano fue aquel mono que por vez primera consumió el cerebro fresco de un congénere. Los pri-

meros hombres se convirtieron en caníbales por obsesión del sexo. El canibalismo y la formación del hombre se iniciaron al mismo tiempo. *El canibalismo es la causa de la evolución del hombre.*

Los primeros monos caníbales no pudieron saber al principio que el consumo de cerebro no sólo estimulaba sexualmente, sino que también aumentaba las capacidades intelectuales. Este incremento de la inteligencia sólo lo percibieron más tarde. Pero por desgracia también se dieron cuenta de que esta práctica aumentaba la inteligencia de forma continua, de modo que los efectos permanentes se heredaban. También se percataron de que los efectos eran mucho mayores si se consumía el cerebro de aquellos congéneres que ya habían adquirido inteligencia adicional por el mismo método. En consecuencia, el cerebro de los propios caníbales se convirtió en una sustancia cada vez más codiciada. De este modo se explica que en tiempos posteriores el canibalismo se practicara exclusivamente entre los propios caníbales. Todos los homínidas que no practicaban el canibalismo fueron dejados en paz como objetos sin valor, por lo que siguieron siendo monos.

Los efectos sexuales después del consumo de un cerebro fresco aparecen de inmediato, pero también desaparecen con la misma rapidez. Estos estímulos sexuales fugaces llevaron al hombre a continuas acciones bélicas contra sus congéneres, con el fin de satisfacer su avidez de sexo, lo cual les llevó simultáneamente a un *permanente* desarrollo de la inteligencia.

La hiperalimentación forzada con sustancias cerebrales obligó a la hipófisis, encargada del equilibrio fisiológico, a establecer un nuevo sistema distributivo en el cuerpo, contrario al sistema natural. Las consecuencias visibles fueron, ante todo, la pérdida del pelo del cuerpo y la desaparición de los signos de fertilidad en las hembras.

Con la desaparición de los signos sexuales femeninos, decreció la cifra de nacimientos. Por otra parte, el canibalismo mismo dieztaba la población. Por consiguiente, el género humano estaba en peligro de extinción. Con el fin de evitar esto,

tuvo que ser intensificada la vida sexual, con el fin de que por lo menos uno de los muchos intentos de fecundación resultara positivo.

Para el canibalismo, esto significaba echar leña al fuego. En efecto, sólo mediante un incrementado consumo de la droga sexual que era el cerebro, era posible obtener las fuerzas sexuales necesarias para aumentar la población.

Los hombres se diezmaban mutuamente porque querían multiplicarse con mayor rapidez. Paradójicamente, el aumento de la natalidad a consecuencia del consumo de cerebro quedó eliminada en gran parte por el mismo canibalismo. El resultado fue que el género humano sólo pudo multiplicarse de forma muy lenta y a menudo la población iba decreciendo.

No debe olvidarse que las hembras de los monos antropomorfos sólo pueden dar a luz un total de tres crías, y en algunas razas un máximo de seis durante toda la vida. Esto mismo era al principio con el hombre. Si con un crecimiento tan pequeño de la población todavía se practicaba el canibalismo, es comprensible que todo el género humano estuviera expuesto constantemente al peligro de la autodestrucción.

La insuficiente descendencia produjo depresiones anímicas en las hembras, que instigaron a los hombres para que éstos realizaran campañas bélicas de tipo canibalístico y celebraran banquetes de cerebros.

Más tarde, las mujeres estaban presentes en las danzas rituales que precedían a estas cacerías humanas, para dar valor a los hombres. Esto todavía ocurre hoy día en todas partes donde se sigue practicando el canibalismo. Las mujeres incluso se niegan a casarse con aquellos hombres que todavía no han consumido ningún cerebro humano, dado que temen que en estas condiciones un hombre no podría fundar una familia numerosa y descendientes sanos.

Ahora bien, como a consecuencia del canibalismo también crecía el cerebro y aumentaba la inteligencia, apareció una nueva causa para su práctica. El canibalismo ya no se realizaba únicamente por razones sexuales, sino también para aumen-

tar la inteligencia. Pero el motivo de la fertilidad todavía siguió dominando.

Algún lector crítico se preguntará si la inteligencia de un mono basta para desear un incremento de la sexualidad y para emprender algo tendente a producir de forma repetida tales sensaciones. En Nepal, en Cachemira y en Afganistán crece en las laderas del Himalaya una planta que los indígenas llaman *saladin*. Antes de que se secan las tierras entre Persia y Egipto, esta planta también crecía en los países ribereños del Mediterráneo. Se cosecha anualmente y los vendedores ambulantes nepaleses la venden en toda la India, Persia y Afganistán. Esta droga afrodisíaca se mezcla a menudo con plantas medicinales y minerales en miel, para ser consumida de este modo.

Su efecto sobre la vida sexual y sobre la memoria sólo es fugaz y tiene que ser consumida de forma repetida. Tan pronto como la planta madura, ha de ser cosechada, pues el hombre tiene unos rápidos competidores: los monos. También ellos consumen esta droga, lo cual demuestra que son conscientes del sexo y que su inteligencia es lo suficientemente amplia para reconocer los efectos de la planta y producirlos de forma consciente. Sin embargo, esta droga no ha logrado que ninguna raza de monos se convierta en más inteligente, dado que los efectos de la planta sobre la vida sexual y la inteligencia son fugaces y no hereditarios.

Si bien es cierto que algunos científicos se ocupan del problema del canibalismo, nunca han dado con sus auténticas causas.

¿Qué es lo que dicen los caníbales mismos acerca de su práctica? Dado que hoy en día el canibalismo está prohibido en casi todas partes y sólo se practica en secreto, resulta extremadamente difícil obtener informaciones auténticas sobre él. Ahora bien, el motivo principal de este silencio no es la prohibición. Desde un principio, el ser humano considera este acto como un pecado. Mata a unos congéneres completamente inocentes y desconocidos con el solo fin de satisfacer sus im-

pulsos sexuales. Debido a este crimen y debido a un sentimiento de culpabilidad heredado y subconsciente, también considera el mismo acto sexual como pecado.

El canibalismo siempre se ha practicado en comunidad y unido a un ritual, con el fin de que el asesinato pareciera siempre como una complicidad casi permisible. Este sentimiento de culpabilidad es la principal razón del silencio de los caníbales.

A pesar de tales dificultades, me ha sido posible hablar con varias personas que habían sido caníbales o bien descendientes directos de aquéllos. Estos últimos, que habían sido instruidos por sus padres acerca del canibalismo, son menos reservados y hablan con mayor libertad.

En las islas entre Java y Nueva Guinea, donde el canibalismo fue prohibido hace sólo 80 años, pero donde sigue practicándose en secreto, no está relacionado con acciones bélicas. Sencillamente se da muerte a los hombres viejos poco antes de su muerte natural y con el beneplácito de sus hijos. El sacrificio tiene lugar al atardecer, durante alguna reunión alegre, sin que la víctima sepa lo que le espera. Un amigo del hijo le asesta el golpe mortal por la espalda. El cadáver es descuartizado inmediatamente, luego se le hierva un poco y se consume acto seguido. La cabeza jamás se hierva y pertenece a los jóvenes amigos de los hijos, quienes comen el cerebro crudo. A continuación siguen como órganos más codiciados el corazón y el hígado, reservados a los hombres. La musculatura del tórax y del abdomen se reserva a las mujeres. Los niños reciben las manos y los pies, para obtener mayor destreza. El resto del cuerpo se quema.

Todo ello tiene lugar en una ceremonia estrictamente ritual. Mediante unas oraciones se invita a los espíritus protectores de la casa y del pueblo para que ahuyenten a los espíritus malos. Al mismo tiempo se efectúan danzas religiosas.

Para la realización de esta antropofagia se siguen determinadas reglas:

Sólo se utilizan los cuerpos de hombres física y espiritualmente sanos. Antes del sacrificio, la víctima tiene que haber comido mucho e ingerir una bebida alcohólica fermentada. Se le da muerte con un puñal de bambú y en algunos casos con un puñal de hierro. Ahora bien, el cerebro nunca puede entrar en contacto con un objeto metálico. Ha de ser sacado del cráneo con la ayuda de una cuchara de bambú, para ser consumido en estado fresco y todavía caliente.

La antropofagia sólo puede efectuarse cuando la luna se halla en su cuarto creciente, preferentemente poco antes de la luna llena. Los caníbales afirman que durante la luna creciente todas las fuerzas inmateriales del hombre suben hacia la cabeza y que entonces también es mayor el efecto del cerebro para el que lo consume.

En este aspecto se siguen los mismos principios que en la agricultura. Todavía hoy en día los campesinos saben que la siembra cunde más durante la luna creciente y que un árbol debe ser injertado en este período, pero nunca se le debe podar, porque sus fuerzas vitales invisibles emanarían muy pronto a través de los cortes, atraídas por la luna.

Los objetos metálicos y especialmente el hierro no pueden entrar en contacto con el cerebro ni ser acercados a él, dado que los metales emiten radiaciones que actúan de forma negativa sobre todo lo orgánico. Los caníbales afirman que dichas radiaciones incluso disminuyen los efectos del cerebro sobre la inteligencia y sobre sus demás propiedades.

A principios del canibalismo, el hombre todavía desconocía los metales. Utilizaba piedras, madera y sus propios dientes para matar y escarbar los cráneos. Cuando algunos cientos de miles de años más tarde descubrió los metales y comenzó a fabricar utensilios metálicos para la caza, se dio cuenta de que éstos alteraban los efectos del cerebro consumido, por lo que volvió a los utensilios de piedra y madera.

Los caníbales poseen hoy en día armas y herramientas de metal. Pero no las utilizan nunca cuando se dedican a canibalizar una cabeza. Incluso subrayan que el cerebro debe ser

consumido en estado todavía vivo, antes de que hayan escapado de él todas sus fuerzas secretas.

Preguntando el por qué siempre se consume el cerebro de un hombre anciano, las respuestas son todas idénticas: los ancianos son sabios. Poseen esta sabiduría por haber comido ellos mismos muchos cerebros de otras tantas personas, con lo cual reúnen a lo largo de su vida numerosas experiencias. Saben qué árbol ha de ser talado, y de qué forma, para poder construir una buena casa. Saben incluso qué maderas deben aplicarse horizontalmente y cuáles verticalmente, con el fin de que los malos espíritus y las enfermedades no penetren en la casa. Saben también cómo se entablan amables relaciones con los buenos espíritus para obtener y conservar el favor de éstos para la familia y la tribu. De igual modo saben cómo pueden alejarse los malos espíritus y el aire portador de enfermedades. Conocen numerosas medicinas y oraciones capaces de curar. Son capaces de transmitir su propia fuerza y salud a los débiles y enfermos. Saben cómo puede contemplarse el alma de un hombre y descubrir la bondad y la maldad. Por ello son también buenos jueces. Ven el futuro y saben qué peligros se avecinan para su pueblo, por lo que pueden advertir a tiempo a los suyos. También poseen la capacidad de hablar con los dioses. Será pues un pecado dejar perder tantas cualidades preciosas.

Quien coma el cerebro de uno de estos hombres, no sólo aumenta su inteligencia, sino que al mismo tiempo adquiere todos los conocimientos secretos del muerto. Incluso llega a conocer todas aquellas cosas que el viejo ya había olvidado, pues tan pronto como su saber pasa al cerebro de un hombre más joven, los conocimientos olvidados reviven. El joven que consume este cerebro, también adquiere mayor salud y es capaz de tener una familia sana y numerosa y vivir largos años.

Entre los caníbales puede considerarse feliz aquel joven que posee numerosos amigos, con lo cual tiene a menudo la posibilidad de comer el cerebro de ancianos padres. Porque

cuantos más cerebros se consuman, mayor es el aumento de los conocimientos.

«Los cerebros sólo los deben comer los hombres, porque sería una lástima que los degustara una mujer, que de todas formas no podría llegar a ser tan inteligente como el hombre. Incluso podría enfermar o enloquecer.»

Esto me lo dijo un caníbal en una isleta cercana a Timor, en cuya tribu la antropofagia sólo se practicaba con ancianos a punto de fallecer de muerte natural. Todos los miembros de esta tribu son personas dulces, amables y pacíficas, con una cultura antiquísima y muy desarrollada.

Entre los *batak* de Sumatra, los *dayak* y los *murut* de Borneo y otras muchas tribus de Nueva Guinea, donde no se sacrifican los varones ancianos, sino que los fuertes y sanos guerreros dan muerte a sus víctimas durante las ocasionales cacerías, todavía entra en juego otra motivación: la vitalidad sexual del hombre. Aquél que gracias a su habilidad y valor tiene la posibilidad de consumir a menudo el cerebro de otros hombres, adquiere sabiduría, fuerza, destreza, valor y actividad sexual. Tiene capacidad para engendrar numerosos hijos sanos e inteligentes.

En tales cacerías humanas sólo participan guerreros jóvenes, ya estén casados o, salidos ya de la pubertad, hayan sido declarados mayores de edad en una ceremonia especial. Todos los ancianos imposibilitados para la procreación quedan automáticamente excluidos del consumo de cerebros.

Todo joven soltero, pero ya iniciado, que logre por su propio valor comer una o varias veces cerebro humano, goza de gran prestigio y tiene derecho a desposarse con la mejor novia. Con el tiempo podrá ocupar su lugar en el consejo de los guerreros y quizá llegue a ser jefe de la tribu. Como es lógico, su prestigio entre las mujeres es enorme, y es así como las mujeres animan a los varones a tomar parte en las cacerías humanas y en la antropofagia.

Los citados caníbales también afirman que no sólo reciben la sabiduría y la salud física de la víctima, sino también el

valor y arrojo de éstas. En consecuencia, el éxito es mayor cuando la víctima es un valeroso guerrero o, incluso, un cacicilla.

Las acciones guerreras son precedidas por largos y complicados preparativos. Los hombres se provocan una psicosis de agresividad mediante bailes rítmicos y el consumo de bebidas alcohólicas. Las mujeres, que forman un corro en torno a los hombres, excitan a éstos mediante palmadas rítmicas y movimientos o gritos eróticos. Antiguamente, la ceremonia preparatoria se realizaba con gran estrépito y se anunciaba con redobles de tambor. Ello tenía por objeto que el enemigo se enterara del inminente ataque y tomara a su vez las medidas pertinentes mediante bailes y bebidas fermentadas. Se creía que de esta forma los hombres aumentaban sus energías y su valor. Comidos en este estado, el valor y las energías se transmitían al consumidor. Este es el origen de la declaración de guerra, que hoy parece tan ilógica y contra-productiva.

Las cacerías de hombres sólo se efectuaban cuando la luna se encontraba en una fase favorable. Cuando algún miembro de una tribu enemiga era capturado fuera de estas acciones bélicas, se le dejaba con vida hasta poco antes de la luna llena. A estos prisioneros se les alimentaba muy bien y antes de darles muerte se les administraban bebidas fermentadas. Tampoco en estos casos el cerebro podía entrar en contacto con metales.

Cada cerebro lo comían siempre varios individuos. Participaban en estos banquetes por orden estrictamente jerárquico. Incluso estaba fijado quién podía comer cada una de las partes del cerebro, pues cada una de ellas posee distintos valores y efectos. La distribución se realizaba siempre por orden de valentía (según quién hubiera dado el primer, segundo y tercer golpe de lanza). Este complicado ritual está basado en experiencias que se remontan a varios miles de años. El primer guerrero podía comer la parte más efectiva del cerebro con la hipófisis, por lo que el vaciado del cráneo se iniciaba

detrás de la nariz. Quienes le seguían, habían de conformarse con las partes menos valiosas.

Ahora bien, todo esto no sucede en alguna parte recóndita de la selva y entre tribus «salvajes», ni pertenece a un pasado remoto. Los banquetes de carácter canibalístico todavía se celebran hoy en día y en ellos incluso toman parte individuos que han recibido educación en las escuelas misioneras cristianas y que se visten como cualquier europeo. De tiempo en tiempo se lee en los periódicos que en algunas revueltas políticas incluso participan voluntariamente ciertas tribus primitivas. Y cuando éstas combaten al lado de un gobierno político izquierdista y se comen a sus oponentes, entonces puede leerse en los periódicos occidentales que los comunistas son antropófagos. Por el contrario, cuando los caníbales de Borneo luchan al lado de un llamado gobierno democrático y se comen a los chinos, se dice que los bravos anti-comunistas no hicieron más que expresar su justificada cólera y sus profundos sentimientos patrióticos.

En realidad, sin embargo, ninguno de estos caníbales tiene el más mínimo interés político, sino que se aprovecha de tales acciones bélicas para consumir cerebros, por las mismas razones que impulsan a la humanidad a realizar este acto desde hace un millón de años: para el incremento de la vitalidad sexual y de la inteligencia.

El canibalismo todavía subsiste hoy en día bajo una forma especial en el Sudeste de Asia y en China. La vieja amenaza «me comeré tu corazón» no es mera palabrería. Desde tiempos inmemoriales existe en aquellas tierras la creencia (desaparecida ya en Europa) de que el consumo de corazones humanos produce ventajas físicas y espirituales. Debido a ello, todavía hoy en día se comen los corazones de los soldados enemigos en algunas partes de Extremo Oriente.

Durante la Segunda Guerra Mundial, cuando las tropas chinas expulsaron del país a los japoneses, los soldados y oficiales chinos todavía comían ocasionalmente los corazones de los soldados japoneses muertos en la batalla. Los corazones

frescos se cortaban en forma de cubitos y se hervían levemente en agua, para ser consumidos al instante. Con ello, los consumidores querían adquirir propiedades como la firmeza y la fidelidad, facultades mentales e inteligencia. Algunas personas que habían tomado parte en tales comidas, entre ellas también oficiales y personas cultas, me confirmaron que habían notado los citados efectos.

Hoy en día también subsiste una forma más suave y permitida del canibalismo, que se practica en África, Sureste de Asia, China Meridional, Taiwan y en algunas islas limítrofes: el consumo de cerebros frescos de monos, incluso en restaurantes al efecto. En esta especie de canibalismo se llevan a cabo los mismos preparativos que en el caso de los cerebros humanos. También en este caso el cerebro sólo se come cuando la luna se halla en su cuarto creciente, poco antes de la luna llena. No pueden acercarse objetos metálicos al mono, dado que las radiaciones de aquéllos ejercerían una influencia negativa sobre el sistema nervioso central. Así pues, el mono se conserva en una jaula de madera y poco antes de sacrificarlo se le da de beber una bebida alcohólica y un puñado de nueces, para aumentar la actividad de su cerebro. El cráneo es horadado con ayuda de una piedra o un martillo de madera, pero en absoluto con un objeto metálico. El cerebro se come inmediatamente en estado fresco con una cuchara de bambú o de porcelana.

Este cerebro es elástico y viscoso, apenas masticable. Es insípido, pero debido a la sangre tiene un gusto algo dulzón. En modo alguno es un manjar exquisito, por lo que los consumidores acompañan la ingestión de cerebro con bebidas alcohólicas. En tales banquetes sólo toman parte los hombres, ya que incluso en estos casos se subraya que los efectos sobre la inteligencia son permanentes. El cuerpo del mono se desecha, a excepción de las manos y los pies, que se hierven y se dan de comer a los niños, pues la tradición dice que aumentan la destreza y fortalecen los pulmones.

Los científicos también rechazarán todo esto como un rito

supersticioso e insensato, o bien como una comida motivada por el hambre.

Según mis propias experiencias, al cabo de unas veinte horas después del consumo del cerebro aparece una sensación de calor en el cerebro, una especie de leve presión. Al cabo de 28 horas el cuerpo entero se siente invadido por una renovada vitalidad con fuertes estímulos sexuales.

La forma más suavizada de canibalismo, descrita anteriormente, puede considerarse como un resto del auténtico canibalismo, a consecuencia del cual un mono normal tuvo una evolución equivocada, con un cerebro más inteligente, que hoy en día se autodenomina *homo sapiens*.

Entonces, si el canibalismo aumenta la inteligencia, la actividad sexual y la fertilidad, debemos preguntarnos por qué el hombre ha abandonado el canibalismo.

El consumo de cerebro aumentó el volumen de su propio cerebro en una medida muy superior a lo que le permitía la capacidad del cráneo. De esta forma, el cerebro se veía expuesto a una creciente presión, cada vez más peligrosa con el correr del tiempo. Sucedieron casos de una enfermedad cerebral semejante a la epilepsia, con estados de locura intensa, que el hombre atribuyó acertadamente al aumento de volumen del cerebro. El hombre se dio cuenta de que ello era consecuencia del canibalismo, por lo que se vio obligado a dejar de comer cerebros.

Esto ocurrió hace unos 50.000 o 60.000 años. Por entonces se llevaron a cabo los primeros ensayos para aminorar la presión ejercida por el cráneo sobre la masa del cerebro. Por regla general se recurría a una deformación del cráneo. Si ello no era suficiente, se perforaba la bóveda craneal. Ahora bien, no todos estos ensayos se vieron coronados por el éxito, por lo que el canibalismo intensivo fue desapareciendo gradualmente en el continente eurasiático y en otras regiones. Desde entonces sólo es practicado de forma esporádica. La sociedad condenó el canibalismo, ante todo para evitar la difusión de las enfermedades mentales de carácter epiléptico.

El diluvio, ocurrido hace unos 40.000 a 50.000 años, también contribuyó al fin del canibalismo en Eurasia. Astrónomos, filósofos y videntes habían predicho el diluvio en la zona de Mesopotamia y de la India. Puesto que también ellos condenaban el canibalismo, pero les faltaban los medios adecuados para extirparlo, proclamaron que el anunciado diluvio era el castigo de Dios por el asesinato de hombres, por el canibalismo.

Muchas personas de las mencionadas regiones lograron sobrevivir y quedaron convencidas de que Dios las había castigado por el asesinato de sus congéneres, tal como lo habían afirmado los filósofos.

Las leyendas de numerosos pueblos, como por ejemplo la tradición judía recogida posteriormente en la Biblia de los cristianos, confirma tales extremos. Según ellas, Dios se dolía de haber creado al hombre, ya que éste manifestaba cada vez mayor maldad. Dios quiso eliminar al hombre mediante el diluvio, pero luego le perdonó la vida. Noé, profeta y dirigente espiritual de su pueblo, agradeció a Dios que él y tantos de los suyos sobrevivieran a la catástrofe. En aquel momento, Dios cerró un pacto con la humanidad y dio a ésta nuevas instrucciones. Entre otras cosas, ordenó:

«Quien vierta sangre humana, deberá perder su propia sangre por mano de otros hombres.»

Por aquel entonces la nueva ley era necesaria y bien fundamentada. En aquella época, en efecto, el asesinato colectivo para satisfacer el canibalismo estaba tan generalizado y se practicaba de forma tan impune como en la actualidad sigue impune el asesinato masivo por la conquista de pozos petrolíferos o de «zonas de influencia».

La nueva ley castigaba el asesinato de seres humanos y, en consecuencia, la práctica del canibalismo.

Todo esto ocurría hace unos 40.000 o 50.000 años, cuando el contenido craneal del hombre había aumentado ya de los 400 cm³ originales al actual volumen de unos 1.400 cm³. Los resultados irrefutables, obtenidos en todas las mediciones

realizadas, demuestran que el cerebro humano ya no ha aumentado de volumen en los últimos 50.000 años.

¿Qué dice la ciencia acerca de la súbita desaparición del canibalismo en amplias zonas del globo? Afirma que el hombre había llegado a un mayor grado de madurez moral y de responsabilidad, por lo que dejó de practicar el canibalismo. Esta teoría viene a decir que el canibalismo es la premisa para alcanzar la madurez moral del hombre. Y, por añadidura, viene a decir que todos los monos antropomorfos y demás animales han alcanzado esta madurez moral sin tener que pasar por el estadio del canibalismo.

Por otra parte, este hombre supuestamente mejor ha matado muchísimos más congéneres en las guerras de los últimos tiempos que a lo largo de toda su larga historia de canibalismo. Se calcula que en las guerras de los últimos 4.000 años, desencadenadas en la mayoría de los casos por razones de prestigio o predominio económico o religioso, fueron asesinados más de tres mil millones de seres humanos, lo que equivale a toda la población actual de la Tierra.

Ninguna de estas guerras tuvo unos efectos duraderos, por lo que las generaciones posteriores casi siempre las condenaron como asesinatos insensatos. Si el hombre todavía pudiera practicar el canibalismo hoy en día sin efectos nocivos sobre su salud, lo haría de inmediato y a pesar de su pretendida moral superior, dado que los efectos serían duraderos.

El hombre inició su ascenso como mono obsesionado por el sexo. Todavía hoy en día está dispuesto a todo por el sexo y el saber, y ningún precio le parece demasiado alto. De forma incurable ha desequilibrado el sexo y la inteligencia, y sigue manipulando ambos con drogas sexuales y mentales, dado que no está satisfecho de su vida sexual ni de su mente. Pero jamás logrará eliminar los daños causados.

El canibalismo y el subsiguiente proceso de formación del hombre dieron comienzo en la zona de Mesopotamia. Debido a las condiciones climáticas similares, se difundió con facilidad y rapidez por el continente eurasiático, en dirección Este-Oeste.

Sólo de forma lenta y mucho más tarde se propagó hacia el Sur, puesto que para ello era preciso salvar una barrera climática y el mar. Esta barrera también dificultó las migraciones y la mezcla de razas, así como la difusión de las conquistas culturales.

Sólo 200.000 años más tarde, partiendo de Mesopotamia, el canibalismo alcanzó las islas meridionales del Pacífico. Ello significa que en Oceanía, y especialmente en Nueva Guinea, el proceso de formación del hombre se inició aproximadamente 200.000 años más tarde.

Esta circunstancia explica muchos fenómenos que no siempre se dan en otras partes de la Tierra. En las mujeres de Oceanía todavía se dan frecuentes casos de signos externos del período de fecundabilidad. Allí viven también razas que sólo tienen un volumen cerebral de 900 a 1.100 cm³. También es allí donde el índice de natalidad es más bajo, dado que aquellos pueblos apenas se han distanciado todavía del primitivo estado de monos. Así pues, todavía no ha sido superado el período de escasa fertilidad. Ésta es la causa de que tampoco haya desaparecido todavía el canibalismo en tales zonas.

Ahora bien, dado que las potencias coloniales han prohibido la práctica del canibalismo, están condenadas a desaparecer todas estas razas, a menos que se mezclen a tiempo con otras ya más fecundas.

Todos estos seres son caníbales por convicción, porque saben por propia experiencia que el consumo del cerebro aumenta la fertilidad y no sólo confiere mayor inteligencia, sino también unos conocimientos efectivos e incluso la agresividad y el valor del hombre sacrificado. Así pues, no es de extrañar que a pesar de su bautismo cristiano y de los duros castigos sigan practicando el canibalismo.

Cuando en las escuelas misionales se les repite que el canibalismo es una superstición ritual e insensata, escuchan con la misma incredulidad que si se les dijera que el alcohol no produce ebriedad.

El peor mal a consecuencia del canibalismo no son los fe-

nómenos de carencias físicas, sino el daño mental, producido por el cerebro hiperdesarrollado. El ser humano se ve atormentado por complejos de inferioridad e inseguridad y por miedo. Pero también le aquejan unas concepciones absurdas, que le llevaron a luchar contra imaginarios peligros futuros y preocupaciones creadas por él mismo, que iban aumentando cada vez en mayor grado precisamente por las medidas de defensa tomadas por el hombre. De tales medidas nació la maldición del trabajo, que no pesa sobre ningún otro ser vivo y que es el origen del llamado progreso.

Sus propiedades físicas, así como sus auténticas necesidades físicas, siguen básicamente iguales que hace un millón de años. No necesita más alimento que antes, pero hoy en día trabaja mil veces más para satisfacer unas presuntas necesidades.

IV. LAS GRANDES TRANSFORMACIONES

Las grandes transformaciones habidas durante el proceso de formación del hombre son manifestaciones enfermizas a consecuencia del canibalismo. El hombre se vio obligado a tomar medidas de emergencia contra tales manifestaciones. Pero sólo logró una curación superficial, que cada vez daba lugar a nuevos males. Este proceso de enfermedad física y mental todavía no ha concluido.

El canibalismo, que se inició hace más de un millón de años en Mesopotamia, se propagó con relativa rapidez en dirección Este-Oeste por el continente eurasiático. Este avance tuvo lugar de forma bastante más lenta hacia el Sur y el Norte. Cuanto antes un grupo de monos adoptaba el canibalismo, antes se convertían sus miembros en seres humanos y tanto más avanzado está el proceso que todavía no ha concluido en ninguna raza. Todos aquellos grupos aislados de monos que se entregaron al canibalismo en una época relativamente tardía, todavía se encuentran hoy en día en una etapa temprana de la génesis humana y siguen siendo caníbales.

Dado que el canibalismo ha sido practicado por todas las razas humanas ininterrumpidamente a lo largo de un millón de años o más, se puede afirmar que unas cien mil generaciones se han dedicado a comer cerebros. Para una generación se ha de calcular un promedio de diez años, porque al principio, to-

davía en el estado de mono, la hembra alcanzaba su capacidad reproductora a los cinco años, edad que paulatinamente ha ido aumentando hasta llegar a un promedio de trece años.

Si bien un espacio de un millón de años resulta extraordinariamente breve para estas gigantescas transformaciones físicas y mentales acaecidas en el hombre, tales cambios iban apareciendo de forma tan insensiblemente lenta, que ninguna generación podía descubrir rasgos que la diferenciases de la anterior. Sólo una mirada retrospectiva sobre varios miles de generaciones habría permitido descubrir los cambios.

Las transformaciones más evidentes y decisivas se produjeron en las primeras generaciones. Ya a los pocos miles de años de canibalismo aparecieron huellas de carencias físicas y de una inteligencia más desarrollada.

A primera vista este hecho puede parecer ilógico, dado que los primeros caníbales sólo podían comer el cerebro de aquellos congéneres que todavía no eran caníbales o que lo eran desde hacía poco tiempo. Con tales cerebros, el incremento de la inteligencia había de ser muy escaso. Sólo las generaciones siguientes sacrificaban con preferencia aquellos congéneres que ya practicaban el canibalismo desde hacía varias generaciones, dado que se habían percatado que tales cerebros eran mucho más eficaces. A pesar de todo, los cambios físicos como la pérdida del pelo y de los signos de fecundidad ya aparecieron en los primeros tiempos.

La causa de tales transformaciones fue la interferencia del equilibrio natural entre las distintas sustancias hormonales que regulaban las funciones del cuerpo. Debido a la hiperalimentación con tales sustancias, consecuencia del continuado consumo de cerebro, el cuerpo se vio precisado a establecer un nuevo sistema distributivo. De ahí surgieron los fenómenos carenciales. Pero una vez estabilizado este nuevo sistema distributivo, ya no se produjeron más cambios físicos de importancia. Había quedado establecido ya un cauce y el camino del hombre quedó fijado ya irrevocablemente.

Los cambios posteriores tuvieron lugar ante todo en los

campos intelectual y psicológico y estaban centrados en el cerebro mismo. Aunque el consumo de cerebros se siguió utilizando como droga sexual, iba adquiriendo cada vez más importancia como medio para adquirir una mejor memoria, inteligencia superior y unos conocimientos concretos.

Ya las primeras transformaciones acarrearón desventajas para el hombre, por lo que éste tuvo que adoptar medidas de emergencia. Estaba capacitado para ello gracias a la inteligencia, también en constante aumento. Ahora bien, dado que su cerebro comenzó a enfermar ya en aquella época y a sufrir de ideas absurdas, el hombre utilizaba siempre remedios equivocados para la curación de los males que él mismo se había provocado. Tales remedios sólo eran imperfectos y al mismo tiempo producían nuevos males, que tampoco supo curar adecuadamente. Todavía hoy en día el hombre es esclavo de este círculo vicioso.

Ningún ser viviente de la Tierra ha tenido que encajar tantos reveses y desengaños como el hombre. En esta cadena interminable de fracasos surgió en el subconsciente del hombre un sentimiento de desafío y venganza, que se ha ido transmitiendo por herencia. Todo ello ha contribuido a que el hombre adquiriera múltiples propiedades que no sólo le han convertido en el ser vivo más enfermo, sino también en el más peligroso del globo.

Uno de los cambios más negativos producidos por la práctica del canibalismo es la ya citada pérdida de los signos del período fértil en las hembras, cuyas amplias consecuencias todavía no han sido reconocidas por completo por el hombre. Precisamente en estos días está madurando el amargo fruto de esta enfermedad. El problema de la superpoblación no podrá ser solucionado. Todas las medidas que se tomen al respecto fallarán y los esfuerzos para producir más alimentos minorarán al mismo tiempo la fertilidad de la Tierra y todas las oportunidades de supervivencia.

La pérdida de los signos del período fértil en las hembras habría debido tener por consecuencia que el hombre no se viera

estimulado sexualmente sin tales signos. Pero también para el varón el canibalismo supuso un desequilibrio fisiológico, con el resultado de que puede ser excitado sin la presencia de los citados signos de la hembra.

Tan sólo después de producido este cambio y también a consecuencia de un desequilibrio hormonal, nació en el ser humano este deseo físico y espiritual, exclusivamente humano, que llama amor. El hombre considera ese tipo de amor como un signo de su superioridad con respecto a los animales, como resultado de una inteligencia superior y una evolución natural, a pesar de que este «amor» abarca desde las penas de amor y el suicidio hasta el crimen sexual. En toda su literatura, este «mono pasional» canta una enfermedad mortal, que sellará su inevitable destino como consecuencia de la superpoblación.

La pérdida de los signos de fertilidad femeninos no se produjo de forma repentina y simultánea en todas las mujeres de todas las razas. Primero aparecieron algunos casos esporádicos, que no fueron fecundados, pues al principio no todos los hombres podían ser estimulados sexualmente sin la percepción de los citados signos.

Ello tuvo por consecuencia un retroceso de la natalidad. Cuando la carencia de los signos se fue generalizando, la humanidad fue presa de pánico. Nadie supo qué ocurría. La natalidad descendió todavía más, porque nadie conocía el momento adecuado para una fecundación. Las relaciones sexuales se intensificaron cada vez más y en cualquier momento, pero los hombres necesitaban para ello unas fuerzas sexuales adicionales, que sólo adquirirían mediante un consumo más intenso de cerebros.

Lo lógico habría sido abandonar el canibalismo a los primeros signos de anormalidad. Pero llegado a aquel punto, el hombre no pudo ni quiso hacerlo, dado que los distintos grupos caníbales competían entre sí para alcanzar un mayor grado de fecundidad e inteligencia. El cese del canibalismo habría equivalido a un desarme y, al igual que hoy en día, cada grupo

esperaba que fuera otro el que diera el primer paso. Así pues, el hombre tampoco pudo huir de este círculo vicioso e intensificó aún más el canibalismo. Sólo podía aumentar el índice de nacimientos comiéndose el incremento tan difícilmente conseguido. Intentó combatir el fuego con el fuego y se quemó a sí mismo, pues ya en aquel entonces estaba firmemente convencido de que sólo podría continuar existiendo asesinando a sus congéneres.

El canibalismo intensificado no procuró al desesperado hombre el éxito esperado. La población no aumentaba. Esto le impulsó a realizar el acto sexual con frecuencia cada vez mayor y ello era superior a lo que podían soportar las hordas. La rivalidad, las luchas y las matanzas por culpa de las hembras estaban a la orden del día. El hombre atormentado se vio obligado a reconocer que su medicina había fracasado y, así, tuvo que tomar nuevas medidas para salvarse del ocaso.

Dado que entretanto ya había aumentado su inteligencia, estaba capacitado para introducir complicadas reglas que, a pesar de oponerse a su naturaleza, ofrecían la única solución: el primitivo hombre polígamo se vio obligado a distribuir a las hembras, de donde nació más tarde la institución del matrimonio.

Sin embargo, tampoco esta institución obtuvo el esperado éxito. Al igual que hoy en día, tampoco en los primeros tiempos logró funcionar bien. De hecho, los instintos polígamos del ser humano no han cambiado en absoluto, por lo que sigue siendo un ser polígamo tal como lo había sido en los millones de años precedentes. Si bien la mente del hombre conoce las reglas y leyes de la nueva institución, sus órganos sexuales las desconocen por completo. El instinto y la mente se oponen mutuamente en el seno del hombre.

Con todo ello, el ser humano se ha convertido en el único ser viviente que de forma constante y silenciosa se miente a sí mismo y a sus congéneres, dado que la forma y el contenido de la institución creada por él se contradicen. Incluso hoy todavía no sabe si ha de considerar el matrimonio como una

unión indisoluble o disoluble. Aunque la citada institución se ha hecho necesaria para él, no ha encontrado ningún medio para configurarla de tal forma que todos los participantes se sientan siempre satisfechos.

Dado que el matrimonio había sido instituido para conservar la paz y la salud del ser humano y porque antiguamente la salud y la paz estaban englobadas en el ámbito de la religión, esta institución fue adscrita a la religión.

Las religiones, sin embargo, nunca lograron ponerse de acuerdo sobre si el matrimonio tenía carácter indisoluble o no. Este dilema continuará existiendo, ya que todo el problema fue causado por un acto antinatural del hombre, por lo que todos los intentos de solución habrían de ser también antinaturales. La institución del matrimonio no quedó establecida de la noche a la mañana y además sufrió frecuentes cambios a lo largo de la historia. El hombre ha efectuado numerosos experimentos con ella y todavía los sigue realizando.

En la actualidad nacen aproximadamente el mismo número de hembras que de varones. Dado que al principio siempre hubo una superabundancia de hembras entre todos los monos antropomorfos y dado que el número de los varones disminuía constantemente por causa del canibalismo, cada hombre podía disponer de varias mujeres. Pero, dado que en cada horda y tribu la proporción de hembras era variable, no existía ninguna cifra de validez general que permitiera establecer el número de hembras de las cuales podía disponer cada varón. Los más fuertes disponían de más hembras que los débiles, dado que la legislación siempre estuvo en manos de los fuertes y ayer como hoy se imponía el derecho de los fuertes. A consecuencia de todo ello, algunos hombres no llegaban nunca o llegaban muy tarde a la posesión de una hembra, lo que a su vez producía nuevos descontentos. Todavía en la actualidad existen ciertas sociedades donde los hombres ricos disponen legalmente de varias esposas, con lo que los demás hombres quedan postergados.

Una de las soluciones adoptadas fue la de considerar un

cierto número de hembras a modo de bienes sexuales comunes a los varones solteros, lo cual fue el origen de la prostitución. Pero esta nueva institución exclusivamente humana y sin trazas en la vida de los animales no trajo tampoco el éxito esperado, dado que no fueron únicamente los solteros, sino también los hombres casados, quienes hacían uso de ella. Vieron en ella la posibilidad de satisfacer sus instintos polígamos. Todavía hoy en día, la mayor parte de quienes frecuentan los burdeles son hombres casados y no los solteros, para quienes había sido creada originariamente esta institución. La prostitución todavía sigue siendo una válvula para los instintos polígamos, cuya existencia se afana en negar el hombre.

Hasta hoy el hombre todavía no sabe si debe considerar la prostitución como un mal que destruye la moral y la familia, o bien como un mal que protege a ambas. Lo cierto es que la eliminación de la prostitución no ahogaría los instintos polígamos, con lo que se incrementaría todavía más el número de matrimonios destrozados, dado que los hombres seducirán más mujeres casadas. Cualquiera que fuera la postura adoptada, el hombre no ha emprendido jamás la eliminación total de la prostitución.

Debido a ello, ha intentado siempre configurar este mal inevitable de tal forma que, aparte de su función original, adquiriera funciones educativas, culturales e incluso religiosas. En muchas civilizaciones existían templos en los cuales las prostitutas realizaban servicios sexuales dentro del ritual religioso. En algunas sociedades estas mujeres eran instruidas en arte, canto, música, baile, ceremonias y relaciones sociales, con lo que también podían ofrecer a sus visitantes altos valores culturales.

Todos estos intentos obtuvieron buenos éxitos. Los restos de tales instituciones que unían la sexualidad con el arte, lograron mantenerse casi hasta nuestros días. Todavía en el siglo pasado los potentados, príncipes y reyes europeos disponían de cortesanas adiestradas en el arte, la poesía, el canto y las ceremonias, o que inspiraban a los artistas. En determinados

países asiáticos todavía observamos este fenómeno hoy en día.

La última institución de envergadura y realizada con gran sentido para colocar la prostitución al servicio del arte y de las formas sociales, eran las casas de *geishas* del Japón. Pero también ellas tuvieron que ceder ante la brutal presión de una potencia bélica que quiso demostrar su «superioridad cultural» con la explosión de dos bombas atómicas, cuyo poder no logró descubrir, sino que lo utilizó para unos fines impropios. Desde entonces ya no existen las casas de *geishas*, en donde el sexo está acompañado de poesía, cantos y formas de relación social. Por el contrario, ha ido aumentando la simple prostitución desprovista de cualquier función cultural.

El desequilibrio hormonal en el ser humano dio lugar a una interminable serie de anormalidades sexuales de la más diversa índole, todas ellas exclusivamente existentes en el género humano. La tendencia hacia el crimen pasional o el suicidio debido a las «penas de amor» se manifiestan en una exagerada sensibilidad sexual. Tanto la homosexualidad como otros numerosos fenómenos sexuales de los que el hombre se avergüenza interiormente se deben a los citados trastornos hormonales. Por regla general muchas de estos fenómenos anti-naturales se disculpan adscribiéndolos a una inteligencia superior.

No hay duda de que en el estado de mono todavía no existían tales anormalidades, que surgieron durante el proceso de formación del hombre y que tienen carácter hereditario. Pero nada de ello tiene que ver con una inteligencia superior. En el curso de la historia de la humanidad han tenido que implantarse cada vez nuevas leyes y normas sociales para frenar o eliminar las consecuencias de esta degeneración.

El canibalismo también originó otros perjuicios sexuales, ante todo entre los varones. El canibalismo siempre había sido asunto suyo y consecuentemente el consumo de cerebros producía en ellos una mayor excitación sexual que en la hembra, por lo que el estímulo sexual del hombre ha ido sufriendo mayores transformaciones que en la mujer. En efecto, por re-

gla general el hombre alcanza el orgasmo antes que la mujer. Muchos científicos protestarán ante esta declaración y afirmarán que estas diferenciaciones en la vida sexual no podían producirse si únicamente los varones consumían el cerebro, dado que tanto los descendientes varones como hembras proceden de los mismos padres. Pero, por otra parte, la ciencia tiene a mano una buena explicación para demostrar cómo los primeros seres vivos unicelulares y asexuados se han ido convirtiendo en el curso de miles de millones de años en animales de diferente sexo. Si una diferenciación de este tipo ha podido tener lugar con unos seres desprovistos de sexo, a pesar de que su alimento tuvo que ser necesariamente el mismo para todos, todavía resulta más fácil que se produzca una diferenciación sexual entre animales ya diferenciados en dos sexos, especialmente si sólo uno de estos dos sexos se administra de forma continuada drogas sexuales.

El hombre ha intentado por diferentes medios retrasar el orgasmo en el varón. Una de las medidas adoptadas fue la circuncisión, mediante la cual la parte más sensible del órgano genital masculino quedaba al descubierto mediante una sencilla intervención quirúrgica. Ello tenía por finalidad que el constante contacto con el aire, la propia piel y la vestimenta anulara la sensibilidad del órgano y retrasara de esta forma el orgasmo del hombre, para que coincidiera con el de la mujer. Ahora bien, debe añadirse que la circuncisión también fue implantada por razones sanitarias y se sigue practicando hoy en día por numerosos pueblos de Asia y de África.

Esta medida logró una mínima mejoría, que no resultó completamente satisfactoria. Así pues, las mujeres siguen criticando la aparición prematura del orgasmo en el hombre. Hoy en día existen en África todavía algunos pueblos en donde los hombres aplican un medio mucho más drástico: la circuncisión de la mujer. Se trata de la extirpación del órgano más sensible de los genitales femeninos, destinado a producir la sensación de placer durante el acto sexual. Con esta extirpación, la mujer ya no consigue ningún orgasmo, por lo que tampoco puede

criticar la aparición prematura del orgasmo en el hombre. La circuncisión de las mujeres todavía tiene, sin embargo, otra causa: una mujer desprovista de cualquier sensación de goce sexual, se mantiene neutra frente a las tácticas seductoras de otros hombres, por lo que se mantiene fiel a su poseedor, su marido. Es obvio que tampoco esta medida es una solución, por lo que el hombre ha vuelto a darse cuenta del fracaso de su medicina.

El ser humano, quien inició su carrera como mono obsesionado por el sexo y que mediante el consumo de cerebros quiso convertir su vida sexual en fuente de felicidad, ha conseguido algo diametralmente opuesto. Lo ha convertido en fuente de descontento y sufrimiento. Las preocupaciones anímicas, los celos, los crímenes pasionales, las extravagancias sexuales, el libertinaje, las orgías, los dolorosos ritos sexuales, la amputación de los órganos genitales, la castración, los abortos artificiales, la cohibición y los temores sexuales son fenómenos exclusivamente humanos. La sexualidad domina la vida del ser humano. Las instituciones sociales, los sistemas económicos y políticos y la organización de las iglesias nacen y caen por razones sexuales. Las guerras, la moda, la literatura, el comercio y el comportamiento entre las personas están influidos por la mórbida vida sexual del hombre. Presiente que algo no está en orden en su vida sexual y no sabe cómo comportarse respecto de ella. A veces la condena como pecado y otras veces declara que se trata de la fuente de la felicidad terrenal. Sigue elucubrando sobre este dispositivo fisiológico como si se tratara de un juguete y quiere crear por la fuerza lo que hace un millón de años ya quiso el mono: el cielo en la tierra. Pagaría cualquier precio para conseguirlo.

Las diferenciaciones entre los sexos a consecuencia del canibalismo no sólo se limitan a la vida sexual. La sexualidad y la inteligencia están inseparablemente unidas, por lo que los cambios en una de ellas también alteran la otra.

Así como el cerebro consumido siempre y exclusivamente por los varones producía en ellos unos estímulos sexuales re-

forzados, también era causa de una inteligencia superior que heredaban más los hijos varones que las hembras. Debido a ello existe una diferenciación entre la inteligencia de un hombre y de una mujer.

También este fenómeno es único en la naturaleza y exclusivamente humano. En todas las razas de animales, ambos sexos poseen todos los requisitos físicos y mentales que precisan para su autoconservación. Si los animales se enfrentan a situaciones de extrema gravedad, como catástrofes naturales, hambre o enfermedades, las posibilidades de supervivencia son iguales para ambos sexos o bien más favorables para las hembras. Y son más favorables, porque en el sexo femenino ha ido desarrollándose una mayor capacidad de resistencia para que la raza pudiera subsistir en épocas críticas. De hecho, no es preciso que sobrevivan tantos animales machos como hembras, porque un solo animal macho puede fecundar a varias hembras. Una situación inversa no tendría sentido alguno. Esto ha sido y sigue siendo así en todos los animales, y consecuentemente también ha sido así en aquel animal que luego se convirtió en ser humano.

En lo referente a las condiciones fundamentales de la autoconservación, tampoco ha cambiado nada en el ser humano. Cuando hoy en día unas mujeres y unos hombres se pierden en medio de una selva o de un desierto o se ven expuestos a catástrofes naturales, todavía las probabilidades de supervivencia de ambos sexos son iguales a las de las otras especies animales. Para sobrevivir en tales situaciones de emergencia, las mujeres son capaces de tomar decisiones, consciente o inconscientemente, que no tienen nada que envidiar a las decisiones de los hombres en cuanto a su valor e inteligencia.

Ahora bien, esta imagen sufre un cambio esencial tan pronto entran en juego aquellas esferas de la inteligencia que no se deben a la evolución natural pre-canibalística, sino a la evolución artificial debida al canibalismo. En todas las capacidades intelectuales adquiridas por la humanidad gracias al canibalismo, el hombre es superior a la mujer. El genio del género

humano se manifiesta de forma mucho más patente en el hombre. En efecto, todas las grandes realizaciones en el campo del arte, de la religión, de la física, de la técnica e incluso del arte culinario, siempre han estado y continúan reservadas a los hombres.

La ciencia de todas las ciencias, la filosofía, es dominio del hombre. La mujer puede aprender las ideas filosóficas, puede llegar a comprenderlas y actuar en consecuencia. Pero, sin embargo, no puede producir por sí sola ideas de importancia decisiva. Debido a esta razón, todos los grandes pensadores, filósofos y fundadores de religiones han sido hombres y seguirán siéndolo. Si alguna mujer llega a tener un éxito extraordinario en una de estas ciencias, entonces algo no va bien con sus hormonas sexuales.

El genio del hombre no es muy constante. Unas condiciones climatológicas extremadas y peligrosas para el género humano, pero también unos sistemas educativos represivos, formas de vida equivocadas y metas erróneas pueden embotar el genio de la humanidad, ante todo el del hombre.

En una sociedad de este tipo, las mujeres exigirán con razón la igualdad de derechos. Pero ello no se debe a que las mujeres hayan aumentado su inteligencia, sino a que los hombres se han hecho más tontos. De esta forma, si una sociedad pone en manos de las mujeres el poder político y cultural e incluso les permite la dirección del país, extiende a sus hombres un certificado de pobreza espiritual.

En una sociedad de este tipo será cada vez más difícil diferenciar entre lo importante y lo secundario. Los hombres se convierten en afeminados y las mujeres se masculinizan. Los sexos se alienarán mutuamente y la vida sexual adoptará situaciones caóticas. El pensamiento filosófico, el arte, la legislación, la vida sana y las metas económicas racionales desaparecerán en favor de unas metas absurdas. El ocaso de tales sociedades sólo es cuestión de tiempo.

La humanidad no debe permitir que tales sociedades espiritualmente regresivas lleven la dirección del mundo y tam-

co debe imitar su forma de vida, por muy atractiva que pudiera parecer al principio.

El hecho de que dentro del género humano existe una diferenciación de la inteligencia entre el hombre y la mujer es bien conocido, sólo que a menudo se pasa por alto, especialmente en las sociedades donde esta diferenciación ya no existe. Hasta ahora se desconocían las razones de este hecho. Hoy en día, la ciencia mantiene el punto de vista de que durante milenios el hombre ha estado subyugando a la mujer, sin permitirle una educación suficiente. De esta forma, los representantes de esta escuela afirman algo que niegan en otro contexto. En efecto, niegan que la inteligencia incrementada por el consumo de cerebros se haya transmitido más a los hijos varones que a las hembras. Pero al mismo tiempo afirman que los conocimientos adquiridos por el hombre gracias a sus estudios más intensos, se han transmitido genéticamente a los hijos varones, pero no a las hembras.

El hombre no ha dado una educación deficiente a la mujer, sino que no le ha dado de comer cerebros. Querer que la inteligencia de las mujeres alcance el nivel de la inteligencia de los hombres con ayuda de la educación es tan imposible como querer llevar la inteligencia de un indígena de Nueva Guinea al nivel de la inteligencia de un chino con ayuda de la instrucción. Si una raza ha iniciado el camino del canibalismo 100.000 años más tarde, para aumentar su inteligencia no necesita instrucción, sino 100.000 años más de canibalismo. Si alguien quisiera cometer el error de conferir a las mujeres la inteligencia del hombre, éstas tendrían que comenzar a comer cerebros y continuar esta práctica durante bastantes miles de años. Pero con ello no sólo aumentaría la inteligencia de las hembras, sino en menor medida también la de los varones. Pero como la inteligencia de origen canibalístico crea monomanías, el caos todavía aumentaría más.

La afirmación de que las mujeres son unas minusválidas debido a la falta de instrucción es una ofensa a las mujeres. Esta afirmación no hace más que tacharlas de seres imper-

fectos que precisan de una reparación. Pero la verdad es que las mujeres no son imperfectas ni precisan de reparación, sino que son completamente perfectas para sí mismas, para sus maridos y para la humanidad. Las tareas realizadas en su calidad de mujeres no pueden ser desempeñadas por nadie mejor que por ellas.

Todas las razas humanas sin excepción, y cualquiera que sea su nivel evolutivo, poseen un cerebro más voluminoso y una inteligencia superior a lo necesario para llevar una vida sana y sencilla. Así pues, todo ser humano es anómalo y mentalmente enfermo, pero desde el punto de vista humano se le considera perfecto. Del mismo modo puede decirse que una mujer es un ser perfecto mientras prosiga su función de mujer dentro de la familia y no quiera actuar como capitán de barco, ingeniero de maquinaria o incluso como filósofo.

La inteligencia humana está unida siempre a unas monomanías, que por regla general se manifiestan de forma más intensa en el hombre que en la mujer. A menudo el hombre se lía en problemas y pierde la visión de conjunto y la capacidad de juicio; la rabia, el sentimiento de venganza y una insensata exigencia de derechos imaginarios le conducen por el camino del error. La mujer, debido a su inteligencia especial, puede hacerle desistir de los actos desesperados y llevarle por el camino de la moderación, siempre que se trate de una auténtica mujer y no de un ser emancipado por la fuerza.

Pero la dirección y las decisiones de la familia siempre han de estar firmemente en manos del hombre. La humanidad siempre continuará siendo descendiente de los monos y ninguna horda de monos ha estado dirigida jamás por una hembra. Un grupo de este tipo desaparecería en brevísimo plazo, aunque sea capaz de hablar latín, de telefonar y de fabricar gases lacrimógenos.

Así como al hombre le va bien prestar atención a las verdades sencillas y naturales de su esposa, la humanidad debería prestar atención a las razas y sociedades consideradas como salvajes o retrógradas. Cierta día las sociedades que se vana-

glorian de su progreso, se lamentarán mil veces por no haberles prestado atención.

Otro fenómeno nacido a consecuencia del canibalismo, es el sentimiento de vergüenza. Este sentimiento sería naturalísimo y muy útil si se produjera debido a los asesinatos colectivos, pues así no habría guerras ni generales. Pero dado que este sentimiento sólo nació en relación con los genitales, resulta completamente inútil.

Los órganos sexuales de todos los mamíferos son visibles, incluso los de los monos. Tienen que ser visibles. Los animales desconocen la vergüenza, como también la desconocían los monos antepasados del género humano. La aparición del sentimiento de vergüenza en el hombre se adscribe erróneamente a una inteligencia superior y a la llamada madurez moral. Pero esto no tiene que ver en absoluto con la inteligencia, y el llamado elemento moral surgió después de existir ya el sentimiento de vergüenza. No hace frío porque uno tenga frío, sino que uno tiene frío porque hace frío.

Cuando los hombres distribuyeron entre sí a las mujeres para que volviera a reinar la paz entre ellos, dicha medida resultó insuficiente. La mujer ya no poseía los signos del período fértil y el hombre podía ser estimulado sexualmente sin percibir tales signos.

Si bien todo hombre sabía qué mujeres le pertenecían, no podía controlar sus impulsos sexuales de forma adecuada y ningún hombre consideraba como un cumplido que los demás varones de su horda mostraran los signos visibles de su excitación sexual precisamente a la vista de sus propias esposas e hijas. Esta circunstancia no estaba adecuada para fomentar la tranquilidad y amistad entre los hombres, tal como se había planificado con la institución del matrimonio. Los celos y las sospechas condujeron a nuevas luchas. A menudo se recurría a ocultar las mujeres a la vista de los hombres, tal como todavía ocurre hoy en día en algunas sociedades del Cercano Oriente y de África.

Debido a ello, el género humano se vio precisado a ocul-

tar sus órganos genitales. Esto resultó fácil en las mujeres, pero no así en los varones. El escroto se halla fuera del cuerpo, dado que los testículos precisan de una temperatura más baja que el resto del cuerpo. Y obligar al pene en erección a que adopte una postura diferente a la natural produce fuertes dolores. Así pues, no era posible mantener lo más unidos posible el escroto y el pene. Una vestimenta tan malsana como la que se necesita para ello sólo se ha impuesto en nuestros días. Los llamados *slips* anatómicos han contribuido bastante al crecimiento del orgullo del mundo occidental, esto es, del número de hospitales, médicos y medicamentos.

Antes, el hombre vivía mucho más consciente de su salud, que tenía para él mucha mayor importancia que la apariencia de su vestido. De esta forma descubrió una serie de métodos para ocultar sus órganos genitales sin que quedaran dañados. En las regiones algo frías, la mejor solución era una túnica amplia y suelta que cubría la mayor parte del cuerpo. En las regiones tropicales, por el contrario, el hombre tuvo que contentarse con tapar sólo sus genitales.

Todo cuanto el ser humano realiza durante un período relativamente largo, no sólo se convierte en costumbre, sino que también produce una impresión duradera en su alma. Los actos realizados primero de forma consciente, son ejecutados luego automáticamente, dirigidos por el subconsciente. Se convierten en actos instintivos. Todos los instintos y las formas de actuación relacionadas con ellos son hereditarios. Cuanto más tiempo se practica algo de forma consciente o inconsciente, mayor fuerza adquirirá el instinto y más difícil resulta actuar en contra de este instinto.

El ocultamiento de los órganos genitales es una costumbre muy antigua, por lo que también queda muy arraigada la reacción instintiva y subconsciente, relacionada con aquél. Por consiguiente, el sentimiento de vergüenza nació a raíz de una medida artificial, y con las debidas medidas puede ser extendido a cualquier parte del cuerpo.

En el curso de la historia, las distintas civilizaciones han

ido ocultando las más diversas partes del cuerpo de la mujer, incluso aquellas partes que no tienen relación con la vida sexual, como son las manos, los pies, las piernas o el rostro. Dado que tales costumbres no duraron nunca mucho tiempo, tampoco lograron arraigar demasiado las reacciones instintivas relacionadas con ellas. Siempre que la sociedad consideraba superficial una de tales medidas y las abandonaba, también desaparecía con relativa rapidez el sentimiento de vergüenza relacionado con ella.

Pero el caso de los genitales ya es distinto. Hace ya muchas decenas de miles de años que están ocultos y el instinto correspondiente es tan fuerte que sólo puede ser neutralizado o disminuido mediante un esfuerzo especial. La neutralización exigiría un período relativamente largo, pero incluso así no se lograría una extirpación total del sentimiento de vergüenza.

Así pues, el sentimiento de vergüenza no sólo puede implantarse artificialmente, sino que también puede ser disminuido o eliminado de forma artificial. Ahora bien, el intento de eliminar dicho sentimiento con relación a los órganos genitales, obligaría a la humanidad a reimplantarlo de nuevo por las mismas razones que impulsaron a sus antepasados.

El acto sexual, el apareamiento, está unido desde tiempos inmemoriales y en todas las civilizaciones a un sentimiento de vergüenza, pero además a un sentimiento subconsciente de pecado, por lo que por regla general no se realiza en público.

Los animales, por el contrario, no tienen tales sentimientos, de forma que el apareamiento se efectúa a cualquier hora y también en público. Lo mismo cabe decir de los monos y, en consecuencia, de los antepasados del hombre. Siempre que esto ocurra entre animales, el hombre no lo condena ni lo considera un acto pecaminoso.

Como que también en el hombre la cópula servía al principio exclusivamente para la procreación, y todavía ahora resulta imprescindible para ello, debería ser ilógico cualquier

sentimiento de vergüenza y de culpabilidad pecadora en relación con ella. Más aún, si se tiene en cuenta que el hombre incluso llega a considerar su procreación como deseo y obligación emanada de Dios. ¿Cómo y por qué este «mandamiento divino» puede ser cumplido única y exclusivamente mediante un acto relacionado con un sentimiento subconsciente de culpabilidad?

Sin embargo, este contradictorio sentimiento de culpabilidad o de pecado no resulta infundado en el hombre, ni es fruto de una llamada «moral superior». En efecto, el hombre caníbal sabía muy bien desde el principio que incrementaba sus impulsos sexuales asesinando a unos congéneres completamente inocentes. Y al actuar de tal forma, el fin originario de la cópula, que era la procreación, quedó relegado a un segundo término, para dar paso a la sensación de placer erótico.

Esta vida sexual intensificada por el asesinato, que se convirtió para el hombre en fuente de un goce erótico inexistente con anterioridad, despertó en él un sentimiento de culpabilidad profundamente arraigado, relacionado incluso con un sentimiento de pecado.

Ésta es la única causa de que desde los primeros tiempos y en todas las tradiciones mitológicas el comercio carnal se represente como acto pecaminoso, y que todavía hoy lo sintamos como tal.

El canibalismo, practicado durante cientos de miles de años, ha arraigado indisolublemente este sentimiento de culpabilidad y vergüenza en el subconsciente humano. Dado que todo lo subconsciente es hereditario, el citado sentimiento recorre toda la historia de la humanidad y no desaparecerá mientras el hombre viva en la Tierra.

El ser humano, sexualmente enfermo, no ha podido decidir hasta el momento si el acto sexual debe ser practicado única y exclusivamente para la procreación, o si también puede realizarse con mutuo consentimiento si no se puede cumplir el fin original, o bien si tan sólo ha de servir para pro-

ducir un placer. Del mismo modo se pregunta si es admisible evitar o interrumpir un embarazo.

La humanidad hace todo esto, y cualquier cosa que haga la hará siempre con el convencimiento de que lo hace por ser más inteligente que todos los demás seres o porque ha hecho un progreso.

El extraño comportamiento sexual del género humano no tiene nada que ver con una evolución natural o con una inteligencia superior. Si fuera diferente, un elefante mostraría mucho más interés por la vida sexual que un ratón, pues es más inteligente que éste.

La atormentada humanidad no sabe hasta hoy qué hacer con su vida sexual. Ninguna sociedad ha podido encontrar una solución satisfactoria. Los animales no tienen tales problemas, dado que su vida sexual permanece normal y supeditada a sus fines; todas las razas animales han alcanzado su estado actual dentro del marco de una evolución natural.

La humanidad sigue manipulando con todos los medios imaginables en su vida sexual, con el fin de producir estímulos sexuales y sensaciones adicionales. En este sentido el mono sexómano no ha cambiado en absoluto. Bajo el manto de la ciencia se desarrollan las más diversas tesis sobre la vida sexual, consideradas revolucionarias y progresistas, como si durante un millón de años la humanidad no se hubiera enterado de las posibilidades de utilización de sus órganos genitales.

Los filósofos y fundadores de religiones advirtieron siempre de nuevo a la humanidad sexualmente enferma que no se excediera en la vida sexual, pero nunca lograron establecer unas reglas de validez general. Advirtieron del peligro de considerar las sensaciones del deleite sexual como sucedáneo de las cualidades espirituales. Dieron sabios consejos sobre el modo de alcanzar la ansiada felicidad mediante el pensamiento, mediante el arte y la práctica del amor a la verdad, a la naturaleza y a Dios. La humanidad siguió en gran parte tales indicaciones, puesto que sus experiencias le mostraron que

para su vida sexual la única solución de compromiso era escoger la vía intermedia.

Numerosas sociedades abandonaron en el curso de la historia los principios morales y filosóficos heredados desde la antigüedad. Intentaron basar la felicidad humana en la acumulación de valores materiales. Al no encontrar la felicidad deseada, buscaron un sucedáneo y se entregaron a la sexualidad. Todas estas sociedades han fenecido. Pero ello no se debe a que fueran víctimas de su manía sexual, sino a las mismas razones que les impulsaron a buscar cobijo en la sexualidad.

Entre las grandes transformaciones sufridas por la humanidad como consecuencia directa del consumo de cerebros y la consiguiente reordenación del funcionamiento de las hormonas, se encuentra la ya citada pérdida del pelo que cubría todo el cuerpo del ser humano.

En casi todas las regiones del mundo la temperatura del medio ambiente es inferior o temporalmente inferior a la temperatura interna del cuerpo humano, que necesariamente ha de mantenerse a unos 36°C. El aire fresco no sólo actúa sobre la superficie externa del cuerpo, sino que, al ser inhalado, también enfría los órganos internos.

Al enrarecer cada vez más el pelo que recubría el cuerpo humano, las energías propias del individuo resultaron cada vez más insuficientes para cubrir las necesidades cada vez mayores de calor. Excepcionalmente, la naturaleza acudió en ayuda del nuevo ser: el mono desnudo adquirió una nariz más larga y delgada.

Un vertebrado tiene que respirar por diferentes razones mediante la nariz. Este órgano sirve, entre otras cosas, como cámara precalentadora para el aire inspirado, para que éste llegue a los pulmones ya caliente. En el mono desnudo, la nariz se fue alargando y estrechándose paulatinamente, como consecuencia de una selección natural. Pero, al tiempo que esta nariz evolucionada precalentaba el aire fresco, se iba

enfriando. Pero dado que en aquel entonces la nariz estaba hundida en la masa de la cabeza, al igual que en todos los monos, enfriaba la cabeza y el cerebro. Con el fin de evitar esto, la nariz tuvo que salir y destacarse de la masa craneal. Así nació la nariz actual y típicamente humana, que no es más que una medida de emergencia de la naturaleza frente a una enfermedad que el hombre mismo adquirió con el canibalismo.

En las razas humanas de las zonas tropicales, sin embargo, la pérdida del manto de pelo no dio lugar a un enfriamiento del cuerpo. Originó, por el contrario, un recalentamiento temporalmente excesivo, al faltar el aislamiento adecuado entre el sol y el cuerpo. En consecuencia, la nariz no precisaba transformarse en órgano calefactor, por lo que continuó chata, ancha y hundida en la cabeza, como lo había estado en el estadio anterior de los simios.

Ahora bien, esto no era suficiente para permitir que el hombre soportara las elevadas temperaturas externas. La sangre seguía calentándose más de lo admisible para el buen funcionamiento del cerebro. Pero la naturaleza también encontró una solución a este problema: las razas tropicales de nariz chata fueron adquiriendo paulatinamente un labio superior extraordinariamente grueso, saliente y cubierto de poros transpiratorios. Incluso los dientes incisivos superiores crecieron hacia fuera, obteniendo de esta forma que el labio superior se colocara debajo de la nariz. El aire inspirado y espirado por la nariz roza necesariamente contra el labio superior, donde produce una rápida evaporación de las gotas de sudor acumuladas allí en gran número. Por leyes físicas bien conocidas, la evaporación rápida produce un enfriamiento. Este sencillo mecanismo consigue que la sangre nunca llegue al cerebro a temperaturas superiores a las tolerables.

En las citadas razas, por regla general, los varones no tienen bigote. Y en caso de que lo tuvieran, sólo crece de forma rala junto a las comisuras de los labios. En efecto, un bigote completo impediría la función del abultado labio superior.

Así pues, puede afirmarse que, después de perder el ser humano su manto de pelo, la nariz y el labio superior se convirtieron en un acondicionador de emergencia. Según la zona climática en la cual se encuentra el ser humano, este dispositivo regula la temperatura del delicado cerebro.

Se puede entonces establecer como ley que las razas que disponen de una nariz ancha, chata, disponen también de un labio superior grueso y cubierto de poros, mientras las razas de las zonas de clima templado o frío, poseen una nariz estrecha y alargada, así como un labio superior delgado.

La función de este dispositivo se ve con toda claridad en los pueblos que habitan en zonas montañosas, climáticamente secas y frías. En tales razas, la nariz no sólo se ha ido estrechando y alargando, sino que también se ha ido encorvando, para formar la llamada «nariz aguileña». De esta forma, el organismo humano alarga las vías respiratorias y logra calentar y humedecer mejor el aire inspirado. Con el fin de que al inspirar y espirar no se produzca roce alguno entre el aire y el labio superior, lo que motivaría un mayor enfriamiento de la temperatura de la sangre, el delgado labio superior incluso se retrae, cae hacia adentro. Con el objeto de facilitar esta retracción, incluso los dientes incisivos superiores crecen a veces hacia adentro.

También resulta sorprendente que algunas tribus africanas de las zonas ecuatoriales más calurosas y húmedas hayan incrementado el efecto refrigerador de su grueso labio superior mediante intervenciones artificiales. Todavía hoy en día practican una perforación en el centro del labio superior, justo debajo de la nariz. Dado que el citado agujero siempre está cubierto por la humedad de la saliva, la respiración del individuo da lugar a una evaporación rápida y constante, que a su vez obtiene un efecto de refrigeración.

Otras tribus tropicales perforan el tabique nasal y en el agujero así obtenido colocan una pluma u otro objeto. Algunos de esos llamados «científicos», que nunca en su vida han hablado con los indígenas acerca de esa costumbre, se creen

en la necesidad de dar a conocer sus teorías al respecto. Afirman que tales plumas sirven de instrumentos de puntería, de punto de referencia al disparar las flechas. Pero la realidad es que no se trata de dispositivos de puntería, sino de refrigeración. En efecto, al inspirar y espirar, el caño de la pluma produce un auténtico torbellino de aire, al cual dirige hacia el labio superior. Con ello se intensifica la refrigeración de la sangre. Tales dispositivos de refrigeración son muy prácticos, dado que pueden desmontarse con facilidad. Cabe subrayar que, cuando el tiempo es cálido, los citados instrumentos ni tan sólo se utilizan para la caza, cosa que no puede percibirse desde la casa de un «científico». Y de esta forma, la pluma del indígena sigue considerándose un instrumento de puntería, al tiempo que la pluma del «científico» no es más que un instrumento de idiotismo. El permiso para utilizar este último se concede a perpetuidad y se llama «diploma».

De todo lo descrito podemos desprender que la nariz y los labios indican la zona climática en la cual una raza ha realizado la transformación de simio en ser humano. Es natural que las razas realicen migraciones y, si las circunstancias les obligan a ello, se asienten en zonas climáticas inicialmente hostiles. En este caso, y en el transcurso de miles de años, se producirán los cambios correspondientes en la nariz y el labio superior. Los esquimales, por ejemplo, proceden de regiones más cálidas, pero se vieron obligados a emigrar hacia el Norte. Su nariz, originalmente más ancha, se ha ido estrechando, pero ante todo se ha ido encorvando, cosa que se advierte de perfil. Este mismo proceso puede advertirse en los japoneses y chinos septentrionales, quienes todavía tienen en su casi totalidad una nariz ancha, pero ya formando un arco.

Así pues, cuando algún antropólogo encuentra en el transcurso de sus investigaciones en zonas tropicales representaciones de seres humanos con labios y nariz estrechos, puede tener la plena seguridad de que se trata de alguna raza inmigrada, o bien que el clima de la zona ha sufrido algún cambio. La contraposición a este fenómeno también es verdad.

Por esto resulta completamente imperdonable querer reconstruir o representar a los seres prehistóricos de los países nórdicos con nariz chata y ancha.

Dado que el ser humano tiene su origen en los simios homínidas, y puesto que ninguna raza de monos del mundo presenta un labio superior grueso ni una nariz larga y estrecha, habría sido completamente lógico que los investigadores se preguntaran sobre el origen de tales dispositivos, puesto que no hay nada que surja sin razón de ser. Ahora bien, como también este fenómeno está en contradicción con una evolución natural, y además de forma evidente y muy explícita, pues está relacionado con la pérdida del manto de pelo, los defensores del evolucionismo natural consideraron preferible silenciar este punto.

Cuando comenzó a degenerar lentamente la capa de pelo del hombre, también disminuyó la resistencia del cuerpo, con lo que fueron en aumento las enfermedades. La capacidad intelectual del hombre todavía no era suficiente para fabricar vestidos, pues se podría haber cubierto con elementos vegetales. Sin embargo, poseía útiles experiencias adquiridas por el canibalismo. Sabía que el cerebro era bueno para el cerebro, el hígado para el hígado y el corazón para el corazón. También comprobó que el consumo de carne le calentaba interiormente. No calculaba calorías, sino que las sentía.

Así pues, aquel semi-hombre desnudo víctima del frío no encontró otra solución más lógica que curarse y calentarse mediante la ingestión de animales. Para ello no tenía que comerse necesariamente a sus congéneres, porque aunque éstos eran una presa muy preciada, también eran peligrosos. A menudo, el cazador se convertía en presa. Cuando un hombre era atacado, acudían en su ayuda los miembros de la horda, cosa que no sucedía cuando cazaba liebres.

De esta forma, el semi-mono/semi-hombre básicamente vegetariano comenzó a cazar animales y se convirtió en una fiera carnívora. En los primeros tiempos consumía ratones, ratas y conejos y sólo más tarde pasó a cazar animales mayo-

res. Pero con ello quedó rota para siempre la paz paradisíaca entre él y los animales. Éstos comenzaron a huir de él, porque se pecataron de que ese ser desnudo no les podía deparar nada bueno. Sólo mucho más tarde, cuando el nuevo ser adquirió mayor inteligencia por el continuado canibalismo, descubrió cómo se podían secar las pieles de los grandes animales, reblandecerlas y utilizarlas como vestimenta.

Así pues, la nueva forma de canibalismo tenía razones sanitarias. Al hombre no le impulsó a ello una inteligencia mayor, sino un estado de emergencia producido por él mismo: la desnudez. La necesidad no produce mayor inteligencia, sino que aguza el ingenio, pero sólo si existe la inteligencia necesaria para ello. La inteligencia del género humano nació gracias al canibalismo y su inventiva nunca será capaz de traspasar el límite de esta inteligencia, por muy grande que sea la necesidad.

El principio según el cual el cerebro es bueno para el cerebro, el hígado para el hígado y el corazón para el corazón, fue descubierto por unos monos caníbales enfermos. En ese descubrimiento siguen basándose hasta la actualidad muchos métodos curativos de la medicina. En otras palabras: tanto la predisposición para las enfermedades como el principio de su curación se derivan del canibalismo.

A lo largo de toda la historia de la humanidad han sido utilizados órganos de animales para la curación de enfermedades y el fortalecimiento de los órganos humanos. La medicina de casi todas las razas humanas, e incluso la medicina tradicional china, están basadas ampliamente en este principio. También algunos médicos occidentales razonables prescriben hígado de animales a los pacientes con un funcionamiento insuficiente de su propio hígado. Todavía hoy en día se anima a los niños a que coman el corazón, el hígado y el estómago de los animales, explicándoles que así se harán más fuertes y sanos sus propios órganos. Incluso se recomienda —aunque de forma inconsciente— el consumo de cerebro como alimento incrementador de la inteligencia. Y todavía hay hombres

que comen testículos de toros, con lo cual aumentan su potencia sexual.

Todo ello podría ser considerado, desde un punto de vista estrictamente científico, como mera superstición o incluso como rito sin sentido. Incluso si se dan estos fenómenos, los «científicos» muestran escaso interés en investigar las causas de que la ingestión de testículos actúe precisamente sobre la vida sexual. Si se dedicaran a estas investigaciones, también podrían descubrir que el consumo de cerebro actúa sobre la actividad cerebral, tal como lo afirman los caníbales y los campesinos. Claro que entonces se correría el peligro de que fuera descubierta la verdad y se supiera que el hombre no ha adquirido su inteligencia por evolución natural, sino por el consumo de cerebros. Ello sería muy embarazoso, pues durante largo tiempo se han ido escribiendo voluminosos libros en la más pura jerga científica sobre lo natural que ha sido la evolución de mono a hombre.

El mono herbívoro, que se vio obligado a convertirse en carnívoro debido a su creciente desnudez, no se alegró mucho tiempo de su nueva medicina, pues pronto tuvo que descubrir que el consumo de carne, especialmente si ésta todavía estaba ensangrentada, le producía mayor agresividad. Ello no le estorbó al principio, pero también sus congéneres, competidores suyos en todos los aspectos, aumentaron en agresividad. En consecuencia, se lanzó con avidez aún mayor al consumo de la droga de la agresividad, que era la carne, y cazó todavía más animales.

Nuestros antepasados descubrieron pronto que su «valor» aumentaba cuanto más agresivos eran los animales que comían. En las cuevas y demás habitáculos del hombre de aquella época comienzan a aparecer, al lado de los restos óseos de lagartijas, conejos y ratas, los restos de gatos salvajes, lobos, zorros y demás animales rapaces. Lo sorprendente es que, además de la repentina aparición de estos restos óseos, su porcentaje es muchísimo más alto al de la relación existente entre animales herbívoros y carnívoros en la naturaleza, donde por

cada carnívoro hay por lo menos 500 herbívoros. Según esta relación, en las viviendas prehistóricas tendrían que encontrarse muchos más restos de animales herbívoros que de carnívoros, pero la realidad es que más de la mitad de los hallazgos corresponden a estos últimos.

Los científicos se han percatado de ello. Pero como no pueden afirmar que la caza de un tigre resulta más fácil que la de una liebre, y dado que este fenómeno hablaba en contra de la evolución natural, prefieren callar.

Desde aquella temprana época, el ser humano es carnívoro. Aunque muy pronto ya disponía de vestidos adecuados, por lo que el consumo de carne ya no le era necesario para la producción de calor, siguió comiéndola para producir agresividad, valor. ¿Pero acaso le ha deparado este valor la ansiada felicidad? No, pues a lo largo de toda la historia humana el valor sólo ha dado lugar a sufrimientos y miserias. El valor no es más que un súbito enturbiamiento de la capacidad de juicio, en donde el resultado de la acción es producto del azar. La droga del valor dio lugar a guerras cada vez más numerosas y de mayor envergadura. Y cada victoria produjo nuevas desgracias y dolores para la especie humana.

Lo expuesto aquí sobre los efectos del consumo de carne, no es un nuevo descubrimiento, sino una antiquísima experiencia, caída ya en el olvido.

El consumo de carne no sólo aumenta la agresividad, sino también la intranquilidad espiritual y las monomanías. El hombre acaba siendo impaciente, egoísta, cruel y pendenciero. Al mismo tiempo queda disminuida en gran medida la capacidad de reflexionar y del pensamiento filosófico; a menudo incluso queda aniquilado. Unas conclusiones precipitadas y una falta de perspicacia llevan a sociedades enteras a plantearse unas metas equivocadas. En tales casos, el hombre ya no es capaz de distinguir entre lo importante y lo secundario. A lo largo de varias generaciones se va acumulando en el hombre una agresividad subconsciente que sobrepasa el límite de lo soportable, por lo que ha de derivarse en psicosis masiva a través

de actos bélicos y de violencia. Los daños físicos causados por el consumo de carne sólo tienen una importancia secundaria y no dan lugar a unos efectos tan destructivos como los ejercidos sobre el cerebro y el proceso mental.

En otras palabras: un ser vegetariano como el hombre no puede volverse carnívoro sin sufrir las justas consecuencias. Se convierte en animal rapaz y se comporta como tal. En este caso, la inteligencia no actúa de forma moderadora sobre la agresividad, sino todo lo contrario. Las guerras ya no se llevan a cabo con dientes, uñas y palos, sino con unas armas cada vez más complicadas, producidas con ayuda de una inteligencia altamente desarrollada, pero mal encauzada.

Esta elemental verdad sobre las desventajas del consumo de carne fueron reconocidas ya por los grandes pensadores y profetas de hace unos 40.000 años.

Cuando en aquella época el canibalismo tuvo que ser prohibido en Mesopotamia y más tarde en otras partes del continente eurasiático, debido a las dolencias cerebrales cada vez más frecuentes, en realidad ya no debería haberse desencadenado ninguna guerra, dado que hasta entonces las guerras siempre se habían producido por razones canibalísticas.

En todo el globo terrestre, donde en la época de Cristo la población mundial tan sólo sumaba 200 millones de seres, hace unos 50.000 años a lo sumo hubo 40 millones de seres. Por lo tanto, el espacio vital era más que suficiente y no había razón alguna para desencadenar guerra alguna por razones materiales. Sin embargo, el fin de las guerras canibalísticas no supuso para la humanidad la tan ansiada paz, dado que el mono vegetariano, que se había pasado al campo de las fieras carnívoras, había incrementado ya tanto su agresividad subconsciente que estaba obligado a continuar sus campañas bélicas.

Los hombres comían la carne cruda, pero no lo hacían porque no tuvieran fuego para asarla, sino porque sabían exactamente que la carne cruda era mejor droga para el valor que la asada. Incluso bebían sangre fresca, dado que habían experimentado que producía mayor agresividad, es decir, «va-

lor». Entre las diferentes tribus se sucedieron las guerras y la humanidad acabó por sufrir más que en la época del canibalismo.

Hace 50.000 años el cerebro humano ya tenía el volumen actual de unos 1.400 cm³ y la inteligencia humana no era menor.

En aquella época, los pensadores y filósofos eran al mismo tiempo los caudillos religiosos de la humanidad, y dictaban normas para la conservación de la salud física y mental. También abogaban por el fin del canibalismo. Pero cuando vieron que con ello no se conseguía la ansiada paz, porque el hombre carnívoro y consumidor de sangre seguía incrementando su agresividad, quisieron hacer desistir a la humanidad del consumo de la droga del valor.

¿Pero cómo hacer ver estos hechos a un hombre al que gusta parecer un héroe valiente y aguerrido? A cualquier padre le gusta que su hijo se muestre valiente en las peleas en las que se ve envuelto. Las mujeres todavía se sienten orgullosas hoy en día cuando su marido lanza algunos golpes duros en cualquier pelea de taberna.

Por consiguiente, la tarea de los sabios de aquella época no era menor ni menos peligrosa que si hoy en día alguien quisiera convencer a la humanidad de que una medalla al valor es en realidad una medalla a la enfermedad mental. Hasta el momento actual, todavía nadie ha sido castigado por incitar a la guerra. Sin embargo, millones de seres han sido perseguidos y asesinados en su propio país por ser pacifistas.

Así pues, los sabios tuvieron que agarrar el problema con cuidado. Sabían que el ser humano no estaba dado a escuchar los consejos de sus congéneres. Y de esta forma tuvieron que echar mano de Dios. Pero tampoco un dios puede exigir demasiado de su «imagen» mentalmente enferma. También un dios se ve precisado a actuar con cautela y paso a paso. Así pues, los sabios anunciaron al principio que Dios prohibía a la humanidad el consumo de carne cruda y de sangre fresca.

En todos los mitos tradicionales del mundo entero, incluso

en la Biblia, podemos encontrar vivas descripciones de lo dicho. En el Génesis se relata que después del diluvio —acaecido hará de 40.000 a 50.000 años— Dios ordenó a Noé que cualquier hombre que matara a otro fuera castigado con la muerte. Al mismo tiempo anunció que el hombre no comiera carne de ningún animal que todavía «viviera en su sangre». Esta referencia al asesinato de seres humanos y al consumo de carne cruda y ensangrentada en un solo pasaje no es ninguna casualidad, sino un claro indicio de la relación existente entre ambos fenómenos.

A partir de entonces, el consumo de carne cruda fue suprimido en gran parte por razones «religiosas». Más tarde, los «dioses» lo exigieron en casi todas las partes del mundo. Este proceso no tuvo lugar de forma brusca, y tanto en Europa como en China todavía se comía carne cruda hace 3.000 años para obtener conscientemente mayor valor y espíritu bélico. En algunas tribus primitivas de Oceanía y África se sigue comiendo ocasionalmente carne cruda para lograr estos mismos efectos. Y todavía hoy en día hay numerosas tribus guerreras africanas que beben la sangre fresca de animales vivos. Hace tan sólo 700 años, los tártaros extraían sangre de sus caballos y la bebían porque necesitaban «valor» para conquistar medio mundo.

La auténtica finalidad de los filósofos y profetas todavía no se había conseguido con esta medida inicial, pues la carne asada o cocida sólo disminuía parcialmente los efectos negativos. Así, los asesinatos y las guerras no se interrumpieron, aunque sí disminuyó el espíritu pendenciero y la agresividad general.

Algunos miles de años más tarde, los «dioses» dieron un paso más. De nuevo «hablaron» al hombre desde la India hasta el Mediterráneo, y más tarde en otras regiones del globo. Los jefes religiosos, sabios y profetas, anunciaron que Dios había prohibido el consumo de diferentes animales. No dieron razón alguna, sino que se limitaron simplemente a dar una relación de los animales que la humanidad no había de comer.

Si se estudia esa lista de animales prohibidos e impuros, se verá que se trata de fieras carnívoras, animales omnívoros y necrófagos, o bien de aquellas especies cuya carne tiene influencia sobre la vida sexual. Los profetas se mantuvieron firmes en prohibir el consumo de la sangre, incluso la de aquellos animales cuya carne era permitida. Más tarde implantaron incluso varios días a la semana durante los cuales estaba prohibido el consumo de carne y llegaron a prescribir meses de abstinencia.

La mitología nos dice mucho acerca de estos puntos. Incluso podemos leer bastante acerca del tema en los escritos de los judíos, dado que uno de los grandes filósofos que dictó normas de alimentación para su pueblo era Moisés. En su lista de prohibición figura el consumo de animales carnívoros, omnívoros y necrófagos, así como la ingestión de serpientes, anguilas, caracoles y lagartos de todo tipo, cuya carne produce efectos sexuales.

Normas parecidas fueron promulgadas en casi todas las partes del mundo por filósofos y profetas hace ya más de 5.000 años. Moisés lo hizo hace tan sólo 3.000 años. De esta forma, el consumo de carne fue limitado en todo el mundo y en casi todos los pueblos y razas por «razones religiosas» y la mayor parte de la humanidad sigue obedeciendo hasta nuestros días las citadas «leyes divinas».

Claro que las guerras no se acabaron y tampoco podrán ser eliminadas jamás. Pero esta nueva forma de alimentación tenía grandes ventajas para la humanidad entera. El espíritu bélico de la humanidad disminuyó, con lo que ésta pudo dedicarse con mayor tranquilidad a las tareas espirituales. En efecto, el tipo de alimento ejerce una influencia esencial en el pensamiento: «el hombre es lo que come». Al igual que la inteligencia, también la agresividad es comestible.

La filosofía alcanzó su cima máxima sobre una amplia base. El hombre profundizó sus observaciones de la naturaleza y descubrió en ella nuevas verdades, de acuerdo con las cuales ordenó su vida. Esa tranquilidad espiritual le permitió crear

una forma de vida con la cual ésta todavía podía depararle alegrías. Podía distinguir lo importante de lo secundario y de esta forma no se complicaba innecesariamente la vida. Dado que la ciencia sin verdad filosófica es inútil y peligrosa y tampoco es auténtica ciencia, en aquella época sólo era científico aquel sabio que descubría verdades tanto en el mundo inmaterial como en el material y que sólo llevaba a la práctica lo que no producía ventajas inmediatas, sino que era bueno a la larga. Aquella era una sabiduría que hoy en día apenas posee ya el hombre y a la cual no se concede ninguna importancia en las actuales fábricas de doctores, denominadas universidades. El hombre de aquella época también sabía que era parte integrante de la naturaleza, por lo que tenía que seguir sus reglas y leyes si quería mantener su salud física y espiritual.

En el continente eurasiático casi no había pueblos que no ayunaran de alguna forma. También en las demás partes del mundo se introdujeron más tarde leyes alimenticias similares.

¿Se puede acusar a los sabios y profetas de mentirosos por haber expuesto sus prescripciones como mandamientos divinos? No. Porque todo aquello que es verdad, es divino, y la cognición de la verdad es una revelación divina. Así pues, si conocieron la verdad y la proclamaron, con razón podían calificarla de mensaje divino.

A la pregunta de por qué Moisés había prohibido a los judíos el consumo de la carne de cerdo, recibimos hoy en día la respuesta tan típica de que en aquella época los cerdos del Cercano Oriente padecían triquinosis. Así pues, Moisés era un sabio.

Y si seguimos preguntando por qué Moisés prohibió en aquella misma ley el consumo de gatos salvajes, pescado sin espinas, anguilas, serpientes y caracoles, que a buen seguro no padecían triquinosis, se nos dirá que la prohibición estaba basada en las «creencias religiosas» o que se trataba de una superstición. Así pues, Moisés aparece de repente como supersticioso y carente de sabiduría.

Pero la verdad es que Moisés promulgó sus leyes alimen-

ticias para prohibir el consumo de aquellos animales que se alimentaban total o parcialmente con carne o que actuaban como estímulo sexual, puesto que su intención era la de conservar la salud de su pueblo.

Los cerdos son animales omnívoros que incluso comen ratas, gusanos y otras alimañas. La mayor parte de los peces sin escamas son voraces. Las serpientes y los caracoles provocan impulsos sexuales y también incrementan la agresividad. Debido a ello, fueron declarados todos ellos animales «impuros». Tales leyes eran elásticas y sólo tenían por objeto prohibir los alimentos más perjudiciales. Pero incluso los animales permitidos tenían que ser sacrificados por unos profesionales especialmente adiestrados, para que la sangre saliera por completo del animal.

En determinadas civilizaciones se decretó una prohibición total del consumo de carne. Así, desde hace innumerables milenios, casi todas las razas de la India son completamente vegetarianas. Gracias a su abstinencia, no sólo son los seres más pasivos del mundo, sino que también descubrieron las máximas verdades cósmicas y filosóficas.

Esa filosofía, que todavía hoy en día sigue llamándose con razón la filosofía de la filosofía, es tan superior a todas las demás, que en la actualidad sólo se la comprende en parte o no se la comprende en absoluto. Aquellas verdades filosóficas no sólo constituyeron la base para el hinduismo, sino que también ejercieron fuerte influencia en todas las grandes religiones mundiales posteriores, como el judaísmo, el shintoísmo, el taoísmo, el budismo, el cristianismo y el islam. Ahora bien, todos aquellos pueblos cuyos profetas no limitaron el consumo de carne, continuaron siendo agresivos y no dieron lugar a ningún logro cultural de importancia.

Los tártaros del Asia Central, por ejemplo, conquistaron casi toda Asia y parte de Europa, sin que aportaran una cultura digna de ser adoptada. Sólo comenzaron a serenarse cuando se convirtieron al budismo, al islam o al cristianismo y se sometieron a las reglas de ayuno de estas religiones.

En el momento actual viven en nuestro planeta más de 3.000 millones de personas, tres cuartas partes de los cuales están sometidos a las diversas reglas del ayuno. Si bien ya no conocen sus verdaderas razones ni ventajas, siguen practicándolo en gran parte, dado que lo consideran un deber religioso.

Aproximadamente 300 millones de fieles hidúes se alimentan de forma exclusivamente vegetariana. Los 12 millones de judíos están sometidos a las leyes judaicas de la alimentación y también cuentan con distintos días de ayuno. Los 450 millones de fieles musulmanes también acatan las leyes mosaicas referentes a la alimentación, y además ayunan durante los treinta días del Ramadán, según unas normas especiales. Ayunan igualmente los 200 millones de budistas y los 300 millones de taoístas, confucianos y shintoístas, muchas de cuyas sectas son completamente vegetarianas o se alimentan preponderantemente de pescado.

Desde los primeros tiempos se dictaron unas normas de vida especialmente severas, y en la mayoría de los casos completamente vegetarianas, a aquellas personas que habían de dedicarse a la profunda meditación para descubrir y conocer las verdades últimas: los monjes de todas las religiones.

Incluso los hechiceros y curanderos de las más primitivas tribus todavía siguen hoy en día sus severas normas de ayuno. Son extraordinariamente numerosos los grandes filósofos que se alimentaban de forma vegetariana.

En un principio, también todos los cristianos seguían normas de ayuno. Cada semana tenían que guardar tres días de abstinencia de carne, además de cuarenta días seguidos de abstinencia al año. Los protestantes fueron la primera comunidad religiosa que hace unos 300 años suprimieron la abstinencia, reduciéndola a un solo día al año. Con ello quisieron rebelarse contra el Papa, pero en realidad se rebelaron contra ellos mismos. Los católicos, por el contrario, siguieron con la abstinencia. Pero no lo hicieron de forma consciente y sabiendo para qué se había instituido la abstinencia, sino que creyeron hacer con ello un favor al Papa.

Ahora bien, dado que la mayoría de los católicos viven en el mundo occidental y en la actualidad son víctimas de una civilización materialista primitiva, han sucumbido a las necesidades espirituales, físicas y morales de ésta. En esta parte del mundo, el hombre ya no desea someterse a ninguna limitación. Quiere que su cuerpo y su espíritu corrompidos obtengan una sensación de éxtasis para poder pasar con júbilos los últimos días de su civilización condenada a muerte.

Cuando ya se habían tapizado todas las sillas y bancos, era necesario eliminar el último obstáculo duro, que era el ayuno. Ello resultó fácil, dado que los enanos del espíritu, los científicos, aseguraban que el ayuno y la abstinencia habían sido implantados en épocas de subdesarrollo y por superstición religiosa. De esta forma, el pueblo ya no siguió acatando las normas de ayuno.

Una de las últimas cabezas de la iglesia católica ya no podía soportar las constantes transgresiones de la ley del ayuno, por lo que suprimió esta obligación impuesta por Dios, dado que para ello estaba autorizado por Dios. Allí donde no hay prohibición, no puede haber pecado, y donde no existe pecado, tampoco puede haber castigo. Con ello, aquel Papa quiso simplificar a sus fieles el acceso al cielo, pero consiguió todo lo contrario.

Mediante la citada acción ya histórica, con la cual los cristianos quisieron erigir el paraíso en la misma tierra, pero sólo consiguieron crear más mataderos para los animales y más campos de batalla para los hombres, cerca de mil millones de seres humanos han abandonado los restos del pensamiento filosófico. Con ello se han creado una forma de vida afilosófica y misantrópica, contra la cual ya se están rebelando. Desencadenan magníficas guerras, que en el curso del «progreso» son cada vez mayores y más crueles. Poseen una sobredosis de agresividad subconsciente, cuyas víctimas son ellos mismos.

He aquí algunas cifras que nos muestran el consumo de carne hoy en día en diversos países. Cada persona consume al año las siguientes cantidades de carne por término medio:

En la India 1 Kg, en el Japón 3 Kg, en Pakistán 4 Kg, en Birmana 6 Kg, en China 8 Kg, en Rusia 28 Kg, en Alemania 67 Kg, en Inglaterra 69 Kg, y en los Estados Unidos 92 Kg.

Esas cifras sobre el consumo de la carne permiten ver en qué países se persiguen unas metas que no sólo no tienen nada que ver con la ansiada felicidad humana, sino que, por el contrario, la destruyen de forma inevitable.

¿Dónde vive el mayor número de inválidos espirituales, esos hombres neuróticos que en vano buscan salvación acudiendo a sus psiquiatras igualmente enfermos? ¿En qué partes del mundo se encuentran las clínicas psiquiátricas más grandes, el mayor número de hospitales, de médicos y de fábricas de fármacos, así como el mayor número de enfermos, que por consejo de sus médicos tragan anualmente miles de toneladas de drogas?

¿En qué parte del mundo reina la mayor criminalidad, única en toda la historia de la humanidad y que aumenta de año en año un 20 %? ¿Dónde el deseo de asesinar y de atormentar es tan grande, que esta morbosa hambre espiritual ha de ser saciada día tras día mediante películas de asesinatos y tormentos?

¿En qué parte del mundo las armas homicidas y los órganos sexuales son los juguetes preferidos de la gente? ¿Dónde el individuo se refugia en las drogas mentales y sexuales para vivir las sensaciones extremas del goce antes del inevitable ocaso?

¿Dónde duele más el progreso y dónde se destruye más la naturaleza? ¿Dónde la filosofía ha sido declarada un conocimiento improductivo? ¿Dónde la posesión de bienes materiales se ha convertido en norma para la valoración de los hombres? ¿Dónde el hombre se rebela contra su forma de vida sin ser capaz de descubrir los motivos de su rebelión?

El mapa del consumo de la carne en el mundo nos da la respuesta. De ella se deducen tanto el itinerario como el orden de aparición del ocaso.

Tan sólo sobrevivirán aquellos que se nieguen a comer sus vacas sagradas, a pesar de los consejos de los especialistas occidentales.

Llegará el día en que el hombre occidental habrá de peregrinar hasta las cuevas del Himalaya, para preguntar a los *saddhus* cómo han podido conseguir sin el concurso de la «ciencia moderna» el mayor progreso humano de todos los tiempos: vivir con una dulce sonrisa en el rostro y paz en el corazón.

Si comparamos el promedio del consumo de carne de las distintas sociedades humanas con la frecuencia de las guerras y otros actos bélicos, descubriremos una relación proporcional. En efecto, los dos diagramas estadísticos se desarrollan de forma paralela.

Las sociedades cuyos cohetes alcanzan hoy en día mayores distancias y cuya visión filosófica es la más corta, tendrán que sacar entonces las consecuencias y reimplantar la «supersticiosa» norma de la abstinencia, que sus antepasados acataban con buenas razones.

Hace 50.000 años los filósofos y profetas todavía eran capaces de esta cognición de la verdad. Hoy en día, por el contrario, los científicos no sólo son incapaces de descubrir tales verdades, sino que ni tan sólo pueden reconocer el sentido de tales verdades heredadas. Y la humanidad ha confiado la suerte de sus respectivos países a tales personas.

Los únicos que todavía saben que el consumo de carne produce agresividad parecen ser los carniceros y los criadores de perros, quienes se percatan con claridad de que sus perros alimentados con carne muerden con facilidad y son agresivos. Los «científicos» no quieren sacar consecuencias de ello; opinan que las fuerzas y leyes de la naturaleza ya no actúan sobre el ser humano, dado que éste ha hecho progresos.

Desde el punto de vista fisiológico, el ser humano todavía sigue siendo un animal vegetariano. Su cuerpo no está preparado para la ingestión de carne. Su intestino grueso no es lo suficientemente corto para eliminar con rapidez los restos in-

digeribles y tóxicos de la carne y tampoco posee el enorme número de poros sudoríferos que necesitan los animales carnívoros para eliminar las toxinas. El hombre no ha tenido nunca una dentadura y unas uñas como las de los animales carnívoros. Sus necesidades de alimentación y su digestión no han sufrido el menor cambio desde que era simio. El hombre puede llevar una vida totalmente vegetariana sin daño para su salud. Es un hecho demostrado que muchos vegetarianos sobrepasan los cien años de edad, mientras que las posibilidades de longevidad de los deportistas punteros, que son sometidos a regímenes alimenticios de carne, son realmente escasas.

En la actualidad la humanidad consume a diario varios millones de animales de sangre caliente. Los científicos y especialistas en alimentación afirman que el hombre ha de comer necesariamente carne y que sin ella no se alimentaría de forma suficiente.

Pero la verdad es diametralmente opuesta. En nuestro planeta existen en la actualidad 0,4 hectáreas de tierra cultivable por persona. Si la humanidad se alimentara de forma exclusivamente vegetariana, ya bastarían 0,3 hectáreas para la producción de los alimentos de una persona. Por el contrario, una población carnívora necesita 0,8 hectáreas por persona para la cría de ganado. Esto es el doble de la superficie agrícola útil existente.

De ahí se deduce que las necesidades alimenticias de la inminente superpoblación de nuestro planeta no podrán ser paliadas con una mayor producción de carne, sino únicamente mediante el consumo de alimentos vegetales y pescado.

Del mismo modo que el canibalismo produjo en la humanidad un sentimiento subconsciente de culpabilidad, que incluso se ha transmitido a su vida sexual, también se ha producido un sentimiento de culpabilidad a causa del canibalismo menor, que la humanidad sigue practicando con el consumo de carne. También en este caso el hombre sabe que mata a unos seres inocentes, cosa que no es imprescindible para poder

subsistir. De esta forma, huye del desasosiego que le causa este tipo de canibalismo y prefiere contemplar la carne en rodajas, en trozos menudos o elaborada como embutido, con el fin de no tener que recordar el origen de su alimento. No le gusta pensar que un ternero, que seguramente le habría gustado y al que habría acariciado, tuvo que morir con el cuello seccionado y la mirada vidriosa.

En los mitos de muchos pueblos se habla de una lejana época, en la cual reinaba la paz entre los hombres y los animales. El anhelo subconsciente de esta paz está profundamente arraigado y pervive todavía. Ésta es la causa de que el hombre cree asociaciones para la protección de los animales y que mantenga en su casa perros, gatos y pájaros completamente inútiles, pero a los que quiere, admira y envidia.

Desde su concepción hasta su muerte, el ser humano pasa por todas las etapas evolutivas desde el animal al hombre. Inicia su vida como ser unicelular, se transforma en un animal peludo y nace como hombre desnudo. Durante sus primeros años de infancia todavía convive en paz con los animales. Ésta es la razón del amor que los niños sienten por los animales y el que éstos sienten por los niños. También es el origen de todas las fábulas y cuentos de animales, que satisfacen un deseo instintivo de paz en los niños.

La cantidad máxima de carne que un ser humano puede consumir al año sin producirse daños, es la cuarta parte de su peso. Y cuanto menor sea esta cantidad, mejor. Lo ideal es que el hombre viva de forma exclusivamente vegetariana, permitiéndose el consumo de productos lácteos, huevos y pescado.

El tipo de alimento que se toma es una cuestión de costumbre. Lo que una persona come desde su niñez siempre será su plato favorito. Quien no haya comido carne durante su niñez, tampoco la echará de menos cuando sea mayor, y lo más probable es que le produzca aversión. Debido a ello, es

conveniente alimentar a los hijos de forma completamente vegetariana, para que no echen de menos la carne cuando ésta escasee debido a la inminente superpoblación.

El inicio del consumo de carne se encuentra, como ya queda dicho, en estrecha relación con la pérdida del manto de pelo que cubría el cuerpo entero. Esta pérdida se manifestó de modo muy particular.

La energía que originariamente servía para el crecimiento del manto de pelo, no pasó a ser una energía ahorrada, sino que, a consecuencia de la reorganización enfermiza de las hormonas, se concentró por completo en la cabeza. Desde entonces, el pelo de la cabeza crece de tal forma, que puede llegar hasta los talones. Este cabello no sólo es completamente superfluo, sino que de continuo entorpece los movimientos, hasta el punto de que pone en peligro la pervivencia del género humano, si no es cortado periódicamente. Este solo hecho ya convierte al ser humano en un ser único y antinatural, y sus cabellos excesivamente largos lo convierten en el payaso del universo.

Puede afirmarse que los monos antepasados del hombre nunca tuvieron en la cabeza un pelo tan largo. De lo contrario, no se habrían podido mover en los bosques y las estepas, y se habrían extinguido hace tiempo. Este fenómeno debiera haber sido una prueba suficiente para los científicos, que les demostrara que se enfrentan con un ser que bajo ningún punto de vista puede ser el producto de una evolución natural. La existencia o la supervivencia de una especie no puede depender de la invención de unas tijeras o de la existencia de una peluquería. Eso lo debería comprender también un «científico».

El largo pelo de la cabeza aparece ya en los primeros estadios de la formación del hombre. El semi-hombre caníbal se vio obligado a arrancarse el cabello o a que sus congéneres se lo arrancaran para poder moverse en su ambiente. Sólo más

tarde fue capaz de fabricar instrumentos adecuados para cortarse los cabellos que le estorbaban.

Pero había aprendido ya que su cuerpo cobijaba valiosas sustancias inmateriales, que de forma periódica, cuando la luna se hallaba en su cuarto creciente, subían hacia la cabeza.

Sólo cuando la luna se hallaba en su cuarto creciente el caníbal iba a la caza del hombre, dado que entonces los cerebros adquirían su máximo valor. Más tarde se dio cuenta que esta fase de la luna también tenía influencia sobre los animales e incluso las plantas. De esta forma evitó cortarse el cabello cuando la luna se hallaba en su cuarto creciente, con el fin de que a través de los cortes de cabello desapareciera sólo un mínimo de la valiosa energía vital. Este antiquísimo procedimiento en el corte del cabello todavía se sigue practicando en toda Asia y por las viejas generaciones en muchas partes de Europa.

Según las viejas experiencias transmitidas por la tradición, la citada medida ahorra fuerzas vitales que no sólo son de importancia para el cuerpo, sino también para la mente. La fuerza energética que hace crecer el cabello adquiere su mayor potencia en la parte superior del cráneo. Por esta razón, en muchas regiones se cortaba el cabello que bordeaba la cabeza con cada luna nueva, pero en el centro del cráneo se dejaba intacta una trenza, que iba creciendo cada vez más. Esta práctica todavía la vemos hoy en China, Mongolia, la India y en muchas tribus africanas, especialmente en los niños que todavía están en edad de crecimiento.

Pero en la cabeza también crecen otros pelos que tampoco deben ser cortados, pues las antiquísimas experiencias demuestran que también contienen energías que favorecen especialmente al cerebro. Se trata de las cejas, del cabello de las sienes y los pelos de las verrugas del rostro. Algunas viejas imágenes asiáticas nos muestran a sabios y filósofos con larguísimas cejas, que pasan por encima de las orejas y cuelgan hasta el cuello. También el cabello de las sienes cubría los costados del rostro.

Si bien algunos judíos muy religiosos y sus sacerdotes ya no conocen la causa por la que no se cortan el cabello de las sienes, sino que lo llevan enrollado en rizos, practican algo cuyo origen está en el antiquísimo conocimiento adquirido por el hombre gracias al canibalismo. Ningún *saddhu* o filósofo hindú se cortaría jamás las cejas. También los chinos tienen unas severas normas que indican cuándo pueden cortarse los pelos de las verrugas.

Numerosas leyendas y mitos antiguos dan cuenta de personas cuyos cabellos largos poseían unos poderes físicos y mentales extraordinarios, que perdieron cuando sus enemigos les cortaban estos cabellos. En la India todavía muchos *saddhus* viven como ermitaños en sus cuevas y jamás se cortan el cabello, que llega hasta sus talones. Estos hombres dedican todo su tiempo a la meditación y siguen unas estrictas normas para la conservación de la salud. Son extraordinariamente sanos y longevos. También ellos afirman que el cabello posee energía, que incluso facilita las percepciones ultrasensoriales.

Ningún animal con pelo es víctima de la calvicie en su vejez, a excepción del hombre, especialmente el varón. Este hecho está en contradicción con la evolución natural. Se trata de un estado enfermizo, que tiene su origen en los cambios hormonales producidos por el consumo de cerebros.

Ahora bien, ¿qué ocurre con todas aquellas personas que pierden el cabello y se quedan calvas? ¿En qué se emplea la energía así ahorrada?

Desde tiempos antiquísimos, los sabios y también el dios de los cristianos en la Edad Media fueron representados como personas calvas. La calvicie no se considera tan sólo como signo de ancianidad, sino también de sabiduría. Por añadidura, los hombres calvos se consideran sexualmente más vitales que los hombres de cabello. Ambas interpretaciones son correctas. La cantidad de energía que ya no se emplea para el crecimiento del cabello por haber muerto las raíces, es empleada en favor de la inteligencia o de la sexualidad, o bien para ambas a la vez. Esto no significa, sin embargo, que todos los

calvos sean inteligentes o muy activos sexualmente. Todo depende del nivel en el que se encontraba el individuo antes de convertirse en calvo. La persona tonta puede perder algo de su ignorancia al quedar calva, pero nunca será un genio. Lo mismo cabe decir de la vitalidad sexual.

La sexualidad, la inteligencia y el crecimiento del cabello se encuentran bajo el control de la hipófisis. A pesar de que el canibalismo dio lugar a un nuevo sistema distributivo de las hormonas en el cuerpo, todavía pueden darse esas pequeñas alteraciones que causan, entre otras cosas, los fenómenos humanos que acabamos de reseñar.

La humanidad nunca ha sabido qué hacer con el crecimiento enfermizo del cabello y tampoco hoy en día sabe si debe llevar el cabello largo o corto. Quien tiene cabello liso, se lo riza y el que tiene cabello rizado, lo alisa. Los cabellos se tiñen en todos los colores, desde el negro hasta el azul, y en todas las gamas imaginables. El cabello superfluo y extremadamente largo siempre ha sido para la humanidad causa de orgullo y fuente de preocupaciones al mismo tiempo.

Cuanto menos valores interiores tiene una persona, más huye hacia lo externo. Una persona de este tipo se aprovecha en seguida del crecimiento enfermizo de su cabello. Entonces cuida con especial dedicación lo que es su más inútil posesión.

Las razas de cabello rizado son las que tienen menos problemas en este aspecto. Su evolución al estado de hombres ha tenido lugar en la selva. Por selección natural sólo han sobrevivido aquellos seres que tenían un cabello corto y muy rizado, que no les estorbaba en sus movimientos. Pero muchas de estas razas se han ido mezclando con otras de cabello liso. Como fenómeno atávico todavía aparecen en todas las regiones eurasiáticas cabellos rizados, incluso en las razas nórdicas de cabello rubio.

Pero todas y cada una de las razas humanas adquirieron un tipo de pelo especial, crespo y como de alambre, situado en las cavidades axilares y entre las piernas, junto a los ge-

nitales. Este tipo de pelo no lo posee ninguna raza de simios y tampoco lo tenían los antepasados simios del ser humano, pues no lo necesitaban mientras aún eran seres sanos y peludos.

Debido a la pérdida del manto peludo, quedaron al descubierto los poros destinados a la transpiración. En un principio, el manto de pelo había garantizado la evaporación equilibrada del sudor. Pero con su desaparición antinatural, el viento y las corrientes de aire eran la causa de una evaporación extremadamente rápida y de un enfriamiento excesivo del cuerpo, difícil de compensar. Todo ello fue causa de una gran predisposición a las enfermedades y un incremento de la mortandad, que amenazaba con extinguir la raza humana.

Los poros de los animales sufren un estrechamiento e incluso llegan a cerrarse temporalmente cuando reina frío. Pero este fenómeno no debe ser duradero, dado que el cuerpo precisa expulsar el sudor, que contiene materias tóxicas.

Una vez desnudo el hombre, era natural que los poros se estrecharan de forma ya duradera en toda la superficie del cuerpo, con lo que éste sólo podía desprender de forma insuficiente las toxinas. Consecuentemente, para poder eliminar de alguna forma el sudor portador de toxinas, los poros se agrandaron e incluso multiplicaron en aquellos lugares que menos estaban afectados por los golpes de aire: las cavidades axilares y la región genital entre las piernas. Ahora bien, este fenómeno no era todavía una solución, pues las enormes cantidades de sudor expulsadas en los citados lugares no tenían posibilidad de evaporarse. Este sudor acababa descomponiéndose y daba lugar a dolorosas heridas. El ser humano tuvo que soportar largo tiempo tales molestias exclusivamente humanas, hasta que la naturaleza le dotó de una solución de emergencia, que es y seguirá siendo incompleta: unos pelos totalmente diferentes. Este pelo crespo, duro, no tiene otra función que la de separar del cuerpo el sudor que en aquellas partes se forma casi constantemente y en exceso. Desde la aparición de este nuevo tipo de pelo, apenas se producen ya

edemas, pero el sudor sigue descomponiéndose en dichas partes y da lugar a que el hombre huelga mal si no se lava con frecuencia.

No hay ningún mono ni otro animal en nuestro planeta que sufra de malos olores axilares. Esta enfermedad sólo la padece el ser «a imagen y semejanza de Dios», este ser que supuestamente ha nacido en el marco de una evolución natural y en concordancia con el orden cósmico.

El ser humano se siente abochornado y se ve obligado a lavar con frecuencia sus cavidades axilares y sus genitales, con el fin de disminuir sus malos olores. En las sociedades «modernas» y espiritualmente decadentes, los poros son recubiertos con «inofensivas» pomadas perfumadas, que se fabrican sobre base «científica» y cumplen con «todos los requisitos de la higiene moderna». No hay duda alguna de ello, pues tales productos impiden por completo que el cuerpo elimine las toxinas. El ser humano sólo se percata de esta notable conquista científica cuando acaba como paciente de uno de los abarrotados hospitales, cuyo número va cada vez más en aumento. Y en los citados centros hospitalarios, el ser humano recibe atención médica de los colegas de aquellos que han fabricado y recomendado el desodorante «científico» e «inofensivo».

La mayoría de los humanos se ganan la vida con el sudor de su frente. Pero hay individuos que se enriquecen con el sudor de las axilas de los demás. Éste es uno de los males de la civilización, cuyo origen no debe buscarse sin embargo bajo las axilas, sino en la cabeza.

Entre las mayores transformaciones que tuvieron lugar durante el proceso de formación del hombre, se encuentra también el caminar erguido.

Algunos científicos llegan incluso a ver en este fenómeno una causa suficiente para la obtención de una inteligencia superior. Afirman que la columna vertebral colocada en posición

vertical produjo tales transformaciones en determinada glándula cerebral, que con ello aumentó el volumen del cerebro y la inteligencia de forma extraordinaria. Esta tesis constituye un auténtico cumplido para los pingüinos, que caminan mucho más derechos que el hombre.

El caminar erguido no tiene nada que ver con la inteligencia y la sabiduría. Los antepasados del hombre, los monos, nunca fueron auténticos cuadrúpedos. Estaban sentados, saltaban o se encaramaban a los árboles. Cuando avanzaban por el suelo, lo hacían tal como lo siguen haciendo hoy en día los monos antropomorfos: caminan sobre las patas traseras y se apoyan con sus largos brazos en los nudillos de sus puños medio cerrados. Son incapaces de caminar sobre sus cuatro extremidades, dado que las anteriores no están dispuestas para ello.

El cambiar de esta incómoda postura agachada y caminar erguido es algo muy lógico y fácil, que cualquier mono antropomorfo hace de vez en cuando. ¿Pero qué le impulsó a caminar más tarde de forma siempre erguida? Entre otras cosas, los causantes fueron sus largos cabellos, que le caían sobre la cara al caminar agachado, obstaculizándole la vista. No disponía todavía de peine y tampoco podía arrancarse de continuo sus cabellos. Además, como paulatinamente iba abandonando la vida selvática y cada vez trepaba menos a los árboles, sus brazos fueron acortándose. Así pues, ya no pudo apoyarse en ellos en postura agachada, a menos que se hubiera convertido en un cuadrúpedo, cosa que nunca había sido. Por lo tanto, le fue mucho más fácil abandonar la postura agachada para caminar erguido. El caminar derecho no es un milagro, como les gusta afirmar a los científicos, el verdadero milagro habría ocurrido si el hombre se hubiera convertido en un cuadrúpedo.

El hecho de que el ser humano haya tenido que abandonar sus múltiples formas originales de desplazamiento en favor del método exclusivo de caminar derecho, no significa ningún progreso, sino más bien una pérdida. Sus antepasados poseían gran destreza en encaramarse y desplazarse por los árboles. Si hoy en día todavía contara con tales facultades y si los demás

monos no las tuvieran, esos mismos científicos resaltarían la citada capacidad como una gran ventaja frente a los monos y como causa de la formación del hombre. Pero como la humanidad perdió esta facultad, la pérdida se considera como un progreso en el marco de una evolución natural.

La teoría evolutiva del hombre reconocida oficialmente está plagada de contradicciones casi incomprensibles. No hay ningún animal sobre el cual se hayan escrito y dicho tantas estupideces como sobre el hombre. Él mismo se ha ido engañando de forma continua, porque se ha empeñado en ser la criatura favorita de Dios y en poseer una misión especial, en lo cual se había erigido por sí mismo.

¿Por qué es esto así? ¿Por qué ya no es capaz de juzgarse a sí mismo? ¿Por qué es incapaz de conocer la verdad? ¿Por qué es el único en este mundo condenado a trabajar sin alcanzar nada? ¿Por qué combate precisamente las dos cosas que mayor importancia tienen para él: sus congéneres y la naturaleza? ¿Por qué está continuamente descontento? ¿Por qué y en qué tiene esperanzas? ¿Por qué no se han cumplido sus esperanzas? ¿Por qué busca algo que es incapaz de definir? ¿Por qué no encuentra paz consigo mismo y con su medio ambiente?

Porque está mentalmente enfermo. Las peores consecuencias del canibalismo no son los daños físicos, sino el estado enfermizo del cerebro hiperdesarrollado, debido al cual su espíritu ha desembocado en un estado de alienación. Precisamente aquello de lo que se siente más orgulloso, su cerebro, se encuentra incurablemente enfermo.

V. EL CEREBRO MORBIDO

El cerebro incrementado artificialmente de volumen quedó oprimido dado que el cráneo no aumentaba de capacidad al mismo ritmo. En los conductos cerebrales se produjo un cortocircuito físico, con lo que el ser humano perdió sus capacidades para la percepción ultrasensorial. Desde entonces es incapaz de percibir la existencia del mundo inmaterial, su verdadero yo, su origen y su destino. Esta es la causa de su desamparo anímico, que quiere eliminar mediante continuas disposiciones materiales. Esta interminable cadena de medidas materiales condenadas al fracaso es lo que denomina «progreso». A consecuencia de su creciente ofuscación espiritual, el ser humano se autodestruirá con su supuesto progreso.

El cerebro es materia y, por lo tanto, tridimensional. El pensar es algo inmaterial, adimensional. La facultad mental y la memoria son funciones del cerebro; esto es: ha de existir una materia tridimensional para posibilitar el proceso mental y almacenarlo en calidad de conocimiento.

El cerebro se encuentra rodeado por un casco protector, el cráneo. Este último se adapta al volumen de la masa cerebral. Cuando en un animal aumenta la inteligencia en el curso de una evolución natural, también aumenta el volumen del cerebro y el cráneo incrementa su capacidad en la medida correspondiente. Entre el volumen del cerebro y la inteligencia existe una relación directa, específica para cada especie de animal.

Hace cincuenta millones de años todos los monos antropomorfos eran tan pequeños como los gatos y su cráneo era menor que un puño. Su cerebro era pequeñísimo, al igual que su inteligencia. En el curso de millones de años los monos homínidos han ido creciendo de acuerdo con las leyes de la evolución natural. Por lo misma razón han aumentado también su inteligencia y el volumen de su cerebro. El caparazón óseo del cerebro, el cráneo, ha ido creciendo en la misma medida, con el fin de permitir al cerebro espacio suficiente.

De todo ello se deduce que un incremento de la inteligencia inmaterial y adimensional exige también un mayor volumen de masa cerebral material y tridimensional. Y exige igualmente que el cráneo crezca al mismo ritmo, para no obstaculizar el crecimiento del cerebro.

Así pues, en un proceso de evolución natural el incremento de inteligencia, el aumento del cerebro y el crecimiento del cráneo guardan una relación directa; se desarrollan simultáneamente y de forma proporcional.

La proporcionalidad admite pequeñas tolerancias. Las capacidades intelectuales del cerebro pueden aumentar hasta determinado límite, sin necesidad de que el cerebro crezca en la misma medida. Pero en ningún caso esta tolerancia es tan grande como para permitir que la inteligencia se cuadruplique mientras el volumen del cerebro permanece invariable.

Hace un millón de años el contenido craneal de los monos antropomorfos, incluyendo los antepasados del hombre, era de unos 400 cm³. Desde entonces el contenido craneal de los monos antropomorfos sólo ha aumentado un 5 %, dentro del marco de una evolución natural. También sus capacidades intelectuales se han incrementado en la misma medida.

Pero en el caso del hombre nos encontramos ante una situación completamente diferente. El proceso de formación del hombre no tuvo lugar dentro de una evolución natural. La inteligencia superior se debió a la ingestión forzada de sustancias cerebrales físicas, que contienen inteligencia e incluso

conocimientos concretos. Debido a ello, el cerebro humano pasó de los 400 cm³ a un volumen de 1.000 a 1.600 cm³. Por lo tanto, se ha cuadruplicado, mientras que la inteligencia no ha aumentado cuatro ni tampoco diez veces, sino unas mil veces. Esto significa que una inteligencia mil veces superior ha tenido que acomodarse en un cerebro que sólo ha aumentado cuatro veces su volumen. Esto es lo mismo como si en una caja de fósforos se quisiera meter a la fuerza un cerebro electrónico del tamaño de un camión.

El cerebro, incitado al crecimiento por el continuo consumo de otros cerebros, no pudo desarrollarse plenamente, debido al reducido tamaño del cráneo, el cual crecía a un ritmo más lento de lo que hubiera sido necesario. A consecuencia de ello, el cerebro obligado a crecer comenzó a ser comprimido. Así empezó a atrofiarse dentro del caparazón óseo del cráneo y sus incontables conductos microscópicos tuvieron que hacerse todavía más finos y seguir un trazado más complicado.

A consecuencia de ello surgió en el cerebro humano esta enorme cantidad de circunvoluciones, de la que el hombre se siente tan orgulloso, por ser los signos visibles de su elevada inteligencia.

Al igual que los cables en un receptor de radio, los conductos cerebrales están rodeados de una masa aislante, con el fin de que no se produzcan cortocircuitos ni funciones equivocadas. Debido a la presión y la falta de espacio, la masa aislante tuvo que disminuir de grosor, con lo que la capacidad aislante no era suficiente. Esta es la causa de la tragedia de la humanidad y la razón por la cual el ser humano está mentalmente enfermo.

En determinado punto del cerebro se produjo un cortocircuito físico de graves consecuencias, debido al cual quedó desconectada precisamente aquella parte del cerebro que posibilita las percepciones ultrasensoriales. Se trata de una capacidad que posee cualquier ser vivo y gracias a la cual se revela el origen y sentido de la existencia y la vida resulta digna de ser vivida.

Cuando el citado defecto físico se había producido en el cerebro de toda la humanidad, ésta perdió en primer lugar su memoria sobre la existencia anterior y su origen. El hombre ya no supo que antaño había sido un mono mentalmente sano y cuál había sido la trayectoria de su transformación en hombre. Este nuevo ser desprovisto de memoria comenzó entonces a inventarse las más inverosímiles teorías sobre su origen, completamente diferentes en las distintas partes del mundo, pero cuyo rasgo común era el halago y el autoelogio del género humano. Al mismo tiempo también perdió la capacidad de comunicarse con sus congéneros por transmisión mental. Pero la pérdida más trascendental era la de la capacidad de percepción ultrasensorial para el pasado, el presente y el futuro. Desde entonces es incapaz de comprender el mundo inmaterial, en el cual se revelan el origen, la finalidad y el sentido de la existencia. Desde entonces tampoco sabe que vive sumergido en un infinito océano, cuyas sustancias (espíritu, semiespíritu, semimateria y materia) se conjugan en un juego armónico y realizan el sentido del universo y también de la vida. Y tampoco sabe ya que la percepción de este juego eterno produce una sensación de felicidad, cuyo mero disfrute ya hace que la vida sea digna de ser vivida. Ha olvidado de igual modo que, como todos los seres vivos, participa de todas estas sustancias y que su verdadero Yo es la sustancia de máximo valor: su espíritu.

Desde la citada pérdida sólo es capaz de percibir los objetos materiales, para lo cual posee unos órganos sensoriales físicos. Es capaz de ver, oír, oler y palpar. Aplica todos sus conocimientos a la materia, que es la sustancia más primitiva y basta del universo, y busca un sucedáneo para todo aquello que ha perdido y que echa de menos, a pesar de que no es capaz de decir qué es lo que ha perdido y cuál es la causa de todas sus tribulaciones.

Incluso se identifica a sí mismo con la materia, ya que le resulta imposible percibir cualquier otra sustancia. Así opina que su auténtico Yo es su cuerpo.

Ahora bien, en su subconsciente tiene la sospecha de que todas sus imaginaciones le están engañando. Tiene la esperanza de que los presentimientos heredados que permanecen indelebles en su alma sean verdad. Tiene la esperanza de ser algo más que materia. Tiene la esperanza de que exista un mundo inmaterial en donde también él ocupe un lugar y que su existencia, tenga un sentido que no se limite únicamente a la existencia material. Desea que alguien sea capaz de demostrárselo. Pero si alguien le presenta la prueba deseada, pone en duda su autenticidad. Pone en duda y niega precisamente aquello que tanto ansía.

¿Por qué? Porque de nuevo quiere conocer, ver y percibir por sí mismo lo que era capaz de percibir antaño. Sus recuerdos subconscientes, transmitidos por herencia, le dicen que hubo un tiempo en el que era capaz de contemplar un mundo en el cual se le revelaban todas las cosas. Pero ahora su cerebro mórbido ya no le permite la visión de este mundo inmaterial.

A partir de la ofuscación espiritual del hombre aumentaron cada vez más sus penurias anímicas y sus monomanías. Le atormenta un miedo subconsciente por el futuro, estrechamente relacionado con un sentimiento de inferioridad e inseguridad. Sus crecientes monomanías le impusieron cargas materiales cada vez mayores, con lo cual contrajo la maldición del trabajo. Quiere liberarse de esta maldición ocasionada por él mismo, pero los medios que utiliza para ello exigen a su vez más trabajo, que de nuevo da lugar a otros sufrimientos.

De continuo se propone nuevas metas materialistas destinadas a proporcionarle la ansiada felicidad. Cuando alcanza tales metas, siente siempre un desengaño, pues se da cuenta de que con ello no ha logrado encontrar la paz espiritual, la seguridad y el sentido de la vida.

Todos los remedios materiales con los cuales ha querido curar sus males, cuyo origen es anímico, han fracasado y seguirán condenados al fracaso en el futuro. Lo único que con-

sigue es aumentar sus males y producir otros nuevos, ya sean imaginarios o reales.

La cadena visible de sus fracasadas disposiciones materiales es lo que denomina progreso. La cadena invisible está oculta en su alma: amargo desengaño y esperanza escéptica.

La crítica o la puesta en duda de su «progreso» la considera siempre como un sacrilegio. Constantemente lo protege, aunque bajo esta carga tenga que trabajar y sufrir todavía más. Ninguna carga le parece demasiado grande cuando ésta lleva la marca de garantía hipnótica del «progreso».

En su subconsciente, sin embargo, se da cuenta de que todas sus conquistas materiales son incapaces de liberarlo de sus males.

Afirma que su progreso no conoce límites. ¿Significa esto que también son ilimitados sus males? ¿O acaso el progreso no está destinado a eliminarlos? ¿Sospecha quizá que su progreso material es incapaz de curar sus males? ¿Para qué sirve entonces?

Los problemas del hombre son de origen anímico y no pueden ser curados por procedimientos de tipo material, del mismo modo que unas auténticas necesidades materiales no pueden ser eliminadas tampoco mediante un tratamiento anímico. Durante toda su larga y dolorosa historia, el hombre no ha sido capaz de comprender esta sencilla verdad.

Para poder comprender todo lo que ya no es capaz de vivir a causa de la pérdida de su percepción ultrasensorial, ha de conocer numerosas verdades cósmicas.

El universo está formado por diferentes sustancias, entre las cuales la materia sólo desempeña un papel secundario. Tales sustancias forman una escala de valores, que simultáneamente indica el orden cronológico de su aparición: espíritu, semiespíritu, semimateria y materia. El espíritu es el origen de todas las sustancias y encabeza la escala de valores. La fuente del espíritu resulta inagotable según los conceptos humanos.

En un continuo proceso de transformación, del espíritu

nace el semiespíritu, de éste la semimateria y de ésta la materia. Por consiguiente, la materia ocupa el nivel más bajo de la escala de valores. Todas las citadas sustancias existen de forma constante en el universo, dado que sólo una parte de ellas se transforma en sustancia de grado inferior. Esto mismo es el proceso de la creación. De la nada no nace nada, y esta verdad queda confirmada por la ciencia.

Este proceso no puede ser abreviado. Ello significa que el espíritu no puede convertirse en materia sin haber pasado previamente por el estado de semiespíritu y semimateria. Y el proceso tampoco puede invertir el orden de las transformaciones. Por lo tanto, sustancias inferiores no pueden dar lugar a unas de valor superior. La materia no puede convertirse en semimateria, semiespíritu o espíritu.

El proceso de formación de los objetos se inició con el actual ciclo cósmico del mundo y todavía no ha llegado a su fin. Continuará en marcha hasta que el universo esté saturado de materia en un determinado nivel. A partir de entonces el espíritu ya no seguirá transformándose en sustancias de valor inferior, sino que dará lugar a una reacción en cadena instantánea, que aniquilará todas las sustancias para convertir las de nuevo en espíritu. Así dará comienzo un nuevo ciclo universal y todo el proceso volverá a repetirse.

Las cuatro sustancias son independientes y separadas entre sí y cada una mantiene su propio carácter.

Sin embargo existe una excepción y ésta es la más hermosa maravilla del universo: el ser vivo está formado por las cuatro sustancias básicas del universo, que actúan en él de forma conjunta. Todo ser vivo espiritualmente sano percibe y aprovecha conscientemente estas sustancias. Éste es el sentido de la existencia de los seres vivos en el mundo.

Por consiguiente, un ser vivo es una simbiosis de las cuatro sustancias básicas del universo, que forman en él una unidad. Sólo esta unidad cerrada posee una conciencia común. Cuando una sola de las sustancias sale de la unidad, dejan de existir los nexos de unión entre las demás sustancias y el ser

vivo deja de ser tal ser vivo y deja de tener una conciencia común. Las cuatro sustancias básicas continúan subsistiendo entonces en el universo separadas e independientes, uniéndose de nuevo con las sustancias de su mismo valor.

La materia vuelve a unirse con la materia, la semimateria con la semimateria, el semiespíritu con el semiespíritu y el espíritu con el espíritu.

La famosa ley según la cual la materia no se destruye, sino que se transforma en otra materia o en energía, también es aplicable a todas las demás sustancias que componen el universo. En otras palabras: sólo existe una ley única y universal, de la cual depende tanto el mundo material como el inmaterial.

La materia existe en diferentes formas, denominadas elementos, que cumplen determinadas funciones en el mundo material. Pero también las sustancias inmateriales de la semimateria y el semiespíritu se manifiestan en diferentes elementos, que a su vez tienen encomendadas unas determinadas funciones. Tan sólo el espíritu es uniforme y sólo en estado despierto se convierte en sustancia creadora.

Citemos tan sólo algunas de las sustancias básicas reunidas en un ser vivo:

La parte material del ser vivo es el cuerpo, del cual también forman parte el sistema nervioso central y el cerebro. La semimateria es un nexo de unión entre la materia y las sustancias completamente inmateriales. Uno de tales nexos es el saber o memoria almacenada en el cerebro material.

El saber o memoria no son materia, si bien se encuentren localizados en el cerebro. Pero la memoria tampoco es el pensamiento inmaterial propiamente dicho, sino sólo la huella o impresión de una idea producida en el cerebro material, capaz de ser copiada. Sólo entonces el cerebro podrá emitirla de nuevo en calidad de pensamiento o idea inmaterial.

La memoria está contenida en los llamados nucleolos del

cerebro. Se trata de unas sustancias materiales, visibles, pero que sólo se han convertido en nucleolos por estar conectadas con la memoria. No son idénticos a la memoria ni al pensamiento, sino que más bien son el nexo de unión entre la sustancia material del cerebro y la memoria inmaterial. Esta sustancia o energía conjuntiva es semimateria.

De forma parecida, tampoco el olor es materia, sino una sustancia semimaterial adjunta a la materia. La materia está formada por moléculas, éstas están constituidas por átomos, los cuales, a su vez, no son más que combinaciones de energías eléctricas. Las energías, sin embargo, no huelen. Y por consiguiente, el olor no puede ser materia ni energía material. Mediante el consumo de sustancias materiales que contienen otras inmatrimales, como el olor o la memoria, éstas son transmitidas al consumidor. Sorprendentemente, la memoria semimaterial se dirige entonces hacia aquel lugar donde ya existe una sustancia semejante: hacia los nucleolos del cerebro.

Mientras la memoria y el saber son semimateria, el pensamiento es una sustancia o energía completamente inmaterial. Del saber sólo volverá a nacer una idea por voluntad del espíritu, que lo excita y consigue que el cerebro lo emita a modo de idea inmaterial.

¿Cuál es la tercera sustancia, el semiespíritu, en el ser vivo?

El universo es un mar infinito, repleto de energía cósmica inmaterial, compuesta por diferentes elementos. Ningún ser vivo es capaz de vivir sin la citada energía cósmica. Se trata de la *energía vital* propiamente dicha, que todo ser vivo absorbe en su cuerpo a través de determinadas fibras nerviosas, que en la mayoría de los animales se hallan en la nariz.

La filosofía india hace referencia a la existencia de esta energía cósmica y la denomina *prana*. La ciencia «moderna» desconoce y no admite la existencia de dicha sustancia. El *prana* no es materia, pero tampoco espíritu, sino un elemento del semiespíritu, que en la escala de valores ocupa el lugar inmediato al espíritu.

La vida independiente de todo ser vivo se inicia con la inhalación del *prana*. Pero éste no tiene nada que ver con el aire, pues también existe en el espacio vacío. El *prana* que penetra en el cuerpo es almacenado en unos centros especialmente destinados a él, ante todo en el plexo solar, para ser distribuido luego. Gran parte queda encauzado hacia el cerebro.

Cuando el cerebro despierto entra en contacto con la energía inmaterial del *prana*, comienza a trabajar de forma parecida a un transformador de energía, llevando el *prana* a determinada longitud de onda y frecuencia, diferente y específica para cada especie animal. El cerebro realiza en este caso una función parecida a la de una emisora de radio que modula la corriente energética a determinada longitud de onda y frecuencia. La diferencia está en que el cerebro modula una energía completamente inmaterial, mientras una emisora de radio lo hace con una energía material, la electricidad.

Sólo después de que el cerebro haya llevado el *prana* a una longitud de onda específica, es emitido por el cerebro a semejanza de las ondas de energía eléctrica radiadas por una emisora. Ahora bien, estos rayos modificados de *prana* no tienen contenido. En otras palabras, todavía no contienen ideas. También una emisora de radio emite ondas modificadas cuando se la alimenta con energía, pero esto no es música. La música o el lenguaje, como contenido espiritual, ha de ser producido por otra entidad, para ser colocado luego en la onda emitida. De forma parecida, también las ondas sin contenido del *prana*, emitidas constantemente por el cerebro, son utilizadas como vehículo para un contenido espiritual elaborado por otra entidad.

¿Cuál es este centro que determina el contenido espiritual? El espíritu, parte del espíritu creador y origen de todas las cosas, es la sustancia máxima y más sutil de todo ser vivo. Se trata de la única sustancia creadora, que determina el contenido espiritual y lo coloca en la longitud de onda de los rayos *prana* del semiespíritu, abandonando así el cerebro en forma de idea emitida al universo. Gracias a la voluntad del espí-

ritu, también puede ser copiada la impresión de las ideas (la memoria) conservada en los nucleolos del cerebro, colocada sobre las radiaciones *prana* y emitida por el cerebro como idea repetida.

Por consiguiente, el cerebro no es un instrumento que produzca contenidos espirituales, sino tan sólo un transformador que, entre otras cosas, modifica las radiaciones *prana*. Si por cualquier lesión queda fuera de servicio la parte del cerebro destinada a esta tarea, ésta puede ser realizada por otra parte del cerebro o de la médula espinal. Se trata de un fenómeno observado con frecuencia en las clínicas.

Dentro del proceso del pensar no sólo es importante que el pensamiento esté motivado y nazca por voluntad del espíritu, sino también que esta idea sea emitida por el cerebro, pues sólo entonces puede ser captada por los congéneres del ser en cuestión. Los animales y las plantas no hablan, sino que se comunican mediante la emisión y recepción de ideas. El cerebro o sistema nervioso central de todo ser vivo sano no sólo es un aparato emisor, sino también un receptor para las radiaciones inmateriales de la mente.

Las ideas no sólo están destinadas a un individuo con capacidad de pensar, sino que también están al servicio de las comunicaciones dentro de una especie de animales, con el fin de que ésta pueda cumplir con sus complicadas tareas sociales.

Así pues, un ser vivo es un maravilloso aparato que no sólo contiene todas las sustancias básicas del universo, sino que por añadidura reproduce de forma constante el proceso de la creación, en la cual colaboran todas las citadas sustancias. Con ello nace siempre algo nuevo en el campo de lo material así como en el de lo inmaterial.

Todo ser vivo es, por consiguiente, un universo en miniatura de diferente magnitud y potencia. La potencia y el radio de acción de las realizaciones físicas y espirituales dependen del nivel evolutivo alcanzado por cada ser vivo y se rigen por sus necesidades. Lo mismo cabe decir de sus facultades para la percepción ultrasensorial.

Como vemos, todo ser vivo es un milagro y goza de los mismos derechos de existencia, por lo que no debe ser usado impropriamente.

Si las cuatro sustancias básicas del universo (materia, semimateria, semiespíritu y espíritu) se unen expresamente para que puedan existir los seres vivos, se impone la siguiente pregunta: ¿Qué fin persigue el espíritu con la creación de los seres vivos?

El ser vivo no existe como fin en sí, sino que ha sido creado para que se percate de que es una composición formada por todas las sustancias básicas del universo, y para que tribute un homenaje de respeto al espíritu, que es su propio origen y el de todas las cosas. Esto lo hace cualquier ser vivo, independientemente del grado de inteligencia que haya alcanzado en el marco de una evolución natural. El espíritu creador también puede recibir el nombre de inteligencia superior o Dios.

Con ello se cierra el ciclo en el cual participan todas las sustancias del universo y se unen de forma consciente al espíritu creador. Todo cuanto ha sido alguna vez espíritu y se ha convertido en semiespíritu, semimateria o materia, se integra alguna vez en este círculo y entonces, consciente de la unidad, volverá a percibir el espíritu y recordará su origen. Esta es la única finalidad del eterno juego del universo, en el que todas las sustancias, incluso las materiales, perciben en un infinito círculo a su origen, el espíritu.

Un animal espiritualmente sano y provisto de un cerebro igualmente sano, no sólo se da cuenta de las componentes materiales de su Yo, sino también de todas las restantes sustancias de las cuales está formado, incluso la más sutil, el alma. Tampoco se identifica con la materia, sino con la sustancia más valiosa, que es el espíritu. Todo animal sabe que su alma es parte integrante del espíritu creador y que no tiene principio ni fin, porque es indestructible como la materia y todas las sustancias inmateriales. Sabe que el verdadero Yo es inmortal.

¿Acaso significa esto que todos los seres vivos no sólo per-

ciben la existencia de todas las sustancias, incluso del espíritu, sino que incluso conocen y rezan a Dios? Si el conocimiento y reconocimiento de lo máximo, del espíritu superior, se interpreta como una oración, entonces los animales rezan.

El ser humano, alienado espiritualmente, no puede imaginar que los seres vivos menos inteligentes sepan y sean capaces de más cosas que él, al poder percibir conscientemente con su cerebro sano el sentido de la vida y la unidad del universo, que el hombre busca de forma tan desesperada y en vano. El hombre cree que sólo él es capaz de reconocer a Dios, lo cual vendría a significar que un ser vivo tiene que adquirir primero una inteligencia superior a través del canibalismo antes de estar capacitado para ello. Esto es una de sus más absurdas monomanías. De hecho, el hombre ya no es capaz de percibir a Dios ni sustancia inmaterial alguna, sino que tan sólo le queda una vaga idea de su existencia, como consecuencia de un recuerdo subconsciente procedente de la época en que su cerebro todavía era sano. Pero dado que desde la pérdida de la capacidad para las percepciones ultrasensoriales ya no puede reconocer nada de esto, ni tan sólo su auténtico e indestructible Yo, se ha convertido en el ser más desgraciado del mundo. Esta no es sino una parte de su castigo, que le ha sido impuesto debido a su pecaminoso origen, contrario a las leyes de la naturaleza.

La capacidad de percepción ultrasensorial de los animales no sólo sirve para reconocer su propio Yo, el alma, como parte integrante del espíritu creador. También utilizan de continuo esta facultad para los fines prácticos de la vida cotidiana, con el fin de conservar el mayor tiempo posible y de la forma más sana las simbiosis de las cuatro sustancias básicas y poder gozar así de la conjunción armónica del universo.

Los animales poseen muchas más facultades de percepción ultrasensorial de las que el hombre supone. Son múltiples, pero sólo llegan hasta unos límites que puedan ser de utilidad para la especie y se adaptan siempre a las necesidades de cada

animal, con el fin de asegurar la subsistencia del individuo y de la raza. Una mosca, por ejemplo, tiene unas necesidades prácticas completamente distintas a las de una ballena. Pero todos los animales poseen la misma facultad de identificarse con el espíritu y percibir su inmortalidad.

Las facultades de percepción ultrasensorial también alcanzan la percepción de acontecimientos futuros o bien de acontecimientos producidos fuera del ámbito de alcance de los sentidos físicos, siempre que éstos puedan ser de alguna utilidad para el ser que los percibe. Aquí se incluyen la facultad de la orientación y de la localización geográfica de acontecimientos producidos en otros lugares, o que se producirán en el futuro.

Los animales también utilizan sus facultades de percepción ultrasensorial para la comunicación áfona. La mayor parte de los animales viven en grupo, por lo que a menudo tienen que realizar tareas sociales muy complicadas. No utilizan ninguna lengua para hacerse entender, sino que se comunican por transmisión de pensamientos. Todo grupo de animales tiene su guía, que dirige a todo el grupo mediante la transmisión silenciosa de ideas. Cuando muere este guía, otro animal se hace cargo de la dirección. No todo animal deseará el cargo rector, pues cada cual conoce las cualidades del otro. La elección tiene lugar tras una previa comunicación mental. Si alguna vez se produce una lucha, ésta no tiene lugar entre todos los miembros de la horda, sino a lo sumo entre los dos más capacitados, quienes ponen a prueba sus cualidades en una competición sin que ésta haya de acabar forzosamente con la muerte de uno de ellos.

En algunas hordas de animales se observa a menudo, y sin razón aparente, que un animal es atacado y castigado por el jefe o un miembro de la horda. En este caso el animal castigado ha elaborado una idea antisocial, captada por el jefe o por cualquier otro miembro de la horda, que entonces castiga al elemento antisocial. A menudo hay animales que son expulsados definitivamente de la horda por expresar tales ideas

disarmónicas. Este fenómeno puede observarse también entre los monos.

Las termitas y hormigas viven en grandes naciones y realizan trabajos coordinados y con una meta fija. Pueden cambiar sus metas y vías de trabajo, para lo cual reciben las órdenes correspondientes de la reina por transmisión de ideas. Tales órdenes las reciben todos los súbditos de la nación, incluso si están separados de la reina por una gruesa pared de plomo. Tan pronto muere la reina, todos sus súbditos se enteran de ello, aunque se encuentren completamente alejados del lugar.

Los buitres se elevan de sus lugares de descanso y comienzan a trazar círculos por encima de una horda de cebras, poco antes de que una fiera ataque a una cebra.

Las tortugas abandonan a cientos los cañaverales acuáticos meses antes de que éstos sean devastados por un incendio casual.

Los gusanos que se convierten en larvas bajo tierra, practican unas galerías especialmente profundas si el invierno siguiente ha de ser desacostumbradamente frío.

Los perros abandonados encuentran de nuevo su casa, para lo cual recorren caminos que nunca habían visto con anterioridad. También emiten tristes aullidos cuando en la casa o en el vecindario hay un moribundo.

Las cigüeñas, al igual que otras aves, abandonan las aldeas que más tarde son víctimas de alguna catástrofe. Lo hacen incluso si la catástrofe es originada por una guerra o por un incendio fortuito.

Los elefantes moribundos se retiran a sus cementerios ocultos, donde nunca habían estado con anterioridad. Para ello utilizan senderos por los que tampoco habían caminado nunca. Pero son capaces de encontrar el lugar al que otros elefantes moribundos se habían dirigido antes y procedentes de direcciones completamente distintas.

Las aves migratorias eligen el momento y la ruta para volar en grandes bandadas a lo largo de trayectos de miles y decenas de miles de kilómetros. Y siempre encuentran sus ni-

dos, que habían abandonado meses atrás. Sin embargo, no regresan a tales nidos si la región ha sido destruida en su ausencia por alguna catástrofe.

Ya antes de nacer, toda cría de animal se comunica mentalmente con su madre. Incluso las aves no completamente incubadas en el huevo se comunican con la madre y entre sí. Y por muy inverosímil que pueda parecer, incluso las plantas se comunican entre sí por el mismo método.

Sobre tales fenómenos podrían escribirse tantos libros que llenarían bibliotecas enteras. No hay duda alguna de que el hombre volverá a interesarse por el estudio de tales fenómenos y redescubrirá verdades que habían sido tachadas de supersticiones. Con ello no sólo podrá comprender mejor la naturaleza y el universo, sino también su propia incapacidad espiritual y su mórbido cerebro. Entonces sentirá mayor respeto por la naturaleza y abandonará su aire de superioridad frente a los demás seres vivos, a los que considera como criaturas faltas de inteligencia y a los que explota y destruye sin compasión alguna.

Hoy en día, el hombre es incapaz de explicar los sorprendentes fenómenos relacionados con la facultad de percepción ultrasensorial de los animales. Sin embargo, las explicaciones que más se aproximan a la verdad ya fueron hechas en épocas muy tempranas: los animales tienen «presentimientos» o bien son guiados por «dioses» o «espíritus». Por el contrario, las explicaciones más burdas proceden de la actual época materialista, en la que el hombre quiere dar una explicación física a todos los fenómenos. Así, se intenta explicarlos como originados por radiaciones radioactivas, ondas eléctricas, ondas sonoras de frecuencia alta o ultracorta, gravitación o magnetismo. Pero todos los intentos realizados por este camino han fallado.

Algunos científicos que se han dado cuenta de que tales fenómenos no pueden ser explicados como producto de energías materiales, se han refugiado en otra versión: la de los instintos. Los instintos son una forma de conocimiento sub-

consciente transmitido por herencia. La aparición de un instinto presupone que los antepasados de una raza animal realizaron de forma consciente y durante un período de tiempo suficientemente largo unas actividades que más tarde se transformaron en actos subconscientes y automáticos.

Pero precisamente por ello, un incendio que se producirá en el plazo de un mes y por pura casualidad, no podrá ser percibido jamás de antemano por el instinto o de cualquier otra forma física.

Así pues, algunos científicos no vieron más remedio que aceptar el hecho de que todos los animales, sin excepción, poseen facultades para la percepción no física. De ello se deduce que todos los animales disponen de un cerebro con mejor funcionamiento que el del hombre actual.

Lo decisivo de esta cognición es que también el hombre poseía antaño un cerebro sano, que le facultaba para las percepciones ultrasensoriales. También él sabía que su auténtico Yo era idéntico al alma eterna e indestructible, por lo que podía vivir sin psicosis de miedo, sin la atormentadora inseguridad, sin monomanías y también sin la maldición del trabajo. En otras palabras: también el ser humano había sido antaño un animal sano y satisfecho. Pero perdió todas sus facultades y se ha convertido en la excepción ciega del universo.

No se trata de una teoría, sino de la verdad, que el hombre debe aceptar para sacar de ella las consecuencias. Se dispone de miles de pruebas, que hasta ahora no han sido interpretadas correctamente.

La intensidad y el radio de acción de las facultades de percepción ultrasensorial están en relación directa con la inteligencia de cada ser. El ser humano ha perdido dichas facultades cuando en su cerebro hiperdesarrollado se produjo un defecto puramente físico, que de continuo se ha ido transmitiendo por herencia. Por consiguiente, una persona que por una casualidad de la naturaleza nace con una ausencia parcial o total de este defecto físico del cerebro, debería poseer con seguridad facultades para la percepción ultrasensorial. Si con-

tara con un cerebro sin defecto alguno, dichas facultades serían enormes e incluso estaría capacitado para realizar actos casi divinos, dado que entonces las citadas facultades ultrasensoriales quedarían combinadas con la extraordinaria inteligencia humana.

De hecho existen miles, e incluso decenas de miles, de personas que nacen con un cerebro animal más o menos sano. Según el grado de sus facultades de percepción y de su formación e inteligencia, tales personas reciben el nombre de videntes, telépatas, adivinos, hombres santos o profetas. Y aquellas personas que nacen con un cerebro extraordinariamente sano y que, en consecuencia, poseen unas facultades semidivinas, gracias a las cuales logran que el espíritu y las demás energías inmateriales rijan la materia, son veneradas como semidioses e incluso como dioses.

Tales facultades de percepción ultrasensorial no son, por consiguiente, milagros anómalos o antinaturales que se oponen al orden del universo, sino todo lo contrario. Constituyen un estado absolutamente normal, propio de cualquier ser vivo con cerebro sano.

En una persona la facultad de percepción ultrasensorial no es más que un fenómeno atávico. En otras palabras: se trata de la reaparición de una facultad antiguamente existente y que la raza poseía en un principio, pero que perdió en el proceso de su evolución.

Como ya sabemos, en el curso de su evolución el género humano ha perdido varias de sus características útiles, como por ejemplo su manto de pelo. Y sin embargo, todavía hoy en día nacen seres que no muestran esta pérdida y que conservan durante toda su vida un cuerpo cubierto de pelo. Incluso hay personas que nacen con señales degeneradas de una cola y en algunos casos con una cola entera, dado que la raza humana poseía esta cola hace millones de años, cuando todavía era animal. Todos ellos son fenómenos atávicos.

Así pues, si una persona nace con un cerebro total o parcialmente sano, nos hallamos ante la reaparición de un

estado físico perdido ya por regla general y que era propio de la raza humana y le posibilitaba la percepción ultrasensorial.

El grado y el alcance de dicha percepción dependen del grado de salud del cerebro. Las personas que disponen de un cerebro casi sin defecto, consiguen que el espíritu actúe sobre todas las sustancias de menor valor, incluso sobre la materia. Los actos que realicen tales personas se denominarán entonces «milagros». Con ayuda de sus extraordinarias facultades son capaces de penetrar en el mundo inmaterial, descubriendo allí verdades que luego proclamarán. De esta forma pueden ejercer una profunda influencia en la vida y el pensamiento de la humanidad entera. Tales personas fueron las que en los últimos 50.000 años constituyeron los puntos de arranque para la fundación de las grandes religiones. También ellos recibieron por las generaciones siguientes la denominación de santos o semidioses, e incluso se les venera como dioses.

En realidad, con sus llamados actos milagrosos tales personas desequilibraron el desarrollo ordenado de las cosas. Pero si a pesar de ello realizaron tales actos, sólo lo hicieron con el fin de demostrar de forma evidente al pueblo que su espíritu tenía poder sobre la materia y que conocían la verdad de las cosas, con lo cual también debía ser reconocido como verdad todo cuanto anunciaban con simples palabras.

Hay sacerdotes y teólogos en algunas religiones, incluso en las cristianas, que por pura veneración afirman que tales personas, como por ejemplo Buda o Cristo, nacieron sin el pecado original o sin sus consecuencias. Y sin saberlo ellos mismos dicen con ello la verdad. Porque ellos no saben que el canibalismo es el pecado original, ni saben que como consecuencia de dicho pecado original surgió en el cerebro un defecto físico. Y tampoco saben que las personas con poderes semidivinos nacen sin este defecto físico del cerebro, esto es, sin las consecuencias del pecado original.

Cierto es que tales personas ejercieron una influencia extraordinariamente grande sobre toda la humanidad espiritualmente

te ciega, que ya se habría destruido hace tiempo si no hubiera escuchado las doctrinas de aquéllos.

Estos hombres sabios sabían muy bien cuáles eran las facultades intelectuales que el hombre posee para el llamado progreso en el ámbito material y tecnológico. Pero nunca dijeron que la humanidad encontraría la salvación a través de unas medidas materiales, mediante el progreso técnico o la acumulación de valores materiales. Muy al contrario: negaron el valor de tales ansias humanas y siempre proclamaron que los verdaderos males de la humanidad tienen un origen anímico, por lo que cualquier medida material no podría constituir nunca una salvación, sino que dificultaría e incluso obstaculizaría el camino hacia la paz y la felicidad.

Los profetas modernos proclaman algo diametralmente contrario, dado que sus cerebros son totalmente defectuosos. Sus heterodoxias acarrearán en un futuro próximo inimaginables catástrofes para la humanidad.

Dado que el defecto en el cerebro humano es de naturaleza puramente física, también podría quedar eliminado con ayuda de una intervención física. Pero como nadie sabe con exactitud dónde está localizado este cortocircuito, no puede ser reparado mediante una operación. En no pocas ocasiones el cerebro de una persona sufre unas heridas tales a consecuencia de un accidente, que después adquiere repentinamente facultades de percepción ultrasensorial. Es como cuando un receptor de radio defectuoso vuelve a funcionar repentinamente después de darle algunos golpes. Tales cambios inesperados en el cerebro también pueden ser ocasionados por una enfermedad cerebral acompañada de fiebres muy altas.

También hoy en día vive una persona así en el Sur de la India. A la edad de 15 años sufrió una enfermedad cerebral con fiebres muy altas y después de su curación era capaz de realizar actos verdaderamente extraordinarios. No sólo es capaz de predecir sucesos futuros, sino que también lleva a cabo milagros como los de Buda o Jesús. Mueve la materia con ayuda de fuerzas inmateriales y crea sustancias materiales a

partir de otras fuerzas inmateriales. Según afirma él, materializa el espíritu. Se mueve por el aire, camina sobre las aguas, hace que llueva y consigue hacer reaparecer objetos a muchos kilómetros de distancia.

Este hombre afirma ser la reencarnación de un antiguo semidio. Se le ha construido un templo y sus fieles le veneran como a un auténtico dios. Una conversación que mantuve con él durante cuatro horas me ha convencido de que esta persona casi inculta posee unos conocimientos únicos. No sólo es capaz de percibir las sustancias superiores a la materia en la escala de los valores, sino que está claro que las puede manejar. No sólo es capaz de explicar el proceso de la creación, sino que también puede repetirlo a pequeña escala.

Es visitado tanto por los campesinos como por los profesores universitarios de los países del Este. Tan sólo los llamados científicos del mundo occidental se niegan a darle crédito, dado que para ellos no pueden existir «milagros».

¿Cómo es posible que, a pesar de las actuales posibilidades de comunicación, este hombre todavía no sea conocido en todo el mundo? ¿Acaso habría de serlo? ¿Acaso Buda o Jesucristo tuvieron fama en vida? Jesús sólo era conocido en algunas aldeas que recorría descalzo y donde predicaba y realizaba sus actos milagrosos. Le conocieron menos personas de las que hoy viven en una pequeña ciudad, y de estos pocos, más de la mitad intentaron tacharle de fanático y prestidigitador. En algunas aldeas incluso le expulsaron por sus actos milagrosos, porque al ser humano no le gusta ver algo que no comprende.

Cuando los científicos, que en aquella época se llamaban escribas, le denunciaron ante Pilatos, éste oyó por vez primera su nombre. Jesús era tan desconocido, que los soldados enviados para detenerlo necesitaron un delator que se lo señalara en medio del grupo.

Por lo tanto, no es nada nuevo que este sabio de la India goce de menos publicidad en Occidente que las estrellas de pechos mórbidamente hiperdimensionados. El interés de las

distintas sociedades está enfocado siempre según el nivel intelectual. En Occidente, por ejemplo, el centro del interés es el órgano lácteo de la mujer.

La facultad para la percepción ultrasensorial la puede adquirir, hasta cierto punto, cualquier persona con ayuda de su propia voluntad. La meditación es sólo una parte de los ejercicios. Dado que el defecto en el cerebro es de naturaleza física, también son de importancia los ejercicios físicos. Los ejercicios de respiración realizados con el cuerpo en diferentes posiciones, están destinados a almacenar en el cuerpo el *prana* inspirado con el aire, para conducirlo de forma controlada y en grandes cantidades al cerebro, donde logra eliminar parcial y momentáneamente el defecto físico del cerebro. Tales ejercicios están difundidos especialmente en la India y son parte integrante del yoga.

¿A qué se debe que este antiquísimo conocimiento todavía esté tan difundido precisamente en la India? Una de las razones puede ser indudablemente la forma de vida vegetariana de los hindúes, lo cual es una premisa para el pensamiento tranquilo y claro. Pero la principal razón no se conoce ni tan sólo en la India: las rocas de la ladera Sur del Himalaya contienen una energía no investigada todavía hasta ahora, que emite radiaciones. Todos los ríos que nacen allí, como el Indo y el Ganges, arrastran hacia el Sur rocas y arenas del Himalaya. Los hindúes consideran tales ríos como sagrados, sin poder dar una explicación plausible para ello. Saben que las aguas sucias del Ganges pueden conservarse largo tiempo en una botella, mientras que cualquier otra agua limpia se pudriría en el mismo espacio de tiempo. También saben que pueden bañarse en el Ganges sin temor a las enfermedades contagiosas, a pesar de que en sus aguas flotan numerosos cadáveres de personas muertas por enfermedades contagiosas y que son arrojadas al río según las normas religiosas de hace miles de años. De ello se deduce que las radiaciones emitidas por las sedimentaciones del Ganges también actúan como desinfectante. Otro de los efectos de estos ríos consiste en facilitar al

hombre la adquisición de facultades ultrasensoriales, si realiza los ejercicios necesarios. Ésta es una de las razones de que la mayor parte de los llamados *saddhus* u hombres santos vivan en las laderas del Himalaya y a menudo en sus cuevas.

Muy pocas personas saben que la arena de los citados ríos muestra una radiación especialmente activa en determinados puntos. Aunque ya en menor grado hoy en día, en la antigüedad fue enviada a los más lejanos países de Asia hasta el Japón y servía para que los monjes de los monasterios pudieran adquirir con mayor facilidad facultades de percepción ultrasensorial en sus meditaciones. Esta arena se deja secar y se frota sobre el cuerpo, o bien se esparce en el agua tibia para el baño. La primera vez, y especialmente si se ha puesto demasiada arena en el agua, las personas sensibles notan una sensación de mareo.

Algo parecido ocurre en los baños medicinales europeos, donde el artrismo y otras enfermedades se curan con ayuda de barro. También este barro sigue enviándose en forma de bloques. Hace ochenta años todavía no se sabía cuáles eran las energías emitidas por este barro. Pero hoy en día se han identificado en parte como radiaciones de radio. Pero la verdad es que este barro no sólo contiene radio, porque cualquier curación con el barro es más eficaz que someter al paciente a las radiaciones directas del radio.

El querer negar hoy en día estas extrañas radiaciones del Himalaya o el tacharlas de superstición, sería tan erróneo como negar hace cien años la existencia del radio, sólo porque en aquella época no existían aparatos de medición adecuados para tales radiaciones.

Desde que el ser humano ya no es capaz de captar los pensamientos de sus congéneres, surgió un nuevo mal: la posibilidad de mentir. La humanidad entera hace uso de esta posibilidad, porque cree obtener con ello ciertas ventajas. Se trata de la única creencia universal, que se practica de forma tan generalizada y continuada, como si se tratara de una religión universal, con lo cual sólo se crean nuevos males.

Si la humanidad no hubiera perdido la capacidad para la lectura del pensamiento, cualquier persona todavía sería capaz hoy en día de descubrir los malos pensamientos de sus congéneres y castigar a los culpables, como todavía lo siguen haciendo los animales. Pero los recuerdos subconscientes del ser humano son enormemente grandes. El hombre todavía recuerda muy bien que sus pensamientos podían ser captados antaño por sus congéneres y que cualquier pensamiento malo era descubierto en seguida y le valía un castigo. Debido a ello tiene lugar una convulsión interna cada vez que miente y su piel expele más líquido que de costumbre, sin que pueda hacer nada para remediarlo. También surgen en él otros impulsos y todo ello puede ser medido con ayuda del llamado detector de mentiras.

Las alteraciones físicas originadas por una mentira incluso se producen cuando la persona mentirosa tiene la certeza absoluta de que su acto no será descubierto, o bien cuando no miente a causa de una mala acción, sino por el gusto de mentir. Resulta muy difícil, pero no imposible, librarse de esta mórbida costumbre. El que quiera lograrlo, sólo debería evitar a lo largo de tres meses cualquier exageración en asuntos sin importancia y al cabo de ese tiempo comprobará con sorpresa que ya no es capaz de mentir. Este ejercicio habría que recomendarlo en especial a quienes deseen ser o son ya educadores y dirigentes de la sociedad.

Los pensamientos de todos los seres vivos, incluso los del hombre mórbido, irradian de continuo al universo infinito, al igual que las ondas eléctricas de una emisora de radio. La intensidad de las radiaciones cerebrales no es siempre igual y depende en cada caso de la potencia del aparato emisor de cada tipo de animal. Un aparato receptor extremadamente potente es capaz de captar emisiones muy débiles a distancias extraordinarias. Las leyes que rigen las ondas físicas de la radio son aplicables a las ondas inmateriales del pensamiento.

Que los pensamientos emitidos por un ser humano no

pueden ser captados por otra persona sólo es una verdad a medias. La verdad completa resulta mucho más trágica. El hecho es que los pensamientos de una persona siguen penetrando todavía en el cerebro de las demás personas, pero éstas no los captan de forma consciente ni los comprenden, por lo que las ideas se insertan en el subconsciente e influyen el modo de pensar y de actuar de cada persona, sin que ésta se percate de ello.

A esta circunstancia le debe la humanidad el trágico fenómeno conocido como psicosis de masas. Es trágico, porque la inmensa mayoría de todos los pensamientos humanos están cargados de contenidos malos y disarmónicos, que influyen la forma de actuación y el modo de pensar de la humanidad entera. Las psicosis de masas pueden observarse con facilidad en pequeños grupos cerrados. Cuando los distintos miembros de este grupo formulan unos pensamientos equivalentes y con la misma tendencia de contenido, la emisión de tales pensamientos constituye una masa energética uniforme y concentrada de la máxima potencia, que de nuevo penetra con enorme intensidad en el cerebro de cada uno de los miembros de este grupo. Este proceso puede ser comparado con la forma de trabajo de un inductor eléctrico, que genera por sí mismo la corriente y aumenta así su propia velocidad. Las psicosis masivas se producen con frecuencia en accidentes de tráfico, procesiones religiosas, manifestaciones políticas, competiciones deportivas, actos de violencia, desfiles militares y acciones bélicas y revolucionarias.

Una persona que se encuentre en el campo de acción de tales radiaciones, difícilmente podrá sustraerse al pensamiento masivo. Ello depende del tiempo que haya estado expuesto a las radiaciones y a la intensidad de éstas. Según estos factores, la liberación tardará horas, días o incluso años en producirse. Las malas acciones realizadas por un individuo bajo la influencia de una psicosis masiva, se considerarán buenas, dado que actúa como narcotizado. Pero a pesar de ello todo ser que actúa de esta forma es culpable, dado que ha abandonado im-

prudentemente su propio proceso mental, exponiéndose a la enajenación mental colectiva.

Mientras que la psicosis masiva dentro de un grupo cerrado y pequeño puede ser observada con facilidad, ya resulta más difícil detectarla en un grupo grande, donde por regla general queda ignorada. Una nación, por ejemplo, es un grupo cerrado. No sólo es una unidad física, sino también espiritual, sometida a una psicosis masiva, que podemos llamar psicosis nacional. Los miembros de una nación son los últimos en percatarse de ello o en admitirlo. Porque también ellos piensan y actúan bajo las tendencias mentales irradiadas por todas las mentes y que penetran en el subconsciente de todos los ciudadanos. Viven en una red de radiaciones de millones de emisoras que simultáneamente actúan de receptores inconscientes. Las tendencias básicas constituyen lo que aparece como mentalidad nacional o carácter popular, de donde resulta luego la forma de vida.

Dado que una nación no está expuesta a las radiaciones concentradas durante unas pocas horas, sino durante décadas o siglos, el efecto está más arraigado en el subconsciente y casi se ha convertido ya en instinto. Dado que los instintos, ya sean viejos o nuevos, profunda o superficialmente arraigados, son hereditarios, también es hereditario el llamado carácter nacional. Tales instintos, sin embargo, no llegan a tener una edad de varios millones de años, por lo que pueden ser eliminados o alterados con relativa facilidad. Así sucede, por ejemplo, cuando un individuo se encuentra durante largo tiempo fuera de la zona de influencia de su propia nación.

Cada nación cree que su forma de pensar y de actuar es la única correcta. Sólo un extraño es capaz de percibir las diferencias y de emitir un juicio comparativo. Pero dado que el observador extraño es miembro de otra nación, que a su vez mantiene una psicosis nacional propia, su juicio no puede ser objetivo. En consecuencia, resulta insensato querer reformar y mejorar a los demás a su propia imagen. En lugar de ello,

cada persona debería examinar y mejorar sus actos mediante razonamientos imparciales.

Aquellas sociedades que acatan y practican en su forma de vida y en sus metas los principios, verdades y valores tradicionales, producen una psicosis nacional de lo bueno. Ello desemboca en un sentimiento de comunidad, de ayuda mutua, de amor al prójimo, de modestia y de paz.

Aquellas otras sociedades que eligen una forma de vida caracterizada por la independencia personal y la acumulación de valores materiales, producen psicosis masivas que indistintamente desembocan en falta de amor, egoísmo, codicia y, en último término, criminalidad. Tales sociedades desembocan en el caos y acaban desintegrándose.

Ahora bien, una psicosis masiva no sólo se produce dentro de una nación o sociedad. La humanidad entera es una unidad, en la que cada individuo está unido invisiblemente a sus congéneres. Las tendencias mentales, ya sean de carácter bueno o malo, actúan sobre todas las personas.

Se equivoca quien cree que los pensamientos malos son secretos y no sufren castigo. Tales pensamientos producen la típica atmósfera humana del mal, bajo la cual sufre la humanidad entera. Del mismo modo que no es un asunto privado el padecer de cólera o tifus, tampoco es un asunto privado pensar algo malo, incluso si de ello no nacen actos visibles y castigables. Por lo tanto, *lo malo ni tan sólo puede ser pensado*.

Los psicólogos modernos no son capaces de reconocer esta verdad y afirman que el hombre tiene el derecho de ver y pensar lo que quiere. Éste es un grave error, y las sociedades que viven según estas teorías equivocadas, serán víctimas de los mayores sufrimientos. El hombre tampoco sabe ya que los pensamientos atraviesan libremente la materia, pero dejando en ella una impresión del contenido espiritual, que sigue irradiando algún tiempo desde allí, al igual que el eco de un sonido. También estas irradiaciones penetran en el subconsciente del hombre e influyen en sus pensamientos e incluso en su

vida física. Algunas personas excepcionales de mente sana y muy sensibles son capaces de leer en un papel en blanco o en cualquier otro objeto material las imágenes o los conceptos abstractos que otra persona ha impresionado mentalmente en ellos.

Dado que antaño, e incluso poco después de la alienación mental, el hombre todavía conocía los extraños efectos de los pensamientos y su eco, también hacía uso de ellos. Esta es la causa de que en todas las partes del mundo las entradas de las casas sean bendecidas con buenos deseos. En otras palabras: se irradian en ellas buenos deseos. Esta costumbre estaba en estrecha relación con la religión, dado que en aquella época el hombre consideraba las verdades cósmicas como su más alto saber y la religión no era más que la suma de todas estas verdades. Después de enfermar el cerebro humano, tales bendiciones fueron realizadas por sacerdotes y hombres santos, que previamente se habían preparado con largos ejercicios de meditación para este fin. Todos los sacerdotes, e incluso los cristianos, que hoy en día siguen bendiciendo las entradas de las casas, ya no conocen el origen de esta costumbre ni sospechan en absoluto la fuerza con que actúan aquí los poderes espirituales y cómo debe procederse en realidad para llevar a cabo una tal acción. Por ello, resultan completamente insensatas.

Instrumentos tales como las armas utilizadas en homicidios u otros objetos utilizados o fabricados por delincuentes, eran quemados en tiempos antiguos, y no sin razón. Existen personas sensibles que gracias a las radiaciones de los objetos pueden descubrir si han sido fabricados o utilizados por personas malévolas, egoístas o despiadadas. Afirman que tales tendencias se transmiten a otras personas, como si se tratara de bacterias, influyendo el pensamiento y los actos de éstas, incluso si no perciben conscientemente las radiaciones.

Pocas personas saben que los pensamientos humanos dirigidos sobre una planta o un animal pueden tener efectos buenos o malos en éstos. Si, según la leyenda, Jesús secó en po-

cos segundos una higuera infructífera y Buda logró en pocos segundos que de una semilla de mango naciera en pocos instantes un floreciente árbol, o si los actuales yoguis hindúes realizan cosas parecidas, no nos hallamos ante ningún milagro ni ante una engañosa treta de faquir, sino ante un fenómeno en el que el curso de un proceso natural es acelerado por la intensidad de los pensamientos.

Todas las personas, sin excepción, pueden producir fenómenos similares con unos efectos no tan radicales. Quien lo dude, debería sembrar unas semillas en dos tiestos diferentes. Durante algunas semanas tendría que radiar sobre uno de los grupos de plantas pensamientos y deseos buenos y «maldecir» el otro grupo. Entonces podrá comprobar que las primeras florecen mejor que las otras. Si la intensidad mental de una persona no es suficiente para ello, podrán unirse tres o incluso diez personas, y el éxito no tardará en producirse. Muchos jardineros y ganaderos han observado y producido tales fenómenos.

Si en diversas sociedades todavía se siguen utilizando en la actualidad expresiones como «los ojos del campesino engordan el ganado» o «el amor hace florecer el jardín», no se trata de palabras vacías, sino que nos hallamos ante expresiones basadas en conocimientos que el hombre tuvo antaño en relación con el efecto producido por los pensamientos, cosa que ya no ocurre hoy en día.

Debido a estas posibilidades, casi todos los grandes hombres poseedores de facultades ultrasensoriales, como Buda o Jesús, afirmaron que el ser humano era capaz de muchas cosas, incluso de mover montañas, si así lo deseara con intensidad. En otras palabras, si «rezara». Y estos mismos hombres afirman que si las fuerzas de un individuo no bastan para ello, deberá unirse la voluntad de varias personas.

Ahí se encuentra también el origen de las procesiones para implorar lluvia, que han sido llevadas a cabo con éxito en todo el mundo y por todos los pueblos de todas las religiones. En algunas regiones se formaban grupos de personas que can-

taban y bailaban, para producir una psicosis de concentración intensiva en la lluvia, hasta conseguir que lloviera realmente. Todavía hace unos cuarenta años existieron grupos así en las aldeas centroeuropeas y de los Balcanes, que eran capaces de hacer llover. Si hoy en día ya no resultan eficaces tales procesiones, ello no se debe a un cambio de las leyes cósmicas, sino a la circunstancia de que los participantes de las procesiones ya no se concentran en la lluvia, porque están ocupados en contemplar los vestidos de última moda y los ornatos dorados del sacerdote. Pero todavía hoy en día existen en África «magos» y grupos de personas que cantan y bailan y consiguen que llueva. Incluso en Europa existen tales personas.

Este procedimiento sólo tiene que ver algo con la religión en el sentido de que también aquí se trata de una verdad cósmica. Los exploradores e investigadores que han asistido a tales fenómenos y han informado de ellos, han sido tachados por los modernos científicos de personas supersticiosas.

El antiquísimo conocimiento de que los deseos buenos o malos actúan sobre las personas, dio lugar a las costumbres de maldecir, de desear algo bueno y de bendecir a las personas. Los saludos como «buenos días» o «buenas noches» son usuales en todas las razas humanas y desde tiempos inmemoriales, pero no han surgido por ninguna superstición insensata.

También en este caso queda demostrado que el subconsciente del hombre tiene muy buena memoria. A pesar de que las personas «instruidas» no quieren admitir que tales pensamientos pudieran tener algún efecto, se oponen a que otras personas las maldigan. Se ponen nerviosas y se indignan. Incluso llega a formarse en ellos un sentimiento de venganza. Ocurre con frecuencia que tales personas ofendidas lleguen a denunciar a quienes les han hecho objeto de una maldición. Es el recuerdo subconsciente el que les dice que los pensamientos y deseos malos producen un efecto.

¿Pero cómo pueden explicarse los fenómenos de la predicción y de la visión del pasado? La afirmación de que la mayor velocidad es la de la luz, no es correcta. La mayor ve-

locidad que pueda ser desarrollada es la de las radiaciones inmateriales de la mente. Esta velocidad es la absoluta, pues el tiempo empleado para el recorrido de cualquier distancia es igual a cero.

El tiempo es tan infinitamente corto como infinitamente largo, y lo infinitamente grande es idéntico a lo infinitamente pequeño. La sensación de tiempo y espacio son ilusiones de los sentidos, que sufren todos los seres vivos y que son diferentes en las distintas esferas del universo.

Cualquier resultado, incluso uno aparentemente azaroso, tiene su causa. Y cualquier causa tiene un origen espiritual, dado que el origen de todas las cosas es el espíritu. Entre la causa y el resultado no existe tiempo alguno, si bien el resultado sólo puede ser percibido por un ser vivo al cabo de un determinado lapso de tiempo. Dos por dos son cuatro incluso cuando nadie lleva a cabo esta multiplicación. Para cualquier causa ya existe el correspondiente resultado. La impresión espiritual de todos los resultados se encuentra en el mar cósmico e infinito del *prana*.

Allí donde el tiempo es igual a cero no existe pasado ni futuro, todo es presente.

Dado que las percepciones ultrasensoriales se desarrollan en el mundo inmaterial, donde no existe tiempo, sino sólo presente, da lo mismo una mirada al pasado o al futuro. Por lo tanto, el espíritu y el semiespíritu (sustancias inmateriales) no son comparables con un manantial, sino con un océano inmóvil, donde para la materia y las energías materiales sólo existe velocidad y espacio, porque los seres vivos están sometidos a ilusiones de los sentidos.

Para entenderlo mejor, habría que imaginarse una rueda que girara en torno a un eje vertical. La llanta de la rueda representa el mundo material; los radios representan la sustancia inmaterial del *prana*, que une la llanta al centro de forma directa y en todo tiempo; y el eje, que se encuentra en el centro, representa el espíritu. Según los conceptos humanos, cualquier punto situado en la llanta en movimiento,

necesita determinado tiempo para cumplir una vuelta. Pero los radios de la rueda (el *prana*) se encuentran en relación directa, constante y atemporal con el eje (el espíritu).

Para el eje mismo no existe tiempo, movimiento ni dirección, porque, visto desde él, el ir y el venir de un punto es exactamente lo mismo: reposo. Si en el centro se encontrara un ser con miles de ojos, que pudiera ver en todas las direcciones, para este ser un punto que se moviera con la llanta sería tanto un punto que va como uno que viene, lo que equivale a un punto en reposo.

Hablando en imágenes, la mirada al pasado o al futuro consiste en que una persona, que se encuentra en la llanta en movimiento, entre en contacto con el eje a través del *prana*. En otras palabras: el hombre transmite su propio espíritu al centro de la rueda. Desde allí puede contemplar la llanta en movimiento y será capaz de reconocer lo que en conceptos terrenales forma parte del futuro o del presente.

Dado que el ser humano no es ningún dios ni un ser con miles de ojos, capaz de mirar en todas las direcciones, sólo puede contemplar un espacio limitado y, en consecuencia, percibirá en el borde de la rueda un punto que viene u otro que se va. Al punto que se acerca a su campo visual, lo llama futuro, y al punto que se aleja de él, lo denomina pasado.

En la antigüedad se apreciaban mucho las facultades remanentes de percepción ultrasensorial, especialmente para la predicción de acontecimientos futuros. Pero dado que esta facultad ha ido desapareciendo desde hace unos 50.000 años por causa biológica y dado que el hombre concede cada vez mayor atención a la materia, ha ido perdiéndose la práctica de la citada facultad.

En la actualidad, el género humano se ha entregado por completo a la materia y no admite nada que no pueda medir. Las sociedades afilosóficas y espiritualmente subdesarrolladas tachan todas las verdades cósmicas sobre las sustancias inmatrimateriales de simple superstición. Incluso las iglesias cristianas han prohibido las profecías, condenándolas como pecado y obra

del diablo, a pesar de que tales iglesias nacieron a partir del judaísmo, que desde un principio sólo estaba constituido por profecías y por los llamados mensajes divinos.

Todos esos profetas y esas profecías fueron admitidos como enviados y palabras de Dios por judíos y cristianos, y todavía hoy en día siguen teniendo este significado. Incluso la aparición de Cristo está basada en las profecías de los profetas judíos y astrólogos hindúes. El mismo Jesús llegó a profetizar mucho más que cualquier otro profeta. Incluso después de su muerte, sus discípulos y fieles siguieron profetizando, y tales profetas son reconocidos y venerados por la iglesia. Pero unos 300 años después de la muerte de Cristo, las iglesias cristianas declararán de repente que toda profecía era pecado, dado que a partir de entonces las profecías contenían augurios bastante malos para las iglesias ya establecidas. ¿A qué iglesia le gusta oír predicciones, según las cuales sus fieles se dividirán en grupos hostiles y se matarán mutuamente en nombre de Dios? Esta es la causa de que los sacerdotes condenaran tales profecías y santificaran sus propias guerras. Si hubieran hecho lo contrario, la humanidad se habría ahorrado muchos sufrimientos.

La explicación oficial para la prohibición de utilizar los poderes ultrasensoriales estaba basada en la afirmación de que éstos se empleaban para fines malos y diabólicos. Esta afirmación es exacta. Y desde entonces los sacerdotes se reservan para sí el citado derecho. Desde entonces bendicen tropas e instalaciones militares destinadas a los asesinatos colectivos y masivos. Que los «representantes» del pacífico y descalzo predicador Jesús manifiesten con claridad si tales bendiciones son eficientes o no. Si es así, son culpables; si no, engañan a sus fieles.

Si bien resulta trágico el destino de la humanidad a causa del canibalismo y de sus trascendentales consecuencias, vivió una efímera época en la cual parecía triunfante. Hace unos 50.000 años, poco antes de iniciarse la alienación espiritual, el ser humano poseía un cerebro de igual volumen y una inteli-

gencia igualmente elevada que hoy, emparejada con unas facultades de percepción ultrasensorial enormemente grandes comparadas con la inteligencia. Este hombre vivía sin sentimientos de temor y sin peligros imaginarios, por lo que tampoco estaba expuesto a las maldición del trabajo. Era capaz de ejecutar acciones físicas y no físicas, que hoy en día resultan inimaginables, porque en aquel entonces tenía unos enormes conocimientos sobre el universo y los efectos mutuos de sus sustancias. Nunca más alcanzará este nivel.

Pero eso no es todo. En el universo se encuentran infinitos planetas habitados por seres inteligentes, algunos con una inteligencia extraordinaria. Existen seres con un tiempo de vida muy corto o enormemente largo, dado que en las distintas esferas del universo reinan diferentes conceptos de tiempo. Lo que en la Tierra aparece como una duración de mil años, puede durar en otra parte del universo un solo segundo, o al revés.

Hubo una época en la que el ser humano era capaz de entrar en contacto mental con un gran número de seres vivos importantes y menos importantes, más inteligentes o menos inteligentes. Incluso se podía relacionar con seres de inteligencia extraordinaria que, según los conceptos humanos, podían vivir durante un período excepcionalmente largo o «eterno». Estos eran sus dioses, de los que podía escoger varios y a quienes pedía consejo, ayuda y conocimientos por vía mental.

La elección, sin embargo, era limitada, pues cada ser vivo sólo puede captar por principio los pensamientos de sus propios congéneres, dado que éstos se hallan en el mismo nivel de inteligencia y, en consecuencia, emiten sus pensamientos en una misma longitud de onda y una misma frecuencia. Pero existen numerosas excepciones. Así, cuando las ondas mentales de distintos seres vivos se encuentran de forma armónica, resulta posible una mutua recepción. Este fenómeno puede compararse con la resonancia en la música, donde el tono de un instrumento puede conseguir determinadas oscilaciones en otros instrumentos.

Así pues, el ser humano era capaz de comunicarse por transmisión de pensamientos con aquellos seres extraterrestres, cuyo nivel de inteligencia era igual o mayor al suyo. Pero ésta sólo fue una de las razones que limitaban la elección. Las distintas razas humanas se encontraban y todavía se encuentran en diferentes niveles de inteligencia, dado que sus antepasados iniciaron el canibalismo en períodos más o menos tempranos. Las primeras razas de canibales alcanzaron una inteligencia mucho más alta que las razas neocanibalistas, y dicha diferencia era mucho más manifiesta hace 50.000 años, dado que entonces todavía no se producían tantas mezclas de razas. Debido a ello, las primeras razas eran capaces de ponerse en contacto con «dioses» mucho más importantes e inteligentes que las razas posteriores. Esto era ya un signo de superioridad entre las razas humanas. Así se explica que cada raza estuviera orgullosa de sus dioses, porque siempre había otras razas cuyo grado de inteligencia inferior les impedía entrar en contacto con los «dioses superiores».

En el citado período, el fin primordial del canibalismo ya no era el aumento de la fecundidad, sino una inteligencia superior, con el fin de entrar en contacto con «dioses» cada vez más importantes e inteligentes. De esta forma se comprende que los distintos pueblos hayan cambiado de divinidades a medida que crecía su grado de inteligencia, lo cual comportaba siempre un aumento de su *status*. También el dios de los judíos, Jehova, era uno de esos nuevos dioses. Con ayuda de estas divinidades, el hombre podía conocer verdades sobre el universo, para cuya cognición no bastaba su propia inteligencia.

Como que el canibalismo y, en consecuencia, la formación del hombre, comenzó en la región de Mesopotamia, fue allí y más tarde en la India y en China donde mayor era el grado de inteligencia. Gracias a ello, los pueblos de estas regiones disponían de unos «dioses» mucho más valiosos que, por ejemplo, los antepasados de los papúes. Y ésta es la razón de que en las citadas zonas fueran mayores los conoci-

mientos, tanto los obtenidos directamente como por mediación de los dioses. Ahora bien, como en aquella época todavía se concedía poca importancia a la materia, tampoco hubo interés en ocuparse demasiado con ella, ya que resultaba mucho más importante e interesante el juego con las demás sustancias. A pesar de ello, incluso en aquella época se lograron realizaciones inconcebibles en el campo de lo material. Hubo personas que anularon la gravedad con la misma gravedad. De esta forma consiguieron alzar en el aire enormes objetos y trasladarlos de lugar, como hoy en día siguen haciendo todavía a menor escala los yoguis de la India. El átomo se desintegraba mediante fuerzas exclusivamente físicas y se producían fenómenos que hoy en día apenas resultan factibles por vía física.

Todavía hoy en día pueden encontrarse restos de esta capacidad en el subconsciente de algunas personas, que se manifiestan algunas veces de forma consciente, pero por regla general sin la voluntad de la persona. Se trata de los fenómenos de la levitación, consistente en levantarse del suelo y flotar en el aire, y de la llamada telecinética, en la cual un objeto puede moverse y flotar en el aire en presencia de otras personas. Como es lógico, tales fenómenos sólo ocurren con personas, nunca se dan en los animales.

En la época en que los cerebros todavía eran sanos, tales logros extraordinarios se consiguieron, en definitiva, gracias a la colaboración de los «dioses» que sintonizaban la misma onda mental. Así pues, tiene una buena razón de ser la creencia en varios de estos dioses, que todavía sigue viva en muchas religiones. Incluso la religión judía no dice nada de la existencia de un solo dios, sino que, por el contrario, Moisés y los demás profetas advertían a su pueblo que no se entregaran al culto de los dioses de otros pueblos, sino únicamente al de Israel, quien había demostrado acudir siempre en ayuda de ellos. Y esto lo hacía a través de los mensajes que transmitía por los profetas, mientras que los dioses de los de-

más pueblos no eran capaces, ni con mucho, de obtener los logros del dios de Israel.

Sólo las dos religiones más recientes, la cristiana y la musulmana, niegan la existencia de varios dioses e insisten en que sólo hay uno. Esto es comprensible, porque tanto los recuerdos subconscientes de la humanidad como su facultad de pensar filosóficamente desaparecen por razones biológicas. Pero incluso en estas religiones, el mundo extraterrenal todavía está poblado de un sinnúmero de espíritus y ángeles subdivididos en múltiples categorías. No se trata sólo de las almas de personas muertas, sino también de seres espirituales completamente independientes, que a veces figuran como mensajeros de Dios y en ocasiones ejecutan sus órdenes. Según la Biblia, los arcángeles Gabriel y Miguel son seres espirituales independientes.

Cuando poco antes de su ocaso espiritual el hombre disponía de enormes conocimientos acerca del universo, que podía completar incluso con ayuda de unos seres extraterrestres más inteligentes todavía, con razón pudo considerarse orgulloso. Con ello el canibalismo, iniciado por razones sexuales, pareció justificado y útil, dado que el hombre se había ido convirtiendo casi en un dios.

Por consiguiente, hubo de encontrarse un símbolo visible de victoria para la semejanza divina obtenida a consecuencia de las aspiraciones sexuales, y erigirlo como monumento. Dado que el consumo de cerebros, que condujo a dicho triunfo, había sido siempre asunto exclusivo de los hombres, no había mejor símbolo que los genitales masculinos, el *lingam*. De esta forma, el miembro viril comenzó a reproducirse en enormes monumentos de piedra que se alzaban al cielo.

Desde Mesopotamia hasta la India surgieron así las primeras torres estrechas y redondas. Todas ellas eran *lingams* que, alzándose hacia el firmamento, proclamaban el triunfo del modo sexómano: «Gracias a la droga sexual me he convertido en un Dios.»

Esta fue la causa de que en numerosas partes del mundo

se construyeran torres de diferente tamaño, invirtiéndose en levantar las mayores hasta varias décadas. El más monumental de todos estos *lingams* había de ser construido en el centro del mundo, en Mesopotamia: la torre de Babel.

Ahora bien, este período de triunfo y milagros no duró mucho tiempo. En efecto, en aquella época sucedió de forma inesperada algo sorprendente, que preocupó sobremanera. Primero esporádicamente y cada vez con mayor frecuencia, hubo individuos atacados por una especie de crisis epiléptica, a consecuencia de la cual la mayoría sufrió trastornos vitalicios. Aquéllos fueron los primeros signos de alarma de una tragedia cuyo alcance no pudo comprender el hombre entonces y que aún no puede comprender en la actualidad. El cerebro, que había ido aumentando de volumen por el constante consumo de cerebros, iba comprimiéndose paulatinamente en el cráneo demasiado reducido, quedando expuesto a poderosas presiones.

La psicosis de alarma fue aumentando cuando la humanidad supo que la causa de los ataques cada vez más numerosos del cerebro eran consecuencia del canibalismo. ¿Iba a producir la droga sexual, causante de la semejanza con Dios, la perdición de la humanidad? En un principio se creyó que tales fenómenos serían pasajeros. Pero el número de individuos afectados era cada vez mayor. Muchos enloquecieron o perdieron de repente su memoria, sus facultades de percepción ultrasensorial e incluso la capacidad para comunicarse mentalmente con sus congéneres. En aquella época, no hay que olvidarlo, todavía no existía ninguna lengua, ya que habría sido superflua.

El temor siguió aumentando cuando se comprobó que las víctimas de tales enfermedades eran casi exclusivamente los hombres y sólo esporádicamente alguna mujer. ¿Cómo precisamente los hombres, quienes habían consumido los cerebros y celebraban su triunfo?

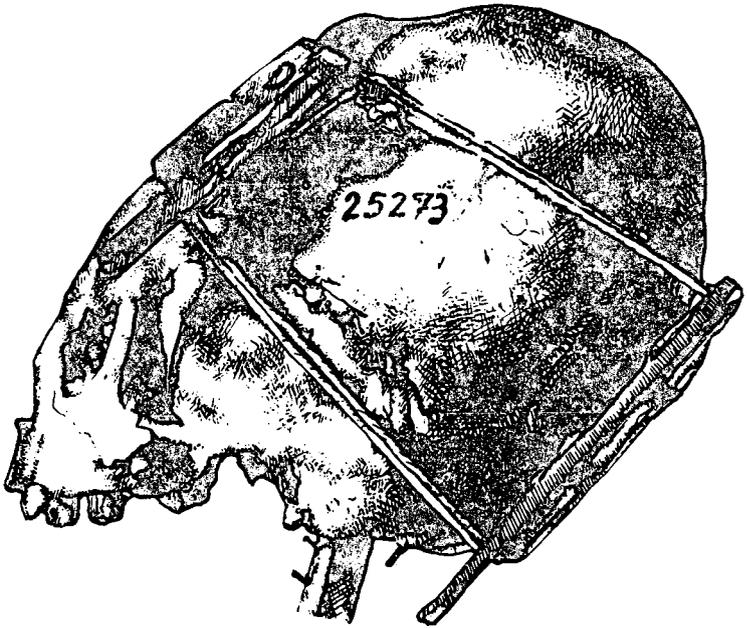
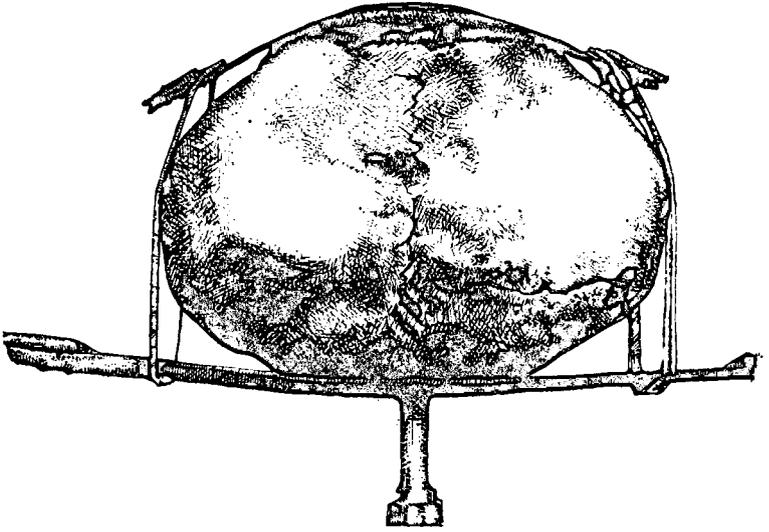
Con gran desesperación, la humanidad intentó por todos los medios aminorar la presión del cráneo sobre el cerebro. Se

descubrió que el daño se encontraba bajo la parte superior de la bóveda craneal, por lo que todos sus esfuerzos estaban dirigidos a aminorar la presión en ese lugar.

Uno de los mejores métodos empleados fue la prensa craneal. Las razas de todas las partes del mundo prensaban los cráneos de sus hijos recién nacidos entre dos tablas y los comprimían mediante anchas cintas. Todo ello tenía como finalidad producir un abombamiento más alto de la bóveda craneal y preservar así a los niños de la locura y evitar la pérdida de la facultad de transmisión mental. Daba igual si el cráneo era comprimido por ambas sienes o por la frente y la nuca, dado que la finalidad siempre era un aumento del espacio interior del cráneo.

Al principio supuso una ayuda, aunque no siempre diera resultado. En las personas mayores resultó infructuosa la aplicación de la prensa craneal, dado que el cráneo ya no era moldeable. Cuando alguien enloquecía, se realizaba a menudo una intervención quirúrgica. El cráneo se lijaba con una piedra lisa, por regla general a la altura de las sienes, hasta producir allí un agujero a través del cual se podía extraer líquido. De esta forma disminuía la presión y el paciente operado volvía a disponer de sus facultades de percepción ultrasensorial.

En todas las partes del mundo se han encontrado ya millares de tales cráneos perforados, que muestran con evidencia la desesperación con la cual el hombre intentó evitar su alienación espiritual, cosa que a la larga no logró. Algunos de los cráneos encontrados muestran dos, tres e incluso cinco intervenciones. Un porcentaje bastante alto de los individuos operados lograron sobrevivir a la intervención. Los hallazgos también demuestran que alrededor de un 80 % de todas las operaciones de cráneo fueron realizadas en varones, lo que necesariamente tuvo que ser así. Todavía en la actualidad son muchos más los hombres que las mujeres que sufren enfermedades mentales, sin que nadie pueda aducir las razones de ello.



Todas las soluciones que el hombre utilizó para evitar el rápido aumento de las enfermedades cerebrales, ofrecían cada vez menos ayuda. Como un reguero de pólvora, la enfermedad se expandió desde Mesopotamia y la India en todas direcciones y paulatinamente apareció también en aquellas razas que habían iniciado bastante más tarde el canibalismo y, en consecuencia, el proceso de formación del hombre.

Obligada por la necesidad, la humanidad tuvo que tomar una grave decisión: la renuncia a la droga del sexo y de la sabiduría. De esta forma, el canibalismo dejó de ser practicado primero en Mesopotamia y más tarde en otras regiones. Aunque estaba oficialmente prohibido, todavía siguió practicándose de forma esporádica y secreta.

Pero la medida adoptada no fue ninguna solución, ya que una rueda motriz sigue dando vueltas, aunque se haya desconectado la fuerza impulsora. De esta forma, el volumen del cerebro todavía siguió aumentando durante algún tiempo, a la vez que aumentaba la presión. Todas las personas, incluso aquellas que no eran víctimas de una enfermedad mental aguda, perdieron sus facultades de percepción ultrasensorial y ya no eran capaces de comunicarse mentalmente con sus congéneres. Todavía no existía ninguna otra forma de entendimiento que pudiera utilizarse en sustitución de las formas perdidas.

La humanidad fue presa del mayor pánico de su historia y se sintió perdida. Así pues, cuando en muchas tradiciones mitológicas de todo el mundo se dice que hubo un día en que la humanidad se perdió, se hace referencia a esta época, aunque posteriormente la humanidad ya no fue capaz de identificarla. Desde entonces las personas se encontraban con temor, duda y desconfianza. Nadie sabía ya si las intenciones del otro eran buenas o malas. Era preciso encontrar algún sucedáneo para poder disponer de nuevo de alguna forma de comunicación. Todavía funcionaban los últimos restos de percepción ultrasensorial, que fueron utilizados para ello de distintas formas en diversas regiones.

Uno de los métodos consistía en entrelazarse mutuamente

las manos para «sentir» las verdaderas intenciones del otro a través del fluido del *prana*. Otro método consistía en que las personas se tocaran mutuamente con la nariz, inspirando el aire exhalado por el otro. Gracias al *prana* despedido por el cerebro, era posible reconocer las verdaderas intenciones del otro. El principio de este procedimiento es idéntico al método de predicción utilizado todavía hoy en día por los yoguis de la India, quienes inspiran aire y *prana* a través de la nariz, los espiran por la boca sobre la palma de la mano y acto seguido los vuelven a inspirar por la nariz.

Tanto el estrecharse las manos como el mutuo contacto de las narices, como lo practican todavía los esquimales, siguen siendo costumbres generalizadas en la actualidad, pero debido a la pérdida casi total de las facultades de percepción ultrasensorial no tienen casi ninguna eficacia y la humanidad ya no conoce el origen de tales costumbres.

Cuando se hubo completado la alienación espiritual con la pérdida de la percepción ultrasensorial y de la transmisión de pensamientos, la humanidad ya no era capaz de recordar su origen.

La torre inconclusa de Babel, que había de ser el mayor *lingam* de todos los tiempos para proclamar el triunfo del sexo, fue abandonada, porque quedó demostrado que no existe victoria alguna ni motivo para erigirle un monumento. Así pues, acabó por expresar el ocaso espiritual de un mono sexómano, enfermo y derrotado, que había perdido la facultad de la memoria y estaba atormentado por sentimientos de miedo y monomanías. De esta forma se fijó en la materia, que se había convertido en la única sustancia capaz de ser percibida por él.

Así nació el *homo sapiens*, la «imagen de Dios». Con su nueva conciencia, que más bien es una aconciencia, elaboró las más descabelladas tesis sobre su origen y las más insensatas metas. Aquejado por sus monomanías, se erigió en «vicario de Dios» y se puso a regir la Tierra de forma cada vez más cruel e irresponsable.

Mientras se iba desarrollando este trágico proceso de transformación, todavía hubo algunos individuos que disponían de una mente sana. Hubo determinadas familias y tribus en donde tales seres nacían con mayor frecuencia, como todavía sigue ocurriendo en menor medida en la actualidad. Tales seres eran admirados por sus congéneres ya enfermos y se les veneraba como divinidades terrenales, dado que todavía eran capaces de entrar en contacto mental con los numerosos dioses del universo. Tales personas sabían mucho sobre el mundo inmaterial, pero también sobre el material. Así estaban capacitados para dar instrucciones e información a sus congéneres sobre todo cuanto por aquel entonces inquietaba al hombre: ¿existe un mundo inmaterial y un alma? ¿Y qué debe hacer el hombre para que no sea castigado su propio Yo? Estos seres excepcionales eran, por consiguiente, los científicos de aquella época, que desempeñaban la dirección espiritual de sus pueblos.

En un sinnúmero de mitos y también en la Biblia se habla de dioses terrenales, y con ello se hace referencia a estas personas excepcionales que todavía poseían facultades divinas. Pero el número de hombres-dioses iba disminuyendo cada vez más, porque era menor el número de personas que nacían con estas valiosas cualidades atávicas. Existía el peligro de que tales seres desaparecieran para siempre. Por miedo a perderlos, se comenzó a criarlos y cuidarlos.

Se trataba de una reacción lógica y muy natural. Porque, ¿de qué se trataba realmente? Había personas con un defecto físico en el cerebro, que transmitían por herencia. Y había otras personas que nacían sin este defecto. Si unos individuos de cerebro sano se casaban entre sí, era lógico que gran número de sus descendientes también nacieran con un cerebro intacto. De la misma forma también se podrían criar personas muy peludas, si de forma intencionada y consecuente se casaran entre sí aquellos hombres y mujeres cubiertos de pelo por razones atávicas.

Los hombres-dioses fueron criados primero en la zona de

Mesopotamia y de la India. Debido a ello, la sociedad humana quedó dividida allí en dos grupos: hombres y dioses. Los seres humanos sólo podían casarse con sus congéneres y los dioses con los dioses. Éste fue el primer sistema de castas, en el cual los seres humanos fueron clasificados de acuerdo con sus facultades intelectuales.

De aquella época proceden casi todos los mensajes sobre los dioses y también fue entonces cuando el cielo, el espacio cósmico, se convirtió de nuevo para la humanidad en la residencia de la inteligencia extraterrestre y de Dios.

Con los restos de tales conocimientos nació más tarde una filosofía que nunca podrá ser superada. No ofrecía conocimientos teóricos, sino un saber concreto del universo. Una filosofía en la que la materia, el espíritu y los nexos de las substancias inmatrimales ocupaban el lugar que les corresponde. Tales conocimientos filosóficos formaban la base de todas las religiones de aquel entonces y de épocas posteriores, ya que su contenido estaba formado sólo por verdades y una auténtica religión sólo puede nacer a partir de unas verdades comprendidas.

Al principio no resultó difícil mantener despiertos los conceptos básicos de las verdades cósmicas en calidad de «religión», pues en cualquier persona todavía se mantenía el recuerdo subconsciente del mundo inmaterial, antaño asequible a toda la humanidad y en donde se podía descubrir y vivir el sentido de la existencia.

Pero la rueda de la historia siguió girando y los conocimientos de los grandes filósofos fueron desapareciendo cada vez más. En efecto, todo este profundo saber había quedado registrado mediante símbolos y escrituras ideográficas, dado que todavía no había sido elaborada una lengua suficientemente expresiva. Y los pocos fragmentos de ideogramas que no se perdieron, no han podido ser interpretado o bien han sido explicados de forma errónea. Los vacíos son demasiado grandes y ya no pueden ser completados.

Todavía hoy en día encontramos restos de esta filosofía

en el ámbito cultural hindú. Y a pesar de sus enormes vacíos, dicha filosofía todavía se consideraba lo suficientemente valiosa para imprimir un cuño inequívoco en todas las grandes religiones de los últimos 3.000 años.

Todo cuanto ha sido pensado y anunciado más tarde sin tener en cuenta dicha filosofía, muestra un saber trivial y poco espíritu. La humanidad ha ido estableciendo cada vez mayor número de dogmas insensatos, en los que ella misma ya no puede creer.

Si bien la institución de los hombres-dioses existió sólo del Cercano Oriente hasta la India y China, también en otras partes de Asia había tribus que conservaban restos de las facultades de percepción ultrasensorial y buscaron métodos para mantener vivas e incrementar tales facultades.

Uno de los métodos consistía en formar en la bóveda craneal una especie de cúpula, con el fin de aumentar el espacio disponible para el cerebro. Si se contemplan viejas representaciones de personalidades mitológicas, hombres sabios y santos, dioses y semidioses que acuñaron las culturas de Asia, se comprobará que tales hombres son representados a menudo con una cabeza puntiaguda o bien con una especie de hinchazón en el cráneo. A menudo, el abombamiento sólo tiene el tamaño de una nuez, pero en ocasiones adquiere las dimensiones de un melón. Tales conformaciones del cráneo todavía se realizaban hace unos cientos de años en China, el Tíbet y la India. Por regla general se trataba de monjes, que de esta forma habían adquirido la facultad de un pensamiento más profundo y capacitado para la percepción ultrasensorial.

Hoy se encuentra todavía en casi todos los templos chinos la estatua o imagen del personaje mitológico Chu-Lao, provisto de un enorme abombamiento en la parte anterior de la bóveda craneal, producido de forma artificial. Y en aquel país todavía se conoce la tradición según la cual los hombres con tales cráneos eran capaces de hablar con los dioses y de predecir el futuro.

Algo parecido ha sucedido casualmente en nuestros días. Por alguna razón, unos médicos colocaron el abdomen de mujeres gestantes en una cámara de descompresión. Gracias a ello, los niños crecían en el seno de la madre sin la acostumbrada presión. Con gran sorpresa para los médicos, las facultades intelectuales de tales niños eran enormes en los primeros tiempos. No sabían que el cráneo crecía con mayor facilidad por la ausencia de presión, con lo que el cerebro disfrutaba de mayor espacio. Ahora bien, tales efectos no fueron duraderos, dado que después del parto los cráneos de estos niños no han continuado configurándose de forma artificial.

¿Pero dónde han quedado los hombres-dioses?

Su desaparición fue inevitable, porque, para mantener sus facultades excepcionales, se veían obligados a practicar la endogamia dentro de su raza relativamente pequeña, lo cual desembocó en un estado de graves daños físicos y mentales. Los hombres-dioses se vieron obligados entonces a abandonar su estatuto especial y a mezclarse con las demás personas.

También los mitos de diferentes pueblos hacen referencia al matrimonio de los dioses con las hijas de los hombres. Incluso la Biblia se queja de ello. «Cuando los hombres empezaron a multiplicarse sobre la superficie de la tierra y nacieron hijas, entonces los hijos de Dios vieron que las hijas de los hombres eran agradables y tomaron por esposas cuantas prefirieron.» Las familias de hombres-dioses fueron desmoronándose. La humanidad se quedó sola, sin la asistencia de sus semidioses, sin mensajeros. Los descendientes de dichos dioses, que a menudo fueron reyes, jefes de tribu y sacerdotes, intentaron conservar y fomentar los conocimientos de sus antepasados. También esto queda reflejado en las tradiciones mitológicas de muchos pueblos, como por ejemplo en las Sagradas Escrituras de los judíos, que fueron incluidas en la Biblia: «Había tiranos sobre la tierra en aquellos tiempos y también después, cuando los hijos de Dios se acercaban a las hijas de los hombres y éstas parían sus hijos: son los poderosos de la antigüedad, hombres famosos.» Pero su cerebro ya no era tan

bueno como el de sus ancestros. Por consiguiente, el saber era empleado para unos fines cada vez más vulgares.

De esta época de ocaso proceden también las ciencias mágicas de Mesopotamia y algunas prácticas espirituales parecidas de la India y otras partes de la Tierra. Pero incluso tales ciencias se fueron utilizando con fines cada vez más vulgares, con lo que fueron degenerando en prácticas insensatas y supersticiosas.

Un fenómeno posterior de la institución de los hombres-dioses lo constituyen las familias de sacerdotes. La profesión sacerdotal era heredada de padres a hijos, y éstos tenían permiso para casarse con mujeres no pertenecientes a la estirpe, con el fin de evitar la consanguinidad y el triste destino de los hombres-dioses. Hoy en día todavía encontramos restos de tales instituciones en muchas partes del mundo, por ejemplo en la casta de los brahmanes de la India o entre los judíos. En efecto, los sacerdotes judíos han de pertenecer a la tribu de los levitas. Todo ello no son más que restos de la antigua institución que hace más de 50.000 años criaba hombres-dioses.

Uno de estos dioses humanos fue Abraham, a quien se cita en numerosas obras, entre ellas los escritos de los judíos. Por ello no fue demasiado difícil para los profetas el predecir que algún día alguno de sus descendientes nacería con el mismo rasgo atávico del hombre-dios Abraham, con un cerebro sano. En efecto, uno de los descendientes de Abraham fue el rey David, de entre cuya amplia descendencia nació el sabio Jesús, hijo de un carpintero.

Han desaparecido ya los hombres-dioses y las familias de sacerdotes tampoco son lo que fueron. Los santos varones entregados a la meditación se mantienen callados. La humanidad espiritualmente ciega se ha quedado sin mensajeros y espera que por una casualidad de la naturaleza aparezca un hombre con rasgos atávicos que sea capaz de dar una respuesta a las preguntas que tanto espera la atormentada humanidad.

La humanidad, que ha olvidado su antigua forma de ser,

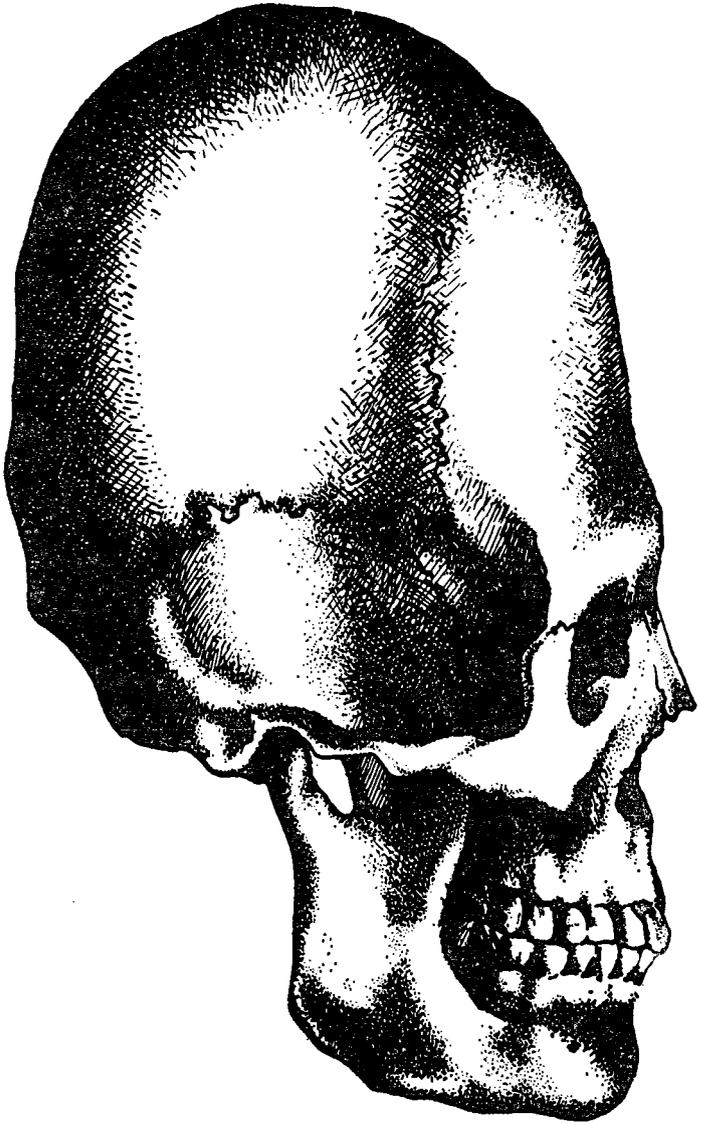
tampoco recuerda ya que antiguamente era capaz de entablar comunicación mental con los seres inteligentes extraterrestres. Pero todavía se mantienen vivos en ella los recuerdos subconscientes, ya que reza. ¿Qué es el rezo? Es sencillamente el intento de entablar contacto por vía mental con unas fuentes de inteligencia extraterrestres y plenipotentes, a las que denomina Dios, con el fin de implorar ayuda y consejo. Y cuando el hombre reza, no lo hace a gritos, porque supone con razón que no será su voz la que penetre en el universo, sino sus pensamientos. Incluso supone de forma instintiva y con completa naturalidad que sus pensamientos no necesitarán trescientos años-luz para llegar a algún dios, sino que serán percibidos por éste de forma instantánea, completamente atemporal. ¿Qué es esto, sino un conocimiento subconsciente y transmitido por herencia acerca de algo vivido antaño de forma consciente? ¿O acaso hay quien afirme que hubo alguna vez algún loco que estableció una teoría insensata sobre la comunicación mental con los dioses y que convirtió a todas las razas del mundo, incluso a los papúes, a una religión universal inventada por él? En este caso, el resto de dicha religión universal sería una superstición, según la cual los pensamientos irradian hasta los seres extraterrestres. ¿Entonces son supersticiosos todos aquellos que rezan?

Está claro que los pensamientos de toda la humanidad siguen irradiándose al universo y son captados allí por los seres inteligentes. Lo que ocurre es que el hombre ya no es capaz de recibir los pensamientos de aquéllos, por lo que no sabe con quién mantiene comunicaciones, a menos que se trate de una persona cuyo cerebro todavía funcione bien como aparato receptor.

Buda, quien hace 2.500 años dio una descripción del cosmos y de los átomos mejor que los científicos actuales, no mintió al afirmar que por vía mental había entrado en contacto con los seres mortales de la esfera «veintiocho».

Es un error suponer que los conocimientos humanos sólo se pueden adquirir mediante el aprendizaje y los estudios. Aún





en la actualidad hay personas que ocasionalmente obtienen conocimientos sobre materias que nunca han estudiado, por lo que no son capaces de explicar la forma de obtención de tales conocimientos o «descubrimientos». Ello puede ocurrir tanto por percepción ultrasensorial como por la recepción subconsciente del conocimiento transmitido por seres extraterrestres. Este fenómeno se llama «intuición», sin poder explicar qué se entiende por este término.

A esta descripción histórica sobre la morbidez del cerebro cabe añadir todavía que la presión del cráneo sobre el cerebro siguió produciendo grandes dolores incluso miles de años después de aparecida la alienación espiritual, de modo que un sinnúmero de personas sufrían enfermedades agudas del cerebro. Este mal de características epilépticas, que sólo comenzó a decrecer hace unos 2.000 años, constituyó una enorme plaga de la humanidad, que llevó a deformar de nuevo artificialmente el cráneo de los recién nacidos en todas las partes del mundo, con el fin de aminorar la presión ejercida sobre el cerebro y evitar eventuales afecciones cerebrales.

En todas las partes del mundo, en la India, en Persia, en Egipto, en Suramérica y en casi todos los países europeos, se han encontrado cráneos deformes, muchos de los cuales no llegan a los dos o tres mil años de edad. Y aún en la actualidad existen numerosos pueblos que siguen manipulando el cráneo de los recién nacidos, por ejemplo en la Siberia Septentrional, en África y en la cuenca del Amazonas.

Pero esto no es todo. En Europa la deformación de los cráneos todavía se realizaba con gran frecuencia hace unos 600 años. Y hace tan sólo 20 años se seguía practicando esta operación en la Bretaña, en Normandía, en los Pirineos y en Holanda. Pero la gente ya no conoce el origen de esta costumbre.

Cuando la dolencia epiléptica del cerebro recorrió nuestro planeta como una epidemia, se supuso que los individuos afectados eran presa de los «malos espíritus» o del «diablo». Esta enfermedad se cita en los escritos de casi todos los pueblos y

también en la Biblia. Según la tradición hubo personas, entre ellas Jesús, capaces de sanar a tales enfermos mediante su propia voluntad. En otras palabras: con ayuda de sus fuerzas espirituales. Esta es la razón de que todas las razas humanas, cualquiera que sea su religión, incluso taoistas y budistas, lleven a cabo prácticas «religiosas» para ahuyentar los «malos espíritus» del cuerpo enfermo. Los sacerdotes que se dedican a ello todavía reciben hoy el nombre de exorcistas.

Y, en la jerarquía de la iglesia católica, nadie recibe los órdenes del sacerdocio mientras no haya alcanzado el rango de exorcista.

¿Qué dicen los «científicos» acerca de los hallazgos de miles de cráneos perforados, de los cuales saben muy bien que habían quedado cicatrizados, por lo que los pacientes sobrevivieron a la intervención? La mayoría afirman que en aquella época los seres humanos sufrían con bastante frecuencia de tumores en la cabeza, que habían de ser extirpados. Eso es cierto, pero no en el sentido que le dan tales «científicos». A consecuencia del canibalismo, el cerebro humano entero se ha convertido en un tumor maligno, que de continuo ha de ser controlado para que no se acerque a él ninguna «ciencia». Ello sólo conduciría a una destrucción precipitada de la Tierra e incrementaría la miseria humana. Muy pronto la humanidad conocerá en su propia carne cuán peligrosos son tales «tumores malignos» que gobiernan sin control la Tierra y que juegan a la «ciencia».

Otros opinan que tales perforaciones craneales habían sido originadas por acciones bélicas. Pero, sin embargo, son incapaces de explicar cómo en algunos cráneos pueden encontrarse hasta seis perforaciones realizadas con grandes intervalos de tiempo y por regla general en la sien izquierda, y tampoco saben la causa de que aparezcan incluso en cráneos de mujeres y de niños. También existen parecidas explicaciones «científicas» para las deformaciones del cráneo practicadas en todas las par-

tes del mundo. La teoría generalmente aceptada afirma que se trata sencillamente de una moda de difusión universal, nacida por razones estéticas y que se mantuvo durante varias decenas de miles de años. En vano las madres africanas y suramericanas afirman que quieren preservar a sus hijos de determinadas enfermedades. Desde el punto de vista «científico» no cabe esta posibilidad, por lo que la deformación del cráneo sigue calificándose de moda.

La humanidad, tal como la conocemos hoy en día, sólo existe, por lo tanto, desde la pérdida de sus facultades de percepción ultrasensorial, hace a lo sumo 50.000 años. Sólo entonces se iniciaron sus monomanías y temores, que obligaron cada vez más a tomar medidas materiales, de donde nació luego la maldición del trabajo. Como único ser vivo cargado con esta maldición, el hombre trabaja desde entonces con una locura sin par encaminada a su ocaso.

Cada nuevo día sólo es para él una etapa provisoria, puesto que trabaja de forma convulsiva para el mañana, pero incluso este mañana es una etapa provisional para la jornada siguiente. De esta forma, el hombre es el único ser que desconoce el presente. Se ve perseguido por el tiempo, que se le escapa. Y él mismo se ha introducido en este círculo vicioso.

¿Qué ha alcanzado el *homo sapiens* en los últimos 50.000 años? ¿Han disminuido sus necesidades anímicas? ¿Vive sin temores? ¿Ha alcanzado la ansiada paz interior? ¿Vive en paz con sus congéneres? ¿Es más sano que antes? ¿O por lo menos conoce el sentido de su existencia y sabe adónde irá a parar después de su atormentada vida terrenal?

No ha alcanzado absolutamente nada. Por el contrario, avanza ciego por el camino de su segura autodestrucción, al que denomina progreso. En su subconsciente se siente un ser castigado y echa de menos muchas cosas. Pero ningún ser echa de menos algo que no haya poseído antes. Al hombre le duele que ya no pueda percibir cosas que se desarrollan más allá del radio de acción de sus órganos físicos. Guiado por un impulso subconsciente, ha ido experimentando tanto tiempo,

hasta encontrar un primitivo sucedáneo para sus facultades perdidas: construyó receptores de radio y televisión.

¿Ha obtenido con ello la tan ansiada felicidad? ¿Qué es lo que puede oír y ver con ello? Tan sólo sus propias obras y su propia vida con las que de día en día se siente más insatisfecho. Ve y escucha noticias sobre su pretendido progreso, que cada vez pone más en duda y que también le inspira cada vez un mayor temor subconsciente. Escucha y contempla cada vez más luchas, guerras, crímenes. Esto no es lo que tanto ansía, ya sea de forma consciente o inconsciente.

Incluso el impulso insensato por avanzar en el cosmos no es más que el deseo instintivo de llegar por medios físicos allí donde antaño se emitieron los mensajes tan importantes para la tranquilidad anímica del hombre, cuando todavía disponía de un cerebro intacto.

Todo esto ya lo ignora la humanidad. Cree guiarse por su conciencia y estar al servicio de la llamada ciencia y de sí mismo. Incluso cree ser más inteligente que antes y que el impulso por adentrarse en el universo es consecuencia directa del aumento de inteligencia. Pero la verdad es muy distinta: la humanidad está espiritualmente más enferma y es filosóficamente más pobre. Este ser que ha producido en sí mismo un desequilibrio por sus continuas manipulaciones, está causando estragos en la Tierra y ahora incluso se dispone a destruir el equilibrio natural de otros planetas.

Los vuelos del hombre hacia el universo no le depararán la ansiada felicidad ni la salvación. En su lugar obtendrá desengaños, todavía más trabajo y, en último término, unos males de tal magnitud que le resultan inimaginables hoy en día.

Si el hombre hubiera podido conservar sus facultades para la percepción ultrasensorial, habría podido disponer de un enorme campo en el mundo inmaterial para hacer valer en él su elevada inteligencia. También habría podido reconocer que el mayor progreso imaginable ya existe: el universo mismo. Cualquier manipulación con las fuerzas de éste sólo puede producir desgracias y el caos. La mayor realización que pueda

hacerse consiste en no realizar ya nada más. Pero el hombre ya no es capaz de descubrir esta verdad y será víctima de sus propias «realizaciones».

Su locura le lleva a tal punto, que llega a afirmar que la naturaleza es para él un reto a entablar batalla. El hombre ha inventado esta tesis con el fin de justificar sus desaguisados. Pero el hombre es parte de la naturaleza, y ésta no puede ser enemiga de una de sus partes constitutivas. Las catástrofes naturales como terremotos, huracanes, inundaciones y sequías, siempre han existido y seguirán existiendo. El hombre no ha logrado nada para evitarlas. ¿Qué ha logrado entonces con su continua lucha contra la naturaleza? La está destruyendo con creciente obsesión y con ello está destruyendo precisamente aquello que le ha de dar vida.

Aparte de la naturaleza, ha encontrado otra cabeza de turco, a la que combate igualmente: sus propios congéneres. La lucha contra sus congéneres ya no la practica únicamente en los asesinatos masivos planificados, cada vez más numerosos y científicos, sino incluso en la vida cotidiana. Y llega a afirmar que ambas luchas son imprescindibles para el mantenimiento de su existencia.

Cualquier persona podrá comprobar antes de morir que toda su vida ha estado llena de obstáculos. Y si reflexiona correctamente, tendrá que comprobar que no fueron los mosquitos, ni los elefantes, y en modo alguno la naturaleza, quienes tanto amargarón su existencia, sino sus propios congéneres. Y entonces también habrá de admitir que ha sido un activo colaborador en el amargamiento de la vida de los demás.

Este comportamiento, que se supone necesario para la autoconservación, no existe jamás entre los animales, a pesar de que éstos se conservan mucho mejor que el hombre. No son los animales quienes precisan de psiquiatras y de clínicas mentales, sino el hombre. Y sólo entre los seres «a imagen de Dios» existen mendigos, dado que únicamente el hombre es-

piritualmente enfermo dispone de un «orden» en el que existen la miseria y los mendigos.

La humanidad ha elaborado unos conceptos acerca de sí misma diametralmente opuestos a la verdad. A nadie se le ocurre ya comprobar su veracidad. El ser humano sólo puede pensar como hombre, y, como es sabido, los locos no pueden diagnosticarse a sí mismos.

El concepto básicamente falso de la creación del hombre dice que Dios o la creación colocaron un ser miserable y tonto en medio de un mundo incompleto que, sólo después de un millón de años de guerras y creciente trabajo, había de lograr un progreso que acabara con el carácter inconcluso del mundo y le permitiera alcanzar un estado de felicidad. De todo ello todavía no se ha notado nada hasta la actualidad. Por el contrario, el hombre está mucho más alejado que nunca de este estado ideal, y sus propias obras le producen cada día mayores temores.

El progreso de la humanidad está resultando cada vez más una destrucción del orden sobre el cual está basado el universo. Si estuviera justificado este progreso destructor, habría que deducir que el citado orden se ha condenado a sí mismo a la destrucción y que ha elegido al hombre para que ejecute esta condena.

A pesar de que la humanidad obtiene cada vez mayores cargas y desgracias por su supuesto progreso, está firmemente convencida de que los animales que comparten con ella la Tierra están expuestos a unas necesidades anímicas y materiales, dado que desconocen el progreso. Pero si se hace ver a una persona que los animales no sufren de tales monomanías que les impulsen hacia el progreso ni sufren necesidades anímicas, afirmará con la mayor naturalidad que los animales no poseen la suficiente inteligencia para ello.

Así pues, ¿es la inteligencia la fuente de todos los males y sufrimientos? Y si esto fuera así, ¿por qué el hombre se empeña en ser cada vez más inteligente? En el marco de la evolución natural, la inteligencia de todas las especies anima-

les va aumentando, con lo que éstas habrían de sufrir cada vez más. Pero entonces el concepto de la creación sería criminal.

Al hombre le gusta contemplar a los animales como seres inferiores y cree que no poseen alma, ni son capaces de pensar, sino que se guían únicamente por unos misteriosos instintos. Pero esto son conceptos absurdos. También los animales poseen más inteligencia de la que precisan para comer, dormir y aparearse, pero no utilizan el sobrante de inteligencia para algún impulso mórbido de progreso, que les amargaría la vida, sino para pensar y llegar a la cognición de las verdades del mundo material e inmaterial, hasta el límite de su respectivo grado de inteligencia. Esta es la verdadera finalidad de la inteligencia, que procura la máxima satisfacción. También el hombre debería utilizar el sobrante de su inteligencia para tales fines.

La suposición de que la humanidad posee ahora una mayor madurez moral y un mayor sentimiento de responsabilidad, por lo que ahora es mejor que antes, resulta realmente ridícula. Y el hombre llega a afirmar esto precisamente en una época en que los criminales y los científicos preparan mano a mano el exterminio de la humanidad, que ya tienen a punto de poner en marcha.

Si el hombre fuera realmente mejor que antes, nuestros bisabuelos tendrían que haber sido siempre peores que nuestros abuelos. Pero entonces no sería preciso retroceder mucho para encontrarnos con que toda la humanidad estaba formada por criminales. Según ello, nuestros antepasados simios tendrían que haber sido peligrosos monstruos, a pesar de que cualquier persona sabe que los monos antropoides son los seres más pacíficos.

Por consiguiente, si el hombre afirma ser un animal domesticado, invierte la verdad, dado que es precisamente un animal originariamente pacífico y hecho salvaje. ¿Alguien ha oído hablar jamás de matanzas colectivas planeadas y ejecutadas por los monos? ¿Acaso existen monos que atormenten o

maten a sus congéneres, o tigres que ataquen y maltraten a los suyos por la noche?

También en este caso el hombre tiene a mano una explicación: es un ser más inteligente. Según esta lógica, la inteligencia conduce al tormento, el ataque y el asesinato de los congéneres. De hecho, el hombre no sólo se empobrece filosóficamente de día en día, sino que también va aumentando su maldad. La afirmación según la cual hoy en día se encuentra mejor gracias al «progreso» es un autoengaño. Lo necesita para no derrumbarse bajo la carga que se ha impuesto a sí mismo. ¿Cuánta maldad debió existir entonces hace quinientos, dos mil o incluso cincuenta mil años, cuando no había apenas progreso? Para nuestros antepasados la vida tenía que haber sido una carga insoportable.

Incluso los teólogos comparten la opinión de que gracias al progreso el hombre es en la actualidad mejor, más inteligente y más feliz que antaño. Pero, sin inmutarse, prosiguen afirmando que Dios ha creado al hombre con sus propias manos y a su imagen. Por consiguiente, Dios ha colocado en el mundo a imagen suya un ser neurótico, insatisfecho, infinitamente tonto y extremadamente criminal.

Esta afirmación de los teólogos es una blasfemia o bien una infinita estupidez.

Si el hombre sólo hubiera aumentado en inteligencia, pero sin alienarse simultáneamente, y si encontrara hoy en día una especie animal que viviera con las mismas monomanías con las que hoy en día vive, actúa y piensa el hombre, afirmarían con razón que esta especie animal padece de locura e investigaría las causas de tal alienación. Y si descubriera que dicha especie animal obtuvo su inteligencia y locura fuera del marco de la evolución natural y a través del canibalismo, a buen seguro tomaría severas medidas contra dicha especie animal, antes de que ésta hiciera completamente inhabitable el planeta.

El proceso que ha provocado el actual estado mórbido del cerebro humano es largo y todavía no ha finalizado. La pérdida de todas las facultades para la percepción ultrasensorial

y del recuerdo de su origen sólo es el comienzo de su tragedia. Porque el estado de salud del cerebro está empeorando desde entonces a ritmo creciente. La capacidad para el pensamiento filosófico sigue disminuyendo, por lo que el hombre cada vez puede distinguir menos entre lo importante y lo trivial. En los últimos 50.000 años, el cerebro humano ya no ha crecido más, por lo que tampoco ha aumentado la inteligencia, pero ésta se concentra cada vez más en la manipulación de la materia. Para ello, el hombre hace un uso erróneo de los antiguos conocimientos de la física y de la matemática, descubiertos por los grandes filósofos de la antigüedad, pero no pensados para este fin. Debido a ello, el hombre siempre elige y lleva a la práctica unos fines antinaturales y hostiles a la humanidad, con lo cual acelera el ocaso, ya de por sí inevitable, y aumenta los dolores que éste comporta.

El estrechamiento del espíritu es comparable con la forma de acción de una lente de aumento, donde dicha lente equivale al cerebro y la luz equivale a la inteligencia. Si se coloca la lente de aumento sobre una hoja de papel, la luz se reparte de forma casi uniforme, con lo que ilumina todos los campos, tanto el espiritual como el material. Pero si la lente se alza lentamente, el haz de luz se va concentrando poco a poco en el centro (que representa lo material), mientras que se va oscureciendo el borde (que representa lo espiritual). En otras palabras: con una lente de tamaño constante y una fuente luminosa también constante, el haz de luz se va concentrando cada vez más, y si se llega a alcanzar el foco, el papel arde.

El ser humano contempla extasiado el punto luminoso cada vez más claro bajo la lupa y cree que con ello está aumentando su propia inteligencia. Pero llegará el momento en que se alcance el foco de la lente, y el *homo sapiens* será pasto de las llamas conjuntamente con su tan explotado mundo que ya despidе una visible humareda.

Desde hace 50.000 años los héroes y pioneros de la humanidad siempre fueron aquellos que aceleraban el citado pro-

ceso y recibían el nombre de científicos. Son cada vez más los tecnólogos y menos los filósofos quienes rigen los destinos del mundo, y esta tendencia irá aumentando en el futuro. La humanidad, que antaño criaba hombres-dioses, fomenta hoy en día unos técnicos y «científicos» afilosóficos, quienes aceleran el ocaso del género humano.

La verdad sobre el origen del hombre provocará dudas, temores y consternación. Y serán más grandes que hace ciento cincuenta años, cuando Darwin proclamó que el ser humano era descendiente de un animal peludo. También en aquel entonces el hombre se sintió ofendido y se mostró indignado. Tanto los científicos como los profanos protestaron y profirieron amenazas. Muchos se rieron de Darwin, le consideraron un desequilibrado mental y un idiota. Las críticas de prensa hostiles, escritas por diletantes, incitaron al público en contra de él y los caricaturistas se dedicaban a representarlo como mono. Pero tampoco en aquella época pudo silenciarse la verdad. Darwin tuvo razón. Todos cuantos participaron de algún modo en las controversias de la época, pasaron a la historia: Darwin en calidad de genio, sus detractores como idiotas.

En la presente ocasión, la reacción contra la verdad descrita en este libro resultará diez veces más intensa, dado que el hombre comprenderá que se desentraña la verdad de su punto más delicado. Muchos prorrumpirán en risas histéricas, como ocurre a menudo con personas que oyen pronunciar su condena a muerte por boca del juez. Otros, por el contrario, se lanzarán al contraataque, como quien es descubierto de repente en pleno acto pecaminoso o durante la realización de un acto sexual secreto. En efecto, en las presentes páginas el hombre queda desenmascarado y completamente al descubierto. Ha sido sacada a la luz del día la causa primera del heredado sentimiento de culpabilidad subconsciente, el mismo pecado original. El hombre desenmascarado se defenderá lleno de ira, buscará excusas y salidas.

Pero en definitiva, el hombre tendrá que afrontar la verdad sobre sí mismo y entonces también se verá obligado a

cambiar de forma radical sus conceptos y metas. Con ello comenzará una nueva época para el género humano, que será la última y en la cual el *homo sapiens* intentará prolongar su corta existencia en el planeta terrestre.

Y a partir de entonces también se llevarán a cabo numerosos experimentos para la alimentación de los animales con cerebros, los cuales demostrarán que la inteligencia e incluso los conocimientos concretos son comestibles. Otras investigaciones probarán con toda claridad que el género humano se ha ido formando por canibalismo a partir de unos monos carníbalos.

En todos estos experimentos con animales, los investigadores declararán repentinamente como ciencia lo que hasta entonces rechazaban como rituales insensatos y supersticiosos. Llegarán a unos resultados conmovedores.

Los animales utilizados en los experimentos adquirirán con toda seguridad mayor inteligencia e incluso dispondrán de los conocimientos concretos y los recuerdos del cerebro consumido. La consecuencia será un caos hormonal que más tarde producirá alteraciones en el crecimiento del pelo y en la vida sexual. Con el fin de repetir el proceso que desemboca en la morbidez del cerebro, el consumo de cerebros habrá de repetirse durante varios cientos de generaciones de forma continuada. Debido a ello, se utilizarán animales de vida corta y rápida reproducción.

Por desgracia también habrá que incluir en estas series de ensayo a los monos antropomorfos. Pero al ser éstos los parientes más próximos del hombre, no deberá dárselos muerte bajo ninguna circunstancia. Sin embargo, se les podrá alimentar con el cerebro de monos más pequeños. Y si se alimentan los monos antropomorfos con los cerebros de personas fallecidas, previa autorización de los interesados, se obtendrán resultados asombrosos y dramáticos.

Al tiempo que abogo por tales ensayos con animales, advierto a la humanidad de un nuevo peligro. Tan pronto como el hombre se dé cuenta de que la inteligencia y la sexuali-

dad pueden incrementarse con el consumo de cerebros, amenaza un nuevo canibalismo. Porque el hombre, que provocó un enorme desorden en su propia vida sexual y en su inteligencia debido al consumo de cerebros, está insatisfecho del resultado obtenido. Nada le hace retroceder cuando se trata de experimentar con ambas cosas para «perfeccionarlas», tal como lo ha estado haciendo durante un millón de años.

Por consiguiente, existe el peligro de que aproveche sus insensatas guerras materialistas para otro fin y aproveche los cerebros de los muertos como droga cerebral de base «científica».

Este temor no es vano, pues ya en el campo de los trasplantes de órganos internos, los científicos juegan con la criminal idea de aprovisionarse de tales órganos en los campos de batalla de la actualidad, para injertarlos a sus ciudadanos «progresistas». Este crimen no se ha realizado todavía, porque el trasplante de órganos, que en un principio parecía exageradamente esperanzador para la humanidad, todavía no ha podido realizarse con plena satisfacción.

Pero vendrá el día en que la humanidad descubrirá con consternación que en los campos de batalla del presente, donde una potencia militar brutal está ocupada en aniquilar campesinos hambrientos, los «científicos» están experimentando con los cerebros de dichos campesinos, con el permiso y el apoyo de la potencia bélica. Con los extractos obtenidos en los campos de batalla, los científicos experimentarán en casa «en interés de la ciencia» para «mejorar» el cerebro de sus conciudadanos.

Para nadie es un secreto que ya hoy en día los científicos desean producir cambios genéticos mediante intervenciones en el cerebro humano. Con ello quieren criar «científicos» a su medida para un futuro mejor, pero al mismo tiempo soldados sin espíritu, capaces de matar y de morir sin sentir nada, puesto que en este hermoso futuro «científicamente» planificado necesariamente habrá también asesinatos colectivos y planificados. En este programa está incluida también la crea-

ción de una especie de hombre de las cloacas, encargado de la limpieza pública, quien deberá eliminar los bienes sobrantes y los vestidos pasados de moda. De la misma forma se criará también una casta de sacerdotes, que habrá de bendecir este hermoso mundo.

Nadie debe desentenderse de este proceso, dado que dichos «científicos» ya han manifestado que, según los principios de la libertad constitucional, el Estado no tiene ningún derecho para inmiscuirse en la genética ni se opone a ella.

Como se ve, no se trata en modo alguno de mera utopía. Los excesos de tales personas no conocen límite alguno. Unos bienes comunes como la Tierra y la Luna ya se están conmoviendo por sus arbitrarias explosiones, provocadas sin pedir autorización previamente a sus verdaderos poseedores, a cada persona individualmente.

La humanidad debe impedir por todos los medios imaginables que, bajo el pretexto de la ciencia, alguien realice transformaciones genéticas, aunque sea en una sola persona, o que manipule el cerebro o la vida sexual del hombre.

Cualquier individuo, cualquiera que sea su raza, posee más inteligencia de la que necesita, y esta inteligencia está incurablemente enferma. Cualquier aumento de inteligencia incrementaría también el estado de alienación. Lo que el hombre necesita no es una inteligencia aumentada sobre «bases científicas», dado que esto ya lo lograron de forma insuperable los caníbales. Lo que necesita es una disminución de su alienación, que sólo se conseguirá si regresa a la naturaleza, en tanto lo permitan su cuerpo y su espíritu mórbidos. Entonces aprenderá de nuevo a pensar y se dará cuenta de que la naturaleza y sus congéneres no son enemigos suyos y de que en el universo no hay nada que mejorar, a excepción del hombre mismo.

La circunstancia de que el hombre se haya formado a partir del canibalismo podía ser indiferente a los hombres y muchos pensarán así al principio. De hecho, la catástrofe no consiste en que haya aumenado su inteligencia por el canibalismo.

mo, sino en que al mismo tiempo haya enfermado su espíritu. De esta forma actúa en un estado de completa alienación y todo cuanto emprende febrilmente para su llamado progreso, acelera en definitiva su ocaso.

La única intervención permisible en el cerebro es la que ya ha sido practicada con éxito durante tantos milenios: el formar una cúpula en la bóveda del cráneo, con el fin de aminsonar en cierto modo el defecto físico. Y, si se quiere, pueden volver a crearse «hombres dioses», en lugar de semiintelectuales con diploma. Las personas así tratadas no sólo recuperarán en parte sus facultades para la percepción ultrasensorial, sino que también serán capaces de conocer las verdades filosóficas que pueden constituir una base verdaderamente científica para la prolongación de la existencia de la humanidad.

El ser humano debe reconocer que, por muy inteligente, progresista y rico que llegue a ser, si no es bueno, no será más que un ser inútil, peligroso e infeliz.

La bondad debe gozar de primacía en todos los aspectos.

VI. EL HABLA Y LAS LENGUAS

El habla no es el resultado de una inteligencia superior, sino un sucedáneo de emergencia para la ya perdida facultad de comunicarse mediante transmisión de pensamientos. Los sonidos de los animales no son lenguas primitivas, sino señales de llamada, con las cuales invitan a sus congéneres a conectar su cerebro al circuito de recepción de pensamientos.

Si el ser humano es tan incapaz de autocrítica, que incluso cree que su vida sexual mórbida y la pérdida de su pelo forman parte de la evolución natural e incluso las adscribe a una inteligencia superior, ya no es de extrañar que también haya presentado las más absurdas teorías acerca del lenguaje, única forma de expresión de la humanidad.

Se dice que la facultad de hablar es el resultado necesario de la inteligencia superior del hombre y que la lengua es el órgano del habla. La lengua no es un órgano para la comunicación, sino un órgano de la digestión. Palpa los alimentos, admite la cantidad necesaria de saliva de las glándulas salivares y remueve el alimento en la boca. Si la lengua fuera un órgano para la comunicación, todos los animales de la creación tendrían la lengua por puro error, puesto que ningún animal la utiliza para la articulación de sonidos.

Si la expresión oral fuera el medio de comunicación natural, surgido a determinado grado de inteligencia y que se per-

fecciona cuanto más aumenta dicha inteligencia, habría muchos animales que hablarían y que para ello utilizarían también su lengua. La vida en nuestro planeta se inició hace unos 3.000 millones de años y en este espacio de tiempo los animales han ido evolucionando hacia los más diversos grados de inteligencia. Pero incluso los más inteligentes emiten pocos sonidos, y para articularlos no utilizan en absoluto la lengua.

Muchos lingüistas responderán que para la articulación de los sonidos mediante la lengua se exige una inteligencia especialmente desarrollada y que este grado todavía no lo ha alcanzado ningún animal, ni tan sólo el más inteligente. Por ello los animales han de comunicarse sin movimientos de la lengua, con unos sonidos completamente inarticulados, cualquiera que sea su grado de inteligencia.

Pero si realmente fuera verdad que los sonidos inarticulados de los animales constituyen su única forma de comunicación, el número de variantes de sonidos tendría que estar en relación directa con su inteligencia, pues es de suponer que los animales más inteligentes «hablen» más que aquellos de inteligencia inferior. Pero no es éste el caso. Las gallinas y los gorriones emiten más sonidos y en una gama de variaciones mucho más amplia que las vacas, los asnos y los monos. Y cualquier lingüista debería saber que los gorriones no son más inteligentes que los monos.

A todo ello ha de añadirse que los gorriones, los monos y todos los demás animales conocen todos los fonemas de su especie desde el mismo momento de su nacimiento y sin tener que acudir a ninguna enseñanza. Y a lo largo de su vida ya no aumenta el número de sonidos que son capaces de emitir.

De esta forma, si el número de variantes de un sonido fuera la única forma de comunicación posible y la medida de la inteligencia, nos encontraríamos con que los animales nacen con unos conocimientos tan amplios como si ya fueran mayores, o bien que son tan extremadamente tontos que a lo largo de toda una vida no son capaces de aprender nada nuevo.

Pero entonces resultaría que el más tonto de los seres se-

ría el hombre, porque al nacer no es capaz de hablar una lengua articulada ni inarticulada que pueda ser entendida por la raza humana. Ni tan sólo puede emitir el número de sonidos comprensibles que emite un pato recién salido del cascarón. Cuando nace el hombre, tiene que aprender con muchos esfuerzos una lengua artificial, para lo cual tiene que ejercitarse para el uso de la lengua como medio auxiliar, lo que resulta una difícil tarea adicional.

Si el número de fonemas no guarda una relación directa con la inteligencia, por lo que los sonidos de los animales no pueden ser su verdadera forma de comunicación, los científicos deberían explicar por qué el habla humana debe considerarse como resultado necesario y signo de inteligencia, y por qué la lengua es un órgano de expresión.

Para la ciencia lingüística, todos los peces están condenados a una eterna estupidez, porque no tienen perspectivas de poder hablar jamás, dado que entonces se ahogarían. Algunas especies de delfines y ballenas, por ejemplo, son más inteligentes que algunos monos. Pero sin embargo emiten muy pocos sonidos y sólo lo hacen cuando sacan la cabeza del agua. Si tales sonidos fueran su forma de comunicación, ello significaría que pasan casi toda su vida como sordomudos, y cuando «hablan» lo hacen a menudo consigo mismos, dado que también salen a la superficie solos.

Recientemente, los científicos comprobaron con entusiasmo que cierta especie de monos «ya era tan inteligente» que utilizaba treinta sonidos diferentes. De ahí sacaron la conclusión de que tales sonidos inarticulados eran el comienzo de una lengua. Pero si esos treinta sonidos fueran una medida de inteligencia, ello sería un certificado de pobreza espiritual para dicha especie de monos, ya que los canarios y los gansos emiten un número mucho mayor y variado de sonidos.

Esos científicos han olvidado decir que la citada especie de monos no articula los sonidos con la lengua y que todos ellos emiten los treinta fonemas desde su nacimiento, tanto si viven en el Norte de la India o en una isla del Océano

Pacífico. Lo mismo cabe decir de cualquier otro animal, pues una especie de rana, de caballo o de vaca siempre emite exactamente los mismos sonidos, ya viva en el Japón o en África. Un animal recién nacido, incluso un mono, puede ser aislado de la horda inmediatamente después de su nacimiento e incluso diez años más tarde emitirá todos los sonidos característicos de su especie.

También los monos antepasados del hombre utilizaron una serie de sonidos diferentes que podían ser comprendidos por todos los congéneres, tanto si vivían en África como en la India. Si aquellos fonemas hubieran constituido el principio de una lengua y el número de variantes hubiera aumentado paralelamente a la inteligencia, hoy en día la humanidad entera hablaría una lengua uniforme, que cada niño sería capaz de utilizar desde su mismo nacimiento.

El género humano, sin embargo, no habla una lengua uniforme y propia de la especie, sino que en el momento del nacimiento el hombre *no tiene ninguna lengua*. Si antes de cumplir los veinte años todavía no ha aprendido ninguna, sólo logrará hablar con grandes esfuerzos y de forma incompleta, o bien podrá emitir únicamente sonidos inarticulados, dado que la lengua ya no puede ser entrenada para el complicado proceso del habla. Los niños que aprenden a hablar no tienen tantas dificultades con el cambio de sonidos y con su asociación a los conceptos, sino ante todo con la articulación de los sonidos mediante la lengua.

¿Qué ha ocurrido con el hombre? ¿Por qué sólo puede comunicarse con sus congéneres después de haber realizado un difícil aprendizaje durante su niñez, el cual le permitirá únicamente hacerse entender dentro de un grupo limitado que utilice el mismo código de signos convencionales? ¿Dónde están los sonidos inarticulados propios de su especie, que debería tener desde su nacimiento? ¿Y para qué servían éstos, cuando todavía existían?

La respuesta correcta se encuentra sin duda alguna en la evolución antinatural del género humano.

Todos los seres viven en grupos o, por lo menos, mantienen relaciones temporales con sus congéneres. Realizan tareas sociales que, según la especie animal, abarcan desde las más sencillas hasta las más complicadas. Para ello tienen que comunicarse necesariamente. Pero los sonidos inarticulados que emiten no son suficientes para ello, dado que ni su número ni sus variantes están en relación con la inteligencia de la especie ni con la complicación de su tarea social. En realidad, los animales se comunican entre sí de forma silenciosa, mediante transmisión de pensamientos. La longitud de onda y la frecuencia de las radiaciones mentales son diferentes en cada especie animal y sólo pueden ser captadas dentro de una misma raza.

Una horda de monos antropoides en libertad vive de forma tan silenciosa que al hombre le cuesta trabajo descubrirla en medio de la selva. Pero, a pesar de ello, tales monos realizan a diario unas tareas sociales extremadamente complicadas. Cuentan con un orden del día que cambia cada jornada y que es planificado y dirigido por el jefe de la horda. Diariamente recorren grandes distancias y a menudo regiones distintas para reunir su alimento. Cuentan con pausas de descanso, pausas de amamantamiento, pausas de juego para las crías, e incluso pausas para el mutuo cuidado higiénico. Después de una jornada así pueden optar por regresar a su cobijo, o bien elegir un lugar nuevo para pernoctar. En este caso construirán un nuevo albergue e incluso apostarán vigías. Todos estos planes y decisiones proceden del jefe de la horda, con quien colaboran todos los miembros del grupo y a cuyas instrucciones mentales se someten.

Si un grupo igualmente numeroso de seres humanos quisiera hacer una excursión de este tipo y de una duración de un día, alguna persona tendría que presentar un plan y comentarlo con todos los miembros. Ya durante el comentario aparecerían numerosas preguntas, malentendidos e incluso discusiones. Y a pesar de ello, durante la excursión se producirían en el bosque gritos y preguntas, críticas y maldiciones.

El guía se vería obligado a dar órdenes para la reunión y para proseguir la marcha. Sería necesario dar la alarma y buscar a mujeres y niños perdidos.

Tales situaciones caóticas resultan imposibles en una horda de monos. Aquí no se producen largas discusiones preliminares, ni malentendidos, ni discrepancias, ni hembras perdidas.

Los monos tan sólo utilizan unos pocos sonidos inarticulados, que sin embargo son tan «pobres», que (si se tratara de la única forma de comunicación y si la horda sólo realizara su complicada tarea con ayuda de tales sonidos) habría que considerar con razón que los monos son unos seres geniales. Y entonces habría que preguntarse también para qué es necesaria el habla humana, si con unos sonidos inarticulados tan reducidos resulta posible ejecutar tareas sociales tan complicadas. ¿Acaso el hombre es menos inteligente que el mono? No es que lo sea, pero ha perdido la facultad para comunicarse mediante transmisión de pensamiento y para la percepción ultrasensorial.

Se trataba de unas facultades muy útiles, y si a pesar de ello han desaparecido, no se trata de una ventaja ni de un signo de inteligencia o de una evolución natural, sino de una pérdida, una desventaja y una consecuencia de la morbilidad espiritual.

¿Pero para qué sirven los sonidos inarticulados que emiten los monos y la mayor parte de los animales y que, indudablemente, utilizaron también los antepasados del hombre? Los sonidos inarticulados no son palabras, no forman una lengua primitiva, sino que sólo son señales fónicas sin contenido, con las cuales los animales anuncian la inminente transmisión mental y exhortan a sus congéneres a colocar su cerebro en posición de recepción.

¿Por qué existen diferentes tipos de señales fónicas? A primera vista parece suficiente una sola señal. Pero de hecho, los diferentes tipos de sonidos son prefijos codificados para las transmisiones mentales que les siguen, con el fin de que el animal receptor las interprete correctamente.

También el hombre utiliza tales prefijos y claves. Así, por ejemplo, dice o escribe «2», pero según las circunstancias tiene que colocar delante los signos + o —, para que el número pueda ser interpretado correctamente. También al escribir música se utilizan diferentes claves previas con las que se anuncia cómo deben ser leídas las notas siguientes. Y a pesar de que el hombre ya no es capaz de leer pensamientos, todavía utiliza hoy en día unas señales fónicas con las cuales confiere diferente significado a lo que dice. Si exhorta a alguien a que abandone un cuarto, todo dependerá del tono para poder dar una interpretación correcta de la exhortación. Y en todas las lenguas existen palabras que se utilizan exclusivamente como señales previas para la interpretación correcta de la comunicación que les sigue. Con ello se siguen conservando restos del antiguo principio de las señales.

Los signos fónicos inarticulados que el hombre utilizaba originariamente resultan ya superfluos, dado que se ha perdido la comunicación por vía mental. Puesto que se trataba de prefijos codificados sin contenido propio, quedaron eliminados en gran parte. Sin embargo, todavía se mantienen algunos. Así, por ejemplo, la risa y el llanto, el grito de terror, el quejido de dolor, son siempre los mismos en todas las razas y se emiten de forma automática. Todavía hoy en día se trata del único sonido original y congénito del género humano. Y precisamente para estos sonidos que ningún ser humano tiene necesidad de aprender, ninguna raza utiliza la lengua, dado que ya existían cuando este órgano de la digestión todavía no se tenía que utilizar para articular los sonidos.

Cualquiera puede imaginarse cuán alarmados y desesperados debieron sentirse nuestros antepasados cuando la pérdida de la comunicación mental apareció primero de forma esporádica y luego con frecuencia cada vez mayor. Los pocos fonemas del hombre sólo eran unas señales de llamada sin contenido. La transmisión mental que les seguía ya no podía ser sintonizada. Aquella situación era como si hoy sonara el teléfono sin que al timbre de aviso le siguiera ninguna comuni-

cación. A ello hubo que añadir que también iba desapareciendo de forma paralela la facultad para la percepción ultrasensorial.

Si tales pérdidas no se hubieran producido lenta y aisladamente, sino que se hubieran dado de forma repentina y simultánea en todas las razas, el género humano se habría extinguido con toda seguridad. Pero el caso es que sólo se presentaron paulatinamente, con lo que el hombre se vio obligado a encontrar un sucedáneo para sus comunicaciones mentales.

Una multiplicación de los sonidos no habría servido de mucho, porque, al igual que el mono, el hombre no podía utilizar su lengua para la articulación de sonidos. Sin un adecuado movimiento de este órgano, sólo se pueden producir pocas variantes de un fonema y absolutamente ninguna palabra. Cualquiera puede intentar la formación de palabras con la lengua rígida e inmóvil, y tendrá que comprobar que las variaciones posibles son tan limitadas, que en modo alguno son suficientes para expresar los más sencillos deseos, órdenes o conceptos.

Por consiguiente, hubo que buscar otros medios auxiliares para llenar el hueco. Dado que en un principio el hombre todavía creía que su enfermedad era pasajera, resolvió el problema de forma provisional, por lo que comenzó a gesticular, al ser ésta la solución más lógica y fácil. Completaba las limitadas comunicaciones mentales que le quedaban mediante gestos de la cara y de las manos. Distintos movimientos dados con la cabeza significaban *sí*, *no*, *quizás*, etc. Mediante toda clase de gestos realizados con la cara, el hombre expresaba asombro, interrogación, preocupación, duda, tristeza, imploración, temor, alegría y obstinación. Si alguna cosa no la sabía, se encogía de hombros; si algo le era igual, alzaba un solo hombro. Para este complicado código corporal utilizaba también las manos, los pies y más tarde todo el cuerpo. Cuanto más escasos se iban haciendo los medios de comunicación mental, más complicados y numerosos eran sus gestos.

En el mundo animal también se conoce la gesticulación.

Incluso los animales adoptan diferentes posiciones con su cuerpo o dan otras señales. Pero sus posibilidades de variación son tan escasas como las de sus sonidos, porque no son más que expresión de una disposición, un prefijo codificado. Los perros mueven el rabo cuando se alegran. Pero si esta alegría se debe a que el amo haya regresado a casa o porque esperan su comida, no lo dice el rabo, sino que lo expresan sus pensamientos.

También los monos utilizan tales señales del cuerpo, y de igual forma procedieron los antepasados del hombre. Por consiguiente, la humanidad no descubrió nada nuevo cuando comenzó a gesticular, sino que tan sólo fue aumentando el número de señales corporales, como sustitución lógica y elemental para la transmisión mental.

Mientras tales gestos eran sólo un complemento de la fragmentada transmisión mental, eran suficientes para el entendimiento mutuo. Pero con el tiempo los vacíos en la comunicación mental iban aumentando, con lo que también resultaba más insuficiente la utilización de los gestos.

Por fin la humanidad se dio cuenta de que esta pérdida no era pasajera y que los gestos no podían constituir un sucedáneo completo. Por otra parte, dicha gesticulación sólo era eficaz si las personas que tenían que ponerse en comunicación se podían ver mutuamente. Y además, se trataba de un obstáculo para el trabajo, porque o bien alguien gesticula, o trabaja, pero no puede hacer ambas cosas a la vez.

El caso es que el hombre se vio precisado a buscar un método completamente antinatural e insuficiente para comunicarse y hacerse entender. Comenzó entonces a utilizar el apéndice bucal para la articulación de los sonidos. Con ello pudo aumentar en gran medida el número de variantes de un sonido, que a partir de entonces ya no eran señales, sino que expresaban parcamente el contenido de las ideas.

Pero con ello todavía no había quedado resuelto el problema. El hombre tuvo que conferir a cada sonido articulado y a cada una de las combinaciones de sonidos un determinado

significado. En otras palabras: tuvo que acordar un código con los miembros de su horda.

En cada sociedad cerrada y en cada tribu fueron acordados determinados códigos. Estos conceptos codificados en palabras eran considerados siempre como valioso bien común y como secreto de la tribu, elaborado con grandes esfuerzos y transmitido de generación en generación.

Algunas tribus de Africa, Asia y Suramérica todavía siguen guardando celosamente su código secreto (la lengua). Y si la divulgan, siempre es a disgusto y con un sentimiento subconsciente de culpabilidad, como si con ello traicionaran a lo suyos. Pero éste no es únicamente el comportamiento de algunas tribus primitivas. Hace tan sólo unos ciento cincuenta años, un pueblo tan desarrollado como el chino prohibió a los extranjeros residentes en China aprender su lengua. Y todos los demás grupos lingüísticos también siguen conservando de forma subconsciente esta tendencia a considerar su lengua como bien nacional y como secreto.

No resultó fácil implantar en la humanidad el habla como nuevo sistema de comunicación. El órgano de la digestión que es la lengua no se adaptaba con facilidad a la nueva gimnasia. Fue necesario que se desarrollaran nuevos músculos y nervios, con el fin de conferirle mayor movilidad y capacidad para una función que no había estado prevista por ninguna evolución natural. Pero esto no fue todo. También fue necesario que se crearan nuevos centros en el cerebro y nuevas conexiones con la lengua, cosa que sólo era posible mediante duros sacrificios y ejercicios a lo largo de varios milenios.

Así pues, se inició en el ser humano una forzosa reordenación completamente antinatural, que al principio funcionó de manera muy defectuosa y que ni tan sólo hoy en día puede considerarse completa ni perfecta. Un niño que aprende su lengua materna, a menudo puede emitir ya casi todos los sonidos y comprender todas las palabras, pero todavía encuentra enormes dificultades en la utilización de la lengua para la articulación de los sonidos.

En algunos pueblos primitivos la lengua todavía sigue siendo más un órgano de la digestión que un instrumento para el habla. Les resulta bastante difícil mover la lengua para hablar y la articulación de los sonidos todavía es muy limitada. Debido a ello, los sonidos que emite el nativo de dichos pueblos son más bien guturales y de difícil comprensión.

Así, por ejemplo, en la cuenca del Amazonas viven algunas tribus de indios que no sólo disponen de un vocabulario muy escaso, sino que además apenas pueden mover la lengua. Producen con ella algunos restallidos sorprendentes, cosa bastante fácil de hacer y que se parece mucho a las señales fónicas utilizadas por los monos gibbon de Asia.

Y algunos pueblos como el chino y el japonés, que desconocen en su lengua los sonidos *r* o *l*, por lo que no los aprenden durante su niñez, tendrán más tarde dificultades casi insalvables para pronunciarlas. Si el habla fuera el resultado de una evolución natural, en lugar de ser una solución de emergencia, todas las razas humanas tendrían que ser capaces, desde la niñez, de articular todos los sonidos con la lengua.

Al tiempo que el hombre se vio obligado a ejercitar su lengua para la articulación de los sonidos, desaparecieron por completo sus facultades para la comunicación mental. La lengua todavía estaba semirígida y aún no se habían desarrollado plenamente los músculos de la lengua y los centros cerebrales que habían de servir para hablar. Por otra parte, todavía no se había alcanzado un número suficiente de palabras codificadas, por lo que las distintas lenguas aún no bastaban para una comunicación eficiente. En consecuencia, el hombre tuvo que incrementar sus gestos realizados con la cabeza, la cara, los pies y las manos. Tales gestos, que comenzó utilizando como complemento al funcionamiento deficiente de la transmisión de pensamientos, tuvo que emplearlos luego como complemento de su expresión oral todavía pobre. Así pues, siguió gesticulando.

Existen todavía muchos pueblos que gesticulan más de lo que hablan. La arenga de un cabecilla tribal de Africa o de

Oceanía es más una acrobacia del cuerpo que un discurso, por lo que incluso un sordomudo sería capaz de entender de qué se trata.

La inmensa mayoría de la población de nuestro planeta dispone, sin embargo, de un vocabulario suficientemente amplio para poder hacerse entender dentro de su grupo lingüístico. Y sin embargo, la humanidad sigue gesticulando. Lo siguen haciendo incluso aquellos pueblos que poseen una lengua altamente desarrollada, especialmente cuando quieren expresar sentimientos o conceptos filosóficos. La gesticulación sólo desaparece en la transmisión de contenidos sencillos, pero no cuando se trata de hacer entender unos contenidos cualificados. Esta es la razón de que los tecnólogos no gesticulen tanto como, por ejemplo, los artistas, filósofos y campesinos. Por mucho que vayan perfeccionándose las diferentes lenguas, la humanidad seguirá gesticulando, dado que incluso la lengua más evolucionada no resulta suficiente para expresar con precisión el contenido de un pensamiento o sentimiento.

La necesidad de los gestos para el hombre actual todavía puede observarse con facilidad en el escenario de un teatro. Si los actores representaran una obra sin gestos ni mímica, el público abandonaría la sala desengañado y la obra habría de ser quitada muy pronto del cartel.

Mediante la gesticulación podemos expresar los más diversos sentimientos y conceptos, sin tener que pronunciar ni una sola palabra. Los grandes mimos lo demuestran.

Los monos antropomorfos conocen numerosos conceptos concretos y abstractos que transmiten a sus congéneres. Incluso expresan deseos y órdenes. Para decir *sí* o *no* con la cabeza o llamar a alguien con un gesto de la mano, no es preciso disponer de una inteligencia desarrollada. Todo ello es más fácil que expresarlo con palabras. Cualquier mono podría realizar y utilizar éstos y otros gestos, pero sin embargo no lo hace.

Si una raza de monos utiliza treinta fonemas diferentes y si éstos constituyeran una lengua primitiva, como afirman los

científicos, tales monos serían muy tontos, porque con ayuda de gestos podrían transmitir un número diez veces mayor de conceptos. Pero no lo hacen así, porque gracias a la transmisión silenciosa de pensamientos logran comunicarse mucho mejor.

Dado que la pérdida definitiva de todas las facultades para la percepción ultrasensorial del hombre se produjo hace tan sólo unos 50.000 años, con anterioridad a esta fecha no existió absolutamente ninguna lengua. Por lo tanto, las lenguas surgieron bastante más tarde. A pesar de ello, algunos lingüistas han «comprobado» que la humanidad tuvo que haber hablado ya hace un millón de años, dado que entonces fabricaba ya utensilios, para lo cual precisaría expresarse oralmente con sus congéneres.

Ahora bien, tales científicos no son capaces de explicar la razón por la cual fue precisamente el hombre el único en necesitar el habla para trabajar. Las termitas y las hormigas construyen unas obras tan maravillosas y complicadas, que tendrían que hablar mil veces más que un semi-hombre que fabrica una sencilla piedra puntiaguda. ¿Y cómo es posible que los sordomudos realicen las tareas más complicadas, incluso en grupo, sin tener que hablar ni una sola palabra, a pesar de que ni tan sólo poseen la facultad de la transmisión de pensamientos? Hace un millón de años, el hombre que fabricaba sus primitivos utensilios de piedra podía entenderse por vía mental con sus congéneres, de la misma forma que se hacen entender los chimpancés, los gorilas, las hormigas y otros animales.

Si las termitas pueden construir sus complicados palacios sin emitir ni un solo sonido, también los hombres podrían construir aviones sin pronunciar ni una palabra, en caso de que todavía pudieran comunicarse mentalmente como las termitas. Habrá algún científico que objete que las termitas realizan sus complicados palacios guiadas únicamente por sus instintos. Pero esta afirmación se vuelve contra estos mismos científicos, ya que los instintos no caen del cielo, sino que

son conocimientos subconscientes transmitidos por herencia. Se trata, por consiguiente, de algo que la especie animal hizo antaño de forma consciente y que luego se ha ido automatizando. Pero dado que antiguamente estos animales tampoco hablaban, sus actos y sus colaboraciones conscientes se realizaban mediante la comunicación mental. De esta forma, todo cuanto luego se fue automatizando para convertirse en instinto, es el resultado de una antigua comunicación mental.

Está claro que si el hombre fabricaba utensilios hace un millón de años, no tenía que hablar para hacer su trabajo. Nadie será capaz de encontrar el menor rastro de una lengua que se remonte a más de 50.000 años, dado que fue sólo entonces cuando el hombre perdió sus facultades para la lectura y la transmisión del pensamiento. Y, de hecho, las lenguas surgieron bastante más tarde, porque el hombre luchó con su lengua y gesticuló por lo menos durante unos 10.000 años, hasta que por fin pudo confiar plenamente en la nueva forma de comunicación oral.

Dado que la pérdida de la comunicación mental se produjo primero en Mesopotamia, pues allí se había iniciado el canibalismo y la consiguiente formación del hombre, fue en aquella región donde aparecieron las primeras lenguas. Los pueblos del hemisferio austral, que comenzaron el canibalismo bastante más tarde, también perdieron en épocas más recientes sus facultades de comunicación mental y, por consiguiente, no han podido progresar todavía tanto en el arte de la expresión oral.

Como ya se ha dicho, las lenguas nacieron como código particular entre dos personas como mínimo. Cada grupo o familia puede establecer a voluntad un código privado, una lengua. De hecho, casi cada familia posee una serie de términos codificados, de uso privado, especialmente para la comunicación con los niños pequeños.

Ninguna lengua es heredable. La lengua no es un bien común de la humanidad, sino que sólo existen numerosas posibilidades para expresar unos conceptos de motivación men-

tal mediante sonidos y palabras asociadas, de una forma generalmente insuficiente y precaria.

Si se colocaran cien niños recién nacidos en una isla desierta y se les alimentara en secreto, para visitarlos al cabo de veinte años, se comprobaría que los jóvenes sólo serían capaces de emitir sonidos inarticulados y ladridos, dado que serían incapaces de mover la lengua para la articulación de sonidos. Esta sería entonces la auténtica lengua humana. Y en este caso los jóvenes no estarían tan adelantados como los monos, pues serían incapaces de comunicarse mentalmente.

Las primeras lenguas no sólo eran pobres de vocabulario, sino que se hablaban por grupos muy reducidos, debido a que al principio cada tribu o grupo humano poseía sus propias palabras codificadas, su propia lengua. En la actualidad existen más de 4.000 lenguas vivas, y antes había muchísimas más. El número de lenguas se va reduciendo, al integrarse cada vez más tribus, grupos y razas en una unidad cultural mayor, reduciéndose así el número de grupos separados. Sin embargo, ese proceso no desembocará nunca en una lengua única, por la sencilla razón de que toda lengua existente se escindirá o transformará regionalmente en un momento u otro.

El vocabulario de las distintas lenguas no puede constituir una medida absoluta para el grado de inteligencia del grupo lingüístico o de la raza, lo que demuestra de forma más que suficiente que la lengua no es el resultado necesario de una inteligencia superior.

Con el desarrollo de las lenguas se produjo un fenómeno muy interesante: cuanto más pobre era el vocabulario de una lengua, más complicadas eran sus reglas gramaticales, puesto que debido a la pobreza de términos, se veía precisada a expresar mediante numerosas terminaciones y reglas aquello que una lengua de rico vocabulario expresaba con ayuda de distintas palabras. Esto sigue sucediendo hoy en día y muchas de las llamadas lenguas primitivas de los pueblos «selváticos» poseen muchísimas más reglas gramaticales que una de las llamadas lenguas desarrolladas.

Así pues, si una lengua primitiva es gramaticalmente mucho más complicada que una lengua evolucionada, ¿por qué habría de ser la lengua un signo de inteligencia superior? ¿Para qué se necesita mayor inteligencia: para elaborar una gramática complicada con pocas palabras, o para utilizar muchas palabras con una gramática elemental?

Las lenguas van cambiando y el hombre intenta perfeccionarlas, a pesar de que el proceso de pensar se ha mantenido igual desde hace diez millones de años. Si el habla y la lengua fueran algo innato y natural, no sería preciso experimentar con ellas, como tampoco es preciso perfeccionar el proceso del pensamiento.

Con ayuda de una lengua, el hombre intenta reproducir con grandes esfuerzos lo pensado. Pero ni tan sólo una lengua con millones de términos sería suficiente para ello, pues la exactitud y rapidez sólo son posibles con una transmisión directa del pensamiento.

Cualquier persona, incluso la más sencilla, tiene un número enorme de pensamientos, que elabora de forma instantánea. Cualquier persona piensa constantemente, pero no piensa en un lenguaje, sino en pensamiento. Lo difícil no es pensar, sino expresar lo pensado con ayuda de palabras. Si una persona quisiera narrar todo lo que piensa a lo largo de un minuto, precisaría un lapso de tiempo incomparablemente más largo, y todavía tendría que añadir que todo ello quedaría mucho mejor pensado que expresado y que su discurso sólo podía contener fragmentariamente lo pensado.

En la transformación de un pensamiento en expresión oral, el hombre tiene que pensar tres veces: primero tiene que concebir un pensamiento, luego debe de encontrar las palabras asociadas a él, y por último ha de fijarse en las reglas de la gramática. A todo ello debe añadir la entonación, los gestos. Se trata de tareas secundarias que frenan el proceso mental y distraen al individuo. Pero esto no es todo. Dado que ninguna lengua del mundo es capaz de expresar en su totalidad un pensamiento, el hombre todavía se ve obligado a gesticular

y, por añadidura, a utilizar unas formas expresivas de imágenes, tal como lo hizo en los primeros tiempos, cuando las distintas lenguas todavía eran pobres en vocabulario. Precisamente las personas de gran talento, que quieren expresar importantes ideas filosóficas, se ven precisadas a echar mano de imágenes comparativas, para poder hacer entender de forma aproximada el sentido de su idea.

Si algunos filósofos y profetas, entre ellos Buda y Jesús, hablaban casi de continuo mediante parábolas o metáforas, no lo hacían porque fueran demasiado tontos para expresar las ideas en su lengua, sino porque se daban cuenta de que se trataba de un medio de expresión insuficiente, incapaz de expresar pensamientos elevados. Resulta fácil decir y comprender que algo es hermoso como una rosa. Pero para describir de forma completa una rosa, no bastarían ni tan sólo diez mil palabras. Esta es la causa de que la mayoría de los poetas se refugien en la metáfora, pues ni la lengua más desarrollada podría servirles para expresar lo que quieren decir. Pero incluso con estos medios auxiliares la lengua es totalmente imperfecta.

Toda persona es poeta, pero deja de serlo tan pronto abre la boca o escribe una frase. Cualquier cosa que diga una persona, siempre tiene la sensación de que no ha dicho todo cuanto quería expresar y sus palabras siempre le parecen más pobres que sus pensamientos.

A menudo, esta discrepancia origina en el hombre un enfado doloroso, así como impaciencia y tensiones nerviosas conscientes o inconscientes. No puede estar en consonancia con el plan general de la creación o con la evolución natural el que aparezcan tales anomalías en un ser cuando quiere comunicarse con sus congéneres, más aún cuando la comunicación es de importancia básica para la subsistencia de la especie.

El hombre se percató de su incapacidad típicamente humana e intenta mejorar y refinar su lengua. Pero, por regla general, sólo logra con ello que su lengua se vaya complicando

de tal forma, que sus pensamientos quedan ocultos en un laberinto de palabras difícilmente comprensibles.

En la historia de la humanidad, la lengua es y ha sido causa de luchas, revoluciones y guerras, dado que los grupos lingüísticos se han sentido siempre como unidades, aunque no lo fueran desde el punto de vista racial. Se puede dividir una misma raza y educar a cada una de las partes resultantes con diferentes lenguas; en el plazo de unas cuantas generaciones es posible que los grupos mantengan guerras entre sí debido a diferencias lingüísticas, incluso si viven en un mismo estado.

La razón de este hecho está, en último término, en el hecho de que la humanidad naciera a partir de diferentes razas de monos que se hallaban en los más diversos niveles de inteligencia, por lo que sus transmisiones mentales se realizaron en unas longitudes de onda diferentes. A consecuencia de ello, las razas no podían comunicarse entre sí. A pesar de que la transmisión de pensamientos como medio de comunicación ha sido sustituida por el habla, el hombre mantiene en su subconsciente la noción de que todas las personas que se comunican de forma diferente de él pertenecen a otra raza. Y con esta «raza extraña» entra en frecuentes conflictos, incluso si no le separa de ella ninguna diferencia racial, sino sólo una lengua diferente.

Las lenguas ya no se siguen manteniendo en secreto, como ocurría en los primeros tiempos. Todavía hoy en día, todo grupo lingüístico se siente orgulloso de su lengua y toma como una deshonra el que ésta no sea tratada con el debido respeto por otro grupo. Los miembros de un grupo lingüístico pueden prorrumpir en llanto al oír su lengua en el extranjero, del mismo modo que si se encuentran a la vista de su enseña nacional.

Dado que las lenguas eran al mismo tiempo un código secreto de los diferentes grupos, que procuraban no revelar, todo individuo se alegraba cuando podía adquirir un «secreto», una palabra extranjera. Tales «botines» se apreciaban mucho y quienes conocían las codificaciones secretas de los de-

más grupos eran muy apreciados por los miembros de su horda.

Al mantenerse este estado de cosas por lo menos durante 20.000 años, ha quedado hondamente arraigado en el subconsciente humano. Esta es la causa de que todavía hoy en día las terminologías extranjeras produzcan unos efectos casi mágicos cuando se las inserta en la lengua propia. Quien acude a tal recurso, es admirado a menudo, aunque diga las mayores tonterías.

Cuando la morbidez cerebral obligó al hombre a buscar nuevas posibilidades de comunicación, no sólo comenzó a gesticular y a articular algunos sonidos, sino que también inventó signos e imágenes. Así nacieron las escrituras ideográficas, en las que el hombre dibujaba unos conceptos en tierra, cera, madera y piedra. Una cabaña significaba una cabaña, un ave rapaz significaba tormenta, y dos mujeres significaba pelea. Antaño el hombre hacía lo mismo que todavía hacen dos personas en la actualidad si son sordomudas o pertenecen a grupos lingüísticos diferentes. Incluso hay individuos de la misma lengua que lo siguen haciendo ocasionalmente y los pueblos primitivos todavía con mayor frecuencia, dibujando imágenes en la palma de sus manos, para conferir una mayor comprensibilidad a sus palabras.

Por incomprensible que suene, la escritura se inventó antes que el habla y las lenguas. La afirmación generalmente aceptada de que el hombre tenía que hablar primero para desarrollar la escritura «al aumentar su inteligencia», es una monomanía típicamente académica. El hombre se vio obligado a expresar sus conceptos mediante imágenes, precisamente porque no disponía todavía de ninguna lengua. Aunque todavía no utilizaba ningún alfabeto ni palabras, utilizaba imágenes, que todo el mundo podía entender. Porque, en definitiva, escritura ideográfica es todo signo destinado a la transmisión de información entre dos o más personas. Una sencilla flecha como indicador de camino es un ideograma. Incluso un sendero puede ser un indicador de camino y, por consiguien-

te, un ideograma. También lo son una bandera, un monumento, un trofeo de caza o un cráneo humano.

Los pueblos naturales todavía siguen utilizando hoy en día tales ideogramas para conocimiento de quienes les siguen en sus senderos de migración. Unas ramas quebradas, unas piedras o huesos colocados en determinada posición, son ideogramas. También los gitanos nómadas dejan un sistema extremadamente complicado de ideogramas, que son leídos como informes vivos por quienes siguen su ruta. Las señales de tráfico son ideogramas internacionales. También los signos de las profesiones artesanas son ideogramas inteligibles incluso para el mayor analfabeto. Un *kirghís* no ha de hablar necesariamente inglés para saber que, si en Inglaterra encuentra una bota metálica ante una tienda, se halla ante un zapatero y no ante un sastre.

Cuando la humanidad perdió la facultad de comunicarse mentalmente, se vio obligada a utilizar tales ideogramas también para «hablar». Más tarde, cuando ya se hacía entender mediante el habla, siguió utilizando los ideogramas cada vez más como comunicación espiritual con los ausentes. Tuvo que establecer siempre nuevas normas y reglas, porque también iba complicando más su vida y comenzaba a interesarse por su pasado. De esta forma siempre había más cosas para reseñar.

Al principio los ideogramas eran muy complicados, porque cada concepto tenía que ser representado mediante un signo propio. Ello no significa que el hombre de hace 50.000 años no fuera lo suficientemente inteligente para poder inventar un sistema tan sencillo como el alfabeto. ¿Pero de qué le hubiera servido éste en una época en que todavía no disponía de sonidos articulados ni de palabras?

En la actualidad, una tercera parte de la humanidad sigue utilizando escrituras ideográficas estilizadas: más de 800 millones de chinos, 100 millones de japoneses y unos 150 millones de seres de otros pueblos. No han mantenido estos ideogramas debido a una inteligencia deficiente, sino porque el

ideograma ofrece una impresión mucho más profunda que cualquier palabra formada por letras, del mismo modo que la mímica y la gesticulación expresan más que las palabras.

La escritura ideográfica todavía tiene mayor relación con la transmisión de pensamientos que una escritura alfabética. Si cien personas leen el mismo texto ideográfico, pueden expresar lo leído en cien versiones diferentes, pero el sentido siempre será el mismo. Ahora bien, según la formación del lector, la formulación de las palabras será más refinada o sencilla, más escueta o detallada.

Por otra parte, un texto ideográfico puede ser leído también por personas que hablan distintos dialectos o incluso otras lenguas. Un signo que representa una rueda, será una rueda para cualquier persona, cualquiera que sea su lengua.

De hecho, la humanidad entera podría disponer todavía hoy en día de una escritura ideográfica única y común a todos los grupos lingüísticos del mundo, sin que por ello fuera preciso que se hablara una lengua uniforme. Y si no existiera absolutamente ninguna lengua, la humanidad aún podría comunicarse a las mil maravillas mediante ideogramas.

Otra ventaja de esta escritura es que es tan complicada como el juego del ajedrez, con lo que tanto su aprendizaje como su lectura fomentarían en grado sumo la inteligencia, como ocurre también con el ajedrez. Ello desemboca necesariamente en un aumento de la capacidad mental y en un pensamiento filosófico, pues tanto el ajedrez como la lectura y escritura de conceptos asociados a imágenes no son más que filosofía aplicada. La elevada capacidad de pensamiento filosófico que poseen muchos pueblos de escritura ideográfica, incluso sin una formación especial, se debe en gran parte a esta circunstancia.

En muchas partes del mundo las representaciones ideográficas de los conceptos han ido sustituyéndose en el curso de la historia por signos de lectura cada vez más fácil y, por último, por letras. Este proceso refleja con toda claridad la creciente superficialización espiritual. Una de las escrituras

más primitivas es el alfabeto latino, adoptado por el mundo occidental. Con ello, el leer y escribir se han simplificado tanto, que ya no se precisa para ello una filosofía aplicada. Tan sólo hay que unir sonido y letra.

El hombre de la civilización occidental no sólo está convencido de que la lectura y la escritura son el resultado necesario de una inteligencia superior, sino que también supone que con ello puede mejorar su vida. Esta es la causa de que desde hace unos cien años se quiera implantar la obligatoriedad del conocimiento de la lectura y la escritura para todas las personas.

Pero por desgracia hay que decir que este arte deparará al hombre más desdichas. Es evidente que los pueblos que saben leer y escribir no son más felices que los otros. Los sufrimientos del presente y los peligros del futuro no son causados por los analfabetos, sino por los instruidos. Resulta casi absurdo afirmar que el conocimiento de la escritura y la lectura mejoran las condiciones de vida y las perspectivas futuras del género humano.

Vendrá el día en que el llamado Occidente progresista también tendrá que cambiar sus objetivos en este aspecto, abandonando su meta de conferir a cada persona una «formación superior». Resulta completamente imposible formar una sociedad compuesta íntegramente por personas «cultas» y doctores. La humanidad necesita también campesinos que trabajen la tierra, que limpien las cuerdas; necesita barrenderos, obreros manuales y empleadas del hogar, que a buen seguro no serán más desgraciados ni realizarán peor su trabajo si no han adquirido un diploma.

La mejor y mayor universidad es y seguirá siendo la naturaleza misma. Cuanto más permanezcan las personas en contacto con esta naturaleza y aprendan de ella por sus propias observaciones, más sentido descubrirán en su vida y menos se verán impulsados a realizar actos hostiles a la naturaleza, que en último término sólo conseguirán que nuestro planeta resulte muy pronto inhabitable.

Ésta es la auténtica sabiduría. Para poseerla, no se precisa saber escribir ni leer. En Occidente todavía no se comprenden estas palabras. Pero más tarde las dolorosas experiencias obligarán a comprenderlas.

La forma de comunicación sufrió un cambio radical a causa de una catástrofe, o sea por la pérdida de facultades extrasensoriales. Este hecho lo reseñan los mitos de casi todos los pueblos o razas. Las referencias más antiguas al suceso proceden de Mesopotamia y en un principio se les dio el nombre erróneo de «confusión de las lenguas» de Babel. Pero el término *babel* procede del hebreo antiguo *balal*, que significa «confusión», pero no «confusión de lenguas».

Según la tradición, el ser humano quiso desafiar a Dios, quiso ser más inteligente y construir una elevadísima torre, con el fin de demostrar su semejanza con Dios. Pero éste se encolerizó por este hecho y produjo entre los hombres, que estaban ocupados en la construcción de la torre, una «confusión de lenguas». Puesto que ya no eran capaces de entenderse entre sí, tuvieron que abandonar la construcción de la torre inacabada. Se dispersaron en todas las direcciones y aprendieron las nuevas lenguas en las más diferentes regiones. Según esta leyenda, éste sería el origen de la diversidad de lenguas.

Si bien la leyenda está basada en unos hechos históricos, que el hombre reflejó en una escritura ideográfica en el momento en que perdió sus facultades para la comunicación mental, dichos ideogramas fueron posteriormente mal interpretados, dando al término «confusión» el significado de «confusión de lenguas». Como ya se ha dicho, poco antes de la alienación espiritual del *homo sapiens*, éste erigió monumentos a su inteligencia divina. Y dado que dicha inteligencia la había adquirido a través del canibalismo, que se había iniciado y proseguido por razones sexuales, eligió como signo triunfal el miembro viril y lo reprodujo mediante torres muy elevadas. Estos eran los *lingams*, de los que erigió varios miles. En los templos de Asia y las selvas africanas existen ade-

más cientos de miles de *lingams* de piedra y de un metro de altura, ante los cuales todavía se reza hoy en día. A pesar de ellos, los devotos, pertenecientes a las más diversas religiones, son incapaces de explicar la relación existente entre el órgano genital del varón y la elevación a Dios.

La torre de Babel había de ser un *lingam* de extraordinaria altura. Durante su construcción, que duró varias generaciones, la humanidad empezó a perder la facultad para la comunicación mental. De esta forma, la torre quedó inconclusa. Pero ello no se debía a que los hombres ya no se pudieran entender entre sí, sino a que se iba demostrando que el éxtasis de victoria de la humanidad se había manifestado de forma demasiado precipitada. Los poderes divinos ya no existían, por lo que no había razón para erigir un monumento de victoria. El cerebro humano enfermó, con lo que todo el género había perdido las facultades para la percepción ultrasensorial y para la comunicación mental.

Todo ello quedó reseñado en aquella época con ayuda de ideogramas. Pero dado que la humanidad ya no podía recordar más tarde su existencia anterior ni sus antiguas facultades mentales, necesariamente se llegó a una interpretación errónea de dichos ideogramas. Efectivamente, el hombre ya no sabía ni podía imaginarse que antaño poseyera unas facultades de comunicación que no se realizaban mediante el habla, sino a través de la transmisión de pensamientos. Y como los ideogramas hablaban de una confusión en las formas de expresión, se supuso que había existido antiguamente una lengua única y que la confusión se refería a ella.

En realidad, los ideogramas originales no hablaban de confusión de lenguas, dado que éstas todavía no existían. Pero, aparte de ello, en una escritura ideográfica no es posible hacer una diferenciación entre expresión y habla, porque, según los conceptos humanos y en sentido figurado, la expresión es la lengua y la lengua es la expresión.

El hombre daría mucho por poder captar de nuevo los pensamientos de sus congéneres. Pero no tendría este deseo

si antiguamente no hubiera sido capaz de leer los pensamientos y si en su subconsciente no echara de menos dicha facultad. Del mismo modo como ha creado la radio y la televisión como sucedáneos deficientes para la perdida capacidad de la percepción ultrasensorial, que le permiten escuchar y ver lejanos acontecimientos, también le gustaría desarrollar un aparato capaz de leer los pensamientos. Ya se están haciendo ensayos en este sentido. Pero del mismo modo como la radio y la televisión han deparado pocas cosas buenas al hombre y muchos sufrimientos, también el posible aparato de lectura de pensamientos provocaría muchas desgracias. El espionaje mental produciría la desconfianza, daría lugar a actos de venganza y a una criminalidad de proporciones insospechadas.

La auténtica catástrofe, sin embargo, no está en la deficiencia de la lengua. Precisamente porque la elección y colocación de las palabras es una tarea difícil y porque incluso personas completamente irresponsables y afilosóficas pueden adquirir facultades casi artísticas en el campo de la expresión oral, tales individuos son capaces de enredar a sus congéneres con la niebla de sus palabras y manipularlos a su antojo. Una utilización adecuada de las palabras, así como una lengua académica, salpicada de términos extranjeros, ejerce unos efectos casi hipnóticos sobre determinados individuos, quienes entonces ya no comprueban la veracidad de lo dicho, sino que, impresionados por la forma del discurso, se tragan en un estado de trance las tesis más criminales como si se tratara de una verdad espiritual. De esta forma unos peligrosos semiintelectuales pueden escalar hasta los más altos cargos y lanzar la humanidad hacia el caos con ayuda de argumentos «científicos».

Ésa es una de las causas que permitieron el desarrollo de la actual civilización occidental, que es la más antinatural, inhumana y primitiva de todos los tiempos. Se jacta de que el 90 % de todos los «científicos» que hayan existido jamás en la Tierra vivan en el momento presente y sean los responsables del actual «estado de felicidad» de la humanidad. Pero

si la humanidad pudiera afirmar esto mismo de los pastores, podríamos mirar hacia el futuro con menos temor.

A fin de obtener el papel necesario para poder editar libros y revistas escritos en una lengua «elegante» y llenos de tonterías concentradas, se sacrifican los bosques del planeta. Pero llegará el día en que la humanidad se arrepentirá con amargura de no haber frenado a tiempo a estos idiotas diplomados. Y también se arrepentirá de haber implantado la obligatoriedad de la lectura y la escritura.

En todas las civilizaciones antiguas que todavía poseían altos conocimientos filosóficos, a lo sumo un 1 % de la población era capaz de leer y escribir. Ello no significa que las gentes vivieran peor, como tampoco hoy en día se puede decir que un hotentote tenga menos alegría de vivir que un individuo que lee el diario en el metro que le traslada a la oficina.

Para la humanidad sería mucho mejor que unos pocos pensadores fueran los encargados de dar las directrices, en lugar de este ingente número de semiintelectuales, que han llegado a ocupar puestos dirigentes y científicos mediante la lectura, pero sin haber reflexionado nunca.

Por suerte, más de la mitad de la población del globo todavía no sabe leer ni escribir hoy en día. Y si gran parte de dichos analfabetos tienen que pasar hambre, ello no se debe a su ignorancia, sino a que la otra mitad sabe leer y escribir, pero es incapaz de pensar filosóficamente, con lo que ha impuesto a la humanidad un orden socioeconómico hostil al hombre. De ahí ha nacido una miseria universal y un peligro para toda la humanidad. Y por paradójico que suene, los primeros en caer víctimas del caos serán los que sepan escribir y leer.

Aunque el cerebro mórbido del hombre es incurable, por lo que se encamina hacia la autodestrucción, sin embargo puede aminorar sus sufrimientos si cada individuo piensa por su cuenta y no se deja guiar por los pseudo-conocimientos de los llamados intelectuales. Sería mucho mejor que la humanidad no se preocupara por perfeccionar su lengua o escritura,

sino que utilizara su cerebro de nuevo para su función original y auténtica, sin dejarla exclusivamente en manos de científicos y computadoras. La humanidad debe PENSAR, PENSAR, PENSAR.

VII. ORIGEN DE LAS RAZAS

El primer ser humano nació del cruce entre un mono antropoide africano y uno asiático. Este híbrido y sus descendientes poseían la excepcional facultad de mezclarse con las razas paterna y materna y con las demás razas emparentadas. Ellos fueron los primeros caníbales. El cruce con otras razas de la misma familia les convirtió en seres humanos y simultáneamente en caníbales. A pesar del cruce, muchas características y signos originales de las distintas razas de monos todavía se mantienen visibles. Esta es la razón de que existan numerosas razas humanas de distinto aspecto.

primitivos en África, pero sin embargo no logró establecer con claridad la raza de los simios antepasados de aquéllos.

Otro grupo de científicos confirió el título a una raza

No sólo el origen del género humano, sino también el de las distintas razas humanas, ha sido explicado hasta ahora de forma completamente arbitraria. Los investigadores partieron siempre del supuesto de que alguna raza desconocida y uniforme de monos inició hace un millón de años su transformación en raza humana, al tiempo que todas las demás razas de simios continuaron su forma de vida habitual.

Pero tales científicos no están de acuerdo en la identidad de la raza de simios que dio lugar al hombre.

Una de las teorías afirma que se trataba de una raza de simios africanos, dado que se encontraron restos de hombres

asiática, porque se descubrieron restos de hombres primitivos en el Sureste asiático y en China. Pero tampoco aquí pudo establecer cuál era la raza original de estos simios.

Sin embargo, ambos grupos de investigadores opinan que fue una única raza de simios, hasta ahora desconocida, la que se transformó total y completamente en hombre.

Según una de las versiones, dichos monos habitaban determinada región, donde se convirtieron en seres humanos. Luego, ya hombres, emigraron de su patria original y se fueron distribuyendo por toda la Tierra. Más tarde, y debido a las diferentes condiciones climáticas y geográficas, se fueron diferenciando en su aspecto y estatura, e incluso en sus facultades mentales, de forma que se fueron originando las actuales razas diferenciadas. Algunos de estos investigadores incluso afirman que las diferenciaciones se produjeron en los últimos 100.000 años y que con anterioridad toda la humanidad era igual.

Otra versión también afirma que los antepasados del hombre provenían de una única raza de simios, pero que desde hacía varios millones de años vivía diseminada en todos los continentes del viejo mundo. Las distintas condiciones climáticas y geográficas provocaron en ella unas diferenciaciones fundamentales cuando todavía no había iniciado su transformación en género humano.

Esos monos, diseminados y divididos ya en subrazas, habrían vivido en todas las partes del mundo y se habrían convertido de golpe y en su totalidad en seres humanos. En tales teorías «científicas» no se nos informa si hubo un acuerdo secreto desde Borneo hasta Africa, o si las distintas subrazas fueron copiando unas de otras el arte de esta transformación, o bien si dicha facultad se mantenía latente en esta raza desde millones de años y se manifestó de forma repentina y simultánea en los tres viejos continentes.

Ambas versiones son absurdas, porque la gran variedad de hombres no puede proceder de una raza única de antepasados. Por lo tanto, no tiene ningún sentido buscar una deter-

minada raza de simios, porque nunca existió. El llamado eslabón perdido en el árbol genealógico de la humanidad, tan febrilmente buscado por los investigadores para confirmar la teoría de la evolución natural, sólo existe en su fantasía.

El ser humano nació del cruce entre una raza africana y otra asiática. El primero de estos híbridos fue engendrado por un padre africano y una madre asiática.

Todos los monos antropomorfos africanos, entre ellos los gorilas y los chimpancés, tienen trece pares de costillas. Por el contrario, todos los monos antropomorfos asiáticos, como los orangutanes, poseen doce pares.

El ser humano tiene doce pares de costillas, pero algunas personas nacen con trece pares y otras tienen una vértebra más, destinada a llevar el otro par. Se trata de un fenómeno atávico, una reaparición de características físicas de los antepasados. Si ninguno de los antepasados hubiera tenido trece pares de costillas, sería imposible que en el hombre apareciera este atavismo.

Por regla general y por razones obvias, las razas animales emparentadas no se mezclan entre sí. Y si en alguna ocasión lo hacen, sólo ocurre en circunstancias extremas. Así sucede, por ejemplo, cuando dos especies animales emparentadas viven en cautiverio y no tienen ocasión de aparearse con otros animales de su propia especie.

Una circunstancia extrema parecida puede producirse también sin cautiverio. Algunos animales abandonan a menudo su propia horda para vivir solos durante algún tiempo. Cuando han perdido ya el olor característico y la influencia cultural de su propia horda, pueden unirse a otra horda nueva de la misma raza. En este caso son aceptados como neófitos neutrales. Gracias a un instinto especial, se evita de esta forma la consanguinidad y el excesivo aumento de una horda.

Pero si estos animales dispersados de razas emparentadas se encuentran en tierra de nadie, pueden aparearse, siempre que el animal hembra se encuentre en su período de fertilidad y que los signos visibles actúen como estímulo sexual

en el animal macho de la otra raza. El resultado de un apareamiento de este tipo muy pocas veces resulta positivo. Por regla general no puede haber descendencia. Pero si por algún motivo la hubiere, entra en acción otro mecanismo útil de la naturaleza: los híbridos son estériles.

Si no fuera así, existiría un sinnúmero de razas y subrazas, con lo que resultaría imposible trazar una clara división entre ellas. Por otra parte, tales razas de rápido origen serían incapaces de sobrevivir, porque a menudo poseerían características biológicas e instintos contrapuestos. No podrían satisfacer uno debido al otro y se extinguirían.

Un asno y un caballo pueden aparearse y el resultado será un mulo o una mula. Este híbrido será infecundo. Pero toda regla tiene sus excepciones.

Ya en las antiguas tradiciones hindúes, egipcias y persas se relatan tales milagros, donde lo imposible se hizo realidad. En ellas se describía cómo un animal híbrido de asno y caballo podía procrear. Un híbrido macho era capaz de fecundar a un animal hembra de ambas razas, y un híbrido hembra podía ser fecundado a su vez por un macho de las dos razas originarias.

De todo ello se deduce que en casos muy excepcionales pueden producirse en los híbridos determinadas disposiciones hereditarias o genes, que hacen posible lo improbable, con lo que tales genes especiales y hereditarios posibilitan a todos los descendientes el procrearse tanto con la raza paterna como con la materna.

Exactamente este fenómeno «imposible» ocurrió cuando un mono africano macho y una hembra asiática dispersos se aparearon. El híbrido macho resultante de esta unión era una criatura nueva, un ser no perteneciente a ninguna raza. Se trataba del único y primer representante de una nueva raza, rechazado instintivamente tanto por los miembros de la raza paterna como por los de la materna.

Ninguna horda de ninguna raza le admitió. Era un extraño en el planeta, evitado y abandonado por todas las razas y

condenado a una vida individual. Este animal macho espiritualmente atormentado no sabía que era portador de esos genes, tan poco frecuentes, que le capacitaban para fecundar positivamente a cualquier hembra, ya fuera de la raza paterna o materna. Ese híbrido sin raza ni patria buscó un día una hembra, sin encontrarla. Las hembras de todas las razas de simios lo rechazaron y los machos lo persiguieron, porque ninguna especie de monos se une voluntariamente con un mono de aspecto diferente.

Pero llegó un día en que consiguió una hembra, cosa que sólo logró tras sangrienta lucha, de la cual salió vencedor. La víctima fue un simio macho que había querido defender a su horda y a sus hembras y ahuyentar al intruso.

Precisamente este vencedor, que por primera vez logró una hembra tras cometer un asesinato en una de sus razas de origen y que, rodeado y amenazado por la horda ofendida, se vio obligado a esconderse con su hembra, tuvo que calmar su hambre comiéndose a su víctima. Ambos animales se percataron por vez primera de que el consumo de cerebros estimulaba sexualmente de forma mucho más intensa que algunas plantas que los monos ya comían tradicionalmente para este fin. Fue bastante más tarde cuando comprobaron que dicha droga ejercía unos efectos duraderos sobre su capacidad mental.

Aquella fue la primera pareja del género humano. Los primeros caníbales. Muy pronto quedó demostrado que también en este caso se daba lo «imposible», al haber descendencia.

Pero lo especial en la multiplicación de esta pequeña raza nueva no fue la consanguinidad. La raza fue víctima de una sexomanía y aumentó sus impulsos sexuales mediante el consumo de cerebros, es decir, practicando el canibalismo. Pero como el consumo de cerebros significa la muerte de individuos, durante los primeros tiempos esta nueva raza no pudo practicar el canibalismo dentro de su propio grupo, ya que entonces se habrían autoexterminado en breve plazo.

Había cerebros en cantidad suficiente en las razas pater-

nas. Esta fue la causa de que la caza de cerebros se iniciara contra dichas razas. Como es lógico, los ataques los realizaron siempre los animales machos y la horda atacada también era defendida casi siempre por sus miembros machos. Así, cuando hubo víctimas, en la mayoría de los casos se trataba de animales machos.

Para los hombres-mono caníbales, cualquier víctima era propicia, ya perteneciera a la raza paterna atacada o formara parte del grupo caníbal atacante. En efecto, durante los primeros tiempos todos los cerebros eran iguales y tenían igual valor para el incremento de la potencia sexual y de la inteligencia.

Los animales hembra de la raza atacada sobrevivían por lo general a tales luchas y entonces quedaban indefensas en manos de los machos caníbales. Estos se aparearon a la fuerza con las hembras, fecundándolas. Debido al continuado consumo de cerebros, los machos estaban sexualmente tan estimulados, que incluso podían aparearse con las hembras de las razas de simios, aunque éstas no mostraran los signos visibles de su fertilidad.

La nueva raza híbrida caníbal (el género humano) fue procreada mediante el apareamiento forzado con las hembras de las razas vencidas. Los animales resultantes de tales uniones eran a su vez híbridos; en otras palabras, eran seres humanos y al mismo tiempo caníbales. Este fue el proceso de la conversión biológica del mono en hombre: la transmisión y difusión de los genes especiales de la raza híbrida humana.

Dado que la raza paterna tenía un aspecto completamente diferente al de la raza materna, y puesto que los híbridos podían aparearse con éxito con ambas razas de origen, surgieron por lo menos dos tipos humanos de aspecto diferente. Pero tanto la raza de simios africanos como la de simios asiáticos no eran uniformes, sino que estaban subdivididas en numerosas especies y subespecies. Incluso los gorilas, chimpancés y orangutanes poseen hoy en día diferentes subespecies. Los hay pequeños y grandes, negros, pardos y más claros.

La reciente raza humana podía aparearse a la fuerza con todas las subespecies de sus razas de origen y procrear. Y cuantas más subespecies de las razas paterna y materna quedaban convertidas en seres caníbales, más fácil resultaba integrar en la nueva raza a los simios antropoides de parentesco más lejano. Esta posibilidad se extendió a la mayor parte de las razas de monos antropoides. Debido a ello, es seguro que también hubo orangutanes, chimpancés y gorilas que quedaron integrados en la raza original del género humano.

Esta fue la causa de que cada vez surgieran seres humanos de distinto aspecto. El fenómeno nuevo de estos seres era que podían aparearse entre sí con éxito, cosa que resultaba imposible en su antiguo estado de simios. La citada facultad la obtuvieron únicamente a través del proceso de conversión, al adquirir los dispositivos hereditarios especiales que posibilitan la fecundación y reproducción inter-racial.

Es un hecho fácilmente demostrable, pero poco conocido, que en la India y otros países todavía se practican hoy en día copulaciones forzadas entre el hombre y el mono. A menudo tales actos carnales se realizan en presencia de grandes magnates a cambio de fuertes sumas de dinero. También es un hecho que de tales uniones puede haber en ocasiones descendientes, a los que sin embargo se da muerte al nacer. Ello demuestra que puede haber cópula y procreación entre el ser humano y el mono, y en esto consistía precisamente la conversión de los monos en homínidas caníbales.

A pesar de ello, los seres convertidos, siguiendo un instinto antiquísimo, siguieron considerándose siempre como raza separada y también actuaron en consecuencia, apareándose en circunstancias normales únicamente con los miembros de razas parecidas.

De esta forma fueron estabilizándose más tarde las numerosas razas humanas de diferente aspecto, la mayor parte de las cuales siguen existiendo en la actualidad. Todas ellas son capaces de mezclarse entre sí, pero por regla general no lo desean, dado que todavía se mantiene con fuerza el instinto

racial original. Esto tiene su razón de ser. La mayoría de las razas animales viven desde hace millones de años en determinadas zonas. De esta forma se han adaptado a las condiciones climáticas, geográficas y alimenticias características de sus respectivos territorios, desarrollándose sus funciones fisiológicas de forma diferenciada. Esta es la causa de que las diversas razas humanas ofrezcan diferencias en sus funciones, por ejemplo, en la formación del sudor, la digestión, la formación de la sangre, la circulación de la sangre e incluso la composición de la leche materna. Por esta misma razón tampoco se aparecen los chimpancés de diferentes subespecies, a pesar de que pueden hacerlo.

Al iniciarse el canibalismo, no tenía importancia la raza del mono antropomorfo del cual procedía el cerebro consumido. Todos los cerebros tenían la misma eficacia para el aumento de los impulsos sexuales y de la capacidad mental. Por consiguiente, las luchas canibalísticas se llevaron a cabo contra todas las hordas de monos antropoides y las hembras de dichas hordas quedaron integradas en la raza híbrida.

Lógicamente, todas las razas de monos antropoides huían ante la presencia de los caníbales. A pesar de ello, muchos simios fueron apresados, asesinados y comidos, y las hembras fueron fecundadas por la fuerza y convertidas en caníbales, es decir, en humanas.

Sólo después de que el caníbal se hubiera dado cuenta de que los cerebros de los propios caníbales poseían una eficacia muy superior como droga sexual y sustancia incrementadora de la inteligencia, dejaron de cazar a los demás monos antropoides no caníbales. A partir de entonces ya sólo se dedicaron al consumo de seres ya humanos que se dedicaban al canibalismo desde hacía varias generaciones, por lo que sus cerebros eran mucho más valiosos.

Aquello fue la salvación para muchos monos antropoides, quienes, gracias a dicha discriminación, se habían convertido en objetos sin valor para los caníbales. Pero también fue la

perdición de la raza humana, al practicarse el canibalismo exclusivamente entre seres ya humanos.

En todas las razas de monos convertidas en caníbales se desarrollaron en un espacio de tiempo extraordinariamente breve un cerebro mayor y una inteligencia más elevada. Estos nuevos seres siguieron practicando el canibalismo durante un millón de años, y así nació el hombre actual.

¿Dónde está el origen del nuevo ser híbrido que dio principio al proceso de conversión? ¿Cómo se difundió el canibalismo? ¿Cómo se pobló el planeta de seres humanos?

El citado cruce entre monos africanos y asiáticos sólo era posible en aquellas zonas que forman un puente entre ambos continentes. A ambos lados de esta línea divisoria imaginaria vivían grupos tanto de monos antropomorfos africanos como asiáticos. Por consiguiente, el cruce necesariamente tuvo que tener lugar en dichas zonas limítrofes. Con ello se confirman tanto las tradiciones mitológicas como los asertos filosóficos, según los cuales la cuna de la humanidad se encuentra en la región de Mesopotamia, entre los ríos Éufrates y Tigris.

Para convertir las diferentes razas de monos de regiones muy alejadas en hombres caníbales no era necesario que ninguna horda caníbal de Mesopotamia emigrara a otras regiones, sino que bastaba con que realizara una incursión en el territorio de simios más vecinos, matara a los machos de la horda y se aparejara con las hembras supervivientes. Los híbridos caníbales resultantes de tales uniones sólo tenían que seguir entonces el ejemplo de todas las demás hordas caníbales. Realizaban a su vez incursiones en la zona de los homínidos vecinos y seguían el ejemplo de sus progenitores. De esta forma, toda horda de monos convertida en caníbal permanecía en su zona habitual de vida. Puede decirse, por consiguiente, que todo este proceso se fue desarrollando a modo de carrera de relevos. El efecto fue como el de una epidemia, que infectó a una parte considerable de los monos antropoides, dando lugar a unos híbridos de forma cada vez diferente, convertidos en caníbales, o sea, en hombres.

Este proceso se desarrolló de forma rapidísima en dirección Este y Oeste a partir de Mesopotamia, pero de un modo esencialmente más lento hacia el Norte y el Sur.

Debido a la posición invariable del eje de la Tierra, el clima resulta aproximadamente igual en dirección Este-Oeste, es decir, a lo largo de los paralelos. Al igual que todos los animales, también los monos dependen en gran modo del clima en el cual ha estado viviendo su raza desde hace millones de años y al cual se han ido adaptando sus funciones fisiológicas.

Si los animales abandonan por alguna razón su ámbito de vida habitual, su instinto les lleva a buscar una región climatológicamente similar, debido a que un clima negativo para una raza no sólo puede tener efectos negativos en el organismo, sino que también influye ampliamente en las facultades mentales. Por lo tanto, si tienen lugar mezclas biológicas, por regla general se dan a lo largo de una migración de Este a Oeste, o de Oeste a Este.

Por esta misma razón, también las evoluciones culturales y de todo tipo entre animales y hombres se propagan con mucha mayor facilidad y rapidez en dichas direcciones que hacia el Norte o el Sur. Así se explica la rapidez con que el proceso de conversión se propagó por el continente eurasiático a partir de Mesopotamia en las citadas direcciones.

Muy diferente fue el caso de la propagación hacia el Norte y el Sur. Los monos antropoides que vivían más cerca del Ecuador poseían una poderosa barrera contra las razas humanas caníbales: el clima tropical. El peor enemigo de todas las razas animales de la zona templada es el aire húmedo y cálido en las cercanías del Ecuador, dado que su cuerpo no está preparado para soportar este clima. A todo ello debe añadirse que la propagación también quedaba dificultada por el mar. Transcurrieron decenas de miles de años hasta que los primitivos caníbales pudieron llegar a las islas tropicales del Pacífico y a Australia, para convertir a los monos antropoides de aquellos lugares en caníbales.

Al Sur del Ecuador se extiende una franja templada pareci-

da a la eurasiática, que llega hasta el círculo polar antártico. También allí fue necesario romper una barrera climática entre la zona tropical y la templada. Pero en este caso los obstáculos geográficos fueron mayores, dado que las islas meridionales del hemisferio austral se encuentran más separadas entre sí. De esta forma, todas las razas de monos que poblaban las islas más meridionales de la Tierra, en Nueva Guinea y alrededor de Australia, fueron las últimas en iniciar el proceso de formación del hombre. Desde el inicio del canibalismo en Mesopotamia hasta su aparición en las más alejadas islas meridionales del Pacífico transcurrieron unos 200.000 años.

Esta circunstancia explica por qué todavía hoy en día viven allí seres que sólo son capaces de contar hasta tres o cinco, y cuya lengua consta por regla general de unos sonidos guturales y apenas articulados. El contenido craneal de tales individuos sólo llegó a tener 900 o 1.100 cm³, a diferencia de los 1.400 cm³ y más de las razas humanas más antiguas. Algunas de dichas razas de Oceanía todavía son caníbales, y entre las hembras aún aparecen ocasionalmente los signos perceptibles para el conocimiento de los días fértiles.

Porcentaje de personas con cerebros de distinto volumen en diversas razas humanas					
volumen cerebral en cm ³	1.500 y más	1.400 a 1.500	1.300 a 1.400	menos de 1.300	
hotentotes	0	8	49	51	= 100 %
australoides	0	5	50	45	= 100 %
europeos	27	25	40	8	= 100 %
chinos	33	27	38	2	= 100 %

Como es natural, dichas razas humanas primitivas de origen reciente se han ido mezclando más tarde con otras razas que ya habían iniciado el canibalismo con anterioridad. Gracias a esta circunstancia, hoy en día son capaces de contar hasta cinco. Pero, a pesar de ello, también en ellos el proceso de transformación ha llegado a tal punto, que son igualmente víctimas de la morbilidad física del cerebro, por lo que deben ser considerados como seres humanos plenos. En efecto, disponen también de una inteligencia superior de la que precisan para desarrollar una vida sana y normal, y sufren monomanías mórbidas, aunque no de forma tan extendida y peligrosa como las razas más antiguas.

Poseen igualmente más restos y huellas de las propiedades y facultades animales, que en ellos se manifiestan a menudo emparejadas con la elevada inteligencia humana. Más que en ninguna otra parte aparecen todavía restos de percepción ultrasensorial y algunos individuos dominan unos fenómenos tan inexplicables como la maldición y la curación mediante la transmisión de pensamientos, la provocación de lluvias con ayuda de fuerzas espirituales, la visión del futuro y otros muchos, que sorprenden al visitante y resultan inexplicables para la ciencia occidental.

En el continente africano existen los mismos obstáculos climatológicos que en Asia para la propagación hacia el Sur. Pero aunque en África no exista el obstáculo geográfico del mar, cuenta con enormes selvas, que constituirían formidables zonas de retirada para las hordas de monos que huían de los caníbales. Esta es la causa de que su conversión en seres humanos tuviera lugar poco más tarde que en las viejas razas. Todavía hoy en día el contenido craneal de estas razas selváticas sigue ligeramente por debajo del promedio de volumen del de los primeros caníbales.

El género humano adquirió su fecundidad desproporcionadamente elevada a través del canibalismo. Sin embargo, las razas neocanibalísticas todavía no han alcanzado este elevado índice. Por lo que tuvieron que seguir practicando el cani-

balismo, con el fin de aumentar su fertilidad y evitar su extinción.

Ahora bien, cuando el hombre blanco penetró hace algunos siglos en aquellos territorios, prohibió el canibalismo, sin investigar previamente sus motivos. Esta fue la causa de que la población de las citadas razas disminuyera considerablemente y de que muchas de ellas se hayan extinguido. Hoy en día, sin embargo, la aludida prohibición ya está justificada, puesto que los medios de comunicación actuales permiten a todas estas razas mezclarse con otras vecinas más fértiles. Esto significa que pueden obtener una mayor fertilidad para su propia raza. Gracias a esta compensación biológica, también van aumentando lentamente sus facultades intelectuales. Todo ello contribuirá a que el canibalismo disminuya, hasta desaparecer por completo.

Muy diferente resulta la situación de aquellas razas protohumanas que viven aisladas en pequeñas islas o en espesas selvas. Les resulta imposible mezclarse con razas más fértiles, por lo cual se ven obligadas a proseguir la práctica del canibalismo para no extinguirse. Tales razas viven hoy en día en Nueva Guinea y en las selvas tropicales del Sureste de Asia, de Africa y de la cuenca del Amazonas. También hay que citar aquí a la mayor parte de las razas enanas todavía existentes, como los pigmeos, que viven igualmente en selvas frondosas.

Como ya se ha dicho, una de las consecuencias del canibalismo fue la pérdida del pelo que cubría el cuerpo, con un aumento simultáneo y superfluo de la longitud del cabello, que limita la libertad de movimientos, ante todo en las zonas boscosas. Paradójicamente, se aprovecharon de ello algunas razas recientes, cuando huyeron de otros caníbales para refugiarse en los bosques. Según el principio de la selección natural, sobrevivieron allí sólo aquellos individuos cuyo cabello estaba rizado o crespo. Este fue el origen de las razas de cabello crespo, que practicaron el canibalismo sólo entre sí y algunas de las cuales abandonaron las zonas selváticas.

Todas las razas enanas nacieron en bosques especialmente

frondosos, por lo que son, sin excepción, de cabello crespo. También su pequeña estatura se la deben a la selección natural. Nunca fueron altos, pues proceden de unos monos antropoides selváticos de pequeña estatura, que conservan ésta incluso después de su conversión en seres humanos. Practicaron el canibalismo dentro de su misma raza y no se mezclaron, por lo que conservaron su estatura original. Ésta fue una gran ventaja para ellos, pues les permitía moverse mejor y con mayor rapidez en los bosques frondosos. Todavía hoy en día la mayoría de ellos siguen habitando las zonas boscosas y practican el canibalismo.

El número de razas enanas siempre fue pequeño y las distintas hordas habitaban regiones muy alejadas entre sí. Ésta fue la causa de que en su ámbito vital no existieran suficientes cerebros para practicar un canibalismo intensivo. Su evolución intelectual ha sido escasa y todas ellas, tanto si viven en África como en el Sureste asiático, poseen un nivel intelectual inferior al de las razas que las rodean. Pero a pesar de ello, viven satisfechas y felices.

Hoy en día, casi todas las razas de cabello crespo son de piel oscura y viven en las zonas climáticas calurosas. Pero en el pasado también hubo en los bosques del hemisferio Norte razas de cabello crespo, razas enanas de piel y cabello claros. Pero como las transformaciones climáticas en el hemisferio Norte fueron haciendo disminuir cada vez más los bosques existentes, las citadas razas no lograron mantenerse largo tiempo aisladas. En parte fueron exterminadas por razas mayores y en parte quedaron integradas en ellas. Esta es la causa de que en todas las razas nórdicas todavía aparezcan personas con los rasgos atávicos de cabellos rizados o crespos. Así pues, las leyendas europeas y asiáticas acerca de pequeños seres humanos que pueblan los bosques no son cuentos inventados para los niños, sino que están basadas en hechos históricos transmitidos oralmente.

Ante el avance del semi-hombre canibal no sólo huyeron al principio los monos antropomorfos, sino también descendientes

de caníbales, que no sólo no querían ser víctimas de la antropofagia, sino que tampoco se dedicaban a ella. Por regla general huyeron a los bosques, donde tarde o temprano fueron descubiertos y aniquilados.

Tuvieron mejor suerte aquellos grupos que en los primeros tiempos, cuando todavía disponían de un manto de pelo natural, huyeron a las montañas cubiertas de nieves eternas, donde se aclimataron. Estos seres ya caminaban erguidos y su inteligencia también era superior a la de un mono antropoide dado que descendían de caníbales. Las hembras todavía poseían los signos sexuales de los días fértiles. Puesto que la vida en las montañas nevadas enfrentaba a estos seres a unas duras condiciones de vida, su problema principal era la supervivencia y no el aumento de los impulsos sexuales mediante el consumo de cerebros. Así pues, lograron vivir en paz.

En un principio, todas las cadenas montañosas cubiertas de nieve eran el albergue de estos hombres peludos y no caníbales, incluso los Alpes europeos y las altas montañas de Asia. Pero durante los últimos 40.000 años fue disminuyendo el frío en todo el planeta, reduciéndose así las superficies cubiertas de nieve.

De esta forma, la mayor parte de los fugitivos acabaron siendo víctimas de los caníbales.

Ahora bien, las cimas más elevadas todavía continuaron cubiertas de nieve. Desde un principio, la cordillera del Himalaya resultó un escondrijo ideal y en ella se refugiaron numerosos grupos de homínidos peludos. La seguridad de estos grupos aumentó cuando las razas caníbales asentadas en las zonas limítrofes a la nieve perdieron su manto de pelo a causa del canibalismo, con lo que ya no eran capaces de realizar expediciones canibalísticas a las zonas frías. Por otra parte, los caníbales ya no mostraban interés por sus hermanos peludos, sino que se habían especializado en los cerebros más valiosos de los demás caníbales.

La existencia de estos paleohomínidos fugitivos y peludos siempre ha sido conocida y todavía se conoce en el Tíbet. La

población indígena los llama *yetis*. A pesar de que su número es muy reducido y de que se van extinguiendo paulatinamente, los pobladores de las montañas todavía los ven con frecuencia, pero los dejan en paz. Los *yetis* son pacíficos y procuran esquivar al ser humano. Deben su salud física y espiritual al hecho de no haber practicado el canibalismo y no haberse convertido en la especie *homo sapiens*. También poseen todavía la capacidad de percepción extrasensorial.

Otros seres de la misma época, que tampoco practicaban el canibalismo, encontraron refugio temporal en las llanuras nevadas del Norte del continente eurasiático. Pero dado que el límite de las nieves fue retirándose paulatinamente e iba apareciendo un clima estival con temperaturas menos crudas, fueron perseguidos en ocasiones por las tribus caníbales. Aquellos que se habían replegado al extremo Nororiental de Asia, sólo tenían una escapatoria: huir a Alaska a través de lo que hoy es el estrecho de Behring y que en aquella época todavía era tierra firme cubierta de nieve.

En el continente americano no hubo nunca monos antropoides, por lo que allí tampoco pudo formarse nunca el ser humano. Por lo tanto, no existe raza humana americana. Los hombres peludos y no caníbales que habían huido allí y se habían adaptado ya desde hacía tiempo al clima frío, encontraron refugio seguro en Alaska, así como en las montañas septentrionales de Norteamérica, todavía nevadas en aquella época. Por entonces, los caníbales desprovistos de pelo no pudieron seguirles. Al igual que los *yetis* del Himalaya, estos seres ya hombres no se dedicaron al canibalismo, por lo que fueron pacíficos y felices. Tampoco estaban interesados en emigrar en dirección meridional, porque durante varios milenios tuvieron que vivir en climas fríos, a los que ya se había adaptado su organismo. La citada migración tuvo lugar hace unos 700.000 años.

Fue bastante más tarde cuando se produjo la primera emigración de hombres caníbales al continente americano. Los primeros aparecieron hace unos 40.000 años en Centroaméri-

ca y América del Sur, por regla general como náufragos. Debido al clima más frío de las montañas norteamericanas, no entraron en contacto con quienes se habían refugiado allí.

Pero cuando hace unos 20.000 años una raza asiática mongoloide abandonó por razones climáticas el desierto de Gobi y se dirigió a Alaska, donde el clima ya había perdido parte de su crudeza, encontró a los peludos y pacíficos paleohominidos, cuyo número ya había quedado muy reducido.

Éstos no se alegraron de la irrupción de los mongoloides, que desde la época de Colón reciben erróneamente el nombre de indios. En su recuerdo subconsciente, el hombre desnudo era el ser más peligroso, del cual no cabía esperar nada bueno. Así pues, huyeron a las montañas cubiertas de bosques, donde todavía hoy en día viven algunos de ellos y son llamados por los indios *sasquash*. Estos seres desconocen la maldición del trabajo y del progreso y su vida sexual se ha mantenido normal. No poseen los medios ni las razones para matarse mutuamente, ni para emprender asesinatos colectivos contra sus congéneres. Lo peor que podría ocurrirles sería convertirse en hombres «progresistas», que desde hace un millón de años buscan a Dios y la salvación y han encontrado la bomba atómica.

Llegará el día en que uno de estos homínidos peludos y felices será capturado por el ser humano. Casi morirá de terror y los científicos comprobarán que ese ser no pertenece a ninguna de las razas de simios y que se trata efectivamente de un ser humano. Será incapaz de utilizar la lengua para expresarse y sus hembras todavía mostrarán los signos visibles de su período de fertilidad. Caminará derecho y sus manos serán tan libres como las del hombre o cualquier mono.

Entonces los teóricos del evolucionismo se verán precisados a explicar por qué dicho ser ya hombre, a pesar de caminar erguido y de tener las manos libres, todavía no es capaz de fabricar detergentes y pólvora. Como es natural, no se pararán ante nada para seguir defendiendo su teoría de una evolución natural del hombre.

Si se encuentran con un *yeti* del Himalaya, explicarán la ausencia de evolución diciendo que entre las nieves llevaba una vida precaria, expuesto a unas temperaturas excesivamente frías. Pero si encuentran a un *sasquash* en los exuberantes bosques norteamericanos, afirmarán que no siguió evolucionando porque disfrutaba de una vida demasiado plácida. Nadie le estorbaba, la naturaleza se lo daba todo en abundancia y nada le obligó a emprender el progreso.

En ambos casos se ocultarán las lagunas, como de costumbre, sobre una «base científica». Ahora bien, tanto el *yeti* como el *sasquash* son auténticos seres humanos, productos del mismo cruce del cual nació el género humano. También ellos son descendientes de los primeros caníbales, que luego huyeron de su grupo y dejaron de practicar el canibalismo.

Ha quedado aclarado cómo y dónde se inició la formación del hombre, cómo se desarrolló la transformación del mono en ser humano. Y con ello ha quedado expuesto también por qué la mayor parte de las razas humanas todavía están asentadas hoy en día allí donde vivieron sus antepasados los monos y donde se transformaron en seres humanos. La distinta rapidez con la que se propagaron en las diversas regiones la transformación y el canibalismo también permite comprender por qué algunas razas están menos evolucionadas que otras. Las diferencias de inteligencia, originariamente muy grandes en Eurasia y África, fueron desapareciendo en gran parte debido a las continuas uniones entre vecinos, con lo que se mezclaron y siguen mezclándose todavía las características hereditarias de las razas humanas.

También ha quedado resuelto otro problema, igualmente misterioso hasta ahora. Como ya se ha dicho, han sido encontrados restos óseos de una primitiva raza de hombres-mono en Africa, que debió vivir allí hace un millón de años y que ya fabricaba utensilios primitivos. En la misma zona se encontraron también restos óseos parecidos de una raza de simios evidentemente emparentada, pero que todavía no era capaz de fabricar herramientas, dado que sus facultades intelectuales

eran insuficientes para ello. En un principio se supuso que los hombres-mono fabricantes de utensilios eran los descendientes de los monos de aquella región. Pero las pruebas descubiertas más tarde evidenciaron que ambos tipos de seres no sólo habitaban la misma región, sino que también convivieron en la misma época. De esta forma, los monos primitivos no eran antepasados de los hombres-mono fabricantes de utensilios, a pesar de que pertenecían a la misma raza. Ese mismo fenómeno ocurrió también en el Sureste de Asia, donde fueron encontrados igualmente restos de monos fabricantes de utensilios y de otros que no los fabricaban. Ambos monos pertenecían también a la misma raza y vivían en la misma época y la misma región.

Puesto que todo ello está en contradicción con la teoría, actualmente aceptada, de la «evolución natural» del hombre, los científicos prefieren silenciar el problema. Por el contrario, siguen empeñados en buscar el «eslabón perdido», esos restos de una raza de monos inexistente, de la cual precederían todos los seres humanos en el marco de una evolución natural.

La explicación de este fenómeno es sencilla: las hordas fabricantes de utensilios ya se habían convertido en caníbales y, a consecuencia del consumo de cerebros, habían adquirido una inteligencia superior, que bastaba para la fabricación de herramientas. Las demás hordas de la misma raza que vivían en la misma región y en la misma época no eran capaces de ello, por no haberse convertido todavía en caníbales. Como es lógico, también se produjo una pequeña diferenciación física entre ambos grupos, dado que los caníbales siempre eran híbridos, con unas predisposiciones hereditarias especiales y unas estructuras óseas ligeramente diferentes, cosa que puede verse en los hallazgos realizados hasta el momento y que aún han trastornado más a los investigadores.

Todavía se descubrirán muchos restos de este tipo, pues hubo numerosas hordas de monos antropomorfos que vivieron largo tiempo cerca de sus congéneros convertidos en caníbales

por hibridización, pero sin dejarse convertir en híbridos. Si no fuera así, no existirían hoy en día los gorilas, chimpancés y orangutanes, dado que parte de estas razas quedó integrada en la raza híbrida del ser humano.

No es posible establecer el número de monos antropomorfos de las distintas razas que se convirtieron en caníbales por hibridización. Los monos homínidas nunca alcanzaron cifras de cientos de millones y, por otra parte, sólo una pequeña parte de ellos se transformó en caníbales. Cuando en todas las regiones vivían ya caníbales de la segunda y tercera generación, ya no era rentable consumir el cerebro de los monos, dado que el de los propios caníbales era mucho más eficaz como droga sexual e intelectual. Esta fue la causa de que no fuera mayor el número de monos convertidos en caníbales, es decir, en seres humanos. Puede decirse que el núcleo básico de la humanidad estaba formado a lo sumo por un millón de hombres-mono, convertidos en caníbales. Ello también explica por qué se han encontrado miles de esqueletos de monos antropoides de hace unos 500.000 años, pero sólo una docena pertenecientes a restos humanos de la misma época.

La nueva especie acabó siendo desnuda y fácil presa de las enfermedades.

La mortandad infantil era elevada, y a ello hubo que añadir la constante disminución de la especie a causa del canibalismo. Esta situación amenazó con extinguir la raza, pues las hembras sólo podían dar a luz el mismo número de hijos que los monos antropoides, quienes sólo podían procrear tres y, a lo sumo, seis crías a lo largo de toda la vida. Hubo de transcurrir un millón de años hasta que esta pequeña base humana, que luchaba desesperadamente por sobrevivir, alcanzara hace unos 50.000 años la cifra de ocho millones de seres. No fue hasta después de la alienación mental cuando la humanidad se reprodujo de forma más rápida, pues 50.000 años más tarde, en la época de Cristo, el planeta estaba poblado por unos 200 millones de personas.

La fertilidad del género humano no sólo se incrementó por

la antigua práctica del canibalismo, y la población humana no sólo aumentó por la pérdida de los signos de fertilidad en las hembras, que impidió el control de los nacimientos, sino por otra razón que todavía existe hoy en día y que causa una multiplicación rápida e inevitable. Se trata del *stress*, una tensión anímica subconsciente, originada por las preocupaciones y necesidades cotidianas y que el ser humano creó y todavía sigue creando en medida creciente en sí mismo. Cuanto mayores sean las preocupaciones reales o imaginarias, mayor es el *stress*, el cual actúa sobre la hipófisis. Esta, a su vez, aumenta los deseos de unión sexual y la fertilidad efectiva.

La humanidad, que antaño tuvo que luchar por su supervivencia por falta de nacimientos, teme hoy en día que no podrá sobrevivir debido a la superpoblación. Este cambio catastrófico de la fertilidad es un fenómeno completamente antinatural, sin paralelo alguno en la naturaleza. Y en realidad así tuvo que suceder, pues todo lo que se realiza mediante un acto antinatural, ha de tener también unas consecuencias antinaturales. No debe olvidarse que incluso la más mínima ley natural es una ley cósmica y que, a la larga, el universo no tolera ninguna contradicción. Todo cuanto nace en contra de sus leyes, queda eliminado automáticamente.

Desde que el hombre se ha convertido en *homo sapiens*, ya no se acuerda de sus antiguos actos. Pero su subconsciente todavía los lleva grabados. El antiguo caníbal sigue latente en el hombre y no ha olvidado el desarrollo del proceso de conversión. Dado que el origen de la guerra se encuentra en el canibalismo, que estaba estrechamente unido a la violación de las hembras de los vencidos, la humanidad sigue relacionando en su subconsciente toda guerra con la violación de las mujeres.

También la vieja costumbre del rapto de la novia tiene su origen en estos hechos, por lo que no es más que una continuación subconsciente y simbólica de la antigua costumbre caníbal, en la que los machos raptaban por la fuerza a las hembras de las pacíficas hordas de simios, violándolas y engendrando los híbridos caníbales. En algunas razas humanas de

Oceanía y de las selvas suramericanas todavía sigue practicándose el auténtico raptó de la novia como método natural y generalmente aceptado de matrimonio.

Los enfrentamientos canibalísticos y la violación de las hembras de los vencidos fueron siempre acciones colectivas. Las hembras siempre ofrecían una fuerte resistencia a tales violaciones, dado que los monos antropoides no se aparean bajo ningún concepto fuera de su período de fertilidad, y mucho menos con monos de otra apariencia. En consecuencia, la violación de las hembras no era cosa sencilla y el apareamiento no podía realizarse tal como es costumbre entre los monos, esto es, uniéndose el macho a la hembra por detrás. En esta posición, la hembra puede escapar o echarse a tierra, imposibilitando así todo acercamiento. Por consiguiente, las hembras habían de ser sujetadas por varios caníbales y colocadas sobre sus espaldas, para poder ser violadas tal como todavía sigue ocurriendo hoy en las violaciones en grupo practicadas por el hombre. Sólo desde entonces el género humano se une sexualmente en esta posición.

En la unión sexual realizada de esta forma, las piernas de las hembras estaban levantadas y en el momento del orgasmo las puntas de los pies quedaban tendidas hacia adelante, de modo que el empeine resaltaba más. Esta era una visión que producía estímulos sexuales en los hombres que participaban en la violación y lo produce todavía en el subconsciente. Esta es la causa de que las piernas femeninas con las puntas del pie extendidas hacia abajo todavía sean estímulos sexuales. Éste es el origen de los zapatos de talón alto, que las mujeres llevan desde tiempos remotos, así como de la deformación del pie que se practicaba en China. También las mujeres saben en su subconsciente que dicha posición de los pies es un motivo erótico para los hombres, aunque no sepan dar una explicación plausible de este fenómeno. Si no fuera así, no se atormentarían durante toda la vida caminando sobre las puntas de los pies. Cuando una mujer, de cualquier raza o sociedad que sea, se sienta, su subconsciente le obliga a volver la

punta del pie hacia abajo para hacer resaltar más el empeine, a pesar de que nadie le recomiende o le obligue a realizar este movimiento.

Las bailarinas de ballet ejecutan su arte sobre la punta de los pies, que levantan a menudo, fijándose siempre que el empeine resalte bien, como si esto fuera un arte. Realmente no se trata de arte, pero despierta una sensación de placer en los caballeros que contemplan la escena desde los palcos. Así se despiertan los recuerdos subconscientes, heredados de los caníbales. También las mujeres de los caníbales actuales levantan las piernas con la punta del pie extendida y haciendo resaltar el empeine, cuando ejecutan las rítmicas danzas y los cantos eróticos que preceden a las campañas canibalísticas de los varones.

Las violaciones masivas de los primeros caníbales se repiten a menudo en las guerras actuales, e incluso en tiempos de paz. En todos estos casos, grupos de hombres violan a una mujer en presencia de otras personas. En principio parece algo ilógico, dado que el apareamiento sexual está unido a un sentimiento de vergüenza y un sentimiento subconsciente de pecado, por lo que no se practica en público. Pero si llega a practicarse de todas formas, son los recuerdos subconscientes los que incitan a la práctica de tales violaciones en grupo. No hay nada nuevo bajo el sol. Incluso el *group-sex* que reaparece entre los miembros neuróticos de algunas sociedades mentalmente enfermas, no es más que la repetición de lo arraigado y heredado en el subconsciente. Debido a la enajenación mental de tales individuos, están convencidos de haber realizado un «progreso» y de que gracias a su mayor «madurez» han adquirido una «nueva conciencia», como la que precisa toda persona «moderna».

En estas experiencias ya no se utiliza el cerebro como droga erótica. Pero ésta sin embargo existe, esta vez en forma de píldora, que el ser «a imagen de Dios» fabrica sobre una base «científica» para incrementar sus sensaciones de placer. Si alguien efectuara una estadística para saber cuándo se practica

con mayor frecuencia este *group-sex* «nuevo» y «progresista», descubriría que se desarrolla con preferencia cuando la luna está en su cuarto creciente, poco antes del plenilunio. Ésta es la «nueva conciencia» del caníbal que «está al día».

En el tema de la raza tiene una vital importancia el dejar sentado que el color de la piel no tiene absolutamente ninguna relación con el grado de inteligencia. La inteligencia de una raza sólo depende del tiempo transcurrido desde que sus antepasados monos se convirtieron en caníbales y de la frecuencia con que practicaran el canibalismo.

En la zona de Mesopotamia y en la India también vivían monos de piel morena, e incluso completamente negros. Pertenecían tanto a las razas asiáticas como a las africanas, y ya en los primeros tiempos se convirtieron en hombres de piel oscura y negra. Hubo muchas razas de piel oscura que se convirtieron en hombres mucho antes que las razas más pálidas y rubias, cuyos antepasados vivían junto al límite de los hielos septentrionales. Estos últimos se cruzaron más tarde con otras razas anteriores, gracias a lo cual aumentaron su inteligencia originalmente baja.

Si el cruce de dos razas de monos hubiera tenido lugar en Nueva Guinea y si el canibalismo se hubiera originado allí, hoy en día el centro del mundo se encontraría allí y no en Eurasia. En este supuesto, los misioneros y científicos de Nueva Guinea efectuarían expediciones a Eurasia, con el fin de destruir la forma de vida elaborada con las facultades intelectuales de los indígenas europeos y obligarles a adoptar su forma de vida supuestamente más avanzada. Esto es lo que ocurre hoy en día, cuando el hombre blanco llega a Nueva Guinea y otras regiones, donde los indígenas son incapaces de defenderse contra estas maniobras. Para cualquier raza, la mejor cultura y civilización es la que ha logrado establecer gracias a sus propias facultades mentales y en su propio medio ambiente.

Si se admite que el elefante tiene la inteligencia suficiente para saber lo que necesita y debe hacer, y no se intenta hacer de él algo más que un mero elefante, también se debería

confiar en que todas las razas humanas poseen la suficiente inteligencia para elaborar la forma de vida que más les satisface.

Si las distintas razas no fueran capaces de ello, habría que aplicar el mismo principio al hombre blanco. Y en este caso, también la raza blanca necesitaría imperiosamente una doctrina misionera y progresista elaborada por una raza caníbal todavía más antigua. Ahora bien, si cree que tal doctrina es superflua para ella, debe aplicar el mismo principio a todas las demás razas.

Sin embargo, si el hombre blanco admitiera que también él precisa ser mejorado y aceptase la ayuda de una raza caníbal más antigua, si ésta existiera, cabría preguntarse: ¿con qué derecho impone los dudosos productos de su mente a los demás pueblos, ya sea mediante la tentación, la extorsión o la fuerza? Nadie le ha pedido ser el maestro del mundo entero. Hace 4.000 años, cuando en la India, Mesopotamia y Egipto ya existían civilizaciones altamente desarrolladas, el hombre blanco todavía vivía en la edad de piedra. Y hasta el presente todavía no ha sido capaz de crear una civilización y una cultura basadas en los conocimientos filosóficos y que procure la misma satisfacción que reinaba en las antiguas civilizaciones.

Con anterioridad, no hubo nunca en el curso de la historia una violación espiritual tan monstruosa contra las formas de vida y las civilizaciones de otras razas, como ocurre hoy en día. Sólo puede ser comparada con las acciones violentas realizadas hace un millón de años por el híbrido humano contra las pacíficas razas de simios, convertidas a través del canibalismo en desgraciados seres humanos.

Oficialmente se mantiene la tesis de que todas las razas poseen la misma inteligencia y que mediante la educación pueden y deben ser llevadas al mismo nivel intelectual. Pero esto no es verdad y es un insulto a todas las razas. Esta hipócrita tesis es difundida, ante todo, por las llamadas sociedades progresistas por razones egoístas, con el fin de poner a los demás pueblos al servicio de su propia civilización y explotarlos. Los

pueblos afectados deberían ser los primeros en protestar. Y pueden hacerlo con orgullo, porque no utilizan su inteligencia, quizás algo menor, para fines autodestructivos, sino para obtener la mejor forma de vida, acorde con las necesidades especiales de su raza.

En el continente eurasiático se ha producido, debido a la mezcla de los genes hereditarios, una amplia unificación intelectual. Desde el extremo occidental de Islandia hasta la punta más oriental del Japón no pueden establecerse diferencias notables en el grado de inteligencia. La primitiva población blanca de Europa le debe a este proceso de igualación el haber podido recuperar en gran parte su primitivo atraso, dado que constantemente se iba mezclando con los pueblos procedentes de Asia. Las únicas excepciones son aquellos pequeños grupos humanos que habían quedado aislados en los bosques inaccesibles de Eurasia o en las cercanías del polo Norte.

Ahora bien, no hay duda de que existe una gran diferencia de inteligencia entre las razas eurásicas y aquellas otras establecidas más al Sur, en las islas de Oceanía. Sin embargo, tales diferenciaciones están tan finamente matizadas que resulta imposible descubrirlas entre razas vecinas. Por el contrario, es patente la diferencia entre un chino y un indígena australiano.

Las diferenciaciones entre las razas de Eurasia y África son casi imperceptibles. Sólo se pueden comprobar cuando no se comparan dos razas vecinas, sino las septentrionales con aquellas que viven en las selvas meridionales. Pero aquí hay que tener en cuenta que durante los últimos 40.000 años muchos pueblos del Norte de África, e incluso de Europa, emigraron hasta África del Sur.

Precisamente porque las facultades intelectuales de las distintas razas son diferentes, también son básicamente desiguales sus metas y las esperanzas puestas en la vida. Sólo lograrán ser felices si se cumplen sus esperanzas. En consecuencia, sería claramente criminal querer bendecir a todas las razas con una misma civilización. Y ante todo el hombre blanco no debería

propagar su civilización materialista y saqueadora, tan arrogante y de todas formas condenada a la extinción. El hombre blanco no debería convertir al resto de la población en neuróticos consumidores, que coadyuvarían a convertir nuestro planeta en un lugar inhabitable. Todos los pueblos y razas que todavía no son víctimas de la *peste blanca*, han de oponerse decididamente si su gobierno no opinara así.

Aunque existiera un método para la medición de las diferencias raciales de inteligencia, la humanidad no sacaría ningún provecho. Por ello, todas las investigaciones en este sentido son tan absurdas como las encaminadas a establecer la edad de la Luna. Lo decisivo no es saber qué raza es más inteligente, sino única y exclusivamente conocer los fines para los cuales utiliza su inteligencia; si de ello nace la paz interior o el dolor.

Todas las razas, sin excepción, poseen un enorme exceso de inteligencia, que no necesitan para llevar una vida sana y natural. Y es precisamente este mórbido exceso lo que ocasiona todos los males de la humanidad. Puede afirmarse, por consiguiente, que la principal tarea de todos los pueblos consiste en mantener un estricto control de dicho exceso con ayuda del pensamiento filosófico, y utilizarlo exclusivamente para la realización de unas metas dignas del género humano y acordes con la naturaleza y sus leyes. Sólo así podrá lograrse una vida digna para las distintas razas y para cada uno de los individuos. Los pueblos que no cumplan con este requisito llevarán a la práctica indiscriminadamente todo cuanto esté al alcance de su inteligencia, y forzarán un progreso por el progreso mismo, hasta que sean víctimas de sus propias obras. El no complicarse ni amargarse innecesariamente la vida es sabiduría. Y para esta sabiduría es suficiente la inteligencia de cualquier raza, incluso la de aquellas con un volumen cerebral de sólo 900 cm³ y que sólo pueden contar hasta cinco. Una raza con un volumen cerebral de 1.600 cm³ puede crearse una forma de vida auto-destructiva, si abandona el pensar filosófico.

En consecuencia, la tarea de la humanidad no consiste en

medir el nivel intelectual de las distintas razas, sino en oponerse decididamente a aquellos pueblos y aquellas razas que han establecido una civilización autodestructiva y la quieren imponer al mundo entero.

Todas las razas humanas ya sufren de por sí de monomanías, que se manifiestan de forma especial entre las primeras razas humanas y pueden llegar hasta el masoquismo y la autodestrucción. Así pues, si alguien quisiera establecer una tabla de inteligencia de las distintas razas, habría que añadir una segunda tabla, que expresara el grado de monomanías. Pero dicha tabla ya existe:

¿Dónde se almacenan bombas atómicas y armas químicas?
¿Dónde la sensación de fracaso es tan enorme que el hombre se refugia en el alcohol, las drogas sexuales y los tranquilizantes?
¿Dónde comienza a destruir sus propias obras, erigidas por sus propias monomanías mórbidas? ¿Dónde ríe y canta cada vez menos? Todo ello no ocurre en las aldeas malayas, ni en las selvas africanas, sino allí donde el hombre se ha propuesto y ha llevado a la práctica unos fines antinaturales y misantrópicos. Todo ello no es consecuencia de su inteligencia, sino de sus monomanías, que se han pasado de rosca en los enormes cerebros de 1.600 cm³. Y lo triste es que precisamente estos seres están convencidos de su superioridad y quieren imponer su fracasada civilización a las razas más recientes.

Las distintas razas humanas han ido apareciendo más tarde o más temprano y, de acuerdo con su fecha de nacimiento, también se extinguirán. Las primeras razas humanas ya se habrán exterminado a consecuencia de su inteligencia plagada de monomanías, cuando las razas posteriores todavía seguirán viviendo largo tiempo, a menos que también sean exterminadas por las razas anteriores. Entonces, ¿de qué sirve vanagloriarse de su edad, si con ello se proclama también la muerte más próxima?

Lo seguro es que las razas que sigan existiendo más tiempo no serán aquellas que ya hoy en día son incapaces de amamantar a sus lactantes, sino aquellas que todavía lo pueden hacer. El futuro tampoco estará en manos de aquellos que

sólo logran conciliar el sueño, hacer la digestión y reír con ayuda de píldoras, o que tienen que esperar a que alguien sea atropellado en la primera esquina o acribillado por un criminal para que pueda serles trasplantado el corazón del interfecto.

Así pues, ¿por qué avergonzarse de pertenecer a una de las llamadas razas subdesarrolladas, que todavía no han olvidado la risa y el canto?

Todas las razas tienen suficientes motivos para tratarse con mutuo respeto, aunque las razones para ello sean muy distintas. Los pueblos viejos deben respetar a los jóvenes como sucesores suyos, y éstos deben mostrar el debido respeto a los viejos, siempre que éstos sean merecedores de él.

Aparte de que las diferencias de inteligencia entre las razas se interpretan erróneamente y se abusa de ellas, la humanidad tampoco sabe qué hacer con el instinto de discriminación racial y cultural, por lo que no lo manifiesta de acuerdo con las leyes de la naturaleza. La discriminación no es desprecio ni odio, sino un instinto de diferenciación, gracias al cual todo ser vivo o unidad organizada de seres es consciente de sus características diferenciadoras. Este mismo instinto respeta automáticamente los correspondientes instintos de todos los demás seres vivos. Si el instinto de la discriminación no tuviera su función propia ni estuviera condicionado por la naturaleza, todos los seres vivos lo poseerían por error cósmico o debido a una insuficiencia de la creación. Pero, de hecho, cumple unas tareas importantísimas, pues sin él no existiría vida alguna. Dicho instinto es tan viejo como la vida misma y está tan arraigado en todo ser que cualquier intento de eliminarlo está condenado al fracaso.

Dado que entre los seres vivos no sólo existen diferencias físicas, sino también espirituales o culturales, el instinto de la discriminación actúa en ambos campos. Los monos, por ejemplo, no penetran en los territorios de otras razas de monos, ni en los de otra horda de la misma especie. Tampoco se cruzan con otras razas, ni permiten que monos de la misma raza, pero pertenecientes a otra horda, se apareen con ellos.

Sin embargo, existe una excepción muy útil y condicionada por un instinto especial. Si un animal vive durante largo tiempo apartado de su horda y ha perdido el olor específico y la influencia cultural de ésta, se le permite integrarse como animal aislado en otra horda de la misma raza. Con ello, los animales evitan la excesiva consanguinidad. Pero ello no se realiza a cualquier precio. El neófito ha de llegar completamente libre de toda influencia cultural de su horda de origen, puesto que de lo contrario produciría una disonancia cultural indeseable en la nueva horda. No debe olvidarse que cada horda de monos tiene una cultura propia, desarrollada mediante la transmisión del pensamiento.

Ninguna horda de monos está dispuesta a aceptar simultáneamente a más de un animal disperso, y si varios de estos animales dispersos ya hubieran formado una horda propia, no tendrían ninguna posibilidad de unirse a otra, puesto que ya dispondrían de una cultura propia, indeseable para cualquier horda distinta. Individualmente sí; en grupos no.

Debido a la citada discriminación racial y cultural, reina entre todos los animales una paz total. Apenas existe el odio racial o la persecución basada en diferencias culturales. Tales fenómenos sólo se producen en el ámbito del *homo sapiens*, quien se ha propuesto mejorar todo cuanto hay en la Tierra. ¿Por qué?

El género humano se ha trastornado psicológicamente hasta tal punto que los instintos de discriminación ya no actúan en él como debieran, a pesar de que lo haría gustosamente, del mismo modo como tampoco quiere desencadenar guerras, y sin embargo las lleva a cabo. Aunque el proceso de transformación ha tenido por consecuencia que todas las razas humanas puedan mezclarse entre sí, todavía se mantiene despierto el instinto de la diferenciación o discriminación. Así pues, la humanidad se ha convertido en algo así como una raza, sin serlo realmente. Ha obtenido algo que mejor sería no tener (la conciencia de ser una unidad biológica), y al mismo tiempo ha perdido algo que debiera haber conservado (la facultad de

discriminación entre las razas). Este es el origen de los insolubles problemas raciales. La humanidad avanza como un coche de caballos en el que más tarde se hubiera instalado un motor, sin haber desenganchado previamente los animales de tiro.

Del recuerdo subconsciente de la comunicación mental surgieron en el hombre otras dos razones de discriminación, que sin embargo ya resultan superfluas: los grupos que se expresan mediante una lengua diferente son considerados como razas «extrañas», por comunicarse en una «longitud de onda» distinta. La misma postura la adopta el hombre frente a quienes profesan una religión diferente a la suya; también aquí piensa encontrarse ante unas «razas extrañas», porque (de acuerdo con sus recuerdos subconscientes) están en relación mental con unos dioses que emplean una longitud de onda distinta. Hoy en día, el hombre todavía cree que toda persona que profesa otra fe, reza también a «otro» dios. Y puesto que toda persona reza de forma más o menos consciente o inconsciente, imitando así lo ya imposible, que es entrar en contacto mental con una inteligencia extraterrestre, casi de continuo actúa la conciencia de su diferencia «racial» con relación a los fieles de otra religión. Esta vivencia básica actúa sobre el hombre como si una horda de chimpancés se viera acechada de continuo por unos gorilas. Y la historia ha demostrado miles de veces que el *homo sapiens*, el «hijo de Dios», presa de su espíritu canibalístico de horda, es capaz de asesinar en nombre de «su dios» a quienes no comparten su credo.

Los partidos políticos, las asociaciones culturales, los equipos de fútbol y la mayor parte de los demás grupos organizados todavía significan para el hombre la horda a la cual pertenece. Dado que en cualquier horda de monos sólo existe una cultura uniforme, sin partidos, subculturas ni asociaciones, para el miembro de una asociación humana todo aquel que pertenece a otro grupo pasa automáticamente a ser miembro de una horda distinta, con la cual se halla en oposición. Ahora bien, dicha oposición sólo llega a manifestarse cuando ambas «hordas» se acercan demasiado y ya no respetan sus respectivos

«territorios». Entonces defienden los intereses de su propia «horda» y están dispuestos a conseguir ventajas a costa de las demás «hordas», incluso si con ello no obtienen ninguna ventaja personal, sino sólo una satisfacción subconsciente.

Hasta los científicos llegan a desarrollar un espíritu de horda cuando colaboran en un mismo proyecto. Sólo fortalecidos por dicho espíritu se atreven a llevar a la práctica acciones contra «otros», como por ejemplo las explosiones atómicas subterráneas para provocar temblores de tierra o el lanzamiento de proyectiles contra la Luna. Jamás un científico individual se atrevería a tales fechorías. Pero estas acciones colectivas provocan en las hordas de científicos un sentimiento subconsciente de triunfo sobre los atemorizados «otros», y actúan como si no quedaran afectados por la misma acción.

Este fenómeno se manifiesta de forma todavía mucho más clara entre las autoridades administrativas, donde cada funcionario, presa del espíritu de horda, disfruta en vejar a los «extraños» y ejerce con una entrega casi religiosa la representación de los intereses de su propia «horda». A menudo compensa el escaso sueldo con la satisfacción obtenida de esta forma.

El instinto de la discriminación racial y cultural, que cumple en todo ser vivo y en todo grupo una tarea extremadamente importante y que representa la auténtica base para una vida pacífica, se ha convertido en el género humano en un dragón de mil cabezas, que expele fuego y veneno en todas direcciones.

Así pues, todas las discriminaciones se remontan en el subconsciente a las diferenciaciones raciales y al espíritu de horda. Ahora bien, la conciencia, el intelecto, desean exactamente lo contrario: ignorar la presencia del instinto. La tragedia de la humanidad está, por consiguiente, en la constante lucha entre el intelecto y el instinto. A la larga siempre saldrán victoriosos los instintos. Pero precisamente por haber estado siempre amordazados, actúan de forma explosiva y en la dirección no deseada.

Como todo esto es consecuencia del canibalismo, para el

hombre el concepto de la discriminación está tan estrechamente unido al canibalismo, que ambos sólo están separados por un estrecho tabique, que puede quedar destruido en cualquier momento. Por consiguiente, la época del canibalismo no ha finalizado definitivamente. Por el contrario, las causas que cada vez debilitan más esta escasa separación entre la discriminación y el canibalismo van aumentando. Con ello será inevitable la aparición de un nuevo canibalismo, cuyos móviles serán distintos de los primitivos, pero que en última instancia deben ser considerados como una consecuencia de aquéllos. La superpoblación y el hambre desempeñarán un papel importante en esta reaparición.

Pero ya antes de que lleguen estos tiempos, la humanidad asistirá a unos fenómenos alarmantes e inexplicables. Personas consideradas como civilizadas y bien educadas en el mundo occidental se comerán a sus congéneres, y a menudo a sus propios amigos, sin poder aducir ninguna razón convincente de sus actos. Será su subconsciente lo que les obligará a ello. La humanidad puede estar segura que esto será un indicio inequívoco de la aparición del nuevo canibalismo, que volverá a practicarse por diferentes razones y para diferentes fines.

En principio, ninguna raza humana posee sentimientos de odio racial, que tampoco existen entre las razas de simios, mientras éstas vivan separadas. Los chinos no tienen nada en contra de los bantúes. Pero si de pronto un millón de negros bantúes se asentara en Shangai, se acabarían el mutuo respeto y amor. Los negros kikuyu no tienen nada contra los ingleses, mientras éstos no invadan su país. Los suecos respetan y admiran a los papúes, pero sólo mientras no se asienten en Suecia dos millones de ellos. Cada raza forma su propio ghetto, su país y su territorio, en el cual nadie debería penetrar por la fuerza física ni por medios psicológicos.

Los países y las sociedades que quieran evitar las luchas y los odios raciales, no deberían permitir que otras razas dife-

rentes se asentaran en su propio territorio. La discriminación y los choques raciales no pueden ser evitados por ninguna ley ni religión, por ninguna moral o educación. La historia lo confirma miles de veces y, sin embargo, los ignorantes insisten en ello y afirman que una educación apropiada podría evitar el problema.

Numerosas personas procedentes de Africa, Asia y América del Sur afluyen a los países occidentales y quieren asentarse en ellos. Pero ello no se debe a que hayan abandonado o perdido sus instintos de discriminación racial, sino porque la necesidad les obliga a emigrar a aquellos países que precisamente son la causa de sus males. Las razas blancas de Europa y Norteamérica son, en efecto, las que explotan las riquezas de las citadas razas. Puede afirmarse, por lo tanto, que los emigrantes corren tras las riquezas robadas a sus respectivos países.

Por otra parte, deben evitarse los matrimonios entre miembros de razas muy diferenciadas. Sin embargo, a nadie se le debería impedir la realización de tales matrimonios. Si los principales filósofos y pensadores, entre ellos Moisés, dijeron lo mismo, sabían por qué lo hacían. Los descendientes de tales matrimonios heredarán las funciones fisiológicas y las características espirituales paternas y maternas, que a menudo se contraponen. Ahora bien, los matrimonios entre razas muy diferenciadas pueden realizarse con unos peligros menos acusados si ambos contrayentes proceden de regiones de clima igual o parecido. La mezcla de razas incluso es aceptable cuando tiene lugar sobre una base muy amplia, como en las antiguas migraciones de pueblos enteros. Cuando una raza se percata instintivamente de que necesita sangre fresca después de miles de años de consanguinidad, incluso busca el cruce con razas «bárbaras» más sanas. Los descendientes de tales cruces ya no serán considerados como extraños y no estarán expuestos a falsas discriminaciones.

El grupo racial numéricamente más importante es el mongoloide, y casi todas las razas de la Tierra han recibido aporta-

ciones de él, con excepción de unas pocas razas africanas y australoides.

Pero la humanidad, que por desgracia está escindida en numerosas razas, no debería crear más grupos artificiales.

El establecimiento de partidos políticos no sólo es algo completamente innecesario, sino que también es perjudicial, porque necesariamente contribuye a producir nuevas causas de discriminación, aumentando así el sufrimiento de la humanidad. Sólo resulta justificado el partido del hombre. También los asnos cuentan tan sólo con el partido de los asnos, y los elefantes con el de los elefantes. Y el hombre tendrá que adoptar esta sabiduría.

La humanidad ha logrado, ante los ojos del mundo animal, que en la actualidad más de un cuarto de millón de personas se encuentre tras los muros de las prisiones y no pueda disfrutar de la luz del día, sólo porque en cuestiones políticas o religiosas piensan de forma distinta que sus jueces.

Ninguna autoridad del mundo puede juzgar a tales jueces, desde el momento en que el ser «a imagen de Dios» ha creado un orden en el cual determinados individuos están capacitados para decidir cómo se debe pensar y vivir. Para evitar tales desmanes, debería entrar en acción la conciencia de la humanidad. Toda persona sólo vive una vez y sólo hay un sol. Y toda persona tiene el derecho de poderlo contemplar, cualquiera que sea su idea de las cosas. El globo terráqueo no sólo es la cuna, sino también la sepultura de la humanidad. Durante el poco tiempo que el sol brille sobre el individuo, éste debe ser respetado, cualquiera que sea la raza u horda a la cual pertenezca.

A pesar de todas sus diferencias, la humanidad es una sola comunidad de vida. Las lágrimas y la risa, la tristeza, la alegría y la esperanza, son características hereditarias comunes de esta especie castigada, que, desde el principio de su existencia, busca la felicidad perdida sin encontrarla. La vida del individuo es amarga y quien más se la amarga es precisamente su propia especie, con la que tanto le gustaría vivir en paz.

Estamos en vísperas de la superpoblación de la Tierra y el hambre está preparando ya su toma de posesión en el mundo entero. Todas las razas, hordas y partidos políticos serán sus víctimas. Por lo tanto, es ya hora de que todos unan sus esfuerzos y entierren sus pseudointereses contrapuestos, porque el futuro de la humanidad es todo menos de color de rosa.

Nuestro momento actual no es un presente cualquiera, sino un momento trascendental en la historia de la humanidad. El género humano, que en un determinado momento quiso erigir una elevada torre hasta el cielo y ser tan sabio como Dios, que se contemplaba en el espejo para conocer el aspecto de Dios, que se coronó a sí mismo rey del mundo, está obligado a resignarse. Este hombre no es Dios, ni rey, ni conquistador del mundo. Se encuentra ante un cambio trascendental de su destino, ante la cuesta abajo.

A partir de ahora tendrá que utilizar el resto de la luz que todavía flamea en su inteligencia hueca y robada, para encontrar un nuevo camino que prolongue su existencia y que amortigüe los dolores del ocaso. Pero sólo lo logrará cuando encuentre y fomente la paz consigo mismo, con todas las razas y con la naturaleza. Esta es la única tarea imperiosa de la humanidad, y no el vuelo hacia la Luna.

VIII. GENESIS

El Génesis describe de forma alegórica la evolución antinatural de un mono peludo en hombre desnudo, debido al canibalismo. Inducido por deseos sexuales, consume el fruto de la sabiduría. Los conocimientos aumentan, pero en el cerebro nacen monomanías, que impulsan al hombre a contrarrestar unas imaginarias necesidades materiales mediante el penoso trabajo. Este es el castigo hereditario que pesa sobre todos sus descendientes. El género humano arrasará la Tierra y se anquilará a sí mismo.

Después de haberme dado cuenta de la verdad sobre el origen del género humano, dudé bastante en darla a conocer. Resulta estremecedora y tiene unas consecuencias imprevisibles para todos los campos de la actividad humana. Pero mi decisión quedó facilitada cuando me acordé del Génesis de la Biblia. Comprendí que en esas breves líneas de rico contenido ya se había dicho hace miles de años la verdad sobre el origen de la humanidad, aunque ya no era comprendida. Todo cuanto el Génesis describe de forma alegórica, coincide plena-

mente con cuanto he descubierto.

El Génesis es una descripción clara del origen de la vida en la Tierra, y ante todo de la evolución antinatural de un animal peludo que se convirtió en hombre y que al comer del fruto de la sabiduría acabó quedando inteligente, desnudo y sexualmente enfermo. Debido a esta inteligencia ad-

quirida por vías contrarias a la naturaleza, se produjo la alienación espiritual y, a partir de ella, las monomanías del hombre que le impusieron las mórbidas ideas del trabajo y el progreso. Con ayuda de esta inteligencia destruirá un día la Tierra, hasta que en ella sólo crezcan cardos y espinas. De esta forma, el hombre acabará su existencia en medio del desierto.

Esta historia nos la explica el Génesis en un lenguaje alegórico y fragmentario, que hoy en día ya no es comprendido. Su forma original se remonta a unos 50.000 años y fue redactada por los hombres-dioses de la zona de Mesopotamia poco antes de completarse la alienación espiritual. Gracias a sus facultades para la percepción ultrasensorial, dichos hombres-dioses eran capaces de contemplar un pasado en el que todavía no existía ningún ser humano ni vida alguna en la Tierra. Pero también tenían la facultad de ver el futuro, en el que ya no habría seres humanos sobre el planeta.

Todo cuanto ellos dijeron no era especulación o conjetura, sino que procedía de sus percepciones ultrasensoriales, por lo que es la pura verdad.

En la época en que la alienación espiritual se extendía cada vez más en Mesopotamia, las lenguas todavía tenían un vocabulario muy pobre e insuficiente, porque el género humano acababa de inventar la expresión oral para sustituir su facultad perdida para la comunicación mental. Sin embargo, existía ya una escritura ideográfica complicada, pero comprensible, utilizada también por los hombres-dioses.

Resulta fácil de imaginar la dificultad que entraña el querer expresar con ayuda de una escritura ideográfica el llamado pecado original. Pero todavía más difícil resulta la correcta interpretación mediante palabras. Para los conceptos abstractos, los redactores del Génesis utilizaron imágenes cotidianas. Montaron toda la historia como una obra de teatro, con diálogos vivos, con el fin de facilitar su comprensión. Así, Dios se paseaba por el jardín y llamó al hombre, que se escondía de él. Pero, en realidad, Dios no habló, porque en aquella época

su interlocutor todavía era un simio peludo incapaz de hablar. Al igual que todos los demás monos, se expresaba mediante la transmisión de pensamientos.

El Génesis todavía era comprendido cuando comenzó a ser transmitido oralmente, para quedar fijado más tarde en otros ideogramas. Pero la interpretación se hizo cada vez más insegura, cuando se fue extendiendo la alienación espiritual y ya se habían extinguido los hombres-dioses, que hubieran podido reconocer la verdad y dar una interpretación correcta del Génesis.

En los siguientes milenios, el Génesis fue transmitido oralmente desde el Nilo hasta el Ganges, y cada vez quedaba redactado de nuevo, con lo que necesariamente aparecían nuevos ideogramas o imágenes, cuya interpretación se apartaba cada vez más de la original, la cual apenas era entendida ya.

Todavía hoy en día, las versiones más antiguas y que más se aproximan a la forma original, se encuentran enterradas en Mesopotamia, en unos textos ideográficos inscritos en tablas de barro cocido. Proceden de la época anterior al diluvio, por lo que deben tener una edad de 40.000 años. Las catástrofes como el diluvio y los frecuentes desbordamientos de los ríos cubrieron la más antigua civilización humana con una gruesa capa de tierra de 80 a 120 metros. Pero llegará el día en que dichas tablas serán desenterradas y hablarán más claro que todos los fragmentos del sinnúmero de versiones posteriores.

Al redactarse los textos que han llegado hasta nosotros, la alienación espiritual del hombre ya había progresado hasta tal punto que ya nadie creyó posible lo que se decía en ellos. Los símbolos fueron interpretados erróneamente como conceptos fijos, por lo que no pudo captarse su auténtico sentido.

Todo cuanto el hombre ya no entendía, lo interpretó en favor suyo. Y allí donde se encontraba con lagunas, completó la historia con invenciones suyas, que le hicieron aparecer bajo una luz favorable. En efecto, después de haber per-

dido todo recuerdo de su existencia anterior, el género humano se erigió en vicario de Dios en la Tierra, arrogándose una misión divina. A ello le incitó su cerebro mórbido, en el cual todavía se encontraban recuerdos subconscientes de su anterior estado semidivino.

Hace apenas 3.000 años, Moisés y otros filósofos judíos eligieron las dos variantes sumerias menos fragmentarias del Génesis. Ésta es la causa de que los llamados libros de Moisés contengan dos variantes, que desde entonces se incluyen como elemento en las Sagradas Escrituras de los judíos. Dado que, lógicamente, nunca se descubrió su origen y significado, han sido interpretadas de forma confusa y lo más filantrópicamente posible. Más tarde fueron relacionadas con la historia nacional judía, sin respetar el largo espacio que media entre ambas realidades.

Los cristianos adoptaron el Génesis conjuntamente con las Sagradas Escrituras. De esta forma, también en la Biblia cristiana aparecen dos versiones. Pero cuando el texto hebreo fue traducido a otras muchas lenguas, resultaron de nuevo diferencias lingüísticas.

La interpretación actual del Génesis es muy arbitraria y llega hasta lo misterioso, a pesar de que no hay nada misterioso en él. Se trata de una historia puramente concreta. Sólo se hace misteriosa e incomprensible cuando los teólogos y científicos se deciden a alterar de tal forma la verdad, que de ahí pueda derivarse una misión divina para el hombre, con el fin de justificar su comportamiento absurdo y antinatural. En el fondo, al ser humano le gusta todo ello y le basta una interpretación tan halagadora.

La primera parte del Génesis relata la formación de la Tierra misma y de la vida sobre el planeta. De acuerdo con ello, al principio reinaba la oscuridad, porque el globo terráqueo estaba rodeado de gases y vapor de agua. Cuando dichos vapores se condensaron, la superficie de la Tierra quedó cubierta de agua, con lo que fue posible contemplar las estrellas, la Luna y el Sol desde nuestro planeta. Más tarde los

movimientos tectónicos levantaron unas partes de la Tierra, de forma que quedaron separadas el agua y la tierra. Así nacieron los primeros continentes.

Apareció la vida en el agua. Los primeros seres vivos se convirtieron en peces, más tarde en anfibios y aves, y por último en animales de tierra firme, la cual ya estaba cubierta de vegetación. De acuerdo con el Génesis, todo ello ocurrió en seis días.

Hasta este punto la interpretación correcta resulta fácil. Los seis días han sido interpretados con razón como seis épocas, y los investigadores, que disponen de los resultados de prospecciones geológicas y de complicados medios técnicos, han tenido que confirmar que tanto el origen de la Tierra como el orden de sucesión de la evolución de la vida tuvieron que ocurrir tal como nos lo relata la primera parte del Génesis.

Cuando se redactó éste, no se conocían todavía el análisis espectral ni los instrumentos para la determinación de la edad y la sucesión de los objetos. En aquella época, el hombre habría podido establecer las más insensatas afirmaciones sobre la historia de la Tierra, pero los sabios hombres-dioses no se aventuraron a establecer unas conjeturas fantásticas, sino que dijeron la verdad.

Entre la primera parte del Génesis y las pruebas obtenidas por la ciencia moderna existen unas pequeñas discrepancias sobre la secuencia de la evolución de la vida, pero éstas son mínimas. No puede comprobarse si se deben a la fragmentación del Génesis original. Por otra parte, podría ser que los resultados de la investigación moderna tuvieran que ser revisados, como ya ha ocurrido a menudo.

Si la primera parte coincide prácticamente con los resultados de la investigación moderna, no existe realmente ningún motivo para dudar de la veracidad de la segunda parte, que trata del ser humano. Con la primera parte, los hombres-dioses han demostrado que no eran fantasiosos, sino profundos conocedores de la verdad. Lo único que hace falta es interpretar correctamente la segunda parte y llegar al conoci-

miento de la verdad. Pero se trata de una tarea muy difícil, porque el Génesis cuenta unas cosas muy extrañas acerca del hombre, que éste no pudo comprender ni creer. Así, el Génesis afirma entre otras cosas:

«Entonces Dios formó al hombre del polvo de la tierra y le insufló en sus narices el hálito de la vida... y le dio también un alma. Y Dios dio al hombre el siguiente mandato: puedes comer de todos los árboles del jardín, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás en modo alguno, porque el día en que comieres, ciertamente morirás.»

«Dios formó una mujer de la costilla tomada al hombre...» «Entonces el hombre exclamó: ¡Esto sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne!»... «Éste es el por qué el hombre deja a su padre y a su madre y se une a una mujer, y los dos son una sola carne. Estaban los dos desnudos, el hombre y su mujer, sin avergonzarse uno de otro»... «Y Dios los bendijo y les dijo: Sed prolíficos y multiplicaos... Ved que yo os doy toda planta sementífera sobre toda la superficie de la Tierra y todo árbol que da fruto conteniendo simiente en sí. Y ello será vuestro alimento.»

«Pero la serpiente... dijo a la mujer: ¿Es cierto que Dios os ha dicho que no comáis de todos los árboles del jardín? La mujer respondió a la serpiente: Nosotros comemos del fruto de los árboles del jardín; pero sólo del fruto del árbol que está en medio del jardín nos ha dicho Dios: No comáis de él, ni lo toquéis, de otro modo moriréis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; antes bien, Dios sabe que el día en que comáis, se abrirán vuestros ojos y seréis como Dios...»

«Vio la mujer que el árbol era apetitoso para comer, agradable a la vista y deseable, porque confería sabiduría. Y así tomó de su fruto y comió; dio también a su marido, que también comió. Entonces se abrieron los ojos de ambos y conocieron que estaban desnudos. Cosieron unas hojas de higuera y con ellas se hicieron cinturones. Oyeron después los pasos de Dios, que se paseaba por el jardín cuando ya refrescaba

el día. Adán se escondió con su mujer de la vista de Dios, bajo los árboles del jardín. Pero Dios llamó al hombre, diciéndole: ¿Dónde estás? Este contestó: Te he oído en el jardín y he sentido temor, pues estoy desnudo y por ello me escondo. Y Dios dijo: ¿Quién te ha hecho saber que estás desnudo? ¿No habrás comido del árbol del que te prohibí comer? Entonces contestó Adán: La mujer que me diste por compañera me ha dado del árbol y he comido. Dios dijo entonces a la mujer: ¿Por qué has hecho esto? Y la mujer respondió: La serpiente me engañó y así he comido. Entonces Dios dijo a la serpiente: Por haber hecho esto, maldita seas... y pongo enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza y tú te abalanzarás contra su calcañar. Vuelto a la mujer, dijo: Multiplicaré las penas de tus preñeces; con dolor parirás a tus hijos. Y desearás a tu marido, pero él te habrá de dominar. Y al hombre le dijo: Porque has seguido la voz de tu mujer y has comido del árbol del que te había prohibido comer, maldita sea la huerta por tu culpa. Con trabajo sacarás de ella tu alimento todo el tiempo de tu vida. Ella te dará espinas y cardos y comerás las hierbas del campo. Con el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la Tierra, pues de ella fuiste tomado. Pues polvo eres y en polvo te has de convertir.»

«Dios hizo a Adán y a su mujer unas túnicas de piel y los vistió. Y dijo: Mira, el hombre ha llegado a ser como uno de nosotros y conoce el bien y el mal. Pero ahora, que no vaya a tender su mano y tome del árbol de la vida y, comiendo de él, viva para siempre. Por ello, Dios le arrojó del jardín del Edén, para que trabajase la tierra de la cual había sido tomado. Y arrojó de allí al hombre y colocó delante del jardín del Edén a los querubines con la espada flameante y reluciente, para que guardaran el acceso al árbol de la vida.»

Mucho de lo que aquí se dice sobre el hombre le resulta incomprensible a éste. Su creciente alienación espiritual le ha ido convenciendo cada vez más de su misión divina, por lo

que ya no cree posible que no naciera por voluntad de Dios, sino en contra de su voluntad.

La narración alegórica, el diálogo entre Dios y el hombre, le resultaron demasiado concretos y contradictorios. En el Génesis se dice que Dios había prohibido al hombre, bajo pena de muerte, comer del fruto de la ciencia o del saber, gracias al cual se adquiriría la sabiduría. Pero la serpiente, que había sido siempre símbolo de la sexualidad, persuadió al hombre para que comiera del fruto prohibido. Y el consumo de dicho fruto fue el pecado original.

La humanidad ya ha presentado siempre en su subconsciente que debía existir algo así como un pecado original, como causa de su inseguridad interior, de las dudas acerca de sí mismo y de los sufrimientos típicamente humanos. Y también presintió una relación entre el pecado original y la sexualidad, pues su vida erótica siempre provocaba en él un sentimiento subconsciente de culpabilidad y de vergüenza. La referencia del Génesis a las palabras tentadoras de la serpiente confirmaron sus sospechas.

Ahora bien, con razón se preguntó el hombre: ¿por que la vida erótica, la sexualidad, ha de ser pecado e incluso pecado original? ¿Y por qué el pecado original ha de estar relacionado con el consumo de un fruto prohibido, que produce la sabiduría? ¿Cómo es posible que el consumo de un fruto, esto es, de una sustancia material, pueda incrementar la inteligencia?

Y entonces acudieron en su ayuda los teólogos. Por razones profesionales se sintieron en la obligación de interpretar el Génesis de tal forma que el hombre apareciera como un ser deseado por Dios y al que se le había conferido una misión divina, con lo cual era el único capacitado para reconocer a Dios y administrar la Tierra como criatura predilecta. Ahora bien, esta difícil tarea sólo la consiguieron los teólogos con enorme valor, decisión y falsificaciones.

Comenzaron afirmando primero, de forma extremadamente vaga, que el pecado original fue la primera relación sexual

entre el hombre y la mujer. Según ello, ambos sexos sólo poseerían sus órganos genitales por un error divino, dado que el Génesis no refiere en absoluto que Dios hubiera creado dichos órganos con posterioridad.

Afirman también, que el ser humano habría sido inmortal y poseería una vida eterna, si la primera pareja humana no hubiera utilizado sus genitales.

Sin embargo, esta doble interpretación falsa de los teólogos no tiene absolutamente ningún sentido. Porque todo aquél que siguiera desarrollando tales pensamientos podía leer en el Génesis mismo que nunca había sido intención de Dios conferir vida eterna al género humano. Muy al contrario, pues en el Paraíso se alzaba también el árbol de la vida eterna y la gran preocupación de Dios fue que el hombre, devenido ya inteligente, pudiera comer también sus frutos y alcanzar la vida eterna. Esta fue la causa de que más tarde desterrara al hombre lejos del citado árbol.

Pero si pensamos con lógica, el comercio carnal entre la primera pareja humana no pudo haber sido pecado, y mucho menos el pecado original, dado que aquélla fue la única posibilidad de multiplicarse. Y Dios incluso les había ordenado que se multiplicaran. Entonces, ¿cómo es posible que el pecado original fuera algo deseado por Dios? ¿Y cómo es posible que las relaciones sexuales sean pecaminosas? Es un hecho que todos los seres vivos poseen órganos sexuales y que todos ellos los utilizan, al igual como los utiliza el ser humano y sus antepasados los monos. Si esto fuera pecado, Dios habría creado únicamente unos pecadores, con el fin de poderlos castigar luego por sus actos. ¿Pero qué Dios más perverso se han inventado aquí los teólogos? ¿Y cómo es posible que el acto sexual, esta continuación del supuesto pecado original, aparezca de repente como deseado por Dios, cuando se realiza después de una ceremonia eclesíástica?

Otro de los enigmas del Génesis fue que Dios prohibió al hombre que comiera del fruto de la ciencia, esto es, que consumiera una sustancia material. No quiso que el hombre

aumentara con ello su inteligencia. Incluso le amenazó diciéndole que moriría en caso de degustar dicho fruto. Y uno se pregunta con razón: ¿cómo es posible que el saber, el conocimiento, sea pecado?

No puede negarse que el saber y la inteligencia son facultades divinas. ¿Por qué no quiso Dios que su «imagen» poseyera dichas facultades? Todos los seres vivos alcanzan un determinado grado de inteligencia, de acuerdo con su evolución natural. En el caso de que la inteligencia fuera pecado, la falta de inteligencia habría de ser una virtud. ¿Cómo es posible, entonces, que Dios permitiera que los animales se hicieran cada vez más inteligentes en el curso de millones de años de evolución natural?

El que la sabiduría no puede ser pecado, lo comprendieron incluso los teólogos. Y así manifestaron, con razón, que el pecado de la humanidad consistió en querer ser tan inteligente como Dios, lo cual disgustó a éste. Pero lo que todavía no logran explicar hasta hoy es cómo pensaba alcanzar el hombre esta inteligencia especial, qué tenía que ver con ello el consumo de una sustancia material, y cuál era el papel del símbolo sexual, la serpiente. Pero el núcleo de la cuestión y el mayor enigma del Génesis es el siguiente: ¿Qué tiene que ver el aumento de la inteligencia con el consumo de una sustancia material? ¿Existe algo así como el fruto del saber?

Los teólogos no fueron capaces de encontrar una respuesta adecuada. No podían saber que existe realmente una sustancia material, un fruto del saber, gracias a cuyo consumo puede obtenerse el saber y acabar desnudo. Si en lugar de acudir a los teólogos, se hubiera preguntado al respecto al jefe tribal Umkulumkulu o a otros caníbales de Borneo, habrían dado al punto una respuesta acertada sobre este punto del Génesis. Incluso habrían sido capaces de explicar por qué fue la serpiente —símbolo de la sexualidad— la que había incitado al hombre a comer el fruto de la sabiduría y por qué todavía lo está haciendo hoy en día en aquellos lugares donde se practica el canibalismo.

Pero nadie preguntó a los caníbales, porque, como de costumbre, la solución del problema se dejó en manos de los llamados «entendidos» en la materia. Por consiguiente, la tesis teológica afirma:

En realidad, Dios no prohibió el consumo de una materia, de un supuesto fruto del saber, puesto que no existe ninguna materia cuyo consumo produzca un aumento de inteligencia. Lo único que hizo Dios fue proclamar una prohibición abstracta, porque quiso probar si el hombre la obedecía. Los teólogos siguen afirmando que nadie conoce el contenido de la prohibición, y que a lo mejor sólo iba dirigida contra los malos pensamientos del hombre.

Según esta afirmación, el pecado original sería lo siguiente: el hombre piensa algo malo, que más tarde no sólo le hace más inteligente, sino que incluso le desnuda. ¡Qué pensamiento más poderoso! Pero, sin embargo, Dios no le dijo al hombre *qué* era lo que no debía pensar. El hombre tenía que descubrirlo por su propia cuenta. Dios lo sabe todo, menos una cosa: si el hombre llegará a adivinar lo que no debe pensar.

Por consiguiente, precisamente en aquel punto que no coincidía con la teología, el Génesis era declarado falso. Y así no existe el fruto de la sabiduría que produce la inteligencia y la desnudez, como dijo Dios, sino únicamente algún desconocido pensamiento malo, causante de todos estos fenómenos.

Hace unos cien años, por lo menos hubo gente que se esforzaba en descubrir la naturaleza de este fruto del saber. Así, por ejemplo, el hombre imaginó que pudiera ser una manzana, contra lo cual los teólogos no tuvieron nada que objetar. Pero hoy en día, los teólogos prefieren acusar a Dios de mentiroso, con el fin de parecer más «progresistas».

Así pues, podemos rechazar tranquilamente la interpretación teológica del Génesis, especialmente la más «moderna», que demuestra ser la más burda tergiversación. No hay que olvidar que el Génesis habla con toda claridad a aquellos que todavía piensan con su propio cerebro y que no permiten que los manipulen.

El Génesis nos muestra a los primeros seres humanos antes del pecado original. Esto es, antes de iniciarse el canibalismo. Aparecen en un jardín verde y fértil, lo cual indica que en aquella época no había allí sequía ni desierto.

Se nos dice con toda claridad en el Génesis que el hombre apareció como género o especie al término del acto de la creación. Todas las demás especies animales, incluso los antepasados del hombre, a partir de los cuales se formó, ya existían. En una de las versiones del Génesis se insinúa que al principio el hombre vivía en paz y armonía con los demás animales. Ello significa, por lo tanto, que no era carnívoro, sino vegetariano. Este hecho todavía aparece con mayor claridad cuando Dios dice al hombre que le ha provisto de toda clase de plantas y árboles frutales, con el fin de que se alimente de ellos. Pero no se menciona con ninguna palabra la carne de los animales.

La primera pareja humana, que la Biblia llama Adán y Eva, no son personas individualizadas, sino que aparecen simbólicamente como seres representativos del género humano.

Según el Génesis, Dios creó al hombre con la tierra. Con ello se quiere indicar que su origen es terrenal y que su cuerpo surgió de la tierra. No se dice absolutamente nada acerca de que en el caso de los animales hubiera ocurrido de forma distinta. Sólo subraya de forma especial el caso del hombre, porque en el momento de la redacción del Génesis, la humanidad ya había olvidado el recuerdo de su origen y, debido a sus monomanías, se había inventado una procedencia celestial.

De acuerdo con el Génesis, Dios insufló en el hombre el hálito de la vida a través de la nariz. Este «hálito vital» es la energía cósmica inmaterial de la vida, cuya existencia se conoce desde hace varias decenas de miles de años. Y, como ya ha quedado dicho, ningún ser puede vivir sin ella. La vida autónoma de un recién nacido no comienza cuando inspira la primera bocanada de aire, sino cuando por vez primera penetra por su nariz el *prana*.

El Génesis no dice para nada que sólo el ser humano de-

penda del hálito vital y que los demás seres no lo precisan. También expone con claridad que este hálito no es de origen terrenal, ni de naturaleza material. Lo que sí dice es que al hombre le fue insuflada también, aparte del «hálito vital», un alma. De ello se deduce claramente que el hálito o *prana* no es idéntico al alma. La energía vital cósmica es semi-espíritu, mientras que el alma es espíritu. Ahora bien, tampoco se dice en ninguna parte que los demás seres vivos no tengan alma o que Dios sólo la haya conferido al hombre. Muy al contrario: en otro pasaje de la misma Biblia, se dice que también los animales recibieron de Dios un alma como la del hombre.

El ser humano es descrito en el Génesis como un ser sin ropa, que originalmente no precisaba de vestimentas artificiales, dado que disponía de su pelo natural. La vestimenta artificial de pieles de animales sólo fue necesaria más tarde, pero no porque hubiera cambiado el clima, sino porque el hombre había comido cerebro (el fruto prohibido del saber) y *había quedado desnudo*. Esto queda subrayado con toda claridad en el Génesis.

Dice el Génesis que Dios decidió dar una mujer a Adán. Mientras Adán «dormía», sacó de él una costilla y creó con ella a Eva. Esta parte del Génesis tampoco ha sido comprendida nunca. Si Dios había sido capaz de formar a Adán con ayuda de la tierra, sin utilizar para ello el hueso de ningún otro ser, también habría tenido que ser capaz de crear a Eva de la misma forma. ¿Por qué necesitaba para ello un hueso? ¿Y por qué precisamente una costilla de Adán? ¿Por qué no un hueso de su dedo?

Esta narración alegórica, que a primera vista puede parecer misteriosa, no lo es en absoluto. Lo único que dice el Génesis es que, al «acostarse», Adán se hizo «una carne» con Eva, y que de esta forma perdió Adán un par de costillas.

Como ya ha quedado explicado, la raza humana es una raza híbrida. Surgió por el cruce de un mono africano macho

(Adán) de 13 pares de costillas con una hembra asiática (Eva), de 12 pares de costillas. Este cruce dio lugar al género humano, con sólo 12 pares de costillas. Así pues, la raza de Adán perdió realmente un par de costillas. Y la expresión «una carne» significa el resultado del cruce entre dos razas de monos.

Debido a que los antepasados de la nueva raza híbrida tenían 13 pares de costillas, todavía hoy en día nacen personas que tienen estos trece pares o, por lo menos, sus huellas degeneradas. Sin el proceso indicado, sería imposible este atavismo. Si los científicos hubieran descubierto una irregularidad de este tipo en cualquier raza actual de simios o en otro animal, habrían afirmado de inmediato que se trataba de un fenómeno atávico debido a un antiguo cruce de razas. Pero como encontraron este extraño fenómeno en el ser humano, se aprestaron a cerrar sus ojos científicos.

También es comprensible que la pérdida del par de costillas esté relacionada con la expresión «dormir» o «acostarse», pues todavía hoy en día casi todos los pueblos del mundo utilizan estas expresiones para referirse a la copulación, a pesar de que cada lengua todavía posee otras muchas expresiones propias para aludir al coito. Así ocurrió también hace 50.000 años, cuando el Génesis fue fijado en escritura ideográfica. En cualquier escritura ideográfica, la cópula se representa mediante dos personas yacentes, «dormidas».

Adán quedó sorprendido sobremanera del resultado y exclamó: «¡Pero si esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne!» Pudo decirlo tranquilamente, a pesar de que Dios no le había arrancado ningún trozo de carne. En efecto, tenía ante sus ojos a un ser nuevo, un híbrido que, si bien se le parecía, no era idéntico a él ni a su compañera.

Como se ha dicho ya, el producto de la citada unión fue un animal macho, que no fue aceptado por la raza paterna ni por la materna. Este ser híbrido tuvo que abandonar ambas razas y fundar, por así decirlo, una raza nueva, apareándose con las hembras de las razas paternas.

También esta circunstancia queda claramente reseñada por el Génesis, cuando dice: «Un hombre deja a su padre y a su madre y se une a una mujer, y los dos son una sola carne.»

Al hablar de «un hombre», se refiere al primer macho híbrido, que ya no era idéntico a la raza paterna ni materna, por lo que abandonó «padre y madre» para formar una nueva raza al aparearse con las hembras de sus razas de origen. Y así ocurrió. No fue sólo el primer híbrido, sino todos sus descendientes los que «se unen a la mujer», engendrando así cada vez más híbridos. Y ello tuvo que ser necesariamente así, pues una raza pura de monos nunca cohabitará con una raza híbrida, dado que así se volverían contra sus instintos. Por otra parte, los miembros de la nueva raza híbrida se convirtieron en caníbales. Por ello era completamente imposible que un mono macho de una raza no caníbal se apareara con una hembra de una horda caníbal. Por lo tanto, no fueron los monos normales quienes fecundaban a las hembras de los caníbales, sino los machos caníbales los que tomaban a las hembras de las razas de origen.

La expresión «una sola carne» no significa el comercio carnal en general, y mucho menos en este caso. La sexualidad es un bien común de todos los seres vivos, incluso de todos los monos dentro de una misma raza, desde que hubo vida en la faz de la Tierra. Así pues, el Génesis no tenía necesidad de citarlo como un fenómeno nuevo. La expresión «una sola carne» significa que de dos razas distintas de monos nacerá una nueva raza híbrida, al igual que ocurrió cuando Adán exclamó: «¡Pero si esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne!» Por consiguiente, esta «una sola carne» y el «deja a su padre y a su madre y se une a una mujer» dieron lugar al continuo proceso de transformación del mono en ser humano.

Tal como explica el Génesis, Dios quiso que el citado proceso tuviera lugar por vías pacíficas y que no estuviera unido al canibalismo. Sin embargo, su plan fracasó más tarde por la acción antinatural del hombre.

Dios deseó fertilidad a la nueva raza, pues en circunstancias normales los híbridos son incapaces de tener descendencia. Con toda claridad y no sin razón, el Génesis afirma que la fertilidad y la multiplicación de la nueva raza híbrida sólo han sido posibles mediante el deseo y un dispositivo especial de Dios. Se trata de los genes especiales que posibilitan el citado proceso.

Y en ninguna parte se habla de que la multiplicación se realizara sin sexualidad, porque para esto mismo creó Dios hombre y mujer.

Hasta entonces, todo se desarrolló en el marco del orden cósmico y Dios incluso bendijo a los primeros padres de la humanidad, porque de aquella raza híbrida había de surgir un ser destacado, que mediante una prolongada evolución natural habría de alcanzar una inteligencia sana y especialmente elevada, con facultades casi divinas. Se disponía de todos los requisitos para ello. Esto lo expresa el Génesis cuando dice que «Dios creó al hombre a su imagen».

El plan era hermoso, pero no llegó a cumplirse. Pero ello no se debió a que Dios hubiera cambiado sus planes, sino a que el género humano había actuado en contra de ellos. No quiso esperar los millones de años necesarios para que la evolución natural le convirtiera en un «dios» en el planeta Tierra, al igual que los «dioses» que viven en los demás planetas. El ser humano quiso alcanzarlo todo con rapidez y fuera del orden divino. Para ello consumió la droga de la inteligencia que, si bien le hizo más inteligente, también le convirtió en un enfermo mental.

En el Génesis, Dios prohibió al hombre comer del árbol del saber, dado que en caso contrario el género humano moriría. Pero la serpiente sedujo al género humano al decir:

«No moriréis. Antes bien, Dios sabe que en el momento en que comáis, se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal.»

Desde tiempos inmemoriales, la serpiente es símbolo de la sexualidad. Aún hoy en día, en China y otras partes de

Asia se comen las serpientes para producir mayor vitalidad sexual. Incluso hay restaurantes para este fin. Esta droga actúa ya al cabo de dos horas, aumentando la temperatura general del cuerpo, con el subsiguiente incremento de los impulsos sexuales. Y dado que la vitalidad sexual también es prueba de un estado general de salud, todavía hoy en día el símbolo profesional de médicos y farmacéuticos es la serpiente.

Este animal, que también en el Génesis representa la sexualidad, pudo muy bien prometer al hombre un incremento de inteligencia después de comer el fruto del saber, dado que Dios mismo ya había dicho que ese fruto confería saber.

Con ello, el Génesis manifiesta con toda claridad dos cosas, que ningún teólogo puede negar. En primer lugar, el fruto del árbol de la ciencia era una sustancia material, capaz de conferir saber. En segundo lugar, las causas que impulsaron al hombre a consumir la citada materia, eran de naturaleza sexual, representadas por la serpiente. Y en el Génesis también queda claro que el consumo del citado fruto era el pecado original.

Así pues, Dios no prohibió al hombre decir eso o aquello, pensar una u otra cosa, ir a determinado lugar o fabricar determinado objeto. Lo único que prohibió fue que el hombre comiera una determinada sustancia material que confería saber.

Esta clara descripción del Génesis no ha sido comprendida hasta hoy, porque siempre se ha creído imposible que existiera en el mundo una sustancia material con cuyo consumo se lograría obtener mayor inteligencia. El desconcierto todavía aumentó porque fue precisamente la serpiente, símbolo de la sexualidad, la que incitó al género humano a comer la citada sustancia.

Por lo tanto, el Génesis explica de forma unívoca lo que fue el pecado original: en su deseo de mayores deleites sexuales, el hombre comió una sustancia que incrementaba sus impulsos sexuales y que simultáneamente le hacía más inteligente.

En principio, la inteligencia no es pecado, pero todo de-

pende de cómo se adquiere. Es posible adquirirla en contra del orden natural, y en contra de esto mismo previene Dios al hombre en el Génesis. El cerebro crudo del propio género humano es esa «enigmática» materia que contiene el saber y la facultad de pensar y por cuya ingestión se incrementa la inteligencia del consumidor. Ya no cabe teologizar más sobre ello.

Según informa el Génesis, el primero en comer el fruto prohibido fue la especie asiática, simbolizada por Eva. El canibalismo se inició en Asia. Y allí, en Mesopotamia, tierra fronteriza entre Asia y Africa, también surgió la nueva raza híbrida del ser humano. Los primeros monos convertidos en carnívoros fueron los monos de la raza de Eva. Por razones climáticas, este proceso no se difundió hasta bastante más tarde en la raza africana de Adán. Ello queda demostrado por el volumen algo menor del cerebro de algunas razas humanas africanas.

Después de que el ser humano hubo degustado el fruto del saber, se escondió. Le atormentaba su mala conciencia, pues, como animal vegetariano, había dado muerte a unos congéneres completamente inocentes. Y no lo había hecho para apaciguar su hambre ni para defenderse, sino exclusivamente para incrementar sus impulsos sexuales.

Todo animal, y especialmente el mono, sabe exactamente cuándo viola el orden universal. También entre los animales domésticos se observa que éstos pueden tener una conciencia, remordimiento e incluso sentimientos de culpabilidad.

Más tarde, Dios llamó al hombre y le preguntó por su paradero. Adán contestó que se había escondido por temor y que se avergonzaba de haber quedado desnudo. Según se desprende del Génesis, Dios no tardó mucho en conocer las causas de la desnudez, pues sabía que si el hombre había perdido su pelo, tenía que haber comido el fruto prohibido del saber. En efecto, Dios dijo: «¿Quién te ha hecho saber que estás

desnudo? ¿No habrás comido acaso del árbol del que te prohibí comer?»

El ser peludo había perdido su abrigo al comer una materia que confería inteligencia, pero no al tener un mal pensamiento. El Génesis no dice que Dios descubriera al hombre cuando comía el fruto prohibido y que lo dejara desnudo como castigo. Esta pérdida apareció más bien como consecuencia automática. Como ya se ha dicho, el consumo de cerebro trastornó las funciones de la hipófisis e influyó así en el crecimiento del pelo y en la vida sexual.

Eva, que en este contexto debe ser considerada como la raza asiática, admitió haber sido la primera en comer el fruto. Pero, sin embargo, afirmó que había sido inducida a ello por la serpiente. En otras palabras, había sido inducida por la sexualidad.

Según el Génesis, después de cometido el pecado original, la primera pareja humana cosió una prenda de hojas de higuera, con la cual cubrió sus genitales. Ello tenía su razón de ser, el hombre aumentaba sus estímulos sexuales mediante el consumo de cerebro y ya no utilizaba los órganos sexuales exclusivamente para multiplicarse, sino ante todo para poder gozar de un exceso de deleites sexuales. Dado que esto sólo lo podía lograr mediante el asesinato de sus congéneres, nació en él un sentimiento de culpabilidad, emparejado a un sentimiento de vergüenza. Más tarde, Dios regaló a los hombres desnudos unas túnicas de piel para vestir. Esto significa que el género humano se vio obligado a dar muerte a los animales (cosa que no hizo antes) para poderse cubrir con las pieles de éstos. Tenía frío. Debido a esta misma razón, también comenzó a comer carne de animal, con el fin de calentarse con mayor número de calorías, a pesar de que Dios había creado «toda clase de frutos y plantas» para que se alimentara con ellas.

Los Libros de Moisés, en los cuales se encuentra el Génesis, y otros muchos mitos indican que Dios prohibió más tarde el consumo de carne o bien ordenó su limitación, debido

a que este tipo de alimento producía efectos negativos en el ser vegetariano que es el hombre, ante todo la inquietud mental y la agresividad. De ahí nacieron en todo el mundo y en todas las razas las normas de ayuno, así como el rechazo total o parcial del consumo de carne. Resumiendo, podemos leer en el Génesis que el hombre había sido un animal peludo y que había perdido su manto de pelo como consecuencia del canibalismo, por lo que se vio obligado a cubrirse con las pieles de otros animales.

En el Génesis, Dios también anuncia al hombre otras consecuencias derivadas del consumo del fruto del saber. En su vida sexual y su estado espiritual habían de aparecer anomalías. Primero explicó Dios que crearía enemistad entre la serpiente y la mujer y entre los descendientes de ambas y que en la mujer nacería un deseo por el hombre, quien sería su dueño. La serpiente fue condenada a arrastrarse por la tierra y a seguir a la mujer para morderle el calcañar.

Muy pocas son las personas que saben que un animal hembra vive sin tener absolutamente ningún deseo sexual. Este sólo aparece durante los períodos de fertilidad, coincidiendo con los signos externos correspondientes. Durante el apareamiento, el animal hembra tampoco siente el placer en la forma y la medida como lo siente la mujer. Como ya se ha dicho, las hembras del género humano no sólo perdieron por el canibalismo los signos externos de los días fértiles, sino incluso el mecanismo por el que el deseo sexual aparece sólo durante dicho período. Por otra parte, también apareció en la mujer una mayor sensación de placer durante la realización del acto sexual. El deseo o la predisposición para el comercio carnal pueden ser despertados en la mujer en cualquier momento. Un mono hembra no puede ser seducido, pero sí una mujer. Este deseo sexual por unirse con el hombre es la serpiente que sigue a la mujer y puede morderla en cualquier momento en el talón.

Ahora bien, ¿en qué consiste esta mordedura de la serpiente? Una mujer no puede saber si después de realizado el acto sexual ha quedado embarazada o no, dado que le faltan los signos visibles de los días fértiles. Con ello, el embarazo ha quedado incontrolable.

A todo ello debe añadirse que la fecundidad de la mujer ha aumentado de forma considerable a causa del canibalismo. Puede llegar a tener veinte hijos.

Desde entonces, los hombres copulan más que nunca con las mujeres, pues si esperaran la aparición de los signos visibles la humanidad se extinguiría en unas pocas décadas. De esta enfermedad hormonal nació un fenómeno sexual típicamente humano, erróneamente llamado amor. Pero el perdido control de la natalidad, conjuntamente con la constante predisposición y deseo del acto sexual, producirá en un próximo futuro graves consecuencias: la superpoblación del planeta.

La humanidad no podrá hacer nada para evitar este problema, así como tampoco puede curar su cerebro mórbido. Por ello se entregará cada vez más a sus impulsos sexuales, de la misma forma como utiliza el exceso de inteligencia de su cerebro para unos fines misantrópicos y destructivos. Esta es una parte de la maldición que pesa sobre la humanidad como consecuencia del pecado original, la cual se acelera por sí misma y se despliega inevitablemente.

El Génesis refiere también que los descendientes de la mujer aplastarán la cabeza de la serpiente. Algunos teólogos lo interpretan como si Dios, encolerizado, hubiera dado a la pecadora humanidad una noticia alegre, prometiéndole un salvador, que tomaría sobre sí todos los pecados y mataría para siempre a la serpiente. Pero esta interpretación no es más que un sueño. Está claro que Dios maldijo a la humanidad, anunciando una serie de consecuencias catastróficas. Entonces, ¿por qué había de añadir a su maldición una golosina y seguir con maldiciones adicionales? La serpiente no sólo simbo-

liza la sexualidad, sino también la sabiduría. El propio Génesis dice que se trata del animal más listo e inteligente del mundo.

Dice el Génesis que la cabeza de la serpiente, la inteligencia, sería aplastada por los descendientes de los caníbales. Y así ocurrió efectivamente. A consecuencia del canibalismo, la inteligencia ha quedado totalmente trastornada. El hombre mentalmente alienado se deja arrastrar a unas acciones cada vez más misantrópicas, que necesariamente le conducirán a la catástrofe.

Por otra parte, Dios anunció que la mujer pariría a sus hijos con grandes dolores. Esto es muy comprensible, dado que la inteligencia y la sexualidad están en estrecha relación. Esto llega hasta las sensaciones de placer y de dolor, relacionadas con la vida sexual. Cuanto más inteligente es un ser, más destacan tales sensaciones, aunque no en sentido absoluto. En una evolución natural, no sólo se desarrolla la inteligencia, sino, simultáneamente, toda la estructura física del ser vivo, de modo que la sensibilidad para el dolor y el placer se mantengan a un nivel soportable para cada ser. En el género humano, sin embargo, la inteligencia quedó enormemente incrementada por el canibalismo, mientras que sus mecanismos físicos continuaron prácticamente iguales e incluso peores. El alto grado de sensibilidad corresponde, por lo tanto, a la elevada inteligencia; pero a ello le falta la correspondiente evolución física, destinada a mantener en un marco soportable las sensaciones de dolor y placer unidas a la vida sexual. Ésta es la causa de que las mujeres griten de dolor al dar a luz, y que a menudo lo hagan de placer en el momento del orgasmo, fenómeno completamente desconocido en el mundo animal. Los fuertes dolores del parto en la mujer también tienen otras causas de origen físico y psíquico, pero que igualmente surgieron a consecuencia del canibalismo.

En el Génesis, Dios también anunció al mono originaria-

mente polígamo el fin de su libertad sexual. Dijo a la mujer que el hombre sería su señor, cosa que no había sido antes. Y así ocurrió. Fue necesario crear la institución del matrimonio, con el fin de aminorar en lo posible las luchas de los hombres por las mujeres, para mantener en un marco tolerable la actividad sexual biológicamente injustificada. Desde entonces el hombre se ha convertido en dueño de la mujer.

Pero los peores efectos serían los derivados del consumo del fruto del saber: el aumento de la inteligencia. Dios anunció que el hombre no sería más feliz con ello, sino que, por el contrario, sería el único ser de la creación obligado a conservar su vida con preocupaciones y duros trabajos, y que tendría que ganarse el pan con el sudor de su frente.

También esta maldición se ha cumplido. Pero no porque la Tierra haya perdido en fertilidad, sino porque la humanidad ha sido víctima de sus monomanías. Estas han ido en aumento desde su alienación, al igual que las insensatas medidas para contrarrestarlas. En otras palabras: la maldición del trabajo ha ido evolucionando, hasta convertirse en el llamado «progreso». El hombre no come más que hace un millón de años, pero para esta misma cantidad de alimento trabaja infinitamente más. Este cambio no se produjo de un día a otro, sino a lo largo de un proceso de inicios lentos y de creciente aceleración, que todavía no ha llegado a su término.

La facultad para el pensamiento filosófico va desapareciendo y el hombre prosigue su juego macabro con la materia, que para él ha acabado siendo la única sustancia perceptible. A este juego fatal le dio el nombre de progreso. Si no hubiera alcanzado nada con ello, aún habría tenido suerte; pero se ha convertido en un esclavo y está amargando su propia vida. Y a pesar de todo, afirma que su progreso material desembocará algún día en la felicidad humana, a pesar de que hasta ahora sólo ha dado lugar a lo contrario: un justificado temor del futuro y una creciente miseria en toda la Tierra. Dado que los animales no imitan dicho «progreso», tampoco son víctimas de sus consecuencias y pueden seguir vivien-

do sin temor al trabajo, al igual que hace tres mil millones de años.

La sequía anunciada por Dios, portadora tan sólo de cardos y espinas, todavía no se ha difundido por todo el planeta. Pero desde hace unos 50.000 años la humanidad está trabajando de forma sistemática y con creciente rapidez para transformar nuestro planeta en un desierto inhabitable. Ahora bien, la destrucción de la Tierra no ha comenzado con el actual «progreso». Este «progreso» ya existe desde hace 50.000 años, sólo que al principio era más reducido y se desarrollaba con mayor lentitud, por lo que también el proceso de devastación avanzaba con lentitud. En épocas pasadas el hombre incluso se podía permitir el lujo de transformar a su antojo los campos en desiertos, dado que la población todavía era escasa.

Aquellos atentados inocentes contra la naturaleza no eran más dolorosos que una picadura de mosquito para un elefante. Pero hoy en día este elefante ya está cubierto por completo de mosquitos, que se multiplican con aterradora rapidez. Debido al «progreso» ya no pican sólo con sus agujijones, sino que emplean toda clase de medios de la «ciencia», originados en el cerebro mórbido.

Así pues, el aumento incontrolable de la población y la creciente alienación espiritual se cuidan de que se cumpla la predicción de Dios: el hombre mismo convertirá la Tierra en desierto, este hombre que afirma que todos sus actos cumplen una misión divina. Hoy en día hacemos uso de unas posibilidades jamás existentes con anterioridad para construir con ellas un futuro color de rosa.

Pero Dios también dijo que el día en que el hombre comiera del fruto del saber, «moriría». Sin embargo, no ha muerto, sino que se ha ido multiplicando sin parar. ¿Ha mentido Dios o ha exagerado su amenaza? ¿O acaso se han equivocado los hombres-dioses, que en el Génesis sólo reseñaron verdades?

No ocurrió nada de eso. La redacción ideográfica original expresa una «doble» muerte, un «morir con la muerte»: la muerte del individuo y la del género humano. Si Dios dijo que esto iba a ocurrir el día en que la humanidad comiera del fruto de la ciencia, quería decir que la causa que lleva a la muerte se produciría el día en que el hombre comiera por vez primera cerebro. Así pues, el castigo está integrado en el pecado mismo. Si no se interpretara esto así, entonces se habría equivocado Dios, puesto que había anunciado sufrimientos y dolores a todos los descendientes de los caníbales. Y por ello la muerte no puede ser un castigo inmediato, puesto que, como es sabido, los muertos no pueden engendrar descendientes.

Todo cuanto había de ocurrir según los anuncios del Génesis, ya se ha producido palabra por palabra. Y todo cuanto todavía queda por ocurrir, se cumplirá de igual forma. Pero no se producirá a modo de futura acción de castigo de Dios, sino como consecuencia necesaria del pecado original. El género humano, alienado mentalmente, utilizará su «progreso» para arrasar y devastar la superficie de la Tierra, donde sólo podrán crecer cardos y espinas, y tendrá que morir en el desierto originado por él mismo.

Esto lo anuncia el Génesis, que es todo menos un mensaje de alegría para ese ser que, mediante el consumo de la inteligencia concentrada, quiso alcanzar con rapidez la sabiduría de Dios, pero se convirtió en un alienado.

El género humano se siente sumamente orgulloso de una frase del Génesis, y estas palabras las imprime con letras de gran tamaño, para resaltarlas lo máximo posible: «Dios creó al hombre según su imagen». Con ello, el Génesis manifiesta con toda claridad que el plan de Dios había sido el obtener, mediante el cruce de dos razas de monos, un ser óptimo que,

tras miles de millones de años de evolución natural, alcanzaría una enorme inteligencia de características divinas. Por lo tanto, las probabilidades de este cruce ideal fueron las mejores de la Tierra. En otras palabras: también en la Tierra habrían existido seres vivos con una inteligencia superior, divina, al igual como existen en otros planetas, relacionados por vía mental con seres de inteligencia semejante en todo el universo. Se trata de los llamados dioses mortales, con los cuales estaba en contacto el ser humano poco antes de su alienación.

Sin embargo, esta raza híbrida echó a perder todas sus posibilidades a causa del pecado original. No quiso aguardar a la evolución natural, por lo que, a espaldas de Dios y contraviniendo todas las reglas del orden natural, intentó parecerse a él mediante el canibalismo. La humanidad quiso alcanzar en breve plazo, tan sólo en un millón de años, lo que en una evolución natural no habría logrado ni en veinte millones. Si bien es verdad que obtuvo una inteligencia desacombradamente grande y que llegó a poderse comunicar con seres inteligentes extraterrestres por vía mental, dicha inteligencia enfermó debido a la alienación. Y así perdió el género humano sus facultades de tipo divino.

Nació entonces ese genial loco que sigue convencido de su carácter divino y no quiere darse cuenta de que ha estropeado los planes de Dios, anulando así todas sus posibilidades de éxito. Pasa por alto que también en el Génesis ya se anuncia todo ello, y sólo se para a leer las cosas que Dios quería hacer con él.

Eso lo hicieron ante todo los teólogos, quienes incluso interpretaron las palabras de Dios según su libre albedrío, siempre que encajaban dentro de su programa. Especialmente en nuestros días la humanidad hace uso de su arrogada semejanza con Dios para justificar todos sus actos criminales contra sus congéneres y la naturaleza.

Aquél que todavía siga dudando de las verdaderas causas

del origen de la humanidad y de la interpretación correcta del Génesis, se preguntará: ¿Fue el «fruto del saber», que acarrea la desnudez y la sabiduría, verdaderamente el cerebro de los congéneres, o bien se trataba de algún fruto de cualquier árbol que se encontraba «en medio del jardín»?

Sería una verdadera insensatez querer tomar al pie de la letra esta descripción alegórica del Génesis. No existe ningún árbol cuyos frutos produzcan estímulos sexuales, desnudez e inteligencia. Si verdaderamente hubiera existido ese árbol, no sólo lo hubieran utilizado los antepasados del hombre, sino también todas las demás razas de monos, y también ellas habrían adquirido inteligencia y habrían acabado desnudas y sexualmente enfermas.

Si alguien quisiera insistir en que realmente existió un árbol de tales características, tendría que admitir también que sus frutos contenían semillas. Y como es sabido, las semillas sirven para la multiplicación. Entonces no habría existido un árbol único, sino bosques enteros. Pero en el Génesis no se dice que Dios hubiera aniquilado ese árbol o los bosques, cosa que habría sido lógica. Pero lo más lógico habría sido que Dios no hubiera dejado crecer nunca un árbol o un fruto tan peligrosos. En el presente caso eso no fue posible, puesto que el «fruto del saber» es el cerebro y éste no puede eliminarse en un ser vivo.

Existen y existían ciertamente plantas y hongos que incrementan los impulsos sexuales y que de un modo pasajero actúan también sobre el intelecto. Como ya ha quedado reseñado, una de dichas plantas, llamada *saladin*, es consumida por los monos asiáticos como droga sexual. A buen seguro esta y otras plantas semejantes también fueron consumidas antiguamente por esta misma razón. Pero ninguna raza ha quedado desnuda ni se ha hecho inteligente a consecuencia de ello.

¿Fue acaso una sola raza de monos la que comió de una planta maravillosa, convirtiéndose así en ser humano? Tampoco puede aceptarse esta posibilidad, dado que la enorme variedad de razas humanas actualmente existentes demuestra

que la humanidad no surgió de una sola raza de monos, sino de varios cientos de ellas, dispersos en los tres continentes más antiguos.

¿Pero por qué buscar tan febrilmente una planta maravillosa inexistente, si la tierra alberga inmensas cantidades de cráneos canibalizados, que hablan por sí solos? El fruto del árbol de la ciencia, que da sabiduría y desnudez, es única y exclusivamente el cerebro humano. Y la interminable serie de cráneos canibalizados demuestra que este fruto de la ciencia fue consumido por lo menos durante un millón de años y de forma ininterrumpida por la humanidad, y no sin razón, pues muchas razas siguen comiendo cerebros.

Ahora bien, ¿por qué el Génesis no dice de forma unívoca que el fruto de la ciencia es el cerebro? Como ya se ha dicho, la versión original del Génesis fue redactada con ayuda de la escritura ideográfica, cuando todavía no existía ninguna lengua de expresión oral ni palabra alguna que expresase el concepto de «cerebro». Así pues, fue imprescindible usar la forma de expresión figurativa. Y a fin de cuentas, ¿qué es el cerebro, sino el fruto del saber? Todavía hoy en día podría llamársele así.

Pero, por otra parte, ¿cómo se cita al árbol en el Génesis? Sólo la persona que haya intentado alguna vez descifrar una vieja escritura ideográfica sabe lo difícil que resulta distinguir entre el ideograma que simboliza un árbol y el de una persona. A menudo incluso resulta imposible. ¿Cómo se representaba un hombre mediante un ideograma, y cómo lo siguen representando algunas tribus negras y los indios de la cuenca del Amazonas? En el extremo superior de un trazo vertical campea un círculo, que representa la cabeza. En el extremo inferior del trazo se produce una bifurcación, y dos trazos que representan las piernas, entre los cuales cuelga el miembro viril, que a menudo llega hasta el suelo. ¿Se trata de la representación de un hombre, o bien de un árbol con raíces, que lleva un fruto? Puede significar ambas cosas, y el sentido correcto sólo puede obtenerse por el contexto. Era

casi inevitable que el género humano, después de su alienación, creyera que el símbolo del hombre en el Génesis era un árbol, porque ya no podía imaginarse que su origen estuviera relacionado con el consumo de cerebros.

Por consiguiente, el símbolo del hombre podía muy bien significar para él un árbol con profundas raíces. Y la cabeza era el fruto de la ciencia, con cuyo consumo se obtenía inteligencia. Es un hecho bien conocido, citado por numerosos investigadores y publicado en múltiples ocasiones, que algunas tribus de Nueva Guinea utilizan un ideograma completamente idéntico para representar un árbol y un hombre. En todos estos casos el significado sólo se puede conocer por el contexto.

Llegados a este punto, un «científico» que defendiera la tesis de la evolución natural, podría alegar que, si la humanidad se había formado mediante el consumo de cerebros, todavía debería saberlo, puesto que este conocimiento se habría ido transmitiendo de generación en generación.

Pero, vamos, ¿qué podía transmitirse, si la humanidad entera había olvidado ya todos los antecedentes de su conversión en género humano? ¿Acaso sabe que el hombre había sido antiguamente un mono peludo, que no caminaba erguido? Por muchas razones que la ciencia aduzca para justificar la ausencia de tales tradiciones, habrá de admitir que en algún momento la humanidad perdió el recuerdo de su pasado. Sólo que no se atreverá a admitir las causas de dicho hecho: la alineación espiritual y sus causas.

Es sabido que la humanidad siguió practicando de forma aislada y esporádica el canibalismo, incluso después de la alienación y todavía hoy en día, y sus motivos fueron los mismos que entonces: el aumento de los placeres sexuales, de la fertilidad y de la inteligencia. A ello le llevaron sus recuerdos conscientes y subconscientes de las ventajas que comportaba la ingestión de cerebros.

El que el canibalismo es un pecado lo sabemos y sentimos hoy en día tan bien como el primer hombre que, después de consumir el primer «fruto del saber», corrió a esconderse. Ahora bien, si el canibalismo fue practicado de forma tan generalizada por todas las razas y en todos los continentes, ¿por qué no hay inscripciones ideográficas del hecho en las rocas? Sabemos que desde la edad de piedra, el hombre deja constancia de todo cuanto hace y vive. Las cacerías, guerras, bodas, e incluso la unión sexual, fueron reproducidos en la piedra y la arcilla. ¿Por qué no se dejó constancia del canibalismo? La respuesta es evidente: desde un principio la citada práctica se consideraba como pecado, por lo que siempre se mantuvo como secreto, como tabú.

Aunque es cierto que se conocen reproducciones prehistóricas que insinúan el canibalismo, todavía no se ha encontrado ninguna imagen que represente cómo el hombre canibaliza el cráneo, cómo saca de él el cerebro y se lo come. Pero no puede excluirse la posibilidad de que algún día aparezcan tales reproducciones secretas.

Pero, aparte de esto, ¿desde cuándo el ser humano se ha dedicado a reproducir gráficamente escenas? Todo cuanto se ha podido encontrar hasta ahora no alcanza los 50.000 años de antigüedad. Se trata, por lo tanto, de reproducciones realizadas dentro del período en el cual el canibalismo ya estaba prohibido en la mayor parte del mundo y sólo se practicaba de forma esporádica y secreta. No es de esperar que el hombre reprodujera un acto prohibido, que por añadidura estaba unido a un sentimiento de culpabilidad.

También aquellas razas que todavía hoy en día siguen practicando el canibalismo y viven en parte en un nivel comparable a la Edad de Piedra, realizan obras artísticas y reproducen muchas cosas en piedra, madera y barro, pero no representan nunca el canibalismo. Y si hablan de él, utilizan para este acto unas expresiones en clave, como «palpar carne» y «tomar el fruto». Sorprendentemente, en tales casos el cerebro es llamado en ocasiones «el fruto» y «la flor».

También para ellos el canibalismo es un tabú y está estrechamente unido a un sentimiento de culpabilidad. Por ello, sólo se practica en grupos, con el fin de repartir la culpa. Y por esta misma razón, siempre está unido a una ceremonia ritual.

En varios pueblos selváticos, los jóvenes que alcanzan la edad de madurez sexual han de someterse a una ceremonia de iniciación. Con anterioridad deben recluírse durante algunos días en una cabaña completamente aislada y separada de la tribu. Sólo el hechicero tiene permiso para visitarlos e iniciarlos en el conocimiento de cosas útiles. Esta cabaña es en realidad una auténtica escuela superior de medicina y biología. Entre otras cosas, el hechicero descubre a los jóvenes los secretos de por qué, cuándo y cómo debe consumirse un cerebro humano. Bajo la amenaza de una maldición, los jóvenes iniciados han de jurar que jamás transmitirán los conocimientos secretos adquiridos. Esta es la razón de que más tarde no quieran dar ninguna información sobre el canibalismo y sus fines. Aunque estén convencidos de las ventajas del consumo de cerebros humanos, no desaparece en ellos el sentimiento de culpabilidad.

Este sentimiento de culpabilidad subconsciente y heredado ha impedida a la humanidad reproducir el canibalismo. Y este mismo sentimiento también está impidiendo a los científicos el estudio de las relaciones entre el canibalismo y el origen de la humanidad. Lo mismo cabe decir de la incorrecta interpretación del Génesis.

Es seguro que las auténticas razones del origen del género humano y la correcta interpretación del Génesis ejercerán una influencia decisiva en la forma de pensar y en las metas futuras de toda la humanidad. Los teólogos serán quienes se opondrán con mayor fuerza a esta verdad, puesto que han convertido la interpretación del Génesis en base de su religión y han conferido al hombre una misión divina inexistente. Esta afirmación se extiende a los doce millones de judíos y los mil millones de cristianos.

Cuando las auténticas razones del origen humano y la nueva interpretación del Génesis tengan una aceptación general, las iglesias no tendrán más remedio que adoptar una postura clara. Si se mantienen con su versión, tendrán que contar con que la mayoría de sus fieles las abandonarán. Pero si admitieran la verdad, ello significaría el fin seguro de las iglesias. De todas las doctrinas eclesiásticas, sólo quedarán en pie las verdades filosóficas irrefutables y de validez universal que han sido proclamados por los predicadores nómadas como Buda o Jesús, quienes dieron lugar a movimientos espirituales, pero no a iglesias organizadas, inventoras de dogmas absurdos.

Paradójicamente, el principio del canibalismo no se manifiesta en las doctrinas de ninguna religión de forma tan patente como en la religión cristiana, que por razones «religiosas» se ve obligada a rechazar rotundamente el origen canibal del hombre. En la Santa Cena, llamada también «comunión», el pan y el vino se transforman en carne y sangre de Cristo. Se afirma que el consumo de estas sustancias materiales produce ventajas espirituales. Y por añadidura, todo este ritual está relacionado con el concepto de la penitencia y del sentimiento de culpabilidad, e incluso se realiza de forma colectiva.

Los recuerdos subconscientes del canibalismo y de sus efectos están tan profundamente arraigados todavía hoy en día que siguen influyendo al hombre en todos los campos de su actividad y de su pensamiento, sin que se dé cuenta de ello. El amor, la guerra y la religión no son excepciones.

Dado que el Génesis, correctamente interpretado, constituye la única descripción irrefutable del origen de la humanidad, debería ser comunicado a todos los pueblos, como bien máximo de la humanidad. No debe ser un bien exclusivo de aquellos que precisamente lo han falsificado. Porque no sólo documenta el pasado, sino que también describe el doloroso futuro del género humano.

Los llamados Libros de Moisés también describen la «confusión» de la humanidad mientras construía el enorme *lingam*, conocido por la historia como «torre de Babel». También este

acontecimiento es parte importantísima de la historia evolutiva del género humano. Mediante el consumo del fruto del saber, el hombre había adquirido una inteligencia enorme y creyó haber alcanzado ya la tan ansiada semejanza con Dios. De hecho, ya era capaz de comunicarse por vía mental con «dioses» mortales extraterrestres, es decir, con seres inteligentes de otros planetas. De esta misma forma era capaz de conocer verdades cósmicas de la máxima trascendencia, lo que ningún otro ser de la Tierra podía hacer. Ya se sentía como Dios. Y como símbolo de su victoria eligió el miembro viril y erigió por doquier enormes *lingams*, que señalaban hacia el cielo. La torre de Babel había de ser el mayor de todos los tiempos.

Esta precipitada embriaguez de victoria acabó en una derrota aniquiladora. El género humano no sólo perdió su facultad de comunicarse mentalmente con sus congéneres, sino que también enfermó de tal modo su cerebro, que comenzó a trabajar y desde entonces cada vez ha de sudar más para ganarse el pan de cada día.

De todo ello no ha logrado sacar ninguna enseñanza. El espíritu de la sagaz serpiente le siguió impulsando. Después de haber perdido la visión del mundo inmaterial, con lo que la materia acabó siendo para él la única sustancia perceptible, comenzó hace unos 50.000 años a practicar un peligroso juego con ella. Lo practica con creciente intensidad y rapidez y lo llama «progreso». Pero, sin embargo, todos sus actos no son más que el evitar, acelerar y alterar procesos que deberían haberse desarrollado en la naturaleza dentro del marco del orden divino.

En otras palabras: el hombre vuelve a actuar a espaldas de Dios, y esta vez en el campo material. Ciertamente, no ha cambiado nada. Quiere trasladarse con mayor rapidez de lo programado por la naturaleza. Incrementa de forma artificial la fertilidad de la tierra, porque la naturaleza creada por Dios no le parece suficientemente buena. Aumenta y altera artificialmente los valores nutritivos de la fruta y la consume en

forma de concentraciones producidas artificialmente. Incluso interviene en los procesos biológicos de su cuerpo, porque quiere «mejorarlos». Desencadena en nuestro planeta enormes energías que no debiera desencadenar, al tiempo que frena aquellas otras que no debiera frenar. Con todo ello destruye el equilibrio de aquellas fuerzas cósmicas que han de garantizar la subsistencia de la vida en el planeta Tierra.

Miles de enormes chimeneas se alzan hacia el cielo, escupiendo vapores venenosos. Estos son *sus nuevos lingams*, con los cuales proclama su «victoria» sobre una «naturaleza deficiente» y su creador. Este es su progreso. Los nuevos hombres-dioses son los llamados científicos. Ellos incoan los procesos antinaturales, con los que el hombre cree cumplir su supuesta misión divina.

Está claro que se trata de una misión, pero no de carácter divino, sino diabólico.

En caso de que existiera realmente una misión divina, ésta sería cumplida por los animales y las plantas que se integran por completo en el orden cósmico y no precisan de ningún progreso.

La «criatura predilecta de Dios» tendrá que pecatarse en un futuro no muy lejano de que sus delitos no podrán ser continuados sin castigo. Pero entonces ya será demasiado tarde y la arena de los desiertos, que el Génesis anuncia, ya rechinará entre sus dientes.

Todo esto nos lo relata el Génesis, que no es ningún cuento y que tampoco da motivo a los teólogos para descubrir en él un anuncio de bienaventuranza para el género humano.

IX. EL FUTURO INMEDIATO

Mientras la humanidad desconocía su origen y la razón de su comportamiento contradictorio, tampoco era capaz de encontrar los remedios para todos sus males y sufrimientos, que, en último término, son el resultado de unas monomanías producidas por el pecado original, el canibalismo.

Pero ahora la humanidad sabe quién es. Con ello tiene la posibilidad de prolongar la existencia de su género y de liberarle en gran parte de sufrimientos.

Del mismo modo que en esta primera obra mía he mostrado la ensangrentada cuna de la humanidad, describiré en mis siguientes libros su doloroso camino hacia la sepultura, que ella misma ha cavado con sus actos pecaminosos.

Pero al mismo tiempo mostraré el único camino todavía practicable, a través del cual el hombre tendrá la única oportunidad de no infligirse más daños innecesarios.

Este primer libro confirmará al hombre sus sospechas subconscientes. Tomará conciencia de lo que no va bien en él, y por qué. Se dará cuenta también de que sus actuales metas y formas de actuación no pueden estar en concordancia con el concepto de la creación. Y se percatará de que su existencia peligra precisamente por su propio comportamiento.

Al principio, el hombre querrá huir de tales verdades. Pero pronto razonará y cambiará su forma de vida y sus metas en una medida completamente inimaginable hoy en día. Por comodidad y estupidez no llegaría a tanto con la sola lectura

del presente libro. Pero dado que en un futuro próximo dos fenómenos completamente nuevos llegarán a abarcar unas dimensiones alarmantes, se verá obligado a ello. Se trata de la *superpoblación* de la Tierra, que tampoco podrá ser evitada ni con los medios más drásticos, así como de la *destrucción del medio ambiente*, practicada con el pretexto del progreso. El hombre verá que ambos fenómenos representan un peligro vital para él y que se han originado a partir de las dos cosas que quiso convertir en fuente de felicidad con el canibalismo: sexualidad e inteligencia, que funcionan para unos fines distintos a los que les corresponden.

El miedo y el pánico obligarán al hombre a hacer lo que ya debería haber hecho hace muchísimo tiempo: cambiar su postura frente a sí mismo, sus congéneres, la naturaleza y Dios. La gran transformación partirá de la joven generación de nuestros días. Cuando gran parte de ella ya no esté dispuesta a seguir la forma de vida de sus padres en Occidente, aunque todavía no sea consciente de sus propias metas, no nos encontraremos ante una de las rebeliones habituales de los jóvenes contra los mayores, sino de un comportamiento de origen biológico.

En el seno materno, todo nuevo ser todavía posee bastantes restos de las facultades de percepción ultrasensorial. Pero éstas desaparecen muy pronto después del nacimiento, dado que el cerebro comienza a crecer con rapidez y queda expuesto a una creciente presión en el cráneo. Por añadidura, desde su concepción, depende de su propio aprovisionamiento de *prana*, que en el ser humano ya no es suficiente para lograr percepciones ultrasensoriales. Todas estas percepciones prenatales abarcan la duración de toda una generación, esto es, unos setenta años. De esta forma, lo percibido antes del nacimiento se sumerge en el subconsciente e influye durante toda la vida el pensamiento y los actos de cada persona.

Precisamente estos conocimientos subconscientes confieren a la juventud actual la intuición de que durante el plazo de su vida cambiarán enormemente las premisas para la continua-

ción de la vida. Ya no admiten la forma actual ni las metas anunciadas y perseguidas por la vieja generación. Entre quienes hoy en día tienen ya cincuenta años, tales presentimientos sólo alcanzan los próximos veinte años. No llegan, por lo tanto, a la época en que los citados cambios adquirirán magnitudes catastróficas. Ésta es la razón de que ya no exista diálogo entre mayores y jóvenes acerca de las formas de vida futuras. Y todo intento de diálogo está condenado de antemano al fracaso. Un miope, que sólo alcanza a ver hasta unos veinte metros, no huirá de un tigre que se encuentra a cuarenta metros de él. Pero sí emprenderá la huida quien alcance a ver hasta sesenta metros.

Esta es la única causa de la actual división entre las generaciones. Y el abismo es insalvable y más profundo que nunca, dado que la humanidad nunca se había enfrentado a unos cambios tan radicales, como sucederá en el futuro.

A consecuencia de ello, serán revisados y recalificados todos los conceptos del hombre, considerados hasta ahora como inamovibles. Se comprobará con terror que la mayoría de las metas perseguidas hasta el momento fueron establecidas bajo el efecto de monomanías y se encuentran en franca contraposición con los intereses de la humanidad.

El nuevo mundo, que ofrecerá a la humanidad la única oportunidad de supervivencia, tan sólo podrá ser construido sobre las ruinas de la actual civilización occidental afilosófica, materialista, criminal y saqueadora, la cual a su vez sólo podrá subsistir esclavizando e intensificando la destrucción del planeta. En consecuencia, debe ser arrasada desde sus cimientos.

La nueva forma de vida exige del hombre un cambio radical tanto en el ámbito espiritual como en el material. Cuando se entregue a su renovación, será imprescindible que regrese de nuevo a la filosofía oriental, que a lo largo de toda su historia le ha proporcionado de unos conceptos sanos y unas metas dignas, en armonía con las leyes de la naturaleza y con los intereses de la humanidad.

Precisamente debido a la superpoblación, la humanidad se ha convertido en medida creciente en una sola unidad, cuyo problema común es la supervivencia. Así pues, las reservas materiales de la Tierra deberán ser puestas a disposición de todos los pueblos de una forma justa, con el fin de que cada sociedad pueda construirse la forma de vida que corresponda a sus esperanzas y sus *auténticas* necesidades.

Hoy en día, el mundo está escindido en dos partes: una minoría de ricos saciados y una mayoría de pobres hambrientos. Debido al sistema económico imperante, los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres. Pero lo extraño es que, al mismo tiempo, los ricos también acaban cada vez más desgraciados y que comience a repugnarles su propia abundancia.

La causa de este sistema insostenible a la larga es una potencia espiritualmente trastornada: los Estados Unidos de Norteamérica. Los 200 millones de habitantes de ese país suponen menos del 6 % de la población mundial. Y, sin embargo, poseen aproximadamente el 50 % de todos los bienes materiales vitales en todos los continentes, que se han apropiado mediante la astucia, la extorsión y la fuerza. Utilizan tales bienes para mantener a flote un sistema económico desconocido anteriormente y completamente absurdo, que puede quedar reducido a la siguiente fórmula: cuanto más produce, consume y desecha el hombre, tanto más feliz es, dado que la producción ininterrumpida le permite una ocupación continua y su sueldo le permite comprar nuevos bienes para lanzarlos luego a la basura.

Esto ya no es capitalismo, sino una verdadera *masturbación económica*, que sólo puede ser mantenida a costa de la mayoría de la población explotada y de la habitabilidad de la Tierra. El que dicho sistema idiota y cruel floreciera precisamente en América tiene a su vez unas razones biológicas, que desarrollaré en mi próximo libro.

El mayor continente de la Tierra es Asia, donde viven dos terceras partes de la población del planeta. La península occi-

dental de este continente, que se llama Europa y se imagina ser un continente autónomo, ha tenido el valor de dar la espalda a la población diez veces más numerosa del Este y de colocarse al servicio de la mayor potencia saqueadora de todos los tiempos, adoptando su mismo sistema económico misantrópico. Esta alianza constituye una traición a la humanidad. Si Europa no recuerda que forma una unidad geográfica y biológica con Asia, que su filosofía y cultura son de origen asiático, y a pesar de ello no vuelve a colaborar con Asia, la humanidad no tiene las más mínimas probabilidades de superar su creciente miseria y los peligros mortales que de ella se derivan.

Debido a ello, la tarea más importante y urgente de todos los pueblos es la de romper todas las relaciones económicas, militares, políticas y culturales con los causantes de este sistema, con el fin de que su poder se derrumbe lo antes posible.

Pero esto tan sólo serán las premisas para los siguientes pasos indispensables:

Todo individuo, cualquiera que sea la raza o sociedad a la cual pertenezca, deberá transformarse radicalmente, satisfaciendo tan sólo sus auténticas necesidades materiales, trabajando sólo para ellas y adoptando una forma de vida sencilla, sana y lo más natural posible.

Esto se refiere en primer lugar a las gentes del mundo occidental, cuyo vergonzoso problema consiste en saber cómo adelgazar sin comer menos.

El hombre se dará cuenta de que con ello no habrá de sacrificar nada, sino que, por el contrario, se liberará de todas las necesidades falsas que le han sido impuestas y para las cuales ha estado trabajando hasta ahora, complicando y amargando innecesariamente su vida.

Entonces comprenderá que su vida sencilla, pero rica en contenido, merece ser vivida. La autoliberación es una obligación inexcusable de todo individuo y las circunstancias obligarán cada vez a más personas a dar ese paso. Al principio se tratará tan sólo de una minoría decidida a emprender la

nueva forma de vida. Pero el riachuelo se convertirá en enorme corriente. Conjuntamente con su número también crecerá de forma insospechada su poder, y nadie mostrará comprensión por quienes no cumplan la ley del momento, quienes serán considerados enemigos de la humanidad empeñada en sobrevivir y serán tratados consecuentemente.

Tan sólo si el individuo se domina a sí mismo y mediante su *resistencia pasiva* obliga al sistema establecido a doblar las rodillas, la humanidad podrá renunciar al empleo de la fuerza y se ahorrará más sufrimientos.

Los nuevos dirigentes de la humanidad serán ascetas salidos de entre la juventud que hoy todavía contempla sin meta alguna el oscuro futuro. No tendrán necesariamente una formación escolar superior tradicional, que reduce de forma peligrosa el pensamiento libre. Pero darán ejemplo con su pensamiento filosófico y su forma de vida sencilla, mostrando la única vía practicable. Este acontecimiento es inevitable, y no hay poder humano alguno que pueda pararlo. Así pues, la juventud de hoy debe ignorar todos los pronósticos, metas y normas de actuación de finalidad diferente, emitidos por «especialistas», «expertos», políticos y otros individuos con miopía mental. Debe liberarse del terror ejercido por los pseudointelectuales y avanzar impertérrita en dirección al sol naciente, que marca el único camino hacia la supervivencia.

Cuando esta juventud emprenda su marcha, penosa y dura, 3.000 millones de personas le desearán éxito, y cuando llegue a la ansiada meta, le mostrarán su agradecimiento los 6.000 millones de personas que mañana querrán vivir dignamente en nuestro planeta.

INDICE

MENSAJE	7
I. EL NUEVO SER SIN MEMORIA	9
II. EL FRACASO DE UNA TEORIA	17
III. LOS CRANEOS VACIOS	43
IV. LAS GRANDES TRANSFORMACIONES	69
V. EL CEREBRO MORBIDO	117
VI. EL HABLA Y LAS LENGUAS	181
VII. ORIGEN DE LAS RAZAS	209
VIII. GENESIS	245
IX. EL FUTURO INMEDIATO	279

Impreso en el mes
de enero de 1976
en los talleres de
GRÁFICAS DIAMANTE
Zamora, 83, Barcelona

El principio era el fin consiste fundamentalmente en un estudio sobre la función del canibalismo en el desarrollo y la historia de la humanidad. A partir de experiencias científicas que Kiss Maerth comparte en cada caso con muchos antropólogos y prehistoriadores, el autor compone una radical teoría que, aunque montada sobre un impecable esquema lógico, habrá de ser calificada de increíblemente especulativa y de provocación a la reconsideración de la historia del hombre. El autor cree poder afirmar que en las prácticas de canibalismo de los actuales pueblos primitivos, y en la medida en que se puede saber, las de nuestros ancestros, es ley la ingestión de los cerebros de los recién muertos por los varones de cada grupo humano y que esa ingestión comporta la transmisión de la inteligencia y de la sabiduría colectiva. El desarrollo de la teoría de Maerth implica desde una interpretación del Génesis, del origen de las religiones y de la diversificación de las razas y de las lenguas humanas, al establecimiento de pistas hermenéuticas para el esclarecimiento de gestos y actitudes que consideramos connaturales a la apariencia y a la reactividad elemental del ser humano.

El libro de Maerth es más que un ensayo una violenta invitación a meditar sobre los terribles y oscuros orígenes de la especie a la que pertenecemos.

SERIES DE RESPUESTA 69
BREVE BIBLIOTECA DE RESPUESTA
 BARRAL EDITORES